SAGA
EGMONT

COSER UNA VORÁGINE

REGINA SALCEDO

Regina Salcedo

Coser una vorágine

Prólogo de
Carlos Bassas del Rey

Saga

Coser una vorágine

Copyright © 2020, 2022 Regina Salcedo and SAGA Egmont

All rights reserved

ISBN: 9788726914597

1st ebook edition

Format: EPUB 3.0

No part of this publication may be reproduced, stored in a retrievial system, or transmitted, in any form or by any means without the prior written permission of the publisher, nor, be otherwise circulated in any form of binding or cover other than in which it is published and without a similar condition being imposed on the subsequent purchaser.

www.sagaegmont.com

Saga Egmont - a part of Egmont, www.egmont.com

Prólogo

Lo viejo. Lo nuevo

Escribo este prólogo desde mi desconocimiento de las reglas de un género, el Fantástico, en el que, como escritor de novela negra, soy apenas un grumete.

Quizás sea mejor así.

No me son, en cambio, desconocidos del todo los mecanismos del arte de contar historias, de su Historia [la fantástica Historia del Arte de Contar Historias], y es desde ese puerto —mucho más seguro para un marinero inexperto como yo— desde el que tecleo estas líneas previas a *Coser una vorágine*.

Toda novela de ficción [aun me pregunto si dicha construcción constituye un doble pleonasmo] narra una gran peripecia y, por tanto, esconde un misterio, y para comenzar a construirla, necesitamos dos elementos fundamentales: un personaje y un conflicto. Después vendrán la trama y la estructura, y, por supuesto, unas cuantas cosas más, que son las que acaban por definir y calificar al propio texto, su calidad.

Todo esto y más está en esta aventura.

Coser una vorágine es la historia de una gran serendipia. En ella, Regina Salcedo nos propone, al modo del Homero-Odiseo más tradicional, una travesía [marina] cuyo objetivo es el regreso al hogar de Ima, su protagonista. Conecta así la autora con una tradición épica clásica en la que el viaje —alambre que todo lo sujeta— tiene siempre un doble empeño para el héroe de forja: regresar a Ítaca, pero, sobre todo, conocerse —de ahí el empeño *kavafiano* de alargarlo el máximo número de millas posible.

Anewa, astrofísico de Geb, planeta que se asemeja a la Tierra pero vive inmerso en una época dispar —mientras que esta se encuentra en pleno siglo xxiv, Geb transita por el año 832 de la Época Radiante—, ha logrado *coser una vorágine* mediante la técnica del *shuitnebo*, un agujero de gusano en el espacio-tiempo por el que Ima se verá succionada desde el mismísimo Foro Romano al *gebiano* atolón de Nïisk, perteneciente a los Choisi, la dinastía que gobierna Continente,

su país más poderoso.

A partir de ese instante, el lector irá descubriendo la realidad de ese nuevo mundo —amenazado por su propia profecía de destrucción, de salvación— junto a la protagonista: las criaturas que lo pueblan —los Lapurrak, los Hanta, los Chaya, los Enlaces, las Intuitivas…—, con sus Habilidades especiales, así como sus reglas, leyes y equilibrios de poder. Un mundo regido por una gran *madre*, la «Mente Eterna», en el que la colisión de la «Gran Máquina», dividida en 496 fragmentos tras el impacto, marcó el inicio de una realidad ahora amenazada.

La mente de Salcedo juega con muchos de los elementos clásicos de un género que nace sin nacer, sin saberlo —acaso sea más prudente decir que hunde sus raíces— en la antigua mitología, en los orígenes del propio arte de contar historias, a los que añade elementos nuevos, juega con la hibridación —de géneros y de subgéneros— y se divierte de una forma especial con el lenguaje, con la multiplicidad de términos pertenecientes a lenguas tan dispares como el euskera, el finés o el japonés…

Todo es viejo y todo es nuevo en esta historia. Todo nos remite a algo, desde la magia de los orígenes del mito —oráculos, leyendas y profecías—, pasando por el cuento —semillas mágicas y quimeras—, hasta la ciencia ficción y el empleo de artefactos como el dispositivo Sensei implantado en la protagonista, lo que la convierte en una especie de mujer-máquina, en un ser humano de última generación. Porque en eso se basa en gran parte este oficio, en una tradición que se renueva historia a historia, libro a libro; en una *contaminatio* que recorre generaciones con el único objetivo de reivindicar un género injustamente denostado a lo largo de los años.

Tras todo lo dicho, querido lector, no me queda otra cosa que hacerte una advertencia final: *Coser una vorágine* carga con una maldición, la de atraparte sin remedio; la de no dejarte escapar mientras te adentras en su lectura y acabas conectado a la mente de esa diosa primigenia —a veces amable, a veces severa, a veces amarga— llamada Literatura. Porque esa es la misión del libro que tienes entre las manos: contar bien una buena historia.

Carlos Bassas del Rey
Escritor

Para Antonio Torrubia, el ariete más infatigable y generoso.

Para todos los lectores que creen haber llegado hasta este libro por puro azar.

Para toda mi familia, incluido el santo perro.

Para mis amigas, esa otra familia imprescindible.

Capítulo 1

—Pónganse los traductores —ordena la guía llevándose a la nuca el diminuto dispositivo biomecánico.

Ima amaga una mueca de disgusto y suspira. Su hijo la mira inmediatamente con desaprobación e inquietud, como diciendo: «¿No irás a dar la nota, verdad?» Así que Ima, a la que aquel chisme obsoleto siempre le recuerda a una asquerosa garrapata, se coloca el artefacto en el cuello sin hacer comentarios. El bicho electrónico corrige la localización y se desplaza, pespunteando la piel con sus frías patitas, un poco más abajo, justo hasta el nacimiento de la espalda. Entonces, Ima nota el leve pinchazo, no doloroso, pero sí sumamente desagradable. Mira a su alrededor y advierte la evidente diferencia entre los usuarios de su edad (todos con un gesto de fastidio o amarga resignación en el rostro) y los adolescentes como su hijo, que se colocan el invasivo traductor como si fueran unos simples auriculares de los que ella solía usar en su infancia.

Está claro, se dice, que es imposible conseguir una «experiencia nostálgica» totalmente fiel a la original y, ya que ha sido idea suya contratar una visita *vintage* con guía humana como las de épocas remotas, mejor no quejarse de los precarios métodos y de aquellas inevitables incongruencias.

A los quince minutos, su hijo ya se ha aburrido de la visita. Ahora, piensa Ima, alegará que tiene hambre o que le duele la cabeza para pedir irse de allí.

—Tengo que ir al baño, ¿podemos largarnos ya? —dice Onni.

Ima le lanza a su marido una mirada solícita para que se haga cargo del niño. Su marido también está harto de ver ruinas, así que quedan en reunirse dentro de un par de horas en una cafetería cercana.

Una vez sola, Ima puede disfrutar con tranquilidad de su paseo por el Foro Romano.

En un momento dado, la guía señala hacia un lateral de la vía Sacra y explica lacónicamente, con menos pasión de la que seguramente pondría una máquina, que allí cerca, en un extremo, está el pozo que se construyó sobre la vorágine; un agujero que, según la leyenda,

apareció en Roma en los primeros tiempos de la República y que empezó a tragarse todo a su alrededor. La guía no aclara más sobre el tema y prosigue con la visita. Nadie objeta nada al respecto, pero Ima se queda intrigada.

Cuando por fin concluye el recorrido, la guía les da tiempo libre para merodear por el Foro a su aire y, al igual que los numerosos gatos callejeros que también pululan por allí, la mayoría busca una piedra al sol donde dejarse caer. Ima vuelve de inmediato hasta el austero pozo. Curiosamente, ningún turista parece interesado en ese montón de piedras dispuestas en círculo que no levanta ni un metro del suelo. Desde luego, comparado con todo lo demás, es lo menos atractivo del emplazamiento, algo en lo que nadie repararía si estuviera en mitad de una calle.

Ima activa con una leve caricia el invisible Sensei injertado en su muñeca izquierda y solicita datos sobre «la vorágine del Foro de Roma». Al instante siente cómo la información resuena en su cabeza. Después, se le pide permiso para la instalación neurológica a largo plazo e Ima accede con una orden oral. Su hijo seguramente la reprendería por llenarse «la mollera con *spam*», pero la verdad es que aquella historia le parece de lo más sugerente. Ya se hará una limpieza de hipocampo cuando regresen a casa; ahora ya no resultan tan prohibitivas.

La leyenda cuenta que todos los esfuerzos de los romanos para detener la destructora vorágine fueron en vano. Hasta que el oráculo anunció que únicamente se cerraría si le ofrendaban lo más preciado que tuviese el Imperio. Entonces, el soldado Marco Curcio afirmó que lo más valioso eran la fuerza y el coraje de la juventud de Roma y, sin pensarlo un momento, se arrojó con su caballo hacia el insaciable agujero, salvando así de la aniquilación no solo a su país, sino al mundo entero. Aquel diabólico sumidero se cubrió con un lago que bautizaron con el nombre del héroe.

«Yo ya no serviría para cerrar esa cosa», se dice Ima con un deje de amargura. «Y menos en aquella época, entonces sería considerada una anciana».

Sacude la cabeza y también esos estériles pensamientos autocompasivos y mira con atención el interior del pozo que está tapado con tierra. Esas anécdotas extrañas; la morralla a la que se refiere su hijo y que normalmente los demás ignoran, son las que más le gustan y atraen a ella. Siempre ha sido así. Tiene un talento especial para quedarse con la información superflua, colateral, la que luego no

sirve para nada… Por eso se hizo antropóloga.

Se pregunta de dónde surgiría una historia semejante. Porque toda leyenda parte siempre de un hecho real. ¿Se abriría allí, en el centro de Roma, uno de esos extraños socavones que aparecen súbitamente tragándoselo todo? ¿Engulliría a un joven y noble Marco Curcio? ¿Era aquel relato una manera de poner un lenitivo y feliz final a un incomprensible desastre natural?

Esos colapsos de tierra repentinos son realmente espeluznantes, reflexiona Ima sin dejar de examinar el pozo. No es de extrañar que en aquella época generasen relatos desmesurados.

Mientras medita en todo esto le parece que algo, una ligera onda, ha barrido el interior del pozo desde el centro hacia el exterior. Parpadea y mantiene los ojos cerrados un instante; ha estado observándolo fijamente durante demasiado rato. Pero la vibración sigue allí cuando vuelve a mirar. Es más, parece estar intensificándose. ¿Un terremoto? ¿Un nuevo hundimiento de tierra a menor escala? No puede creer lo que ocurre. Y su marido y su hijo están ausentes, como siempre que ve alguna cosa extraordinaria. Luego, cuando se lo cuente, le dirán que es una exagerada. Decide activar el modo grabar de su Sensei. La vibración sigue cambiando, ahora se desplaza generando una espiral que cada vez va más rápida. Ima se inquieta, quizá debería marcharse, pero el extraño fenómeno no parece superar las paredes del pozo.

De repente, la espiral, sin dejar de girar, comienza a hundirse por el centro, como si fuera un filtro de café, e Ima nota un ligero viento agitando su melena de puntas azuladas. Es un viento que procede, sin ningún tipo de duda, del interior del antiguo pozo. Varios envoltorios de bioplástico dispersos por la calzada de piedra son aspirados por él. Está ganando fuerza. Ima mira a su alrededor, ¿en serio no hay nadie presenciando aquello? Siente que ella misma está siendo atraída hacia la espiral y empieza a preocuparse. Ya ha grabado bastante, mejor alejarse y avisar a alguien de lo que sucede.

Sin embargo, cuando trata de moverse, no consigue despegar los pies del suelo. Es como si también hubiera algo tirando de ellos. Le da vergüenza gritar pidiendo socorro; seguro que todo se queda en una tontería, como que están haciendo obras en el metro o incluso nuevas excavaciones arqueológicas. Se agacha, deja su bolso a un lado y se pone en cuclillas para ver si así puede oponer más resistencia. Pero esta estrategia resulta ser una decisión fatal porque, al hacerlo, el viento succionador, que también ha aumentado, consigue desestabilizarla por completo. En un segundo, cae hacia adelante y es

absorbida por la vorágine sin que nadie aparentemente se haya percatado del incidente.

Pocos segundos después, a este lado de nuestro universo, la espiral se estabiliza, la boca de tierra se cierra y todo regresa a la normalidad.

Capítulo 2

En el año 832 de la Era Radiante, el astrofísico Anewa Hök observó conmocionado, todavía incrédulo y temblando ligeramente, cómo un cuerpo se precipitaba hasta el mar desde la vorágine, situada en el firmamento a unos ocho metros sobre su cabeza, no muy lejos de donde él se encontraba esperando.

—Rápido, Tama, recupéralo.

Tama, el hijo de Anewa, se lanzó al agua y nadó hasta el lugar del impacto. Entonces se sumergió y, tras bucear un par de metros, agarró el cuerpo que se hundía a gran velocidad en aquella oscuridad verdinegra. Una vez en la superficie, consiguió arrastrarlo con esfuerzo hasta la barca.

—Es una mujer —constató Anewa.

Tama, todavía sofocado, advirtió la sutil agitación en la voz de su padre. Era la primera vez en quince años que lo veía realmente alterado. Y no era para menos; durante varias generaciones, su familia, como la de tantos otros astrofísicos, se había dedicado a investigar y perfeccionar la técnica del *shuitnebo* y parecía que, después de tanto empeño y entrega, Anewa había conseguido superar con éxito todos los obstáculos. Por fin había «cosido en el cielo» un agujero certero, justo en el lugar en el que deseaba hacerlo. Porque coser una vorágine era algo relativamente sencillo —su gente hacía ya un par de siglos que había descubierto cómo llevarlo a cabo—, lo complicado era realizarlo con exactitud. Las «puntadas» que se daban desde este mundo no acarreaban mayor dificultad, lo espinoso era ver y acertar por dónde salían, qué parte del tejido del espacio-tiempo colindante plegaban, perforaban y unían al agujero original. Debido, de hecho, a este inconveniente, todos los astrofísicos destinados a esta tarea desarrollaban sus investigaciones en el remoto atolón de Nïisk, donde no vivía nadie, aparte de aquellos solitarios investigadores. Esta necesidad había quedado patente cuando uno de sus antecesores generó una vorágine que arrojó sobre su país un asteroide que arrasó una zona de cientos de kilómetros cobrándose además numerosas víctimas. Sin embargo, lo que más miedo le daba a Anewa era toparse accidentalmente con uno de los millones de agujeros negros que componían la zona oscura del universo. Había técnicas para detectarlos, claro, pero aun así, esa posibilidad resultaba aterradora.

Anewa, en un intento por recuperar la templanza, se puso en cuclillas al lado de la mujer, todavía inconsciente, y le examinó las manos por ambos lados. Nada. No había ni llevaba en ellas nada extraordinario. «Eso habría resultado demasiado fácil», se dijo con resignada ironía. Lo único reseñable era un curioso y alargado tatuaje en tinta negra en el interior de la muñeca izquierda compuesto de finas líneas y puntitos; probablemente un símbolo tribal o decorativo, aunque quizá sí que se trataba de una señal, de una marca significativa.

En fin, meditó Anewa tras ajustarse las redondas gafas que se le habían desplazado hacia la punta de la aguileña nariz, fuera lo que fuera, su misión había concluido. No era capaz ni de imaginar cómo iba a afectar aquello a su vida, ni a la de Tama. Se daba cuenta, ahora que lo había logrado, de que, en realidad, nunca se había permitido creer que podría conseguirlo.

De todos modos, se apremió a sí mismo, lo que en ese momento correspondía era llevar a la mujer al barco que la estaba esperando y comunicar a palacio el éxito de la operación; aquella extranjera era demasiado importante y peligrosa como para no ponerla a buen recaudo de inmediato.

—Tama, dame el suero para que se lo inyecte.

El chico iba a replicar que la mujer no parecía amenazadora, pero al final no objetó nada y se limitó a sacar la jeringuilla del estuche que tenía a su lado. Sabía que no valía la pena discutir con su padre.

Ima fue trasladada hasta Lorient en un rápido bergantín y, una vez en palacio, encerrada en una celda, especialmente diseñada para ella, que llevaba centurias aguardándola.

Cuando por fin dejó de actuar el suero que le habían administrado durante días, la mujer abrió los ojos y lo primero que constató —aparte de hallarse tumbada sobre un precario camastro— fue que tenía las manos esposadas a la espalda con unas recias argollas. Una amarga descarga de miedo y adrenalina le subió desde el estómago dejándola sin aliento y poniéndola en pie de un salto. No podía andar metida en nada bueno si estaba encadenada y en lo que parecía una cárcel, una cárcel verdaderamente grande y antigua. Se esforzó por recordar y, poco a poco, los últimos acontecimientos regresaron a su mente. Si no se equivocaba, aquel pozo en el Foro la había succionado como una boca, igual que su hijo hacía con los flanes de gelatina. Esa fue la imagen que le vino a la cabeza.

Se preguntó si las autoridades italianas la habrían detenido por haber destruido patrimonio histórico. Podía ser, pero ¿era necesario esposarla como si fuera una peligrosa terrorista? Quizá, se dijo, el hundimiento del pozo había ocasionado serios daños, quizá incluso humanos, y creían que ella lo había provocado intencionadamente. Entonces, se acordó de la grabación que había hecho y suspiró aliviada. En cuanto alguien apareciese, le diría que tenía pruebas para demostrar su inocencia.

Lo que no acababa de explicarse era porqué tenía la impresión —era lo último que recordaba vagamente— de haber caído al agua; aunque sus ropas ya no estaban mojadas. Tal vez, aventuró, en el fondo del pozo todavía quedaban restos del lago que había habido allí mismo, el Curcio, puntualizó satisfecha. Eso debía de ser; el lago no había desaparecido, sino que había quedado oculto en un nivel subterráneo (lo cual también podía explicar las causas del derrumbe).

Bien, las piezas del puzle comenzaban a encajar y su corazón redujo sus pulsaciones gradualmente. ¿Pero cuánto tiempo habría pasado?, volvió a alarmarse de pronto. Su marido y su hijo, ¿estarían al corriente de lo ocurrido? Tenía que llamarlos de inmediato.

En ese momento se abrió la recia puerta metálica y reluciente situada a unos cinco metros frente a ella. Un hombre alto, de mediana edad y porte altivo, vestido con un largo y espeso abrigo de piel blanca que le llegaba hasta las rodillas y que contrastaba con su negrísima cabellera, entró en la espaciosa celda circular custodiado por los que parecían ser sus guardaespaldas: un hombre y una mujer jóvenes y atléticos armados con algo similar a los antiguos trabucos que Ima había visto en los museos y en los archivos de historia. Sus ropas también eran muy estrafalarias y coloridas, pero en fin, se dijo, se encontraba en Italia y ella no estaba muy al día en cuestiones de moda ni de armamento.

Antes de que pudiera decir nada, el hombre del abrigo, se dirigió a ella:

—*Ye schastliv de voir eich voi bod wach.*

Ima lo miró sin comprender. Aquello no sonaba al italiano antiguo que había utilizado su guía. Intentó llevarse la mano a la nuca para comprobar si el traductor seguía allí, pero no pudo hacerlo a causa de las esposas. Se concentró en percibir aquella parte concreta de su cuerpo y constató que el frío aparato continuaba insertado en su piel; ¿quizá no funcionaba debido al golpe? Entonces, como si este hubiera

notado que lo reclamaban, empezó a emitir en su mente, pero no exactamente una traducción, sino un mensaje desconcertante en finés, la lengua materna de Ima: «Disculpe las molestias, el idioma que acabo de registrar no se encuentra almacenado en la base de datos. Si desea que se active el "modo asimilación" y se proceda a analizar, descifrar e incorporar el nuevo idioma, por favor, facilite más escuchas».

Ima no tuvo más opción que contestar al hombre en *spanglish*, la lengua más internacional y hablada del mundo:

—Perdone, ¿qué ha dicho? Mi traductor no le ha entendido.

En la cara del hombre se dibujó un gesto de frustración y enojo. La mujer, situada tras él, le dijo algo y luego, el otro joven también añadió un comentario. Pronto los tres estuvieron absortos en una conversación privada e incomprensible para Ima.

«Incorporación terminada» —anunció mentalmente el traductor en un momento dado de la charla.

«Bien —contestó Ima mentalmente articulando cada palabra con suma claridad para que el aparato detectase que se trataba de una orden consciente—, procede por favor a enviar el nuevo idioma a mi dispositivo Sensei —y tras unos instantes, cuando la orden hubo sido ejecutada, volvió a ordenar—: Activación mental 7.2: Sensei, almacena la información que acabo de mandarte en mi memoria a largo plazo».

Ima sintió una fugaz corriente de energía subiendo desde su brazo izquierdo hasta su cerebro, como un escalofrío eléctrico y, de pronto, los sonidos incoherentes de aquellos desconocidos que seguían discutiendo se volvieron palabras inteligibles para ella. Aquella lengua extraña ya estaba incorporada a su memoria y podría comunicarse sin problema.

Normalmente se mostraba reacia a estas «asimilaciones instantáneas», pues era de los pocos que aún defendían lo que se conocía como «aprendizaje de valor», es decir, un aprendizaje tradicional realizado por medio del trabajo y el esfuerzo personal. Sus partidarios sostenían que la asimilación instantánea estaba atrofiando la mente de los jóvenes, que ya no se molestaban en aprender por sí mismos mediante sus propios medios y capacidades. Pero, en fin, se dijo: «A momentos desesperados, medidas desesperadas».

—Disculpen, señores —pronunció en el recién estrenado idioma

paladeando su sonoridad como si cada vocablo fuera un caramelo de un desconocido sabor—, ya he solucionado el problema. ¿Pueden decirme, por favor, dónde me encuentro y por qué estoy detenida?

Los tres personajes se giraron hacia ella y la observaron sorprendidos. El hombre del abrigo fue el primero en recuperar la compostura y, tras dar un par de pasos en su dirección, pero sin acercarse demasiado a Ima, se presentó:

—Soy Loïck de Choisi, líder de la familia suprema de Continente. Me alegra comprobar que habla nuestra lengua, por un momento hemos temido no poder comunicarnos con usted. ¿Se encuentra bien? Sufrió una caída considerable.

—¿Continente? —repitió Ima, confusa. Tal vez el precario traductor no había podido hacer un trabajo satisfactorio al cien por cien en tan poco tiempo—. ¿Se refiere usted a Europa?

—Ya, claro, perdone, todavía no está al corriente de su nueva situación. Verá —dijo el hombre mientras daba otro discreto paso hacia ella y le dedicaba una enigmática sonrisa—, nuestro reputado astrofísico, Anewa Hök, experto en la técnica del *shuitnebo,* ha creado una vorágine que ha plegado momentáneamente nuestro universo con el suyo y que la ha absorbido a usted hasta aquí. Es decir, ya no se encuentra en su mundo, sino en otro contiguo y, en cierto modo, reflejo del suyo.

Ima parpadeó unos instantes y luego soltó una carcajada.

—Vale, ya entiendo, esto es una de esas «aventuras simuladas» que se han puesto tan de moda. Seguro que ha sido cosa de mi hijo. Me había dicho que estaban muy bien hechas, pero he de reconocer que no me imaginaba semejante despliegue de realismo. Solo espero que no se haya gastado una fortuna, esto debe de ser carísimo...

El hombre que decía llamarse Loïck la miró con cierto desconcierto e impaciencia. Quizá había llegado el momento de dejarse de sutilezas e ir al grano. Ya había esperado bastante como para andar perdiendo más tiempo en explicaciones. Si la extranjera no le creía era su problema. Levantó el brazo derecho hasta la altura de su cabeza y luego lo soltó con fuerza describiendo un amplio arco, como si estuviera abofeteando a alguien. Entonces, Ima sintió en su cara un violento sopapo que casi la tiró al suelo. Cuando se recuperó, vio que su nariz estaba sangrando. El lado izquierdo de su rostro le ardía intensamente.

—Mira, mujer —dijo Loïck en tono áspero y olvidando ya todo trato formal—, no he venido aquí para esperar a que tú asimiles tus nuevas circunstancias. Quiero respuestas. Si no, tendré que sacártelas a golpes. Dime, ¿cuál es el poder que has recibido? Y mucho cuidado con utilizarlo contra mí. No dudaré en aniquilarte en cuanto hagas el mínimo gesto amenazador.

Loïck levantó la mano, la apoyó en el aire a la altura de su cabeza y unas huellas dactilares aparecieron, como por arte de magia, en medio de la nada. Ima comprendió que delante del hombre había un muro transparente que ella no había percibido antes y que los separaba a ambos.

Ima entendió también que aquello no podía tratarse de un sofisticado juego virtual encargado por Onni, lo cual, por otra parte, tampoco significaba que fuera a creer los estrambóticos desvaríos de aquel loco. Aun así, estaba claro que este no bromeaba.

—¿Poder? ¿De qué habla? Creo que se ha equivocado, de verdad, debe de ser un malentendido. Y si se trata de dinero, tampoco es que seamos precisamente ricos, pero si es lo que quiere, le transferiré de inmediato todos mis ahorros.

Loïck cerró el puño derecho, lo retrajo hacia su cuerpo y lo descargó con energía hacia adelante, otra vez en el aire, como si hiciera una kata. De forma simultánea, Ima, al otro lado del muro invisible, recibió en el estómago un tremendo impacto que la arrojó hacia atrás, dejándola sentada sobre el camastro. Durante un rato se quedó doblada sobre sí misma experimentando un dolor atroz. Se le saltaron las lágrimas. No tenía aliento para hablar. Pidió mentalmente a su Sensei un inhibidor para el dolor y una evaluación de daños: este le comunicó que no había ninguna lesión.

—A ver, entiéndeme, desde luego que no eres especial —dijo Loïck sonriendo con desprecio—, cualquier individuo de tu mundo me serviría igualmente. Tu poder, según los cálculos realizados por los hombres más sabios de este mundo, se genera por el hecho de haber descendido a un universo-espejo de nivel inferior. Lo que no sabemos es cómo va a manifestarse. Y quizá —meditó el hombre—, tú tampoco has tenido tiempo de descubrirlo… Está bien —concluyó—, te dejaremos un día para averiguarlo. Después seguiremos con la charla. Y recuerda: por tu propio bien, no intentes ninguna estupidez.

Una vez en el exterior de la celda, Loïck se dirigió hasta su despacho y

allí, en la puerta, despidió a su guardia personal: Madeleine y Sylvan.

Sentado en una elegante butaca, a un lado de la caldeada habitación y mirando por la alargada ventana con una copa de brandy en la mano, se encontraba Pierrick, su hermano mayor.

—¿Qué tal ha ido? ¿Has obtenido resultados? —preguntó este volviéndose hacia él.

—Bueno, de momento es pronto para eso, necesita tiempo para encajar la situación. Parece que ni ella sabe aún cuál es su potencial —contestó Loïck mientras se despojaba del grueso abrigo.

—Tal vez sea mejor así —indicó Pierrick con astucia—, si el vaticinio es correcto y «tiene en su mano poder para decidir el destino del mundo», puede que convenga que lo descubra poco a poco, de modo que nos dé tiempo a anticiparnos y a utilizarlo adecuadamente antes de que lo domine por completo y pueda volverse en nuestra contra.

Loïck asintió en silencio. Su calculador y pragmático hermano estaba en lo cierto. Tendría que controlar las desmesuradas ansias que sentía de utilizar el poder de la extranjera para que aquella legendaria capacidad se pusiera a su entero servicio.

—No estés de morros, hermano —dijo con guasa Pierrick advirtiendo el gesto ceñudo de Loïck—, hoy celebraremos un banquete sin parangón en honor del que muy pronto será dueño y señor de toda Geb.

Capítulo 3

Debido al impacto causado por aquella repentina información, Makh perdió la oportunidad de escabullirse por la puerta y se quedó atrapado en el despacho de Loïck, oculto tras un elegante sofá de cuero situado a la derecha del cuarto y casi pegado a la gran librería que cubría por entero aquella pared. Por suerte, Loïck se había apoyado en un lateral de su gran mesa de trabajo para charlar con su hermano, justo en el lado opuesto de la habitación.

Eso le pasaba por no haberse ceñido al plan, se reprendió Makh; otra vez su curiosidad lo había metido en un lío. Si lo pillaban allí no le darían opción ni de inventarse una excusa y acabaría, o bien en una celda de por vida, o bien directamente ejecutado. La familia Choisi, líder suprema de Continente durante generaciones, no se andaba con tonterías.

Al cabo de unos diez minutos, los dos hermanos abandonaron el despacho. Makh reconoció el chasquido de la cerradura de la puerta al cerrarse con llave.

Tocaba salir por la ventana. Se asomó con precaución. Cinco pisos más abajo, en los geométricos y pulcros jardines de palacio, había desplegadas varias patrullas de soldados que vigilaban todo el perímetro. Lo más acertado sería escapar por los tejados.

Estaba saliendo al alfeizar cuando se acordó de aquella extraña mujer que Loïck había capturado y que él había descubierto por casualidad. Si como acababa de oír, estaba destinada a controlar el destino del mundo, no podía dejar pasar la ocasión de arrebatársela a los Choisi, aunque aquello iba muchísimo más lejos de su misión original. Bibek iba a matarlo…

Makh se escabulló por la primera ventana que encontró abierta en aquella misma planta, llegó al pasillo y, tan ligero como un fantasma, se deslizó hasta los niveles inferiores donde se hallaba la celda de la mujer, evitando fácilmente a todos los guardias y criados con los que se cruzó por el camino. La llave ya la había robado del despacho de Loïck, quien la había guardado en una caja fuerte antes de marcharse con Pierrick. Todavía le resultaba increíble que la gente confiase sus pertenencias más valiosas a aquellos artefactos tan rudimentarios y sencillos de manipular. Él llevaba burlándose de ellos desde los siete

años.

Una vez dentro de la celda, se acercó al panel que controlaba el muro transparente y el sistema de alarmas, y, en un par de minutos, descifró la contraseña que lo abría y cerraba; se trataba, una vez más, de un mecanismo similar al de una caja fuerte, sofisticado pero igual de vulnerable. Después, tras desbloquear con una ganzúa las argollas de acero de la aturdida prisionera, le indicó que había ido a salvarla, y esta aceptó su palabra de buen grado; cualquier cosa sería mejor que quedarse allí.

No era lo que había pensado hacer en un principio, pero Makh tuvo que resignarse a tomar el mismo camino por el que se había colado en palacio: la red de alcantarillas.

Por su parte, Ima continuaba desconcertada y no sabía muy bien qué pensar de la repentina aparición de aquel muchacho de pelo rubio y grandes ojos azules vestido como un criado de otros tiempos y que, al menos, parecía inofensivo. ¿Realmente quería ayudarla o se trataba de una trampa? Fuera como fuera, no tenía nada que perder y quizás, lejos de aquellos muros, consiguiera por fin cobertura para comunicarse con los suyos. Lamentó no haber invertido más dinero para actualizar su comunicador con el nuevo sistema de entrelazamiento cuántico, de esa forma, no habría tenido ningún obstáculo para contactar con ellos instantáneamente, aunque de veras se hallase en otro mundo o en el mismísimo infierno. Onni tenía razón, estaba hecha una anticuada.

Conforme avanzaban por los lúgubres pasillos subterráneos, se quedó maravillada ante la extrema agilidad y sigilo de su guía, que sorteaba y noqueaba a los guardias con una elegancia y eficacia pasmosas. Era como si estuviera ejecutando un perfecto baile largamente ensayado. Pronto estuvieron en el extenso laberinto de las cloacas.

Media hora más tarde, emergieron por una alcantarilla a un repugnante callejón de suelo adoquinado y pegajoso. Apestaba a basura descompuesta y a orines, aunque ellos olían todavía peor. Makh le indicó a Ima que se detuviera. Después, movió ligeramente una montaña de palés de madera y los dos se colaron por un angosto agujero abierto en la pared del edificio. Aparecieron en un sótano de aspecto desolado, luego subieron por unas viejas escaleras, en las que se cruzaron con varias ratas de buen tamaño, y por último, entraron en una buhardilla equipada con unos pocos muebles. Por las estrechas

claraboyas del tejado se colaba la luz anaranjada del atardecer. Una figura se acercó hacia ellos desde el fondo e Ima lanzó un grito ahogado.

—Llegas muy tarde, ¿quién es esta mujer? ¿Por qué cojones grita?

—No he tenido más remedio que retrasarme para rescatarla —contestó Makh a su interlocutor—, resulta que es alguien que la familia Choisi ha estado esperando durante siglos, así que no me he resistido a aguarles la fiesta. Si no he entendido mal, resulta que viene de un mundo paralelo. Las misteriosas investigaciones en Nïisk debían de ser para eso.

El extraño personaje asintió varias veces en un claro intento por asimilar aquella inesperada información. Makh prosiguió muy excitado con las explicaciones:

—Creen que ella podrá hacer realidad un vaticinio que asegura que tiene en su mano el destino del mundo. A mí no me parece muy poderosa, la verdad… Si ha desarrollado una de las Habilidades, todavía no ha dado muestra de ello, aunque Pierrick dijo que igual necesitaba un tiempo para aclimatarse y descubrir su potencial.

—Si puedo apuntar algo —se atrevió a intervenir finalmente Ima, que todavía no podía apartar los ojos de aquel ser cubierto por un denso pelaje rojizo y con aspecto de lémur homínido que tenía plantado delante—, me parece que todo esto es un enorme error. De verdad que yo no poseo ningún poder ni habilidad especial. Quizá lo de la vorágine interdimensional sea cierto, pero me temo que ese augurio en el que ellos creen debe de haber sido malinterpretado. Yo, desde luego, no me trago esas memeces, es algo tan primitivo y absurdo. Parece el argumento de una mala novela.

—La familia Choisi no perdería su tiempo ni sus recursos en seguir un vaticinio infundado —objetó Makh—, sin duda se habrán asegurado antes de comprobar que provenía de una vidente fidedigna.

—Vidente fidedigna —repitió Ima irónica—, eso es un completo oxímoron; una contradicción absoluta.

Sus compañeros la miraron sin entender. ¿Por qué iban a ser aquellos términos irreconciliables? Todo el mundo sabía que había gente que desarrollaba la Habilidad de la Premonición. Era cuestión de tener talento y comprometerse con el duro adiestramiento en la Logia correspondiente. Quizá, pensó Makh, el escepticismo de la mujer se debía a que procedía de otro mundo. Ciertamente, habría que darle

muchas explicaciones, pero lo primero era lo primero.

—Bueno, ya hablaremos de todo esto. Ahora deberíamos presentarnos, darnos una buena ducha y comer algo. Mi nombre es Takhiany Makh, pero todos me llaman Makh, y este es mi compañero, Bibek.

De pronto, el Sensei de Ima le hizo mentalmente un comentario al respecto:

«Makh significa “tripas” en mongol, y Takhiany, “pollo”. Es decir, este individuo se llama “Tripas de pollo”. Al parecer, este nuevo idioma es una aglomeración de más de cincuenta lenguas, aunque algo alteradas».

Ima abrió los ojos, sorprendida; no era habitual que su Sensei se activase por sí solo para darle información no solicitada. En realidad, pensó, no lo había hecho nunca (aparte de para cuestiones médicas puntuales). Tal vez, meditó, se debía a la interconexión que ella había establecido antes con el traductor. De hecho, los datos que le había ofrecido eran más propios de este. Pensó que si Onni pudiera verla ahora le restregaría un «ya te lo dije» bien merecido por haber defendido que no valía la pena realizar una descarga neuronal de la biblioteca de idiomas terrestres; si lo hubiera hecho, habría podido prescindir de ese obsoleto traductor adicional. Por si las moscas, decidió desinstalarse el pequeño aparato en cuanto estuviera a solas.

Vio que sus estrambóticos anfitriones la miraban con curiosidad por el largo silencio, así que improvisó una respuesta:

—«Tripas de pollo», vaya, ¿es un nombre muy popular por aquí? Yo tengo uno bastante más soso; Ima. No significa nada —mintió para no entrar en explicaciones que pudieran dar a entender que trataba de alardear del suyo.

—Es un nombre disuasivo —comentó Bibek mientras su amigo le lanzaba una dura mirada de reprobación que él ignoró de todos modos —, en el pueblo de Makh, como en muchos otros, les ponen a los bebés nombres desagradables para demostrarle a la muerte que no merece la pena que se los lleve. Si superan la primera infancia, cosa que no hacen demasiados, sus padres les dan un nombre adulto normal.

—¿Y por qué él sigue llevándolo si no se ha muerto? —preguntó intrigada Ima, que ya había estudiado creencias semejantes en otras culturas antiguas de la Tierra.

—Porque es un cabezota supersticioso —contestó Bibek— y además…

—Ya está bien —interrumpió tajante Makh—, no creo que sea el momento de discutir este tema, personal, por otra parte. Démonos una ducha y comamos algo, estoy hecho polvo.

—No quisiera ser grosera —se aventuró a preguntar Ima a Bibek—, pero ¿por qué pareces un lémur, es algún tipo de disfraz holográfico?

—¿Es que no hay *Haarig* en tu mundo? —preguntó a su vez el aludido, que no había entendido del todo la pregunta.

Ima negó con la cabeza.

—Bueno, tampoco es de extrañar…, somos una de las razas que surgieron tras «La Colisión» —continuó explicando el joven—, humanos que sufrieron varias alteraciones hace unos quinientos años y por las que, en nuestro caso, volvimos a desarrollar el pelaje y la cola vestigial, o sea, el puto coxis. No hay mayor misterio.

Ima asintió con la mayor impavidez posible y trató de apartar la mirada de la larga cola anillada que se movía en la espalda de aquel extraño ser, no quería ofenderlo, pues este había pronunciado aquella última frase con un ligero tono desafiante. Entendió que sería mejor no seguir indagando, aunque se moría de ganas por hacerlo. Se sentía como dentro de un sueño o una alucinación y esperaba despertar en su cama en cualquier momento; esa era la única razón por la que todavía no había sufrido un ataque de ansiedad.

Cuando Ima se hubo acostado, tras haberse aseado y tomado una frugal cena, Makh y Bibek aprovecharon para hablar en privado sobre sus asuntos.

—Bueno —dijo Bibek, sentado a la desvencijada mesa de madera con un vaso de vino barato entre sus peludas manos—, ¿y cómo ha ido la misión? Con todo este jaleo todavía no me has dicho si lo has conseguido.

Makh metió su mano en un bolsillo del chaleco que llevaba bajo la chaquetilla y extrajo un tenedor de postre hecho de plata.

—Los informes no se equivocaban —dijo a su compañero—. Aquí la tienes: nuestra pieza número veinte, no está nada mal.

—Está bien camuflada la hija de puta. Mira los arañazos, las mellas,

sin duda ha sido usada mucho tiempo como un vulgar cubierto.

—Sí, si no fuera por tu bendito mdogo-receptor habría sido muy difícil de encontrar. Y más vale que la guardaban en un cajón en las cocinas de los criados; lo de colarse en el palacio ha sido lo más temerario que hemos hecho hasta ahora.

—Venga, no seas modesto —comentó Bibek—, sabes que serías capaz de robarle los calzoncillos al mismísimo Loïck en mitad de un discurso.

Makh, a quien incomodaban los halagos, cambió de tema radicalmente, aunque sabía que ese asunto tampoco iba a ser fácil.

—¿Qué vamos a hacer con ella?

—No lo sé. Lo de traerla contigo por fastidiar a los Choisi ha sido una estupidez mayúscula. Perdona que te lo diga, pero eres imbécil. Si se queda con nosotros, todo el jodido ejército de Continente se nos va a echar encima, lo cual no va a facilitarnos precisamente las cosas… Alguna vez deberías pensar lo que haces por un puto momento.

—Bueno, lo hecho, hecho está. Ahora no podemos abandonarla a su suerte.

—¿No? ¿Y por qué no? Si esa mierda de augurio es cierta, tenemos en nuestras manos un marrón de la hostia.

—¿Crees que ese Anewa del que hablaban podría devolverla a su mundo?

—Supongo que sí —concedió Bibek con desgana—. Pero no va a ayudarnos voluntariamente, a no ser que lo secuestremos y le obliguemos a hacernos el favor.

Ambos sonrieron con amago sarcasmo ante semejante ocurrencia descabellada.

—Tenemos que pasarle la pelota a alguien competente —dijo al cabo Bibek mientras se acariciaba la lanuda barbilla —, aunque no sé a quién…Cualquier gobierno al que se la encomendemos terminará por utilizarla con el mismo propósito. Todos los políticos son la misma escoria. En cuanto esté en su poder, intentarán usarla para expandirse… Ni siquiera me fio de la Insurgencia. Aunque, en fin, tampoco es problema nuestro.

—Yo tampoco me fio —ratificó Makh, pensativo y, tras un breve lapso, añadió—. ¿Y si buscamos en Xatarov a otro astrofísico? Es allí donde tienen su principal escuela, ¿no?

Bibek lanzó un juramento y, tras cagarse en la vida, en la suerte y en los malditos huesos de su compañero, asintió a regañadientes.

—Creo que, de momento, es nuestra mejor opción. Así nos alejaremos de aquí y podremos buscar más piezas por aquella zona. Deberíamos partir mañana mismo. Oye —añadió entonces Bibek—, ¿tú te fías de ella?

—Umm —dudó Makh, que como ladrón y embaucador instruido tenía buen ojo a la hora de calar a la gente—, me parece que es una buena persona y que realmente lo único que desea es regresar a su mundo, pero me da la impresión de que no nos lo está contando todo, aunque, por otro lado, es perfectamente comprensible, dada su situación. También ella estará evaluando hasta qué punto puede confiar en nosotros.

Capítulo 4

—¿Qué habéis averiguado? —disparó impaciente Loïck a sus dos lugartenientes en cuanto se colocaron tras el escritorio de su despacho.

—Creemos que se trata de un *Cercatore*, un *Hanta* más concretamente, pues un vulgar ladrón habría aprovechado para robar objetos de valor. Además de a nuestra prisionera —aclaró Sylvan—, no se ha echado nada en falta, lo que es muy típico de su *modus operandi*. Pueden pasar meses hasta que alguien se dé cuenta de lo que han sustraído. Ya sabe, *monsieur*, podría tratarse incluso de una simple pinza de tender.

—¿Pero por qué un *Cercatore* se arriesgaría a cometer semejante locura? ¿No es más lógico pensar que se trata de algún agente enemigo o bien de algún miembro de la Insurgencia?

—Es lo lógico y lo primero que hemos pensado, pero mi intuición me dice que es uno de esos irritantes *Ricercatori* —afirmó secamente Madeleine.

—Con el noventa y cinco por ciento de fiabilidad de Madeleine, más el cinco por ciento que aportan los indicios que hemos encontrado, podemos dar un cien por cien de veracidad a esta teoría —concluyó Sylvan.

Loïck sabía de sobra que, llegados a ese punto, no había nada que discutir. Madeleine era una Intuitiva de máximo nivel. Se había graduado en su Logia con un ochenta por ciento de precisión, cosa que había ocurrido en contadas ocasiones a lo largo de toda la historia de aquella Habilidad. Y en tan solo unos años, desde que terminara su preparación, había ascendido hasta un noventa y cinco por ciento, lo que la situaba entre las Intuitivas más certeras del mundo. Por eso Loïck la tenía a su servicio personal. Aun así, prefirió no dejar ningún cabo suelto.

—¿Cuáles son exactamente esos otros indicios?

Madeleine apenas tensó sus labios un momento, pero Loïck la conocía desde que era niña y supo que le había molestado la pregunta; la joven era muy susceptible ante el hecho de que cuestionasen sus capacidades, pero también era fría y orgullosa, y por nada del mundo

exteriorizaría su malestar ante él.

—Una de las criadas —explicó esta en tono cortante— afirma que vio a un muchacho en las cocinas del servicio y que cuando le preguntó quién era, él le contestó que un nuevo aprendiz a cargo de la gobernanta, la señora Muin. Ella le creyó porque, efectivamente, el ama de llaves lleva semanas diciendo que quiere un nuevo ayudante para la cocina. Hemos preguntado a esta si había contratado a alguien y ha dicho que no. El chico no debía de superar la veintena, era muy rubio y de ojos azules. Tenía acento de las islas del sur.

—Pues si de verdad se trata de un *Hanta* seguro que esos datos no nos son de gran utilidad —objetó Loïck.

—Bueno —rebatió Madeleine— es cierto que seguramente no será ni rubio ni de ojos azules, ni tampoco del sur, pero es muy probable que sea joven. La vejez es fácil de fingir, pero no así la juventud.

—¿Y por qué uno de esos rateros osa desafiar a la máxima autoridad del país llevándose a una prisionera de una celda de alta seguridad?

—*Intuyo* —remarcó la joven— que fue algo completamente fortuito. Hemos rastreado el camino que tomó para huir y este llega hasta las cloacas. Bien, puede ser que, cuando se coló por aquella zona, nos viera entrar en la celda y escuchara nuestra conversación. Entonces, se dio cuenta del gran valor que tiene la prisionera y decidió sacar tajada vendiéndola a otro gobierno. Después, se deslizó en el despacho tras nosotros, abrió la caja fuerte, robó la llave de la celda, desactivó el muro y huyó con la mujer.

—O sea: coser y cantar. Bien —resolvió Loïck tras levantarse y pasear un rato por la lujosa habitación—, para empezar voy a tomar dos medidas. La primera va a ser ejecutar al jefe de seguridad y la segunda es que voy a decretar una ley de efecto inmediato por la que todos los *Ricercatori* serán declarados criminales y podrán ser detenidos desde mañana mismo. Explicaremos el motivo de dicho cambio y anunciaremos que si delatan al culpable de este grave delito contra el gobierno se les otorgará una amnistía extraordinaria, siempre que juren además abandonar dicha actividad.

—¿Vamos a contar que se han llevado a un prisionero de semejante importancia?

—Por supuesto que no, Sylvan —contestó Loïck, impaciente—. Solo contaremos la parte del allanamiento y del ataque a nuestros soldados. No nos conviene llamar la atención sobre la extranjera. Desde mañana

a primera hora quiero a toda la guardia de la ciudad deteniendo hasta el último *Cercatore* que encuentren;incluidos los *Lapurrak*, trabajen para quien trabajen. Luego, Madeleine, tú te encargarás personalmente de los interrogatorios.

Esa misma tarde los ciudadanos de Lorient, capital de Continente, fueron los primeros en enterarse de la nueva ley que acaba de entrar en vigor. A ninguno le pilló por sorpresa una decisión tan repentina y drástica de su caprichoso Líder, era algo habitual en él, pero sí les chocó el contenido de la misma. Desde el surgimiento de los *Ricercatori*, hacía ya más de cuatro siglos, todos los gobiernos habían tolerado a este colectivo dedicado a buscar las piezas dispersas de «La Gran Máquina». De hecho, el primer grupo de *Ricercatori* había sido bautizado y formado bajo las órdenes del respetado monarca de Liosh. Actualmente, tan solo en alguna isla lejana del oeste, este movimiento se consideraba ilegal (las atrasadas islas del oeste, siempre temerosas y llenas de supersticiones, sostenían que «La Gran Máquina» caída desde el cielo era en realidad una máquina de destrucción; un arma que un demonio enemigo había mandado para devastar Geb y que, por suerte, los dioses habían derribado a tiempo). Esta teoría, además, se veía reforzada, según ellos, por la abominable aparición —poco después del advenimiento del artilugio en lo que se llamó «La Colisión»— de las primeras mutaciones en personas que derivaron en muy pocas generaciones en nuevas razas humanoides, como la de los *Haarig*.

En el resto del mundo, las opiniones se dividían entre los que creían justo todo lo contrario (que era una máquina prodigiosa, un regalo enviado a Geb por seres superiores que querían ayudar a su desarrollo) y los que pensaban que simplemente había sido un mero accidente y que el artefacto —desde luego de una cultura más avanzada y desconocida— debía de haberse desviado de su ruta, o bien se había averiado y había terminado desintegrándose en la atmósfera gebeana. Según el país que fuese, este colectivo de buscadores de piezas gozaba de mayor o menor simpatía y tolerancia, aunque estaba claro que ningún padre deseaba que su hijo o hija terminase dedicándose a tan incierto oficio.

En los primeros años, tras la caída de «La Gran Máquina», se desató un verdadero furor, y medio mundo se lanzó a buscar las piezas diseminadas por el planeta. Una prestigiosa vidente de la época, que luego se convertiría en la primera directora de la Logia de las Intuitivas, concretó que en total eran 496. Sin embargo, los esfuerzos de esta Logia por encontrar cada una de ellas fueron en vano. Había

algo que eludía sus mentes.

Para terminar de complicar la situación, las piezas entraron en lo que luego se denominó «modo camuflaje», tomando la apariencia de meros objetos cotidianos, totalmente anodinos a simple vista. Este hecho contribuyó a dispersarlas todavía más, pues al ser confundidas con simples enseres, la gente las adquiría, se las llevaba y las intercambiaba sin saber lo que en realidad eran. Entonces, la fiebre buscadora remitió igual de rápido que había surgido y, durante mucho tiempo, el tema fue olvidado. Hasta que ochenta años después, un físico *Haarig* llamado Otto Sousa descubrió que los objetos emitían una resonancia en una frecuencia única y diseñó un dispositivo capaz de determinar, tras golpearlos, si un objeto era real o una pieza camuflada. Esto volvió a animar a unos cuantos a reemprender la búsqueda, pero ya sin el amplio seguimiento popular anterior pues, aún con la ayuda del Detector de Sousa, encontrar las piezas suponía una verdadera odisea.

Los *Ricercatori* (*Cercatore* en singular),se convirtieron en un colectivo formado casi exclusivamente por irreductibles soñadores o por gente desesperada, parecía no haber término medio. Los que se lanzaban a esta misión porque no encontraban otra salida mejor en sus vidas formaron pronto un grupúsculo especial que recibió el nombre de *Lapurrak,* que se dedicaba a robar a los demás *Ricercatori* las piezas que estos habían reunido. Luego, las vendían al mejor postor. Muchos de ellos trabajaban para importantes coleccionistas. En cuanto a los soñadores, que se afanaban por indagar, encontrar y seguir pistas para dar con las piezas, pasaron a formar un grupo conocido con el nombre de *Hanta* o cazadores.

Capítulo 5

—Hemos sido unos capullos —se lamentó enojado Bibek, que manejaba en popa el timón de su vieja barcaza con una mano mientras con la otra fumaba un arrugado cigarrillo.

Makh, de espaldas a él y vestido con la ropa típica de los marineros de la zona, asintió con un gesto preocupado sin dejar de observar cómo, tras ellos, empequeñecía la costa de Lorient a un ritmo que se le antojó desesperadamente lento.

—No pensé que las consecuencias fueran a ser tan rápidas ni tan drásticas. Menos mal que aquí apenas nos conocen. Esos cabrones han desatado una auténtica caza de brujas.

Oyeron entonces el golpeteo de un puño en la puerta de la alargada cabina que ocupaba casi por entero la cubierta de la nave. Al parecer, Ima quería hablar con ellos. Bibek le hizo un gesto con la barbilla a Makh para que fuera a ver.

—No —dijo Makh nada más entrar en la cabina—, todavía no puedes salir, aún no estamos lo suficientemente lejos.

—Vale, pero al menos, ¿puedes contarme qué planes tenéis? Todavía no me habéis dicho nada. Oye —añadió Ima observando el rostro del joven—, ¿es cosa mía o tu pelo y tus ojos se están aclarando?

—Lo de mi pelo blanco es por el efecto secundario de las *Anuenue* —explicó Makh—. Son plantas cuyas semillas tienen la propiedad de colorar todo el vello corporal. Hay mucha variedad de tonos y es menos agresivo que un tinte. El color desaparece en unas horas si no se siguen tomando. Llevo usándolas tanto tiempo que ya ni recuerdo de qué color era mi verdadero pelo. En cuanto a los ojos, estos son los míos —sonrió el joven apuntando a sus ojos grises—, ayer llevaba ventosas de color. Por cierto, tú también deberías cambiarte el pelo, ese tono azul es demasiado llamativo.

Ima aceptó de buen grado la respuesta, pero no se quedó satisfecha, pues aquella contestación acababa de suscitarle miles de nuevas preguntas. No obstante, recordó cuál era su prioridad y volvió a interesarse por su destino.

—Nos dirigimos a Xatarov, una isla donde se encuentra la escuela más prestigiosa de astrofísicos de Geb. Quizá allí encontremos a alguien que pueda devolverte a tu mundo.

Ima, como si se tratase de una repentina nausea, hizo un tremendo esfuerzo de voluntad y volvió a tragarse aquel agrio sentimiento de irrealidad y vértigo que pujaba por salir de sus tripas desde su llegada a aquel mundo. Era la única forma de poder continuar con la conversación. Si sucumbía a él, muy probablemente acabaría sufriendo una crisis nerviosa. Y no podía permitirse tal cosa. De momento, había decidido que lo aceptaría todo sin rechistar y, cuando aquella locura pasase y ella estuviera a salvo, ya tendría tiempo de analizar y comprender. Era como en los viejos tiempos, cuando Onni y ella jugaban en el cuarto de simulaciones y ella aceptaba completamente su avatar sumergiéndose en la historia hasta que la función terminaba.

—¿Y cuánto nos va a llevar llegar hasta allí? —preguntó tragando saliva.

Makh se dirigió hasta una desordenada estantería en el interior del camarote y tomó un pergamino que desenrolló sobre la mesa ante la que se había sentado la mujer.

—Este es un mapa del hemisferio norte de Geb. Estamos aquí, saliendo de Continente, y nos dirigimos hacia aquí —indicó el joven señalando con el dedo una pequeña isla casi en la esquina superior derecha del mapa—. Si el tiempo nos acompaña, puede que lleguemos en unas tres semanas.

Ima observaba el mapa casi sin ver. De nuevo las dudas y objeciones se precipitaban en su mente como frutos caídos en el bosque tras una tormenta, y debía centrarse en escoger, de entre todos ellos, los únicos que podían aportarle verdaderos nutrientes, es decir; las preguntas que podían ayudarla a avanzar, cosa que, sumando además su curiosidad innata, le resultaba realmente difícil de realizar. Recordó las palabras con las que solía amonestarla un antiguo profesor suyo de la Universidad cada vez que hacía una exposición oral: «Señorita Virtanen —le decía—, no divague y vaya al meollo, merodea usted más que un oso hambriento».

Por culpa de aquel viejo había tenido que aguantar durante varios años el mote de *Kontio* (un eufemismo que se utilizaba en la mitología finesa para referirse al oso; tótem sagrado por excelencia cuyo nombre no debía pronunciarse en voz alta y que significaba «habitante de la

tierra»). Era un mote típico de los estudiantes de primer curso de Antropología, a quienes les gustaba hacer ostentación de sus recién adquiridos conocimientos. Y lo cierto es que al final le había tomado cariño tanto al mote como a aquel animal errabundo. Tras pensar mucho en ello, había llegado a la conclusión de que en el mundo existían dos clases de personas: las que van directas hacia una meta determinada —como la leona cazadora que se lanza hacia la manada de ñus—, y las que, como ella, merodean embelesadas por los bosques hasta que algo se cruza en su camino y entonces deciden que aquel bien podría constituir un jugoso objetivo.

En esas reflexiones se hallaba cuando, de pronto, su Sensei volvió a activarse y a ofrecerle información no solicitada. No pudo evitar dar un respingo en su asiento.

«He estado haciendo reconstrucciones hipotéticas sobre este mapa y parece bastante probable que sea el resultado de una tremenda atomización de una orografía muy similar a la de nuestro planeta. Si se fija, el país llamado Continente, encaja bastante bien con lo que sería el centro de Europa, hasta Rusia, si lo despojamos de todas las penínsulas e islas como España, Italia, Reino Unido y demás. Mire».

Entonces el dispositivo proyectó en la mente de su dueña unas imágenes en las que este proceso de desintegración iba desarrollándose paulatinamente.

«Calculo que si continúo este proceso inverso de reconstrucción, obtendré una geografía análoga a la de la Tierra. ¿Desea que complete la operación?»

—¡No! —soltó en voz alta una enfadada y aturdida Ima.

Makh la miró también sobresaltado. De nuevo la mujer parecía haber quedado completamente abstraída en sus pensamientos. Se preguntó si sufriría algún tipo de demencia quizá debida a la conmoción de su violenta llegada. Era como si estuviera en otro lugar hablando con los espíritus.

—¿Te encuentras bien?

Ima volvió a dudar. ¿Debía hablarle a Makh de su Sensei? No sabía explicar por qué, pero algo le decía que era mejor mostrarse prudente a aquel respecto. Por lo que había visto hasta el momento, la tecnología de aquel mundo era también muy diferente a la del suyo y, desde luego, muchísimo más atrasada. Pero, sobre todo, Ima se cuestionaba si no sería mejor desactivar el dispositivo de forma

permanente, algo que prácticamente resultaba impensable en condiciones normales. Salvo por alguna avería puntual que se solucionaba enseguida, no había necesidad de prescindir de aquel instrumento que era parte de su cuerpo casi desde que nacían y de ella, en particular, desde hacía varias décadas. Sería como tener que amputarse un miembro, tal vez peor, se dijo, pues, de poder elegir, casi preferiría que le arrancaran un dedo o una oreja.

Después de haberse quitado el traductor la noche anterior, había confiado en que el posible problema de interferencia entre ambos sistemas ya se habría resuelto.

Trató de tranquilizarse argumentando lo que le habían enseñado desde pequeña: que un Sensei estaba diseñado y programado para cuidar y asistir a su anfitrión y para que le fuera del todo imposible dañarlo o actuar ajeno a la voluntad de este. Era como pensar que, de pronto, tus piernas, pudieran decidir por su cuenta llevarte hasta el borde de un precipicio y luego saltar.

Sin embargo, pensó inquieta Ima, también había que considerar que se hallaba en una situación completamente inverosímil en la que ya empezaba a poner en duda todo lo que sabía y había creído hasta entonces.

Hizo un severo esfuerzo por regresar al presente.

—Disculpa, Makh, desde que he llegado hay veces que se me va un poco la cabeza… Estaba pensando en otra cosa y me he sobresaltado. Esta situación me supera. El plan me parece bien, solo que no había considerado la idea de permanecer tanto tiempo aquí.

En cuanto Makh subió a cubierta, Ima resolvió ocuparse de aquel apremiante asunto. Activó su Sensei mentalmente y le preguntó por qué le estaba dando información no solicitada.

«Tras valorar la situación, he decidido que, a pesar de que las probabilidades de que estemos realmente en otro universo son ínfimas, pues hace tiempo que se descartó la teoría de los multiversos, lo más conveniente para su seguridad es actuar como si fuera cierto y, por tanto, tomar un papel más activo; al menos hasta que logre deducir qué es lo que está ocurriendo. Si usted quiere que restaure el protocolo anterior, lo haré de inmediato».

Ima suspiró aliviada. Aquella explicación la dejaba algo más tranquila.

«¿Y no has pensado que he podido volverme loca?» —preguntó sintiéndose muy rara por estar manteniendo una conversación de esa índole con su hasta entonces aséptico e impersonal dispositivo sanitario y de información.

«He realizado un escaneo exhaustivo de su cerebro y no he detectado ningún daño neurológico. Además, soy capaz de percibir y recopilar información del mundo por otros canales independientes a los suyos, como bien sabe, incluso cuando usted no se encuentra "operativa". Todo lo que ha experimentado hasta ahora es completamente constatable».

Ima sonrió ligeramente. A pesar de las palabras de su Sensei, todavía no descartaba haberse vuelto loca o encontrarse drogada o en coma, o dentro de una simulación intrincada y horrible.

«Bien —contestó al fin—, creo que tienes razón y que podrá ser de ayuda que me ofrezcas información cuando lo estimes necesario. Pero, por favor, hazlo solo con lo que sea de veras relevante para ayudarme a volver a casa».

«Lo intentaré. Admito que, de momento, me está costando discernir qué información es pertinente y cuál no. Espero que me perdone».

«No hay nada que perdonar —pensó Ima sintiendo de pronto una inusual ola de empatía por su dispositivo—, a mí me pasa exactamente lo mismo. Iremos aprendiendo juntos. Otra cosa, la próxima vez que vayas a hablarme, trata de no sobresaltarme de este modo o los demás acabarán sospechando de mí».

Se produjo un silencio de unos pocos segundos.

«Está bien, trataré de ser más sutil».

Una hora más tarde, Makh le anunció que ya podía salir a cubierta. Ima, con su media melena totalmente negra debido a las semillas de *Anuenue* que había tomado, tuvo entonces tiempo de observar con más atención la gran embarcación en la que se encontraba y que, debido a su huida repentina de madrugada, no había podido ver con claridad.

—No me había fijado en que tenía una vela —le comentó a Bibek, que también vestía con ropas típicas de marinero.

—Eso es porque no la desplegamos hasta encontrarnos en altamar. El mástil es extensible, como un catalejo —explicó Bibek haciendo un

ilustrativo gesto vertical y ascendente con las manos—. Mientras estamos en la costa, nos conviene hacernos pasar por una destartalada embarcación de corto alcance; nadie sospecha que se pueda huir muy lejos en una vieja barcaza diseñada para navegar y transportar mercancías por los canales y la bahía.

—O sea, que estáis acostumbrados a este tipo de salidas precipitadas… ¿Es muy indiscreto si os pregunto a qué os dedicáis?

Bibek y Makh se lanzaron una rápida mirada interrogativa y finalmente Makh tomó la palabra.

—Somos *Ricercatori*, es decir, buscadores de piezas de «La Gran Máquina». Pero no de los *Lapurrak*, nosotros nos dedicamos a encontrar nuestras piezas honradamente, aunque las tengamos que sustraer de algunos lugares, como esta última, que estaba en las cocinas del palacio de los Choisi. Fue por eso que tropecé allí contigo.

—Vale —dijo Ima tomando una bocanada de un aire frío y salubre—, no he entendido ni media palabra.

Sus compañeros tuvieron que dedicar un buen rato a explicar a la recién llegada la historia de su colectivo y del grupo en particular al que ellos pertenecían dentro de los *Ricercatori*. Ima escuchaba con suma atención y placer, como una niña escucha los cuentos de hadas de sus padres antes de dormir. Cundo la lección acabó, preguntó aún:

—¿Y si os quedáis con las piezas y no comerciáis con ellas, de dónde sacáis el dinero para vivir?

Makh le explicó que por eso debían dedicarse de vez en cuando a hacer trabajos como pequeños transportistas.

—Solemos dedicarnos unos meses a eso y así, luego, tenemos el resto del año para seguir con nuestras labores de *Hanta*.

Cuando pronunció aquella palabra, Ima sonrió maravillada.

—Esa palabra es *japonesa* y significa «cazador». Lo sé porque me especialicé en culturas orientales y he aprendido algo de ese idioma. Parece que vuestra lengua es realmente un conglomerado de un montón de idiomas terrícolas. Es realmente fascinante.

—Entonces esta no es tu lengua —preguntó Bibek con suspicacia—. Claro…, es lógico, pero, en tal caso, ¿cómo es que puedes hablarla?

Ima se sintió atrapada. Se había dejado llevar por el entusiasmo y no había medido sus palabras.

Finalmente, decidió confiar en las personas que la habían sacado de aquella prisión y que se estaban arriesgando por devolverla a su mundo, era lo más justo. Le tocó entonces a ella pasar un rato explicando lo que era un dispositivo Sensei y un traductor biomecánico. Rubricó su historia con una demostración práctica.

—Por favor, Sensei, dame información sobre la palabra *Lapurrak*. No consigo ubicar este término. Usa modo altavoz.

Una voz masculina, bastante átona y formal, pero del todo humana, surgió del lado interno del antebrazo izquierdo de Ima, allí donde se dibujaban unos signos que hasta entonces habían tomado por un simple tatuaje tribal.

—Es una palabra de un idioma extinguido hace unos doscientos años, a comienzos del siglo xxii y a raíz de la Tercera Guerra Mundial. Se conocía como vascuence, vasco o euskera y era un idioma hablado en el norte de España y el sur de Francia. Se consideraba uno de los idiomas más antiguos de Europa. La palabra *Lapurrak*, sustantivo en plural, significa «ladrones». ¿Desea una etimología completa?

—No es necesario, gracias —contestó Ima—. Puedes desactivar el modo altavoz.

Ima estuvo a punto de reír ante las caras boquiabiertas de sus oyentes, pero se contuvo porque pronto también una honda preocupación se reflejó en ellas.

—¿Te das cuenta de lo que esto significa, verdad, Makh? — preguntó Bibek encendiéndose con nerviosismo otro cigarro maltrecho que apenas pudo liar adecuadamente. Su peluda y rojiza cola se agitaba nerviosa a su espalda.

—«Tendrá en su mano poder para decidir el destino del mundo» — recitó Makh de memoria en un tono amargo.

Fue entonces Ima la que abrió desmesuradamente los ojos.

—Eh, no, no, no… ¿No iréis a pensar que ese absurdo augurio hablaba de esto? Sé que es un chisme que os tiene que resultar sorprendente, pero de todos modos, no es más que un sofisticado *ordenador*…, es decir —se apresuró a traducir a un lenguaje más comprensible para sus interlocutores—, es como si llevara en el brazo una enorme

biblioteca con todos los libros existentes. Es muy útil, desde luego, pero nadie puede dominar un mundo solo con él.

—Bueno —apuntó Makh—, siempre se ha dicho que el conocimiento es poder.

—Sí, pero no hasta ese punto —rebatió Ima—. Además, el conocimiento del que dispongo pertenece a mi mundo, no poseo apenas datos sobre este. Aquí no tiene ningún valor…

Mientras respondía, ella misma fue constatando la tontería que estaba diciendo. Ciertamente, toda la información que podía ofrecer su Sensei, que era prácticamente ilimitada y abarcaba todos los campos y ciencias, podría suponer para la sociedad que la poseyese un avance tecnológico (militar sin ir más lejos) abrumador y sin precedentes.

Ima tuvo que sentarse en el estrecho banco que había pegado a la parte delantera de la cabina del barco.

Entonces, ¿aquella especie de profecía hablaba de veras de su Sensei? ¿Por eso había dicho el hombre del abrigo que cualquiera de su mundo le habría valido? Sin embargo, no estaban al corriente de en qué consistía ese «poder», como él lo había calificado. También ellos estaban desorientados al respecto y era mejor que siguieran estándolo, se dijo mientras un escalofrío la recorría de arriba abajo.

—Creo que tenéis razón. Este debe de ser el poder del que hablaba aquel sádico. Tenemos que evitar que nadie lo conozca. Debo regresar a mi mundo cuanto antes.

Por la cara desencajada de la mujer, los jóvenes confirmaron que sus sospechas no andaban desencaminadas y que las consecuencias que acababa de imaginar Ima realmente podrían llegar a ser catastróficas.

—¿Y no puedes quitarte ese maldito cacharro para que lo destrocemos aquí mismo y lo tiremos al mar? —preguntó Bibek con decisión.

—No puedo arrancármelo, está injertado en mí, forma parte de mi cuerpo. Pero puedo apagarlo. Sin embargo —dudó—, supongo que si me capturasen y torturasen, no aguantaría mucho sin reactivarlo y ponerlo a su disposición.

—¿Y si te cortásemos el brazo? —propuso de nuevo Bibek.

—Hombre, eso supongo que funcionaría —contestó no sin cierta alarma Ima—, pero no nos precipitemos y dejemos esa solución como

último recurso, si no os parece mal.

Ambos jóvenes asintieron y se quedaron algo más tranquilos sabiendo que, al menos, tenían una posibilidad de destruir aquella peligrosa amenaza.

—Sí —dijo Makh en un tono más sosegado—, vamos a olvidarnos por ahora de las mutilaciones y, de momento, tengamos mucho cuidado de no llamar la atención sobre su existencia.

Ima se ruborizó un poco al notar que aquella última recomendación iba dirigida a ella y a su reciente indiscreción e hizo un gesto afirmativo al muchacho.

A continuación, dio instrucciones a su Sensei de no hablar nunca más en voz alta delante de alguien y después se dirigió a la popa del barco para estar a solas. Había un nuevo sentimiento que estaba descolocándola y haciéndola sentir muy estúpida. Prefería lidiar con él antes de que alguien le preguntase qué le preocupaba y tuviera que inventar una excusa, pues, por nada del mundo, habría reconocido que se sentía algo decepcionada. Por lo visto, en algún lugar recóndito de su ser más egocéntrico e infantil, había albergado la esperanza de tener algo verdaderamente único, de ser una especie de «elegida» para alguna legendaria misión dentro de aquella fantasía pasajera, como en los viejos cuentos infantiles. Quizá, reflexionó, aquello no se debía más que a la desagradable sensación que últimamente la acechaba de estar volviéndose invisible para el mundo. Sensación que había empezado al adentrarse en los cuarenta y que se había incrementado al quedarse en paro (las universidades estaban en clara fase de desaparición debido a los «aprendizajes instantáneos», especialmente carreras y asignaturas teóricas como la que ella impartía). Miró con algo de resentimiento el Sensei de su muñeca.

«¿Qué habías pensado —se dijo luego a sí misma con amargo sarcasmo—, que ibas a convertirte en una especie de *super woman* y que de pronto ibas a poder volar y levantar camiones en el aire? Anda, no seas ridícula y trata al menos de no fastidiarla demasiado por aquí».

Capítulo 6

Fue al atardecer del sexto día cuando Makh divisó con su catalejo un galeón de guerra de Continente navegando hacia ellos. Podía no tratarse más que de una casualidad, pero, por si acaso, decidieron desviar su rumbo y dar un rodeo adentrándose en el enorme laberinto que formaba el archipiélago de Gwam, o las Islas Sarpullido, como se las conocía vulgarmente debido a su dispersa extensión y gran número. Era una zona que los marineros solían evitar, pues no existían todavía cartas de navegación exactas y no era infrecuente toparse con islotes, bajíos, arrecifes y demás accidentes marítimos que no estaban señalados en los mapas. Había, de hecho, un proverbio conocido a nivel mundial que rezaba: «Es menos de fiar que un paseo por Gwam».

Ima, vestida desde hacía días con toscas y anodinas ropas similares a las de sus compañeros, recibió la noticia con inquietud, tanto por el peligro que entrañaba, como por el hecho de tener que demorar su regreso. Cada vez le costaba más dormir de un tirón, pues la angustia al pensar en el calvario que debían de estar sufriendo su hijo y su marido iba intensificándose con los días. No había nada peor que la incertidumbre ante una desaparición repentina. Era casi peor que aceptar la muerte de ese ser querido. Prolongarles esa agonía se le hacía insoportable.

No quería, no era capaz en realidad, de enfrentarse a la posibilidad de que ni siquiera existiera una opción de retorno a su mundo. Esa era una vía que, de momento, debía bloquear con todo el peso de su voluntad, y se imaginaba a sí misma empujando la destartalada puerta de una cabaña para que no irrumpiesen los hambrientos lobos del exterior.

—No te preocupes —le dijo Bibek al ver que no despegaba la vista de la línea del océano que quedaba tras ellos—, no tardaremos en darles esquinazo. Con ese mamotreto de barco no creo que se atrevan a internarse en estas aguas, si es que en realidad nos están persiguiendo.

—¿Cuánto nos va a retrasar esto? —preguntó Ima advirtiendo que también ellos habían disminuido su velocidad al entrar en el archipiélago.

—No mucho, tranquila, a lo sumo un par de días.

Ima pidió mentalmente a su Sensei que le diese información sobre la nueva ruta. El dispositivo, que ya había asimilado todos los mapas de Geb a su disposición, le ofreció una respuesta bastante distinta:

«Suponiendo que tengamos todo a nuestro favor durante el trayecto, el cálculo estimado más optimista es de siete días extra».

Ima resopló. Le molestaba que la tratasen como si fuera una cría a la que había que mantener contenta para que no molestase, sobre todo, considerando el tremendo esfuerzo que estaba realizando para aceptar aquel viaje con la mejor disposición posible.

—No tienes por qué mentirme, Bibek —contestó con sequedad—, sabes que no vamos a tardar menos de una semana. Agradecería que fueseis más sinceros conmigo. No soy de mantequilla.

Bibek apagó el cigarro contra el timón en un gesto contrariado. Siempre olvidaba que Ima disponía de aquel maldito chivato al que cada vez era más difícil engañar. El mundo de Ima, se dijo, debía de ser un muermo absoluto. ¡Pobre de los que, como a él, les gustaba adornar un poco las historias!, seguro que al momento eran delatados y puestos en evidencia por esos repelentes sabelotodo.

Makh, que había estado en proa observando atentamente el mar, regresó a popa y propuso amarrar la vela para avanzar más despacio, solo con el suave impulso del motor a vapor.

—La profundidad está disminuyendo, no quisiera que encallásemos en algún banco de arena.

Así lo hicieron y durante las siguientes horas avanzaron a un ritmo condenadamente lento. Ima pensó que hasta a nado irían más deprisa.

El anochecer estaba cercano cuando, al rodear un puntiagudo islote cubierto de vegetación, casi chocaron con otra modesta embarcación que se desplazaba en dirección contraria a la de ellos. Se trataba de una de las llamadas «casas flotantes» en las que algunos isleños de la zona más septentrional de Gwam solían vivir. Era una torpe barcaza más ancha que larga, cubierta casi al completo por paredes y techos de paja, como un conjunto de chozas unidas entre sí; la central tenían un sobrepiso a modo de terraza con un toldo de mimbre.

Estaban contemplándola algo extrañados, pues normalmente aquella gente no solía moverse de su territorio con aquellas naves-vivienda, cuando oyeron cómo algo se precipitaba en el agua desde la balsa, que

en ese momento se hallaba paralela a ellos y a unos escasos metros de distancia. Al instante, se produjo un tremendo barullo y la tripulación de la casa-barco se asomó por babor gritando y haciendo enérgicos aspavientos.

Ima y sus compañeros descubrieron que lo que había caído al agua era una persona que se dirigía nadando hacia ellos. Cuando llegó a tocar el casco, se percataron de que se trataba de un niño de aspecto desharrapado. Este extendió su flaco brazo derecho para que le ayudasen a subir a cubierta. Makh le lanzó una escalerilla y pronto el chaval, moreno de piel y de cabello, y que no tendría más de nueve años, estuvo chorreando a su lado.

Mientras tanto, los ánimos en la otra embarcación se habían exacerbado; la mayoría había cogido palos y arpones que agitaba amenazadoramente hacia ellos. También les gritaban con rabia.

—¿Qué dicen? —quiso saber Ima—. ¿Qué es lo que ocurre?

Sus compañeros le dijeron que ellos tampoco entendían el idioma. Bibek le preguntó al muchacho qué sucedía en varias lenguas, pero, al parecer, el crío solo sabía hablar aquel extraño y seco idioma que sonaba como el golpeteo de cascos de caballo contra un suelo empedrado.

De pronto, un arpón se clavó en una de las paredes de la cabina. La situación se tensaba por momentos.

—¿Qué hacemos? —dijo nervioso Bibek—. ¿Qué diablos quieren esos locos? ¿No han visto que nosotros no hemos hecho nada?

Y acto seguido, les lanzó de vuelta varios improperios amenazándolos también con una afilada daga que sacó de su cinturón. Makh entró al camarote en busca de una pistola de apariencia antigua, como las usadas por los legendarios piratas de la Tierra.

—Está claro que quieren al niño —contestó muy alterada Ima por la violencia de aquella repentina escena.

—Pues tirémoslo de vuelta al agua —concluyó Bibek.

—¿Qué dices? —repuso ella escandalizada—. Seguro que está huyendo de ellos, y no me extraña, tienen pinta de auténticos salvajes.

Los supuestos salvajes, al ver a Makh con la pistola, dejaron de lanzar sus arpones, pero no de amenazarlos. Además, estaban maniobrando

con los remos para acercarse hasta ellos. Algunos se hallaban ya preparando cuerdas con garfios para un inminente abordaje.

—Puede que no sean más que sus familiares —sugirió Bibek—. Mira, hay varias mujeres, y por el cabreo que tienen, yo diría que deben de ser la madre y la abuela del niño. Es posible que el crío la haya liado parda y ahora pretenda librarse del castigo.

Ima dudó. Tal vez fuese la familia del crío, pero eso no la tranquilizaba. Si al menos pudieran comprender al chiquillo… Soltó un rudo juramento. ¿Cómo podía ser tan lerda? Corrió a la cabina, recuperó de su anorak el diminuto traductor biomecánico y se lo colocó en la nuca antes de volver a salir.

—Bibek —ordenó entonces con contundencia—, necesito un poco de tiempo. Acelera y aléjate de esos locos. Enseguida sabremos lo que pasa.

Ima tomó al niño del brazo y lo condujo al otro lado del bote. Allí, por gestos, le indicó que hablase. El niño empezó parcamente, pero, poco a poco, ante la insistencia de la mujer para que continuase explicándose, este fue dando rienda suelta a su indignación.

«Asimilación completada», escuchó en su mente Ima al cabo de unos minutos.

—Bien —le dijo entonces al niño en aquel exótico y seco idioma—, ahora vuelve a empezar y cuéntame quién es esa gente.

—¿Pero no te lo acabo de cascar, vieja loca? Que digo que m'an raptao pa tenerme de esclavo. Dicen, los muy piojosos, que ma'an adoptao legalmente. ¡Una mierda de ramera gorda! Me echaron el guante cuando estaba pillando cebo esta mañana.

—Vale, tranquilízate, no vamos a dejar que te cojan de nuevo. ¡Bibek! —gritó Ima en dirección al timonel—. El crío dice que lo han raptado esta mañana. Tenemos que dejarlos atrás.

Bibek miró a Makh en busca de una respuesta y este le devolvió un resignado encogimiento de hombros. Acto seguido, Bibek subió la potencia del motor y pronto consiguieron dar esquinazo a la primitiva casa flotante que se desplazaba por medio de remos.

Una vez estuvieron a salvo y pudieron relajarse, Ima continuó con el interrogatorio dentro de la cabina, ante un par de cuencos de sopa de

cebolla, pues ya había anochecido. Trataba de ser amable con el chico, pero lo cierto era que sus toscos modales y su horrible vocabulario de presidiario le hacían rechinar los dientes.

—Bueno, lo primero es presentarnos. Yo me llamo Ima, el tipo peludo es Bibek y el otro joven se llama Makh.

—Yo me llamo P'tuv —escupió el muchacho en aquel idioma que parecía hablarse a perdigonazos.

—Es un bonito nombre —trató de ganárselo Ima.

—Significa «Estorbo» en la lengua antigua —repuso con astuta malicia el chaval mientras sorbía ruidosamente de su tazón haciendo caso omiso de la cuchara que tenía al lado.

—Vaya, otro nombre disuasivo, ¿todavía no te han dado tu nombre adulto?

—Este es mi nombre adulto, vieja. El otro era Toh-zak, que significa «Tontolaba».

Ima notó que el sudor empezaba a empaparle la frente. Nunca se había sentido cómoda con los niños pequeños y mucho menos con los insolentes.

—Vale, como sea —se rindió esta—. Ahora que nos hemos librado de esos delincuentes, dinos dónde podemos llevarte, dónde está tu auténtica familia.

—No tengo familia, por eso esos cabrones han tratao de raptarme. Yo vivo por mi cuenta, en la calle. No puedo ir a mi pueblo, volverían a trincarme.

—¿Qué quieres hacer entonces? —preguntó ella sintiendo algo de lástima por aquella especie de Mowgli barriobajero y borde.

—No sé, alejarme lo más posible de'sta mierda'sitio. ¿Pa dónde vais vosotros?

—Vamos a Xatarov —contestó Ima tras valorar que no pasaba nada por confiarle su destino a aquel mocoso.

—No sé ande está eso, pero si queda lejos, ma'acoplo. Puedo limpiar o pescar pa pagarme el viaje. Eso sí, no pienso dar masajes raros a nadie.

En ese instante, Makh entró en el alargado camarote y se acercó a la cocina para servirse un tazón de sopa. Al momento frunció la nariz con desagrado.

—Este niño apesta —le comentó a Ima utilizando la lengua común que el niño no entendía—. Dile que si quiere dormir en mi barco, ya puede darse una buena ducha. Y que deje de sorber como un cerdo, lo está poniendo todo perdido.

—Habla tú con él, yo ya he tenido suficiente —objetó Ima mientras se levantaba de su asiento.

Entonces, de espaldas al niño, se quitó con disimulo el traductor y se lo colocó a Makh en el cuello. Este dio un respingo y a punto estuvo de tirar su cena.

—¡No hagas eso sin avisar! Sigue dándome muy mal rollo — se quejó el joven.

—Le he pedido a mi Sensei que adapte el traductor para posibilitar que haga una descarga del idioma en la memoria a largo plazo. No sabía si sería posible, pero lo ha conseguido. Nos vendrá bien a todos entender a este salvaje, parece que tiene intención de acompañarnos hasta Xatarov. Eso sí, no le pidas que te dé ningún masaje «raro».

Capítulo 7

Tal como había previsto el Sensei, les tomó una larga y desquiciante semana cruzar las complicadas Islas Sarpullido y recuperar su ruta hacia Xatarov. El lado positivo fue que, si ciertamente alguien les había seguido, habían conseguido despistarlo. No habían vuelto a ver ningún galeón de Continente.

—Estamos teniendo mucha suerte con el tiempo —observó Makh mientras contemplaba el despejado y luminoso horizonte que les mostraba el amanecer.

—Sí, menos mal —corroboró Bibek—. Si hubiéramos tenido que cruzar este jodido laberinto con mal tiempo, lo habríamos pasado fatal. Mi tío abuelo Pema estuvo perdido en estas aguas todo un invierno, casi no lo cuenta, acabó comiéndose fritas las suelas de sus zapatos.

Makh miró a su amigo con un gesto entre escéptico y divertido; era la primera vez que oía hablar de aquel supuesto pariente, pero optó por no decir nada que pudiera desmontarle la historieta. En vez de eso, se limitó a señalar:

—En cuanto dejemos Thasos atrás, habremos salido del todo de Gwam.

—¿Es aquella isla? —preguntó Ima haciendo pantalla con la mano sobre sus ojos.

Makh hizo un gesto afirmativo.

Ima trató de recordar; si no se equivocaba, había en su mundo una isla griega que también se llamaba así. ¿Sería casualidad? Pidió confirmación a su Sensei.

«Es altamente probable; su morfología es muy similar a la de nuestro Thasos terrícola. Además, este archipiélago parece haber sido formado por los fragmentos dispersos de lo que pudo haber sido Italia, Grecia y parte de la costa Turca. He estado haciendo cálculos y lo más plausible es que los continentes, idénticos a los nuestros en un principio, se atomizasen por la caída de una lluvia de enormes meteoritos en la era Cenozoica. Algo similar a lo que ocurrió en

nuestro planeta y que contribuyó a la extinción de los dinosaurios, pero sin consecuencias tan dramáticas para nuestra geografía».

De nuevo, Ima sintió el impulso de desembarcar para ir a explorar un poco. Ardía en deseos de conocer más cosas sobre aquel mundo casi reflejo del suyo que, según iba constatando, parecía haber seguido una evolución cultural bastante pareja a la de la Tierra. Al menos hasta el momento de aquella traumática y misteriosa «Colisión de La Gran Máquina», que, según calculaba, debía de haberse producido en una época similar a la de principios del siglo xv de la Historia terrestre y que había supuesto una ruptura importante en la marcha, más o menos paralela, de ambos mundos. Debido a eso seguramente, existían manifiestas diferencias y contradicciones entre los dos planetas y su desarrollo. Prueba de ello era que allí estaban: navegando en un barco de vela con un motor auxiliar que funcionaba por una sencilla turbina de vapor mientras iban en busca de un astrofísico capaz de generar un pasillo interdimensional… Era difícil conciliar esas realidades tan extremas.

P'tuv apareció por la puerta del camarote frotándose los ojos con ambas manos. Estaba más limpio y mejor vestido que a su llegada, pero aun así, seguía ofreciendo un aspecto desaliñado, como si la miseria se hubiera convertido en otro rasgo físico que, aunque podía disimularse o atenuarse, no podía ser erradicado por completo de su cuerpo.

—Hay un chisme ahí'dentro que sa'puesto a brillar to'loco — informó es su tosco idioma que ya todos entendían y hablaban.

—¿No habrás tocado nada, mocoso? —le espetó Makh dirigiéndose hacia el camarote con urgencia—. Te he dicho mil veces que no enredes entre nuestras cosas.

—¡Eh, no puedo ordenar si no las toco!

—Nadie te ha dicho que lo hagas —rugió desesperado Makh—. Tu trabajo se limita a pescar y a limpiar la cubierta. Como vuelvas a hacerlo, te tiro por la borda.

Al cabo de unos instantes, Makh regresó portando un curioso artefacto que Ima no había visto hasta entonces, pero del que ya había oído hablar. Estaba formado por unas gruesas varillas similares a las de los zahoríes, pero metálicas y con la punta externa algo más larga. En mitad de este extremo, había insertada una redonda y traslucida

ampolla del tamaño de una naranja que, ciertamente, en ese momento emitía una luz verde clara, como si en su interior estuvieran contenidas millones de luciérnagas minúsculas. Makh sujetaba el aparato con ambas manos por cada uno de los mangos, que tenían empuñaduras de madera. El joven, sin presionar demasiado y apuntando hacia abajo, dejó que el artefacto lo guiara por la cubierta, y pronto este levantó el morro y señaló hacia la isla que estaban dejando ya a su izquierda.

—El mdogo-receptor señala hacia Thasos. ¿Qué te parece, Bibek? ¿Echamos un vistazo?

—Por supuesto, eso es lo que acordamos, ¿no? Hasta ahora no hemos pescado más que un insolente saco de pulgas.

Aunque aquello suponía un nuevo retraso, Ima se sorprendió al constatar el entusiasmo con el que recibió aquellas palabras. Trató de acallar la culpabilidad que sentía alegando que ella no era capitana del barco y no decidía la ruta, así que no había nada malo en tratar de aprovechar esos inconvenientes. A pesar de todo, una latosa voz en su interior seguía acusándola de ser una mala madre egoísta y descastada.

Sin embargo, en cuanto estuvo en tierra, el asombro consiguió ocupar por completo todos sus pensamientos.

Desembarcaron en un puerto del norte y luego se adentraron en el pueblo a través de las impresionantes murallas construidas con mármol blanco y provistas de torres de vigilancia. Nadie les lanzó el alto al cruzar el portón principal que daba acceso a la extensa aldea.

Ima observaba maravillada el ajetreado escenario por el que caminaban siguiendo a Makh, que llevaba el artilugio oculto bajo un amplio gabán y que sacaba de vez en cuando para orientarse. Las casas, la arquitectura y los ropajes de las gentes sugerían una mezcla de estilos entre la Grecia clásica y la alta Edad Media europea. El centro del pueblo guardaba una gran semejanza con el ágora típica de una ciudad helénica, con sus templos, sus estatuas y sus edificios con pórticos y rojizas columnas, pero también tenía mucho de mercado medieval, con sus puestos con coloridos toldos, con numerosas banderas colgando de los balcones de madera y alegres gallardetes cruzando las calles en zigzag.

Tras caminar durante un rato, abandonaron el bullicioso centro y se

dirigieron hacia la periferia, por el lado oeste. Las casas allí estaban más dispersas, el empedrado de las calles era más tosco y los edificios más modestos. Al fondo de una calle que desembocaba en una explanada, dieron con la herrería de la aldea. El mdogo-receptor que portaba Makh apuntó hacia esta con energía y su burbuja traslúcida brilló con intensidad.

—Venga ya —musitó Bibek—. No me jodas…

—Yo no pienso entrar —aseveró Makh mientras volvía a guardar el artilugio bajo su deslucido gabán gris de marinero y se giraba para dar la espalda a la herrería.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó Ima—. ¿Habéis dado ya con la pieza?

—Por lo visto está dentro de la forja —explicó Bibek—, y ahora deberíamos colarnos para encontrarla y mangarla, pero aquí el señorito supersticioso cree que da mala suerte entrar ahí y mucho más, agraviar a un herrero.

—Vaya —meditó Ima—, es muy interesante, en mi mundo también había numerosas culturas con supersticiones en torno a la metalurgia, son creencias muy antiguas y que se mantuvieron durante muchos siglos. Me asombra que aquí todavía perduren hasta este punto.

—Oye, ¿qué'stais rumiando? —preguntó P'tuv en su lengua, al ver que sus compañeros parecían discutir algo interesante en el idioma común de Geb. Los tres ignoraron al niño.

—¿Y no puedes entrar tú? —preguntó Ima a Bibek.

Este le dirigió una mirada impaciente.

—¿Te parece a ti que con mi aspecto soy alguien que pueda pasar desapercibido? Por eso nos dividimos el trabajo: él es el experto en colarse en los sitios y mangar las piezas, y yo soy quien investiga, inventa estos aparatitos tan coquetos y pilota el barco.

—Pero a ver —insistió Ima—, ¿no puedes simplemente entrar en la herrería como un cliente normal, detectar la pieza y luego, por ejemplo, intentar comprar el objeto que sea?

—No es tan fácil —intervino Makh—. Si el tipo ve que examinamos sus enseres con el Detector de Sousa, sabrá que posee algo de valor y entonces, o bien no querrá venderlo, o bien nos pedirá un precio

exorbitado.

—¿Y si hacemos que el herrero salga de la fragua y así entras y coges la maldita pieza? —sugirió Ima dirigiéndose otra vez a Bibek.

Sus compañeros se miraron un momento y decidieron que aquella era su mejor opción. Pronto elaboraron un plan que tuvieron que explicar a P'tuv, pues él también iba a jugar un pequeño papel en todo aquello.

Ima tomó aliento y, bastante nerviosa, lo cual no venía mal para su interpretación, corrió hacia la herrería desde un lateral de la explanada.

—¡Por favor, ayúdeme, mi hijo se ha desmayado! ¡No somos de aquí y no sé dónde encontrar un médico!

El herrero miró a la mujer que acababa de aparecer vociferando en la puerta de su establecimiento y, enseguida, dejó en la fragua la espada en la que estaba trabajando para salir tras ella.

Bibek aprovechó para, desde el otro lado de la calle, escabullirse en el interior de la forja, donde sacó el pequeño instrumento parecido a un diapasón en forma de herradura que llevaba en un bolsillo. Al poco, el Detector de Sousa empezó a oscilar levemente al pasar por delante de un rincón, dentro de un estrecho almacén anexo, en el que el herrero guardaba algunas de sus herramientas. Bibek comenzó a golpear ligeramente los objetos para ver cómo hacían sonar al aparato. Al golpear en unas viejas tenazas de corte, el detector emitió aquel sonido armónico e inconfundible que tan solo producían las piezas de «La Gran Máquina».

Estaba tomando las tenazas cuando alguien le dio el alto a sus espaldas. Al girarse, Bibek se topó con un musculoso joven que, seguramente, era el aprendiz del herrero, pues llevaba un delantal de cuero y un tremendo martillo en sus manos.

—Perdona, solo quería tomar prestadas unas tenazas. Iba a pedirlas, pero como no había nadie… Mira, para que no haya malentendidos, si quieres te las pago como si fueran nuevas y listo.

El joven, ignorando las palabras del intruso, se lanzó a por él con decisión. Bibek logró esquivarlo y corrió hacia el taller para alcanzar la salida. Pero el aprendiz consiguió adelantarlo por el otro lado para cortarle el paso. Bibek retrocedió hasta la fragua, que tenía las brasas al rojo vivo, y sin querer, tropezó con varios hierros que estaban a

medio encajar en el fuego y que cayeron con estruendo al suelo. Vio que se trataba un par de espadas. El joven frente a él lanzó un juramento colérico.

—¡Maldito macaco ladrón! —bramó—. Acabas de arruinarnos el trabajo de varios días.

Si había algo que a Bibek lo sacaba completamente de quicio era que le llamasen macaco. Ese era un apelativo despectivo que los humanos «normales» utilizaban a menudo para humillar a los de su raza. Sin pensarlo dos veces, se agachó rápidamente, tomó una de las hojas con la punta todavía incandescente y, en el último instante, cuando el grueso martillo ya se cernía sobre su cráneo, la clavó en el muslo de su atacante, justo antes de arrojarse hacia un lado y evitar el fatídico golpe.

El joven aprendiz cayó al suelo retorciéndose de dolor.

—Ahora tendrás un recuerdo de este macaco para toda tu puta vida —le espetó furioso Bibek antes de salir a la carrera.

En cuanto apareció por la puerta, Makh supo que había habido problemas y un sudor frío afloró en su nuca. Sin que mediaran explicaciones, ambos corrieron hacia el punto de encuentro que habían convenido con Ima y P'tuv. Estos ya se encontraban allí cuando llegaron.

—Tenemos que largarnos a toda leche —les indicó Bibek, jadeante—. La cosa se ha torcido y pronto estarán buscándonos por todo el pueblo. Huyamos antes de que den la alarma.

Los cuatro salieron por uno de los portales laterales de las murallas y se acercaron después hasta el barco bordeando el puerto.

Afortunadamente, lograron partir sin contratiempos.

—Bueno —dijo irónico Bibek a sus apurados compañeros mientras se sacaba las tenazas de hierro de debajo del abrigo—, al menos, hemos conseguido el suvenir que buscábamos.

Ima tomó la herramienta que Bibek acababa dejar apoyada contra la cubierta y la observó intrigada. ¿De verdad era aquello una pieza camuflada de «La Gran Máquina» o le estaban tomando el pelo? Bibek, intuyendo el comprensible escepticismo de la mujer, abandonó un

momento el timón para meterse en el camarote y reaparecer enseguida con un viejo alfiletero con forma de magdalena abollada cuyo relleno asomaba por varios agujeros de la descolorida tela.

—Toma esta otra pieza —le dijo a Ima mientras se la ofrecía para que la cogiese con la otra mano— y ponlas juntas. De momento, es la única que hemos hallado capaz de producir esta reacción.

Ima le obedeció y, en cuanto los dos objetos estuvieron a unos pocos centímetros entre sí, se produjo un leve chisporroteo, como si cayera una barrera eléctrica, y aquellos anodinos enseres tomaron de pronto la apariencia de unas extrañas y sofisticadas piezas pulidas de un azul claro brillante que Ima nunca había visto en ningún otro material. Sus formas eran también indescifrables.

Un suave carraspeo resonó en su mente; era su Sensei que llamaba a la puerta para pedir permiso antes de hablar. Ima agradeció el aviso y escuchó con atención.

«Me he tomado la licencia de escanear y analizar estos objetos y puedo asegurar que su composición es una total incógnita. No contienen ningún elemento terrestre conocido. Tampoco su forma irregular arroja ninguna luz sobre la función que puedan desempeñar».

Ima había estado especulando anteriormente sobre la procedencia de aquellas enigmáticas piezas y había llegado a la conclusión de que, lo más lógico, era que perteneciesen a algún artefacto de su mundo que, al igual que ella, había llegado allí accidentalmente. Pero esta teoría ya no se sostenía; en la Tierra no existía ningún material parecido y, por tanto, era obvio que tenían que venir de otro lugar. Sintió un repentino vértigo que le revolvió las tripas. ¿Eran conscientes los habitantes de Geb del verdadero alcance de todo aquello? No parecía que lo fuesen. Por lo que le habían contado sus compañeros, su interés por aquel misterio se limitaba a una mera curiosidad infantil acompañada del deseo por coleccionar artefactos, reliquias exóticas, sin ningún rigor científico, sin ningún soporte institucional. Era como si hubieran delegado la recuperación de un tesoro arqueológico sin precedentes a un jubilado aficionado a pasear por la playa con un detector de metales. Resultaba realmente insólito. También era cierto, meditó Ima, que aquella atrasada sociedad poco podía hacer con las piezas encontradas (aparte de acumularlas), pues carecía de la tecnología necesaria para estudiarlas y averiguar su sentido y funcionamiento. Makh y Bibek, al igual que el resto de *Hanta* y coleccionistas, querían reunirlas porque estaban convencidos de que,

una vez todas juntas, estas compondrían una máquina prodigiosa que poco menos produciría lingotes de oro o les otorgaría la juventud eterna.

Lamentó no poder hacer nada más al respecto y se sintió frustrada: el universo la ponía delante del descubrimiento más importante de la historia de la humanidad y luego le ataba las manos a la espalda.

—Tengo una duda —se limitó a indicar finalmente—. Si tenéis esta pieza a bordo, ¿por qué los dos detectores no están todo el tiempo activados?

Bibek la miró con reconocimiento y satisfacción, pues aquella pregunta iba a permitirle lucirse un poco.

—Buena observación —dijo—. Verás, tras estudiar mucho estas cosas y ver cómo reaccionaban ante distintos materiales, al final di con un elemento, una aleación de mi propia cosecha, que es capaz de aislarlas. Lo llamo prasadium —añadió visiblemente orgulloso—. Guardamos las piezas en una caja hecha de este material, así no dan problemas. Los demás *Ricercatori* tienen que volver a tierra a ocultar las que encuentran para poder seguir buscando. Es una gran ventaja para nosotros, como comprenderás.

Ima asintió impresionada y repitió aquel nombre con curiosidad.

—Es por mi apellido; Prasad —aclaró el *Haarig*—. Como ves, soy algo más que una cara bonita. Y ahora meteremos estas tenazas en la misma caja de prasadium para que no causen interferencias.

—Todo esto es fascinante —admitió Ima—. Y supongo que ha merecido la pena robarlas, aunque me temo que ya no podréis volver a veranear en esa isla —bromeó mirando a Makh en un vano intento por animarlo.

Pero Makh no fue capaz de sonreír. Estaba pálido, con una expresión de auténtico terror en el rostro y no hacía más que acariciar el pequeño amuleto de hueso que llevaba colgado del cuello.

—No solo has profanado ese sitio, además has herido a un herrero, ¡y con un hierro que estaba aún fraguándose! —explotó Makh dirigiéndose a Bibek—. Es que ni a propósito podías haber cometido más sacrilegios. ¡Estamos condenados! ¿Entiendes?

—No me toques las narices, Makh —se defendió Bibek—. Que tú te creas esas malditas supercherías no significa que sean reales. Te lo

digo siempre, estás como una puta cabra. ¡No nos va a pasar nada! Además, como bien dices, fui yo el que hizo todo eso, si los dioses tienen que castigar a alguien, supongo que será a mí.

—Todos tomamos parte en ese estúpido plan, así que todos somos responsables. Tú haz lo que quieras, pero yo no pienso participar en nada hasta que no me libre de esta carga.

Ima, que escuchaba la conversación con una atenta curiosidad etnográfica, no pudo resistirse y preguntó:

—¿Y no hay algún rito purificador que pueda reparar el sacrilegio?

Makh la observó fijamente tratando de adivinar si la mujer lo preguntaba en serio o había algún deje de burla en sus palabras. No creyó detectarla, así que respondió:

—Si estuviéramos cerca de mi país, bastaría con ir a ver a un chamán para que nos limpiase por medio de un ritual de purga.

—¿Y no crees que podría servir igual cualquier otro chamán, dado que el delito que has cometido ha sido en tierra extranjera?

P'tuv, que no perdía una coma de la conversación, soltó entonces:

—En mi pueblo yo era aprendiz de nuestro *pawang*, una especie de brujo-sacerdote que cura el mal d'ojo y esas vainas. Yo controlo un poco, podría montar un rito de purificación.

Los tres contemplaron al niño como si de nuevo acabara de presentarse chorreando ante ellos en la cubierta del barco.

Capítulo 8

Costó bastante convencer a Makh, pero finalmente, tras ver que no tenían demasiadas opciones, este decidió dar una oportunidad a P'tuv, el aprendiz de *pawang*. El chico insistió en que había ayudado a su maestro infinidad de veces en asuntos parecidos: bien purificando una vivienda-flotante que había quedado infectada por la muerte súbita de alguno de sus ocupantes, bien alejando a los malos espíritus que estaban espantando la pesca, o bien limpiando el aura de alguna persona que, como ellos, había podido molestar a potestades o energías poderosas.

—Una vez —apuntó el muchacho dándose muchos aires—, vino un viejo q'había arrollao con su barca una balsa funeraria q'acababan de lanzar al mar los familiares. Atropellar a un fiambre es lo más chungo que pue'hacer alguien, os lo aseguro. Podemos adaptar la misma ceremonia, fijo que funciona.

Para realizar el ritual y recuperar al Makh sensato y calmado de siempre, tuvieron que echar el ancla en una isla conocida como Muicur, a unas pocas millas de distancia al noreste de Thasos y que ya no pertenecía al archipiélago de Gwam. Era un islote aislado y arisco que parecía un escombro sin gracia arrojado al mar y en el que apenas había dos aldeas de pastores de cabras.

P'tuv les explicó en qué consistía la ceremonia: cada uno tenía que enterrar tres objetos de hierro en un lugar apartado para devolver así a la Madre Tierra los embriones sacados de sus entrañas y luego debían ayunar y guardar vigilia durante una noche sobre aquel lugar. Por último, al amanecer, deberían darse un refrescante baño en el océano. Tampoco podrían mantener relaciones sexuales en una semana.

«Bueno —se dijo Ima—, a este paso, no me va a costar demasiado mantener el último voto». Se preguntó cómo sería la vida sexual de sus compañeros. Al menos desde que estaba con ellos, no les había oído hablar de ningún tipo de relación. ¿Bibek saldría solo con chicas *Haarig* como él o tendrían en aquel mundo una mentalidad abierta respecto al intercambio racial? No pudo evitar pensar en cómo sería acostarse con él y enseguida frunció el ceño; los hombres excesivamente peludos no le habían atraído nunca, aunque

ciertamente tenía su punto exótico. Por otro lado, también era cierto que a Bibek, que tenía veinte años, ella debía de parecerle una anciana. Decidió no seguir por esos derroteros que conducían hacia conclusiones demasiado amargas y se centró en el presente.

Makh repartió a cada uno de sus compañeros los tres objetos de hierro que, previamente, había recolectado en el barco. A Ima le dio un botón, una hebilla y un largo clavo retorcido y oxidado. Estuvo tentada de comentar algo irónico respecto a semejante tesoro, pero se calló, pues realmente se veía que el joven estaba pasándolo mal. ¿Cómo podía una persona lúcida e inteligente como Makh ser presa de aquellas supersticiones? Bueno, se resignó, después de todo lo que él había arriesgado por ella, era lo menos que podía hacer para devolverle el favor. Tomó los objetos lo más circunspecta que pudo.

Acto seguido, cada uno se fue en busca de un lugar solitario para iniciar su purga. Ima, a pesar de que P'tuv les había indicado que fueran tierra adentro, decidió no alejarse mucho de la costa ni del barco. Así, si se presentaba algún peligro, como un lobo o un grupo de bandidos, podría correr a refugiarse en él. Cuando perdió de vista a sus amigos, retrocedió y se ocultó tras unos pinos endebles, en un promontorio que quedaba casi encima de su embarcación.

Fue gracias a esta poco honrosa decisión por lo que, unas horas más tarde, pudo distinguir cómo alguien, al amparo de las sombras que ya empezaban a adueñarse del mundo, subía a la barcaza y comenzaba a desplegar la vela.

Ima no se lo pensó dos veces y se lanzó por el terraplén que la separaba de la orilla como si este fuera un tobogán. A punto estuvo de romperse la cabeza, pero llegó justo en el momento en el que el barco levaba anclas. Sofocada, cubierta de polvo y con las palmas de las manos despellejadas, se dirigió hasta la proa y descubrió que el ladrón no era otro que P'tuv.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó, furiosa.

El niño, sobresaltado, pero sin dejar de extender la vela, respondió desafiante:

—Es mejor que te quedes con ellos, vieja. Quiero formar mi propia tripulación.

—¡Serás desagradecido! ¿No te da vergüenza abandonarnos así, después de que te rescatásemos de aquellos secuestradores?

—Eso ya lo'e pagao con creces. Llevo más d'una semana trabajando como un esclavo pa'vosotros.

—¿Tanto como para cobrarte también el barco?

—Bueno —dudó el chico—, eso no, pero si voy a ser un *Cercatore* tengo que aprender a robar, igual q'hacen ellos.

Ima pensó que si tenía que obligar a P'tuv a detenerse por la fuerza, sin duda iba a ser de lo más desagradable, pues no le cabía duda de que este se defendería con la furia de una rata acorralada. Pensó en la pistola que guardaba Makh en su armario, pero le pareció demasiado arriesgado y drástico. Lo mejor sería tratar de disuadirlo.

—Me parece un buen plan, la verdad, pero ¿no crees que sería mejor si te unieras simplemente a su equipo? Son muy buenos en lo suyo.

—Seguro que no m'admiten. Siempre m'están insultando y diciendo que me van a tirar a los peces. Aunque, claro, es normal, to'el mundo piensa que soy un estorbo. No me extraña que me llamaran así.

Ima se apoyó en la barandilla de babor y, más relajada, dijo:

—Ese maldito nombre no te representa. No eres ningún estorbo, lo que pasa es que esos dos son unos bordes. También entre ellos se tratan igual, ¿no te has fijado? El hecho de que lo hagan solo significa que te consideran de los suyos. Mira, estoy segura de que si ahora volvemos, no se enterarán ni de que has cogido el barco, y yo prometo no decir nada.

—¿En serio no te chivarías? —preguntó P'tuv, escéptico.

—Lo juro. Además, si dejas esta tontería, también intercederé a tu favor para que te admitan en su grupo. Estoy segura de que tienes talento para ello. Dime, ¿todo eso del ritual era falso, verdad?

—A medias —dijo orgulloso el chico—. No soy aprendiz de ningún *pawang*, pero les he visto muchas veces hacer este tipo de tontadas. No pensé que Makh fuese a tragarse semejante bola, ¡qué pringao!

—Bueno, creo que será mejor que esto también lo mantengamos en secreto. Mira, el de *Cercatore* no es un oficio sencillo y está lleno de ladrones y tramposos. Creo que ellos son lo mejor que podrás encontrar en este gremio.

P'tuv meditó un largo rato y, finalmente, decidió que la mujer tenía

razón. Había vivido lo suficiente como para comprobar lo poco que abundaba en el mundo la gente decente, y aquellos dos pardillos parecían, a fin de cuentas, buenas personas. Además, estaba claro que no les vendría mal tenerlo a su lado para evitar que los engañasen como a niños.

A la mañana siguiente, tras un estimulante baño purificador, Makh y Bibek regresaron a la barcaza.

—¿Ya habéis terminado el ritual? —les preguntó algo sorprendido Bibek al ver a Ima y al niño desayunando en cubierta completamente secos.

—Sí —mintió ella—, hemos sido madrugadores. ¿Te sientes ya más tranquilo, Makh?

—Bueno —dijo sin demasiada confianza el joven, todavía con el blanco cabello chorreándole la camisa—, veremos cómo marchan las cosas en adelante, entonces te diré si estoy o no más tranquilo.

—De momento, tenemos un día espléndido para navegar, así que aprovechémoslo —propuso Bibek mientras se sacudía como un perro mojado.

—P'tuv —ordenó a continuación—, despliega la vela.

El chico se levantó, dejó su tazón vacío en el banco, se limpió la boca con la manga y, cruzando los brazos a la altura del pecho, dijo muy dignamente:

—Antes de na, tengo que comunicaros algo importante. Quiero unirme a los *Ricercatori*, ser uno de los vuestros.

—Ni lo sueñes —sentenció Bibek sin inmutarse.

—Exacto —confirmó Makh—, te llevaremos a Xatarov como acordamos; punto. No es por nada, pero ya me dirás qué iba a aportarnos un crío como tú, aparte de problemas y piojos.

—Oye —intervino Ima, tal como le había prometido al chico—, acaba de ayudarte con lo del ritual. Además, es listo y valiente, seguro que aprende rápido.

—Eso es verdá —ratificó P'tuv—, por eso m'eligió el *pawang* de mi aldea, y por mi buena relación con los espíritus, claro. Estoy

acostumbrao a mangar y soy mu'bueno colándome en los sitios.

—¿Te crees que basta con eso? —objetó de nuevo Bibek en tono arisco —. Makh estuvo años en una logia desarrollando su Habilidad como *Chaya.*

Ima no pudo resistir la curiosidad de preguntar qué era aquello.

—Hay gente que nace con talento para el sigilo, para poder hacerse prácticamente invisible a los ojos de los demás —explicó Makh—. Yo di muestras de ello desde pequeño, así que, en cuanto pude, me fui a estudiar a la Logia de Ikh-Uul. Allí también enseñan otras destrezas, como a caminar en estado de trance durante días sin fatigarte y a gran velocidad, por ejemplo.

—Es asombroso —dijo Ima de nuevo fascinada—, todo eso me recuerda mucho a las técnicas que desarrollaban algunos monjes tibetanos. Siempre creí que no eran más que historias fruto de la exageración. Pero es verdad que cuando me sacaste del palacio, sorprendiste y noqueaste a todos los guardias como una auténtica sombra…Por cierto —exclamó al rememorar entonces otro asunto que su mente había aparcado hasta ese momento—, ¿tiene algo que ver todo este tema de las Habilidades con el hecho de que Loïck pudiera golpearme a distancia, sin tocarme físicamente?

—Obvio —se adelantó Bibek—, ese cabrón es un maestro de las Habilidades Mentales, como la telequinesis o la telenergeia, con las que no solo puede desplazar con el pensamiento las cosas que estén a su vista, sino que, además, puede transmitirles o infringirles la fuerza de sus movimientos.

—¡Eso mola mil veces más que las chorradas de Makh! — sentenció P'tuv hurgándose la nariz con un dedo—. ¡Prefiero aprender eso de arrear hostias d'lejos!

—Eso no funciona así —le respondió Makh con sequedad—, uno no puede decidir por capricho meterse en una logia, tiene que tener una Habilidad innata, si no, ni siquiera le dejarán cruzar la puerta. Tú, si dices que tu *pawang* te escogió, deberías desarrollar ese talento y terminar tu aprendizaje.

—Prometo hacerlo y ponerlo a vuestro servicio si m'dejáis unirme a vosotros —insistió el chico mientras colocaba el pegajoso moco que acababa de sacarse en la suela de su sandalia—. Nunca viene mal llevar a bordo a un chamán que pueda ponerte a buenas con los espíritus.

Ima se maravilló de la capacidad del crío para manipular y mentir a la gente, y tuvo que hacer un esfuerzo por no reírse.

Makh observó fijamente al espabilado muchacho y se quedó un momento pensativo. Lo cierto era, admitió, que él no creía en las casualidades, y si el destino había llevado a aquel crío hasta su barco, seguramente era con alguna intención. No era muy inteligente desoír y desaprovechar tales avisos.

—¡Eh! —gritó entonces Bibek a su compañero— No estarás, ni por un puñetero segundo, considerándolo en serio, ¿verdad?

Capítulo 9

La hermana Jiyirma, igual que un pasmarote, se hallaba plantada en medio de su estrecha y alargada cueva mientras su corazón aleteaba en su pecho como un exaltado colibrí. Llevaba varias horas de actividad frenética. Había empezado limpiando y ordenando su celda, pero después, como el torrente de energía con el que se había levantado no menguaba y todavía era temprano para salir, había pasado a ocuparse de tareas cada vez más absurdas, hasta que había terminado por sacar brillo a su colección de canicas. Aquello de desvelarse tan temprano, pensó, era un fastidio, sobre todo en invierno, pues estaba demasiado oscuro y hacía demasiado frío como para ir al huerto o a cualquier otro sitio. Además, no quería despertar al resto de la congregación.

Tras unos segundos de indecisión, volvió a descorrer la rejilla de la puerta para comprobar cómo marchaba el perezoso día. Un color de moratón violáceo teñía el árido y elevado horizonte. ¿Se habría despertado ya la hermana Bir? Y lo que era más importante, ¿de qué humor se habría levantado? En su opinión, que se guardaba mucho de compartir con nadie, la hermana Bir era demasiado variable, demasiado impredecible para ser una buena Superiora. Eso, se repitió, era consecuencia principalmente de la edad, por eso ella siempre había abogado por elegir a mujeres mayores de sesenta para ostentar dicho cargo. La hermana Bir solo tenía cuarenta y siete; una auténtica criatura.

El lado positivo era que también resultaba más influenciable, si se la sabía dirigir bien.

Jiyirma se calzó las botas de piel colocadas junto a la entrada sobre una esterilla y salió de la cueva. Unos copos duros, parecidos a recios granos de sal, empezaban a caer dispersos y sin elegancia. Para ella, que procedía de un país norteño, aquello no podía considerarse verdadera nieve y casi le ofendía cuando sus compañeras, al ver aquel burdo simulacro, decían que estaba nevando. Ella les contestaba entonces que, en su idioma, tenían una palabra determinada para aquel birrioso fenómeno meteorológico y que le parecía increíble que allí se conformasen con el uso de un único término para designar cosas tan diferentes. Era, insistía siempre, como referirse a un charco y a un océano usando el mismo nombre.

«*Namaska* —pronunció para sí misma refunfuñando mientras cerraba la recia puerta de madera—, esto se llama *namaska*. ¡Qué nieve ni qué ocho cuartos!»

Una vez hubo subido al nivel superior del enorme pozo natural abierto en la tierra y en torno al cual se organizaba su comunidad, se detuvo ante la puerta central, idéntica a las demás. El viento soplaba allí más fuerte, pero las vistas del desierto eran ciertamente impresionantes. Aunque lo contemplaba a diario, aquel paisaje rojizo, duro y de caprichosa fisonomía nunca dejaba de conmoverla. Siempre le hacía sentir como si realmente estuvieran en otro planeta. Desde luego, nadie podría haber elegido una ubicación más adecuada para aquel monasterio donde lo que se buscaba era el máximo aislamiento, la más estricta soledad y calma.

La hermana Bir hizo pasar a la hermana Jiyirma a su cueva-celda y la invitó con un gesto a que se sentase en un austero taburete. La superiora, por lo visto, llevaba ya un rato trabajando en sus papeles; tenía los dedos de la mano derecha manchados de tinta azul.

—Andas muy madrugadora últimamente —señaló esta mientras tomaba asiento frente a su secreter y giraba la silla en dirección a su invitada—, ¿quieres que le diga a la hermana Toguz que te dé algo para dormir mejor?

—No hace falta, gracias —replicó la anciana sentada muy recta en la banqueta—, duermo menos, pero descanso lo necesario. Me encuentro además con mucha energía, mejor que nunca, la verdad.

—Bueno, eso es innegable. Solo verte todo el día trasteando de aquí para allá me agota. Haces que las demás, a tu lado, parezcamos un puñado de perezosas. Dime, ¿en qué puedo ayudarte?

—Se está armando un circuito interesante —explicó Jiyirma con las manos extendidas sobre el regazo, una encima de la otra—, llevo semanas observándolo. No he querido decirte nada hasta no estar segura de que no era una combinación caótica, pero ya no me cabe ninguna duda de que es auténtico azar objetivo. Debería ponerme en marcha.

—No me consta que ninguna otra hermana haya captado nada, pero igual deberíamos consultarlas. Si a alguna le ha llegado alguna señal, quizá podrías librarte del viaje.

—No, me temo que debo hacerlo yo —dijo con resolución Jiyirma—.

Estoy segura de que mi sincronización es personal, ya han surgido un par de serendipias.

La Superiora asintió en silencio. No le gustaba la idea de tener que dejar partir a la hermana Jiyirma, pues, pese a disfrutar de una salud y una vitalidad envidiables, seguía siendo una mujer de setenta y cinco años, y aquellas misiones siempre eran cualquier cosa menos tranquilas. Rezó para que, en las próximas horas, se presentase alguna hermana más joven diciendo que también había percibido aquel circuito, así podría encargárselo a ella.

Pero tal cosa no ocurrió y, a la mañana siguiente, toda la comunidad estaba reunida al borde del enorme cráter para despedir a la hermana Jiyirma. Ninguna de las veintitrés mujeres preguntó a su compañera adónde se dirigía, pues habría sido una pregunta absurda. Todas sabían de sobra que la «bola», como se denominaba a la viajera, no tenía necesidad de conocer el circuito que había construido el destino para ella, solo debía «rodar» y dejarse llevar por él hasta el final. «La bola no tiene ojos ni voluntad», señalaba una de las primeras máximas que aprendían cuando llegaban al monasterio.

Cuando ocho días más tarde, tras una dura travesía por el desierto, la hermana Jiyirma llegó hasta el ajetreado puerto de Kalpökt, dio un distraído paseo por el muelle y finalmente pidió permiso para subir en un carguero que llamó su atención por haber sido bautizado como *Snegstormur,* que significaba «tormenta de nieve» en una de las lenguas nórdicas de Geb.

El capitán, un tipo de rostro desabrido al que no le gustaban los desconocidos, admitió a la mujer en su barco porque esta era una religiosa, pero sobre todo, porque tenía un aire vagamente familiar, una digna manera de estar, de amable y recta firmeza que le recordó hondamente a su difunta madre. La tripulación se quedó boquiabierta cuando su arisco jefe les anunció la presencia de la nueva pasajera.

Una vez en alta mar, Goran, que así se llamaba el capitán, se acercó a la anciana que, apoyada en la borda, observaba el extenso horizonte desplegado delante de ellos.

—No me ha preguntado usted adónde nos dirigimos —le dijo el hombre con el típico acento cerrado de los del norte.

—Sorpréndame —le contestó la mujer con unos ojos sonrientes como los de una niña que espera recibir un regalo.

—Vamos al sur, hacia Omaruru, un sitio poco recomendable.

Jiyirma volvió a sonreír al escuchar aquel nombre. En principio, podría decirse que era el lugar más alejado al de la procedencia de las señales que había recibido en sueños, pero llevaba demasiado tiempo ejerciendo como Serendipista para dudar ni siquiera un segundo de sus «elecciones». Además, con los años, había aprendido a disfrutar de estos aparentes errores o desvíos, eran, de hecho, lo que más le gustaba de aquellas misiones, aunque, como a casi todas las novatas, al principio habían sido lo que más angustia e inseguridad le habían provocado.

«Estoy deseando ver cómo te las apañas para reconducir esto», dijo mentalmente en una frase que iba dirigida a la Vida misma.

Se preguntó, intrigada, qué encontraría en aquel lejano puerto lleno de contrabandistas, ladrones y piratas de la peor calaña. ¿O no sería qué, sino a quién? Hizo un par de profundas inspiraciones para serenarse y no caer en la tentación de anticipar; uno de los principales peligros que realmente podían arruinar un viaje. Cuando uno anticipaba; condicionaba, comenzaba a actuar con intención (aunque fuera a nivel inconsciente) y, por tanto, a inmiscuirse, a alterar el circuito. Era fundamental comportarse sin premeditación, con la mayor naturalidad e indiferencia posibles: ser solamente «la bola».

—Capitán —dijo entonces—, ¿puedo ir a la cocina a prepararme algo? Tengo dinero para pagarme al menos la comida.

Una semana más tarde, Tama, el hijo del astrofísico Anewa Hök, arrojó sobre las rocas su caña de pescar, corrió hacia el observatorio situado en la parte oeste de la isla y avisó a su padre de que acaba de divisar un carguero norteño acercándose hacia el atolón.

—No hay duda de que viene hacia aquí —insistió Tama cuando su padre levantó la vista de sus papeles y lo miró con incredulidad.

—No esperamos ningún navío… Deben de haberse desorientado o tendrán algún problema mecánico. Yo saldré a su encuentro, tú ve a la Torre de Transmisiones por si hubiera que dar la alarma.

Tama suspiró, contrariado. Para una vez que pasaba algo interesante, su padre se iba a encargar de fastidiárselo. Se consoló pensando que, seguramente, este tendría razón y, al final, tampoco fuera a tratarse de nada extraordinario.

Anewa esperó en el sencillo muelle a que atracase aquel enorme barco de aspecto cochambroso y maloliente. Aunque era casi impensable que se tratase de un ataque (pues todo el mundo sabía que Nïisk estaba bajo la protección directa de Continente y que no había además allí nada de valor), Anewa aferró un momento la empuñadura de la pistola que ocultaba en el bolsillo de la chaqueta y se recolocó las gafas en lo alto de su alargada nariz.

Un hombre, que parecía ser el capitán, se asomó entonces por la elevada cubierta del carguero y gritó en la lengua común:

—Tenemos un problema médico urgente, necesitamos ayuda.

Goran, una vez en el malecón, explicó al astrofísico que, a mitad de su viaje, su médico había enfermado de una extraña dolencia y que, luego, aquello se había ido extendiendo rápidamente por la tripulación. En ese momento había una treintena de hombres infectados y apenas quedaban una docena sanos. El médico había muerto aquella misma noche y, con él, los fallecidos ya sumaban trece.

—Esta maldita epidemia nos sorprendió a la altura de Sahar, cuando estábamos bordeándola para descender hacia el sur. Este era el sitio civilizado más cercano que teníamos.

Capítulo 10

Cuando la hermana Jiyirma abrió los ojos, le sorprendió la intensa y cálida luz que inundaba la estancia y se dio cuenta de inmediato de que no estaba ni en su fría cueva ni en el oscuro camarote del barco. Se recostó en la cama para examinar mejor el lugar. Todos sus músculos se quejaron. Era como si se hubiera caído rodando por un terraplén. Entonces, se acordó de que, hacía un par de días —si su memoria no le fallaba—, había empezado a sentirse mal; mareada y febril. Se había acostado agotada a media tarde, temblando como una hoja, y luego…, ya no recordaba más.

Observó que se hallaba en una habitación redonda como un queso, hecha por completo de finos troncos de madera clara y bien pulida, y con unos amplios ventanales que ocupaban la mitad de la pared circular. Había también, frente a ella, una puerta abierta que daba a una terraza que rodeaba el amplio cuarto. Fuera brillaba un mar azul verdoso que parecía la superficie de una joya. En el luminoso cielo azul, que casi se confundía con el océano, no se distinguía una sola nube, y las aves marinas lo surcaban con un vuelo elegante y pausado. Aparte del relajante sonido del mar y de los gritos esporádicos de estos pájaros, no se escuchaba ningún otro sonido.

«Desde luego —reflexionó la mujer—, no parece que hayamos llegado a esa cloaca de Omaruru».

Hubiera deseado levantarse para poder seguir indagando, pero su entumecido cuerpo no se lo permitió. De todos modos, no tuvo que esperar mucho para satisfacer su curiosidad porque, al cabo de unos minutos, un hombre alto y flaco, de cara afilada y marcada por arrugas mucho más hondas de lo que serían propias a su edad, entró en la habitación.

—Veo que ya está despierta, ¿qué tal se encuentra?

—Creo que tengo agujetas hasta en las cejas —respondió Jiyirma—. ¿Sería tan amable de explicarme lo que ha ocurrido, por qué no estoy a bordo del *Snegstormur*? Ah, disculpe mis modales —se apresuró a añadir—, soy la hermana Jiyirma, del monasterio Karasay.

—Sí que está usted lejos de casa —apuntó el hombre secamente—. Verá, sus compañeros de viaje atracaron aquí hace cinco días a causa

de unas fiebres que habían afectado a media tripulación. Yo les traté con los medicamentos apropiados y pronto se recuperaron y partieron. Usted estaba demasiado grave y el capitán no podía demorarse más. Me pidió que, si usted sobrevivía, le hiciera llegar sus disculpas. Yo soy Anewa Hök y este es el atolón de Nïisk, un lugar donde no se permiten visitas.

La anciana asintió con interés, pero el hombre no detectó ninguna señal de inquietud, decepción o sorpresa en ella. Sabía que la orden a la que pertenecía la mujer siempre había estado rodeada de misterio; nadie sabía muy bien a qué se dedicaban aquellas religiosas, por qué realizaban extrañas peregrinaciones en solitario que se parecían más a erráticos vagabundeos que a otra cosa. También decían los rumores que tanto sus viajes como sus vidas se regían por el azar, pero Anewa intuía que había algo mucho más trascendente detrás de aquella ramplona explicación.

—Siento haberle causado molestias, señor Hök, y le agradezco la ayuda tan generosa que nos ha dado —dijo la mujer—. En cuanto recupere mis fuerzas, continuaré con mi viaje, no quisiera acarrearle problemas; si no me equivoco, estas islas están bajo la jurisdicción de Continente y, por nada del mundo, desearía inmiscuirme en los asuntos de su gobierno.

—No se preocupe —contestó Anewa en el mismo tono aséptico y formal—. Tómese el tiempo que precise para reponerse. Cuando lo haga, solicitaré un transporte para usted y podrá continuar su viaje hacia Omaruru, creo que es allí a donde se dirige.

Jiyirma, a pesar del tono neutro del hombre, detectó que este albergaba cierto recelo hacia ella, así que se propuso conducirse con especial cuidado.

—En principio ese era mi destino, sí, pero siempre que se produce un desvío, nuestra orden lo interpreta como una señal, así que imagino que la nueva ruta me será desvelada pronto.

—¿Y puedo preguntar —dijo Anewa mirándola con unos ojos, que tras las pequeñas gafas, brillaban astutos e inquisitivos— qué objetivo tienen estos viajes tan fortuitos?

Jiyirma sabía muy bien qué contestarle, pues su congregación llevaba siglos ofreciendo aquella falsa respuesta (aderezada con datos reales para que resultase coherente) a toda persona ajena a esta.

—Nunca lo sabemos —contestó al hombre esgrimiendo una franca

sonrisa—. Un día nos levantamos tras haber soñado intensamente con un lugar desconocido y sabemos que debemos empezar una de nuestras peregrinaciones. Conocer el destino no es importante; esa visión es tan solo como un pistoletazo de salida. Se supone que allí la Vida nos revelará alguna enseñanza espiritual importante. A veces, también resulta ser un viaje de reclutamiento y el azar entonces nos lleva hasta una posible candidata para unirse a la hermandad. Como le decía, nunca se sabe de antemano.

—Y veo que ese aprendizaje al que les somete «la vida» no respeta las canas.

—El crecimiento interior no concluye nunca, ciertamente — apuntó la anciana sin mudar su sonrisa—, aunque sí que es cierto que los viajes van disminuyendo conforme envejecemos, sobre todo, si hemos sabido aprovechar y cumplir con éxito las peregrinaciones anteriores. Por lo visto, yo debo de tener aún alguna lección pendiente.

—Entonces, si no me equivoco —prosiguió el hombre—, el destino la ha traído hasta aquí por alguna razón, quizá para mostrarle algo concreto.

Jiyirma supo que estaba adentrándose en un terreno peligroso. El hombre se sentía amenazado por su presencia —aunque fuera muy levemente— y si lo hacía, era porque tenía algo serio que ocultar, lo cual era perfectamente lógico tratándose de un territorio donde el gobierno de Continente llevaba siglos realizando investigaciones secretas, nadie sabía con qué propósito, aunque concernientes, eso sí era de dominio público, al campo de la astrofísica.

—Bueno, no es que mi viaje sea como una yincana donde tengo que ir consiguiendo objetos o pistas —bromeó ella—. Como le decía, es algo más espiritual. Quizá solo esté aquí porque usted ha sido elegido para marcar el próximo punto de mi ruta, ¿entiende? Esto sería como una especie de parada de postas para cambiar de carruaje.

—¿No piensa que este podría ser su destino final?

—No tengo esa impresión, la verdad —aseguró Jiyirma con sinceridad —. Es demasiado pronto y, además, cuando una llega a su destino, experimenta una especie de epifanía, un sentimiento místico muy intenso de comprensión y conclusión. Yo todavía no lo he sentido.

El hombre asintió en silencio y luego dijo que debía volver a su trabajo. Le señaló un cordón que había junto a la mesilla y le explicó que, si necesitaba cualquier cosa, tirase de él y su hijo Tama iría de

inmediato a atenderla.

En cuanto se quedó sola, la expresión de Jiyirma se tornó seria. No le cabía duda ya de que el azar la había conducido hasta uno de los enclaves que ellas denominaban «resortes». Estos eran puntos del circuito donde era preciso desplegar unas habilidades diferentes.

Un circuito podía concebirse como uno de esos complicados recorridos que se construyen para entretener a los niños y que consisten en una serie de rampas y mecanismos por los que una canica se desplaza accionando a su paso distintos elementos hasta llegar a un sorprendente final. Había tramos en los que la canica se limitaba a rodar por un camino (como ella había hecho a bordo del carguero) y había tramos en los que la bola debía producir un efecto, activar un dispositivo para poder continuar su viaje, y aquel inesperado paradero parecía uno de ellos.

Uno de los entrenamientos más duros y continuados de las hermanas consistía en aprender a discernir cuándo se hallaban ante uno u otro momento o tramo. Porque entonces su conducta debía ser también distinta. Si cuando se hallaban en un simple trecho-conductor lo único que debían hacer era dejarse llevar como una bola; sin pensar, sin cuestionar, dejándose guiar tan solo por su intuición, cuando llegaban a un espacio-resorte, debían entonces pasar a un estado de espera en alerta donde se suponía que tenían que descubrir algo que volvería a lanzarlas al circuito. Era entonces buen momento para recorrer el lugar de arriba abajo, observar con atención cualquier detalle y entablar largas charlas con los lugareños.

Su dilatada experiencia en esas lides le decía que aquel atolón era un espacio-resorte en toda regla, era tan obvio que hasta una novicia recién iniciada lo habría visto. El problema iba a consistir en poder hacer las averiguaciones pertinentes sin que pareciese que realmente las hacía. Lo primero, meditó, sería buscar respuestas evitando al suspicaz Anewa siempre que fuera posible. Sonrió al pensar que, en aquella ocasión, su condición de maltrecha anciana desvalida iba a serle de gran provecho y, desde luego, iba a sacarle todo el partido posible.

Empezó tirando del suave cordón plateado de seda que tenía junto a su cama para solicitar asistencia.

Al poco, el hijo de Anewa, un adolescente de aspecto inocente, apareció corriendo en la habitación. A la mujer no le costó deducir

que aquel chico delgado de grandes ojos castaños y tostado por el sol estaba intrigado por su visita y, seguramente, con muchas ganas de bombardearla a preguntas.

—Tú debes de ser Tama —saludó dedicándole su mejor sonrisa—. Perdona que te moleste, pero, ¿podrías traerme un vaso de agua? Me llamo Jiyirma, por cierto.

—No es ninguna molestia —contestó educadamente el chico—. ¿Necesita algo más?

—No, solo un poquito de agua. No quiero entretenerte, supongo que querrás volver con tus amigos.

—¿Amigos? —se rio con amargura Tama—. En estas islas vivimos mi padre y yo. No es que sea el lugar más entretenido del mundo.

—Ah, entonces Anewa es tu padre —apuntó ella haciéndose la tonta —. No os parecéis mucho físicamente.

—Es que no es mi padre biológico —explicó el joven, que ya se había olvidado del agua de su invitada—, me adoptó cuando yo era un bebé. Es una práctica bastante frecuente entre los astrofísicos que vienen a trabajar a Nïisk toda su vida. Muchos no suelen tener tiempo para crear una familia y entonces adoptan a un niño o una niña para que se convierta en su aprendiz sin necesidad de tener que enviarlo a formarse a la Escuela de Astrofísicos.

—¿Entonces tú también te tendrás que quedar toda la vida investigando en este atolón?

—En principio, sí... Aunque ahora, después de lo que ocurrió con la… —Tama se detuvo sobresaltado. Había estado a punto de revelar una información que era totalmente confidencial. Estaba tan poco habituado a hablar con gente que no dominaba el arte de la conversación y le resultaba complicado contenerse. Su padre también le había advertido que no hablase con aquella mujer más que lo imprescindible y solo para tratar cuestiones prácticas.

La hermana intuyó que iba por buen camino y sonrió complacida al ver que Tama sería mucho más fácil de sondear que su padre.

—Tranquilo —le dijo con amabilidad—. Sé que en esta isla manejáis temas muy importantes que no deben conocer los extraños. Tiene que ser sin duda apasionante formar parte de ello. Pero no necesitas explicarme nada, no te preocupes. Además, seguro que no entendería

ni media palabra.

Tama sonrió aliviado. Aquella abuela de cabello blanco y mejillas sonrosadas era muy amable y, desde luego, estaba claro que no suponía ninguna amenaza. Su aburrido y estricto progenitor, como de costumbre, pecaba de precavido y malpensado.

Capítulo 11

Finalizada la inesperada escala para celebrar el falso rito de purificación en Muicur, Ima y sus compañeros recuperaron su ruta inicial hacia Xatarov.

Llevaban un par de días navegando por ella sin incidentes y muy pronto cruzarían el paso que les conduciría al Mar Interior, desde el que alcanzarían su destino. De momento, parecía que la incorporación de P'tuv a la tripulación había sido una idea afortunada, y el tiempo y los vientos no podían serles más favorables.

P'tuv estaba constatando el respeto que obtenían sus palabras cuando las formulaba en calidad de aprendiz de *pawang* y no perdía ocasión de sacarle tajada a aquello en cuanto se le presentaba una oportunidad.

—Pues dirás lo que quieras —le espetó el chico a Bibek en referencia a una vieja disputa que venían arrastrando desde que P'tuv había sabido que la barcaza carecía de un nombre fijo y que sus dueños se lo iban cambiando con el propósito de despistar a la competencia o a un posible enemigo—, pero no es bueno pa'l barco navegar sin un nombre de verdá. Y si nos hundimos, los espíritus d'l mar no sabrán adónde devolver nuestras almas, que quedarán errantes pa'siempre.

—Por ahí sí que no paso —se mantuvo firme el *Haarig* que, como de costumbre, se encontraba en popa manejando el timón—. Hasta ahora nos ha ido muy bien con este sistema. ¿Te das cuenta, Makh, de que está tratando de manipularte otra vez con toda esa mierda supersticiosa, no?

Por supuesto, Makh se daba cuenta. Sin embargo, en aquellas cuestiones era mayor el miedo que tenía a atraer la mala suerte que a pasar por tonto o ingenuo.

—Ya lo sé —contestó el joven fingiendo indiferencia—, pero aun así, tampoco pasa nada por darle el capricho al chaval. No creo que vaya a traernos problemas ponerle a esta vieja lata un nombre definitivo. Si en el futuro vemos que necesitamos cambiarlo, lo hacemos y listo. ¿Qué nombre tenías en mente, P'tuv?

—Había pensao en «Kap'la» —respondió el chico mostrando una

amplia sonrisa triunfal y algo destartalada por la ausencia de varios dientes de leche.

El nombre, en el rudo idioma de P'tuv, significaba «la victoria es nuestra».

—¡Puf! —bufó Bibek—, ¡qué pretencioso! Si yo fuera un espíritu del mar con malas pulgas, iría directo a por un barco tan engreído. Ni de coña.

—¿Y qué tal entonces «Sonräk»? Se usa pa referirse a un guerrero fuerte y noble. No le veo na malo —repuso P'tuv que, evidentemente, había estado dándole muchas vueltas al tema y contaba con una larga lista de candidatos.

—A mí me parece que suena bien —admitió Ima, divertida.

Makh y Bibek se miraron y se encogieron de hombros con resignación.

Al cabo de un rato, el nuevo nombre ya estaba pintado en toscas letras blancas en el oscuro casco de madera del barco.

—Total —admitió Bibek para consolarse un tanto por aquella nueva claudicación—, lo mismo da en realidad llamarlo así que «vómito de foca» porque nadie, aparte de los cuatro salvajes que hablan este maldito dialecto, va a entender lo que significa.

Ima, que había estado pensando precisamente en aquel asunto, comentó en privado a Makh y Bibek que tal vez sería buena idea insertarle a P'tuv la lengua común de Geb, dado que iba a continuar viajando con ellos indefinidamente. Estos, tras meditarlo un momento, vieron que la mujer tenía razón y que debían aprovechar aquella ventaja antes de que Ima regresara a su mundo.

El problema era hacerlo sin delatar la existencia del Sensei ni del traductor.

Fue Makh quien halló una peregrina solución para engañar al niño. Confiaron en que P'tuv, que al fin y al cabo solo tenía nueve años, conservara aún algo de la credulidad típica de su edad, aunque todos albergaban serias dudas al respecto.

Aquella noche, durante la cena en el camarote, Ima le comentó:

—P'tuv, como sabes, pronto llegaremos a Xatarov y tendré que

separarme de vosotros. Antes de irme, quería hacerte un regalo especial. Verás, yo también poseo una Habilidad típica de mi tierra. Es poco conocida y se llama Habilidad de Transmisión. Soy capaz de transmitir información desde mi cabeza a otra cabeza, ¿entiendes?

P'tuv la observó con ojos chispeantes.

—Quiero hacerte una transmisión para que seas capaz de hablar la lengua común de Geb. Te será útil si te vas a dedicar a buscar piezas con estos dos. Todo el mundo la habla.

—¿Puedo aprender ese idioma asín de golpe? —preguntó, maravillado.

—Eso es. Solo tienes que cerrar los ojos y concentrarte en lo que yo te diga, ¿te parece?

P'tuv asintió.

Entonces, Ima se situó detrás del muchacho, que permaneció sentado en su silla frente a la mesa, y sacó de un bolsillo el pequeño traductor biomecánico manipulado para poder realizar descargas cerebrales.

—Vale, mantén los ojos cerrados. Voy a tocarte el cuello. Notarás un leve pinchazo: no te preocupes, solo voy a pellizcarte. Luego, sentirás un escalofrío y, a continuación, oirás una voz que te preguntará dentro de tu cabeza: «¿Desea que el nuevo idioma se instale en su m.l.p.?». Tú debes contestar mentalmente con un claro y rotundo «sí». Eso es todo. ¿Tienes alguna duda?

El chico negó con la cabeza e Ima llevó a cabo el brevísimo proceso.

Cuando P'tuv se giró hacia ella y la saludó utilizando la lengua común, comprobó complacida que todo había marchado bien. En adelante, todos podrían comunicarse con mayor facilidad y, si había suerte, P'tuv hasta hablaría aquel idioma con mayor corrección que el suyo propio.

No obstante, en los días siguientes, P'tuv perdió gradualmente el interés por la recién adquirida lengua y, de nuevo, se dejó arrastrar por el hábito natural de expresarse en su propio idioma. Fuera como fuera, no había mayor problema: siempre que quisiera utilizar la lengua común, la encontraría bien fresca en su memoria y a su inmediata disposición.

Por su parte, Bibek y Makh volvieron a usar la lengua común y,

cuando el niño les hablaba en su árido lenguaje, ellos le contestaban en aquel otro.

Ima entendía muy bien este comportamiento. Ella, que solo podía comunicarse en finés con su Sensei, charlaba con este a veces en voz alta (cuando estaba segura de que no la oía nadie) con la única intención de escuchar una lengua familiar. Era una forma, además, de reforzar uno de los pocos vínculos que le quedaban con su hogar que, a ratos, se le antojaba tan remoto. Parecía que al nombrar las cosas en su propio idioma, las imágenes de su mundo recuperaban algo de su solidez.

Una mañana, cuando llevaban varias jornadas recorriendo el estrecho de Twi'n'ügg que comunicaba con el Mar Interior, P'tuv, al que habían encomendado las labores de vigía por ser lo suficientemente pequeño y ligero como para subirse a lo alto del mástil (pero sobre todo porque allí podía estar ocupado sin dar la murga), gritó de pronto:

—¡Hay un porrón de barcos tochos allá'lante! ¡To's con la misma bandera!

Makh le ordenó que le tirase el catalejo y entonces comprobó que se trataba de una flotilla de Continente. No cabía duda de que estaban esperándolos. Era claramente una encerrona y, sin duda, habían elegido el mejor punto para hacerlo: no había donde esconderse en aquel angosto pasillo de océano, el más largo de toda Geb.

—En cuanto demos la vuelta, nos perseguirán y nos alcanzarán en un santiamén —reflexionó Bibek—. Esta vez no tenemos dónde darles esquinazo. Esos cabrones saben muy bien lo que hacen y fijo que ya nos han visto hace rato.

—¿Y si desembarcamos y escapamos por tierra? —propuso Ima mientras observaba la rocosa costa de la enorme isla que quedaba a su derecha.

—Te digo que nos están viendo, nos atraparían igualmente —objetó el timonel.

—Quizá haya una manera —intervino entonces Makh, pensativo—. No creo que sepan exactamente quiénes somos. Como mucho, después de haber recabado información en palacio, me buscarán a mí y, desde luego, a Ima. No creo que sepan nada de un *Haarig*. Si nosotros nos vamos ahora, puede que no nos vean abandonar el barco, y creo que podremos llegar a la orilla a nado. Cuando comprueben que solo estás

tú a bordo, te dejarán pasar, entonces nos reuniremos en la costa este de Ügg —dijo señalando la isla que quedaba a estribor—, Twï es demasiado desértica y solitaria.

—¿Y yo con quién puñetas voy? —preguntó P'tuv, del que obviamente se había olvidado Makh y que no entendía nada de lo que sucedía.

—Que se marche mejor con vosotros, no vaya a meter la pata si me interrogan —apuntó Bibek encendiéndose un cigarro mientras su cola se movía de un lado a otro como un acelerado metrónomo.

Resueltos algunos cabos sueltos del precipitado plan, Makh, Ima y P'tuv se colocaron en la punta de popa al amparo de la gran vela roja desplegada de lado y, sigilosamente y provistos de unos pequeños tablones, se metieron en el agua que, por suerte, estaba bastante calmada y no demasiado fría.

Después de una extenuante travesía a nado en la que tuvieron que detenerse a descansar sobre las tablas en varias ocasiones, pudieron alcanzar la escarpada orilla. Por el camino, aprovecharon para explicarle al intrigado P'tuv que aquellos soldados les perseguían porque Makh había robado una pieza en el palacio de su líder y aprovechado, como ya le habían contado anteriormente, para liberar a Ima, que estaba prisionera por proceder de un país enemigo de Continente. Para cuando llegaron a tierra, el Sonräk ya se había perdido en el horizonte.

—¿Cuánto nos costará cruzar la isla hasta el otro lado? —quiso saber Ima.

—Si encontramos transporte, unas horas, si no, un día al menos. La isla es condenadamente larga, pero bastante estrecha. Busquemos algún pueblo o alguna granja, a ver si allí pueden ayudarnos.

Tras beber y comer un poco de las provisiones que habían cogido, los tres se pusieron en marcha para aprovechar las horas de luz que les quedaban.

Por su parte, Bibek estaba a punto de llegar a la barrera formada por los cuatro galeones de guerra de Continente. Antes, se había ocupado de ocultar el material que podía identificarlo como *Cercatore* en un compartimento secreto que tenían para tal fin, y, por supuesto, las piezas de «La Gran Máquina» se hallaban a buen recaudo en su también escondida caja de prasadium.

Cuando le dieron el alto, tomó aliento y rezó para que todo marchara según lo previsto.

—¿Se puede saber qué pasa? —contestó a los soldados que lo miraban desde el barco más cercano y cuyos cañones asomaban en hilera amenazadoramente.

Segundos después, había varios hombres armados registrando la barcaza. Dos de ellos esposaron a Bibek y lo subieron a bordo del galeón.

Pronto pudo comprobar que el esperado interrogatorio no iba a ser tan sencillo como habría deseado. Le quedó claro en cuanto lo volvieron a esposar al palo de mesana y, sin venir a cuento, le golpearon en el estómago con la culata de uno de aquellos toscos y alargados mosquetones que portaban.

—¿Dónde está el resto de la tripulación? —le preguntó uno de los hombres que parecía estar al mando.

—No hay nadie más —contestó Bibek sin resuello—. No sé a quién buscáis, pero yo viajo solo. Me dirigía a Yuringrado para recoger una mercancía, si no llego a tiempo, me vais a fastidiar el negocio.

A pesar de los numerosos golpes que le llovieron a continuación, Bibek no cambió su respuesta.

Al cabo de veinte minutos, el hombre que dirigía el interrogatorio se dio por vencido. Ordenó entonces a sus subordinados que se detuvieran y se alejó para entrar en el camarote principal.

—*Madeimoselle* —dijo el militar cuando estuvo en el interior del alojamiento que el capitán del barco había cedido a Madeleine, lugarteniente de Loïck de Choisi—, el detenido insiste en que viaja solo. Quizá sea verdad, no tenemos ninguna noticia de que haya un *Haarig* implicado. Tampoco el Detector de Sousa ha encontrado en su barco ninguna pieza y no hay artilugios que lo señalen como *Cercatore*.

—Está mintiendo —sentenció categórica la joven Intuitiva, que en ese momento se estaba sirviendo un vaso de jerez—, acabo de inspeccionar la barcaza y no hay duda de que la prisionera que buscamos estuvo allí, hasta he podido sentir su particular aroma. Debieron abandonar la nave cuando nos descubrieron. No se preocupe, teniente, si nuestro amigo no sirve como informador, servirá como cebo para atraer al resto. Intuyo que intentarán

rescatarlo en cuanto se enteren de que vamos a ejecutarlo. Ponga rumbo al puerto de Ügg; será un buen sitio para soltar el señuelo y aprovisionarnos para el trayecto de vuelta.

Capítulo 12

P'tuv estaba intranquilo. Tras aquel repentino revés con los galeones enemigos y después de haber bautizado el barco, a petición suya, temía haber perdido su credibilidad como *pawang* y que, por tanto, Makh decidiera echarlo de la tripulación y abandonarlo en cualquier aldea de mala muerte.

Ima, viendo la preocupación en el rostro del niño, que todavía no había aprendido a ocultar del todo sus sentimientos, supuso lo que este andaba rumiando.

—Es una suerte que vieses esos barcos a tiempo, P'tuv. Si no, a estas horas ya estaríamos en su poder, ¿verdad Makh?

—Sí —admitió el joven de ojos grises—, aunque es pronto para cantar victoria. Tengo un mal presentimiento sobre todo esto.

—Los malos presentimientos —repuso Ima— no son más que una manifestación de nuestros temores y es lógico que los tengas; Bibek es tu mejor amigo.

Makh no dijo nada, pero P'tuv le lanzó a Ima una mirada agradecida.

Todos se animaron cuando, al cabo de una hora de trayecto, distinguieron en lo alto de una árida meseta un raquítico pueblo del interior. Allí, tras regatear seriamente con un granjero, consiguieron que este les alquilase una carreta que se comprometieron a devolver en un punto determinado de Brosek, el puerto más importante y septentrional al este de la isla.

Alcanzaron su destino al atardecer. Una vez hubieron dejado el carro con las mulas en la cuadra indicada, se acercaron hasta el muelle. Comprobaron que el Sonräk todavía no había atracado y eso les inquietó; debería haber llegado a Brosek mucho antes que ellos.

Decidieron esperar en una de las tabernas del puerto. Esta se hallaba abarrotada y no les costó demasiado enterarse de las noticias que acababan de recibir de Ügg, la capital homónima de la isla, y que todo el mundo comentaba animadamente.

—Por lo visto —les informó el camarero cuando le preguntaron—,

barcos de guerra de Continente han capturado en Ügg a un peligroso criminal. Dicen que lo llevan a Lorient para ejecutarlo.

Makh, acodado en la pegajosa barra, se sujetó la cabeza con ambas manos, como si esta de pronto le doliera intensamente.

—¿Y esa información la han hecho pública las autoridades de Ügg? —preguntó tras recuperar un poco la compostura.

—No, y eso es lo extraño —respondió el tabernero con suspicacia—, porque normalmente los de Continente no suelen poner al resto del mundo al tanto de sus operaciones. Es como si quisieran advertirnos o pavonearse. También han dicho que sus barcos permanecerán un día más en la capital para abastecerse antes de partir hacia su país.

Ima tomó del brazo a Makh y, separándolo un poco de la barra, le dijo en voz baja y en el idioma de P'tuv para que nadie les entendiera:

—Está claro que se trata de una trampa para que vayamos a rescatarlo.

—Lo sé —dijo secamente el joven—. Pero, ¿qué remedio nos queda? ¿Dejarlo morir?

—Si es que no se lo'an cargao ya —apuntó P'tuv mordiéndose con nerviosismo la negra uña de su dedo gordo.

—Bueno, sea como sea —decidió Makh—, vosotros no vais a venir conmigo. Yo liberaré a Bibek: esos idiotas aún no conocen hasta dónde llegan mis Habilidades. Luego vendremos a recogeros. Si no hemos regresado en una semana, tendréis que buscaros la vida para llegar a Xatarov. Buscad por la zona un alojamiento discreto, es posible que también hayan mandado hombres a localizarnos.

—¿No irás a irte ya mismo? —le espetó Ima—. No creo que sea buena idea viajar de noche.

Makh admitió que su sensata compañera tenía razón y los tres salieron de la taberna tras haber pedido al camarero la dirección de alguna posada o pensión barata. El hombre les dio las señas de una casa de invitados a las afueras de la aldea, pues la única posada en Brosek se encontraba al completo.

La casa resultó hallarse bastante más allá de las afueras del pueblo. Dieron con ella cuando ya apenas podían distinguir el camino en la

oscuridad y pensaban que se habían equivocado de dirección.

Se trataba de una granja con techo bajo de paja, grande y cuadrada, pero de un único piso. Tuvieron que llamar a la puerta unas cuantas veces antes de que una anciana minúscula y con aspecto de pasa consumida les abriera.

La mujer les explicó que ella era en realidad la curandera del pueblo, pero que, de vez en cuando, alquilaba una habitación a los viajeros para sacarse un dinero extra.

Comprobaron que, de hecho, el sombrío interior de la casa estaba lleno de plantas y raíces que colgaban de las grandes vigas de madera proporcionando un aroma intenso y particular que costaba calificar como agradable o repugnante. Un aparente desorden reinaba en aquella vivienda repleta de frascos y cachivaches, pero aun así, resultaba acogedora.

La anciana les preguntó si querían cenar algo y luego añadió:

—Si queréis, y solo por un par de monedas más, puedo leeros el futuro en las entrañas de un pez.

Makh la miró con suma atención e Ima temió que de nuevo este fuera a dejarse engatusar por aquellas bobadas. Sin embargo, su respuesta no fue la que había esperado.

—Entiendo entonces que, además de curandera, también es usted el chamán del pueblo. ¿No le importaría instruir al chico mientras está aquí? Le pagaríamos por ello, claro. Verá, él había empezado su aprendizaje como *pawang* en la región de Gwam, pero tuvo que interrumpirlo. Yo tengo que ausentarme unos días, pero ellos se quedarán a esperarme.

La anciana, vestida de riguroso negro, se acercó hasta P'tuv que había escuchado aquello con gesto de disgusto, y le miró atentamente a los ojos; los dos eran casi de la misma estatura.

—No hay duda de que este mozo tiene un gran potencial, sí —afirmó la mujer—. Le enseñaré todo lo que pueda mientras esté en mi casa, aunque en tan poco tiempo no creo que sea mucho.

—Será mejor que nada, gracias —contestó Makh mientras sacaba unas cuantas monedas de su bolsa y se las daba como adelanto a la hechicera.

Ima llevaba un par de horas acostada en el cuarto común de invitados cuando, totalmente desvelada, se levantó de la cama con sigilo y regresó a la sala principal. Allí encontró a Makh junto a los rescoldos aún encendidos de la amplia chimenea, escribiendo en un pergamino. Al parecer, él tampoco podía conciliar el sueño.

—Estoy preparando el disfraz y la coartada que utilizaré mañana —le explicó a Ima cuando esta le preguntó qué hacía.

Ella se dio cuenta entonces de que el cabello del joven, que llevaba recogido en una fina coletilla, estaba adquiriendo un tono castaño claro. Sin duda, hacía poco que había tomado una semilla de *Anuenue,* la planta que utilizaba para teñirse el pelo.

—¿Por quién te harás pasar esta vez?

—Por el hijo de una familia acomodada de Rippol, un país donde es frecuente que los jóvenes de la alta burguesía se dediquen un tiempo a viajar por el mundo antes de hacerse cargo de los negocios familiares. Es un papel que ya he interpretado antes, así que me lo sé bien.

—Pues con esa ropa no tienes mucha pinta de rico heredero…

—Eso es lo de menos, mañana en el pueblo conseguiré todo lo que necesito y luego partiré hacia Ügg.

—Oye, Makh —dijo Ima muy seria mientras veía cómo este se colocaba una especie de ventosas de color avellana, similares a las lentillas, en ambos ojos—. No hagas ninguna tontería. Si los planes no salen como esperabas, diles dónde estoy. Yo me entregaré a cambio de que os dejen libres.

—Pero no podemos permitir que se hagan con eso… —alegó Makh dirigiendo una rápida mirada a la muñeca izquierda de su amiga.

—Si llega el caso —afirmó Ima tragando saliva—, le pediré a esta curandera que me corte el brazo desde el codo antes de entregarme. Cuando ese pirado de Loïck vea que no tengo ningún poder extraordinario, supongo que ya no le valdré para nada y me dejará marchar.

—Confiemos en no tener que llegar a ese extremo. Al menos las predicciones de la vieja han sido favorables —trató de animarla Makh.

El joven se refería a los augurios que había descifrado la supuesta hechicera en las entrañas del pez que había destripado ante sus

narices. Ima aprovechó la ocasión para plantearle a Makh un tema que hacía tiempo quería compartir con él.

—El destino no es algo que esté escrito, ¿sabes?, somos nosotros quienes lo creamos con nuestras decisiones. Eres un joven culto, con estudios, se me hace muy raro que alguien tan inteligente como tú confíe tan ciegamente en estas cosas...

Makh profirió un hondo suspiro. No era un asunto del que le gustase hablar, pero no le parecía bien, dadas las circunstancias, no contestar a Ima.

—Cuando era pequeño, yo era como mi padre, un escéptico que se reía de estas cosas y que tomaba el pelo a mi madre y a mi hermana cuando encendían una barrita de incienso tras comprar herramientas nuevas o cuando pedían al chamán del pueblo que bendijese nuestros animales. Un día, jugando con mi hermana, los dos nos metimos sin querer en una zona del bosque que se consideraba sagrada. El chamán nos pilló y nos dijo que si no hacíamos una ceremonia para pedir perdón a los espíritus, seríamos castigados por ellos. Mi madre y mi hermana dijeron que lo llevásemos a cabo, pero mi padre se rio a su cara y se negó en redondo. Yo le apoyé. Al día siguiente, mi hermana desapareció sin dejar rastro y nunca más volvimos a verla.

—Fue una terrible coincidencia sin duda —admitió conmovida Ima.

—El chamán nos advirtió que, si no calmábamos a los espíritus, estos seguirían atacándonos. «Su ira os hará caer uno tras otro», nos dijo. Mi padre echó al hombre de nuestra casa de malas maneras. Esa misma noche, mi padre se precipitó en una sima del monte que había cubierto la nieve y se rompió el cuello. Luego, yo enfermé gravemente. Era el día en el que se suponía iban a quitarme el nombre disuasivo para darme mi nombre adulto. El chamán aseguró a mi madre que no era buen momento para hacerlo estando la muerte rondándome tan cerca. Ella estuvo de acuerdo, claro. Además, accedió a que hiciésemos todos los rituales necesarios para congraciarnos con los espíritus a los que habíamos agraviado tan seriamente. Pero era demasiado tarde. Mi madre se ahogó arrastrada por una ola a los pocos días, cuando estaba echando al mar las cenizas de mi padre y mientras yo seguía enfermo. El chamán, para intentar al menos engañar a los rencorosos demonios, me llevó a su casa, me cortó el pelo, me lo tiñó de negro, me manchó la cara con hollín y me dio otro nombre, pero no de adulto, sino otro disuasivo todavía más convincente y repulsivo que el que ya tenía. Así, pasé de llamarme por un nombre que no deseo pronunciar, pero que significaba «Cero», a

llamarme Takhiany Makh. Estuve a punto de palmarla y, de hecho, eso les contó que había ocurrido a todos los del pueblo. Tras varias semanas en coma, por fin un día desperté y pasé a ser, a ojos de los vecinos, un sobrino del viejo que este había tomado como aprendiz. El chamán me advirtió que, aunque había burlado a la muerte, esta nunca olvidaba una presa y que debería en adelante andarme con mucho ojo de no llamar su atención y, mucho menos, de atraer las miradas de los espíritus que todavía me andarían buscando para completar su venganza.

Ima comprendió entonces la expresión de terror que había visto en el joven durante el incidente con el herrero y ya no le pareció tan divertido. No era de extrañar que, tras aquella traumática experiencia infantil, hubiese desarrollado un comportamiento supersticioso. Hasta la más racional de las mentes se tambalearía ante una sucesión de hechos tan fatídicamente desafortunados. También entendió mejor la decisión de Makh de estudiar en aquella Logia de las Sombras donde se había entrenado durante años para volverse invisible a los ojos del mundo.

Se acercó hasta el muchacho y le dio un cariñoso apretón en una mano.

—Perdona si alguna vez he dado la impresión de juzgarte, Makh, tienes todo el derecho del mundo a creer en lo que te plazca. Cualquiera con tu historial habría acabado paralizado por el miedo, pero tú has conseguido manejarlo a tu manera para seguir avanzando y vivir tu vida a tu antojo. Ahora, todavía me parece más valiente lo que estás haciendo por mí y, de verdad que siento causarte tantas molestias.

Makh se giró para observarla y le dirigió una sincera pero fugaz sonrisa. Como siempre que se acercaba a Ima, se sintió algo cohibido ante aquella mujer que parecía estar a años luz de todos ellos, y no solo por la tecnología que portaba.

Le habría gustado responderle que ella sí que era valiente, pero le dio vergüenza hacerlo, así que fingió centrarse en la escritura del documento que estaba falsificando.

Capítulo 13

Makh partió hacia la aldea mucho antes del amanecer, cuando todavía ni los habitantes más madrugadores habían abierto el ojo. Una vez en el pueblo, se coló sin dificultad en un almacén de aspecto lujoso y allí robó las ropas y el dinero que le harían falta para formar su equipaje y desarrollar su plan. Después, en una cuadra, tomó prestado un hermoso caballo blanco al que engalanó con las mejores bridas y silla de montar que encontró. Cuando estuvo preparado, partió enseguida hacia el puerto de Ügg, no fuera que alguien llegase a echar en falta algo de todo aquello y diese la alarma.

Lo primero que hizo en el puerto fue ocultar el caballo y dirigirse a pie hasta el muelle donde tenían amarrado y custodiado el Sonräk. Solo había un par de soldados vigilándolo y no le costó nada sorprenderlos desde atrás y dejarlos fuera de combate como una sigilosa lechuza que se abate sobre su presa en completo silencio.

Cuando el barco estuvo en su poder, navegó hasta una playa cercana. Allí pagó a un pescador para que llevase la barcaza hacia el extremo sur de la isla y la ocultase en alguna gruta o ensenada bajo juramento de guardar el más absoluto secreto. El joven pescador aceptó sin hacer demasiadas preguntas el dinero que le ofrecía aquel rico tan generoso como excéntrico, y le dio el nombre de la cala donde dejaría la barcaza. La excursión le tomaría varios días, pues Ügg era una de las islas más largas del planeta, pero, aun así, merecía la pena realizar el encargo.

Hecho esto, Makh regresó hasta el puerto y volvió a subir en su montura. El sol acababa de asomar grande y rojo por detrás del espeso bosque de mástiles desnudos.

En cuanto vio a un soldado de Continente, le ordenó con un perfecto acento de Rippol y la característica arrogancia de sus jóvenes aristócratas:

—Soldado, necesito hablar con quien esté al mando. Ve a buscarlo de inmediato.

El soldado observó con curiosidad al elegante joven que montaba en aquel hermoso animal y dedujo que debía tratarse de un pez gordo.

No sin cierto fastidio y temiendo ganarse una bronca por despertar a su capitán a horas tan intempestivas, abandonó su puesto y al poco estuvo de vuelta con su superior.

—Deseo solicitar un pasaje en su barco, capitán —explicó Makh con firmeza al robusto hombre que se ajustaba la camisa del uniforme—, quiero visitar Lorient, todavía no la conozco. Aquí tiene una carta de recomendación del mismísimo gobernador de Rippol, es un gran amigo de nuestra familia.

El capitán resopló. No le apetecía nada tener que meter a aquel niñato consentido en su barco, pero sabía que no le quedaba más remedio. Su gobierno mantenía buenas relaciones con el país del joven y una negativa a aquel requerimiento, que obedecía a una práctica bastante habitual y conocida en la cultura rippoleña, sería muy mal recibida por parte de estos.

Fingió que leía la carta con atención (en realidad, se limitó a examinar el sello y la firma del gobernador) y luego, fue a buscar a la señorita Madeleine, que era la que estaba al cargo de aquella operación.

Le sorprendió que esta no maldijese a aquel molesto inoportuno, como habría sido habitual en ella, y que, por el contrario, pidiese, complacida, que alojasen al muchacho en su propio navío.

Cuando Makh subió a bordo del galeón principal, Madeleine salió en persona a recibirlo y, tras las presentaciones, lo invitó a su camarote a tomar un refrigerio. Makh reconoció al momento a aquella esbelta joven de gélida expresión y larga melena caoba; era nada menos que el brazo derecho de Loïck de Choisi y, por lo que había averiguado mientras los espiaba en palacio, una de las mejores Intuitivas de toda Geb. Sintió cómo su espalda se empapaba en sudor y se esforzó por bloquear todas sus emociones y pensamientos. Debía, en adelante, no solo interpretar su papel, sino sumergirse en él por completo, no dejar ni rastro de la persona que en realidad era. Si de milagro lograba sobrevivir a aquel nefasto encuentro, fingiría después encontrarse indispuesto y trataría de permanecer encerrado en su habitación el resto del trayecto o, al menos, hasta que diese con Bibek y pudiera liberarlo.

—*Massieu* Vescovi —dijo la joven invitándolo con un gesto a tomar asiento en una butaca de refinada tapicería—, qué inesperado y repentino placer tenerlo con nosotros. Nos esforzaremos por hacerle sentir como en su casa. ¿Es su primer viaje a Lorient? Algo me dice

que no puede ser…

—Puede llamarme Enrico —contestó Makh mientras cruzaba las piernas y se recostaba en la butaca adoptando una pose elegante y relajada—. Lo cierto es que no, nunca he estado en Continente, de modo que, cuando ayer escuché que estaban ustedes en el puerto, decidí que era una buena ocasión para visitarlo. Estoy ya cansado de la rudeza de estas tierras norteñas, todo resulta muy exótico al principio, pero acaba por saturar a cualquiera, al menos a cualquiera que tenga olfato.

—Le entiendo —replicó Madeleine, comprensiva—. Confío en que no le importe esperar un poco más para partir, estamos aguardando a alguien.

—¿Y ese alguien va a tardar mucho? —preguntó Makh con una infantil mueca de fastidio.

—Estoy convencida de que no. Le aseguro, Enrico, que esta misma tarde, sin falta, nos pondremos en marcha hacia nuestro destino.

Makh tuvo la firme sensación de que Madeleine ya había adivinado que era un impostor y de que únicamente estaba entreteniéndose con él, como un cachorro de león antes de comerse al conejo malherido que le ha llevado su madre como almuerzo. Esperaba que en cualquier momento ella dijera: «Bueno, se acabó el juego, puedes dejar esta farsa». Pero no lo hizo y siguió hablándole con extrema amabilidad mientras le dirigía una cínica sonrisa y le lanzaba sutiles indirectas para indicarle, además, que estaba al corriente de que él ya sabía que lo habían descubierto.

Makh deseaba poner una excusa para acabar con aquella desquiciante pantomima, pero hacer eso habría sido admitir su derrota, así que aún le pidió a su anfitriona otra copita de jerez.

—¡Fantástico! —rio la joven mientras le rellenaba el pequeño vaso de cristal tallado—, me encanta la gente con arrojo. Brindemos por este afortunado viaje que vamos a empezar hoy.

En ese momento, alguien llamó a la puerta y Makh tuvo que reprimir un suspiro de alivio.

—¿Qué ocurre? —dijo con sequedad Madeleine.

El soldado que estaba de pie en el umbral echó una rápida mirada hacia Makh y la joven le indicó con un gesto que podía hablar delante

de él.

—*Madame*, han atacado a los hombres que custodiaban la barcaza y luego se la han llevado. Nadie ha visto nada, pero por el *modus operandi* parece que se trata del mismo individuo que se coló en palacio. Algunos testigos lo vieron navegando hacia el sur.

Makh, viendo la cara de desconcierto de Madeleine, tuvo que esforzarse para evitar la sonrisa socarrona de victoria que pujaba por asomar en sus labios. Sin duda, la noticia la había dejado, aunque fuera momentáneamente, descolocada. Tenía que aprovechar esa fugaz ventaja para adelantarse a su enemigo.

—*Madeimoselle* —dijo encaminándose hacia la puerta—, veo que tiene asuntos que atender. Voy a mi camarote a deshacer el equipaje. Muchas gracias por su recibimiento, espero que podamos volver a vernos pronto.

Tomó la mano de la desprevenida Madeleine y le besó en el dorso a la manera de Continente. Sintió entonces un leve mareo y se dio cuenta de lo oportuno de haber dejado el jerez en aquel punto.

Una vez en cubierta, pidió a uno de los marineros que lo acompañase a su camarote, y este se ofreció a guiarlo y a llevar su equipaje. No se había atrevido a preguntar a Madeleine por el prisionero, habría resultado muy evidente, pero aquel soldado no parecía demasiado espabilado.

—Oí en el pueblo que habéis capturado a un peligroso criminal —soltó de manera casual mientras caminaba mirando en derredor—, espero que no se encuentre en este barco, eso me inquietaría un poco.

—Sí que está aquí, señor, pero no tiene de qué preocuparse; ese pobre diablo está a buen recaudo en una celda.

Makh fingió un mohín de tremendo desagrado y añadió con alarma:

—No me complace viajar en el mismo barco que un criminal. Por cierto, ¿de qué se le acusa? Espero que no sea de asesinato.

El soldado sonrió con cierta suficiencia:

—No. Al parecer ese maldito *Haarig* colaboró con un *Cercatore* que robó hace poco en palacio y agredió a varios guardias.

—Oh, qué interesante —dijo Makh entrando en el lujoso camarote que habían dispuesto para él—. Nunca he visto uno de esos salvajes peludos. ¿Crees que podría echarle un vistazo desde una prudencial distancia? Espero que esté bien encadenado. De todos modos, exijo que se ponga un guardia en mi puerta. Soy una persona importante y si ese delincuente llega a escaparse, sin duda le pareceré un objetivo muy apetecible.

Makh notó que el joven hacía un esfuerzo para no reírse de él.

—Le aseguro, *Massieu* Vescovi, que no es necesario. El prisionero no tiene ninguna posibilidad de escapar.

—No creo que un vulgar soldado como tú tenga autoridad para decidir sobre esta cuestión de seguridad —le cortó tajante Makh—. Hablaré con *madeimoselle* Madeleine del asunto..., a no ser que te interese ganar un sueldo adicional convirtiéndote en mi guardaespaldas durante el viaje.

—Pero, señor, no puedo abandonar mi puesto para hacer eso.

—Bueno, solo te pediría que vigilases mi puerta por la noche, no creo que tal cosa entre en conflicto con tus otras ocupaciones.

El joven soldado se removió algo inquieto. No sabía si podía aceptar semejante ofrecimiento, pero la verdad es que conseguir un dinero extra le vendría de perlas. Pensó que lo mejor sería consultarlo con su capitán.

—Si me disculpa un momento, señor —contestó al fin—, voy a preguntar a mi superior y vuelvo enseguida.

Makh sonrió con satisfacción al muchacho y le hizo un vago gesto con la mano para que se retirase.

El inesperado acto de pedir que custodiasen su puerta todavía desconcertaría más a Madeleine y para él, realmente, tampoco constituiría mayor problema. Era más que capaz de abandonar aquel cuarto aunque pusieran diez guardias ante su puerta. Se acercó hasta el amplio ventanal que daba a popa y observó que desde allí no le sería complicado trepar hasta cubierta. El camarote de Madeleine quedaba justo encima del suyo, y el del capitán del barco, a su derecha. En cualquier caso, tenía que ir con calma y pies de plomo. El viaje sería largo, así que no debía precipitarse sino, más bien, aprovechar aquel tiempo para prepararlo todo minuciosamente.

Cuando el marinero regresó a cubierta, Madeleine lo hizo llamar a su camarote para preguntarle por todo lo que había hablado con el invitado. El joven le contó la petición de Enrico para disponer de protección durante la noche. Madeleine frunció el ceño. ¿A qué estaba jugando aquel maldito crío? ¿Estaba echándole un órdago o ella se había equivocado de medio a medio y se trataba en verdad de un joven heredero de Rippol? Hacía muchos años que no sabía lo que era sentirse confusa, su intuición siempre era certera y se clavaba en la verdad igual que un cuchillo bien lanzado. Sin embargo, ocurría algo extraño, su intuición le mandaba mensajes poco claros y era más bien su lógica la que le decía que tenía que tratarse de un impostor. Pero el hecho de que hubiesen robado la barcaza la había hecho dudar. Quizá los compañeros del prisionero habían estimado que era demasiado arriesgado liberarlo y habían decidido abandonarlo a su suerte y huir con la valiosa extranjera. Era la opción más razonable, tratándose además de una panda de rateros sin escrúpulos. No obstante, su intuición le había dicho claramente cuando capturaron al *Haarig* que no lo dejarían atrás. ¿Iba a entrar aquel presentimiento en ese cinco por ciento de error que dejaba sin cubrir su Habilidad? Era improbable, pero no imposible, y alguna vez, se dijo, tenía que ocurrir.

Se preguntó qué debía hacer. Había dejado varias patrullas de soldados en tierra y mandado uno de los galeones en busca de la barcaza, pero quizá, se dijo, debería ir tras ella con toda la flota y posponer su regreso a Lorient. La idea de presentarse ante Loïck sin la mujer la hizo estremecerse y tuvo que servirse otra copa de licor. Sí, resolvió, lo más prudente sería perseguirlos. No perdía nada por retrasar un poco su vuelta.

Sería también interesante ver cómo encajaba su joven pasajero aquel cambio repentino de planes.

Capítulo 14

Ima llevaba esperando más de dos horas en el cruce donde se unían el estrecho sendero que conducía hasta la granja y el camino que partía hacia la aldea, no se atrevía a aventurarse más lejos. Zebina, que así se llamaba la anciana que les había dado alojamiento, había marchado al pueblo a hacer unos recados, e Ima estaba ansiosa por ver si traía noticias que pudieran darle alguna pista sobre cómo le había ido a Makh.

El sol estaba en lo más alto del despejado cielo azul cuando por fin vio aparecer la sombría y pequeña figura de Zebina avanzando hacia ella con sorprendente brío: parecía una chinche botando en una sartén, pensó Ima. Luego dio media vuelta y fingió estar recogiendo flores silvestres de las que crecían en la vereda del camino.

—Parece que todo ha ido bien —le soltó la anciana cuando pasó a su lado sin detenerse.

Ima se quedó de piedra al oír aquello, pues no sabía muy bien a qué se estaba refiriendo su anfitriona.

—Eh…, me alegro —tartamudeó, vacilante—. ¿Ha hecho usted buenas compras?

—Ya sabes de lo que hablo —replicó impaciente la anciana mientras se detenía un momento a un lado de la senda y separaba las piernas bajo sus largos faldones, al tiempo que la miraba directamente a los ojos.

Ima sintió una ola de calor subiéndole hacia el rostro, no sabía cómo reaccionar... ¿Estarían P'tuv y ella en peligro? ¿Debía continuar haciéndose la tonta o ya no tenía sentido? Lo cierto era que en las palabras de la mujer no se detectaba ninguna amenaza ni recriminación, era más bien el tono que una madre utilizaría para decirle a su hijo que estaba al corriente de que tenía los deberes sin hacer.

Zebina dio entonces un paso hacia delante e Ima vio que, tras ella, había aparecido un oscuro circulo en el suelo del que partió un hilillo que se deslizó hacia el borde inclinado del camino. ¡Aquella mujer acababa de orinar de pie y delante de sus narices!

—Anda, cierra esa boca de pasmada y ven a ayudarme a preparar la comida —le ordenó con firmeza encaminándose hacia la casa.

Una vez en el interior, Zebina se dirigió a la amplia cocina y dejó la cesta que portaba sobre una desgastada y gruesa encimera de granito.

—A ver, querida —continuó—, no hace falta ser adivina, aunque tengo mis facultades, para deducir que tenéis algo que ver con esos barcos de Continente. Este no es un pueblo demasiado grande, así que mucha casualidad sería que vuestra aparición no estuviese relacionada con la suya.

Ima sintió que el corazón empezaba a galoparle dentro del pecho.

—Tranquila —añadió la anciana—, a mí ni me van ni me vienen vuestros asuntos mientras paguéis el alojamiento. Además, esos prepotentes lechuguinos de Continente nunca han sido santos de mi devoción; se creen los dueños del mundo.

La desconcertada Ima se tomó unos segundos para valorar el giro que habían dado los acontecimientos y por fin contestó:

—¿Sabe si los barcos han partido sin incidentes?

—Bueno, se rumorea que ha habido un extraño robo, dicen que alguien se llevó la barcaza del criminal al que van a ejecutar.

Ima suspiró aliviada, al menos esa parte del plan de Makh había salido bien.

—No sé por qué estabas intranquila —prosiguió Zebina con un deje de socarronería—, ya os dije ayer que los augurios eran positivos para vosotros.

Ima intentó sonreír con cortesía a la vieja curandera, pero no debió de resultar muy convincente disimulando su escepticismo porque esta le espetó, observándola con unos ojos que brillaban con verdadero fuego:

—¿Acaso dudas de mis predicciones?

Antes de que Ima pudiera inventar una excusa para no ofenderla, la anciana continuó:

—Haces bien. Lo de ayer con el pez no fue más que una paparruchada para tratar de animar a tu amigo.

Ima parpadeó varias veces.

—¿Y por qué dedujo usted que tenía que animarlo, y de esa forma además?

—Mira, querida, la mayor parte de la adivinación consiste en leer a las personas y no a los bichos muertos, a no ser que seas un forense… Saltaba a la vista desde que llegasteis que estabais agobiados por algo, y Makh pronto dejó claro que es de los que se tragan toda esa parafernalia sobrenatural. Pensé que le tranquilizaría más ver su destino en las entrañas de un pez que tomar una taza de tila.

—Entonces, reconoce que no tiene verdaderos poderes de adivinación…

—Bueno, digamos que esos poderes no funcionan como suele creer la gente —contestó sonriendo con picardía.

—¿Y qué pasa con lo que dijo sobre que P'tuv tenía potencial? ¿También era para contentar a Makh? —inquirió Ima con suspicacia, aunque se guardó de añadir ningún comentario sobre el dinero extra que le había sacado con aquello a su compañero.

—Eso es cierto —afirmó Zebina sin asomo de ironía—, todos los niños a esa edad son puro potencial listo para desarrollarse. Para hacer qué y con qué propósito, no tengo ni idea.

—¿Y entonces, qué va a enseñarle al chico?

—Bueno, hoy veremos qué cualidades tiene, puede que muestre talento para la cocina o para la jardinería o quizá para matar ratas a pedradas.

—Verá —replicó Ima—, estoy totalmente de acuerdo con usted, pero para este niño es importante aprender a comportarse como un auténtico chamán. Es difícil de explicar, pero, créame, ahora mismo es lo que necesita saber para asegurarse su futuro inmediato. Confío en que, con el tiempo, pueda desarrollar el resto de sus verdaderos talentos.

La anciana la miró fijamente y, al cabo, hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—No eres tan tonta como pareces —sentenció—. Está bien, lo convertiremos en un auténtico charlatán.

En ese preciso momento, P'tuv hizo acto de presencia en la cocina. Venía bostezando y quitándose las legañas con el dorso de la mano.

—¿Qué hay pa desayunar?, me muero d'hambre.

Ima volvió a sorprenderse ante la capacidad del niño para tomar el nuevo idioma que le había insertado inmaculado y perfecto en su cerebro hacía solo cuatro días y destrozarlo como un par de pantalones viejos para hacer trapos.

Zebina le pasó al chico un trozo de pan negro y un tarro con miel para que este se preparase unas tostadas. También le llevó a la recia mesa de madera un cuenco con aceitunas de varias clases.

—Cuando termines —le dijo la anciana—, comenzaremos con tu adiestramiento. Hoy te enseñaré a leer el futuro en las tripas de los peces, creo que a Makh le gustará que tengas esa habilidad, ya que es un material que no os va a faltar nunca mientras navegáis —añadió guiñándole un ojo a Ima.

El niño estaba encantado, no todos los días le dejaban a uno utilizar un afilado cuchillo para abrir en canal un animal y jugar luego con sus vísceras.

Zebina le dio su primera lección al decirle que nunca debía mostrar entusiasmo delante de un cliente, sino que debía poner cara de indiferencia y concentración, como si estuviera tratando de multiplicar mentalmente números de tres cifras. P'tuv lo entendió al momento y su semblante cambió por completo.

Ima sintió una arcada cuando vio cómo el niño esparcía por la mesa las gelatinosas entrañas del pez, pero, de todos modos, continuó mirando: aquella esperpéntica lección no tenía desperdicio.

—Ahora —dijo Zebina—, pongamos que yo soy tu cliente y te hago esta consulta: «Verá, estimado chamán, estoy preocupada por mi prometido, lo noto raro y creo que me oculta algo, me da miedo que esté engañándome con otra. ¿Debo casarme con él?».

P'tuv no pudo evitar una carcajada y Zebina le pegó un sopapo en la frente. El chico volvió a ponerse serio y, sin dejar de mirar las tripas esparcidas, aventuró:

—Sí, sí, no pasa na. Lo único que t'oculta es que bebe mucho, es un poco borracho tu novio, pero no se'stá tirando a ninguna. Debes

casarte con él cuanto antes.

Zebina negó despacio con la cabeza.

—Escucha, P'tuv, siempre que vengan a preguntarte por cuestiones amorosas, porque tienen dudas, porque no saben si les engañan o si están de verdad enamorados, lo único que tienes que hacer es confirmarles sus sospechas. Si han llegado al punto de ir a gastar los pocos ahorros que tienen contigo, es que sus temores no son infundados y solo buscan reafirmarlos. Por eso, tus tarifas deben ser siempre altas. Y lo mismo puede aplicarse a otros ámbitos: amistades, familia, negocios… Deberás contestar entonces algo así: «Los espíritus llevan tiempo tratando de alertarte, pero tú no querías creer la verdad. Evidentemente, tu novio (amigo, hermano, socio o lo que sea) no es trigo limpio y lo mejor que puedes hacer es alejarte de él».

—¿Pero y si m'equivoco y el novio no la'staba engañando?

—En ese caso, piensa que el favor se lo estás haciendo a él por alejarlo de una persona tan celosa y desconfiada.

—¡Esto está tirao! —sentenció muy contento el niño.

—No siempre es tan sencillo —replicó la anciana—. Imagina que Ima viene y te pregunta por su futuro en general. A ver —le indicó a la mujer que permanecía de pie, apoyada contra la encimera, mientras se tomaba una infusión—, siéntate y hazle una consulta al aprendiz.

Ima, divertida, se sentó a la mesa frente a P'tuv y se tapó la nariz con la manga de su roída camisa.

—Estimado chamán —dijo tratando de sonar formal—, quiero saber qué destino me aguarda, cómo me van a ir las cosas.

P'tuv miró a Zebina y preguntó:

—¿Puedo abrir otro pez? Este ya está usao.

La anciana cogió un trapo, limpió las tripas esparcidas por la mesa y le pasó otro pescado al chico. Este lo rajó de lado a lado y volvió a sacar las entrañas con un gesto de suma atención. Una vez tuvo las vísceras extendidas delante de él, se quedó meditando unos segundos. Ima imaginó que estaba tratando de hacer alguna operación de cálculo mental. No había duda de que aprendía rápido.

—Veo aquí —dijo finalmente P'tuv señalando lo retorcidos intestinos

del pez— que vas a tener un futuro mu chungo. Veo muchas desgracias, sí, asín que prepárate. Es posible también que te muerda un perro.

Zebina chasqueó la lengua con desaprobación y luego le quitó el sitio al niño de un empujón para ocuparlo ella.

—Observa —le ordenó—, esto es lo que debes hacer en estos casos. Tienes que fijarte muy bien en la persona que tienes delante, en todos los detalles que te van a dar pistas sobre ella, si es necesario, consigue que hable un poco, pero de manera casual, no haciéndole preguntas directas.

Entonces, dirigiéndose a Ima, la anciana comentó:

—Veo que usted no es de por aquí, sino que viene de lejos, de una ciudad tierra adentro quizás.

P'tuv exclamó emocionado:

—¡Es verdá, Ima viene de un pueblo muy lejano, me lo dijo ella misma! ¿Cómo lo has adivinao?

—No lo he adivinado, lo he deducido. Nadie nacido en un pueblo pesquero se taparía la nariz ni tendría arcadas por destripar un pez. O eso o es que se trata de una persona acomodada y con sirvientes que le preparan la comida, pero, mira sus ropas, no parecen precisamente las de una aristócrata, aunque su cultura y sus modales sí que lo son. Hay mucho misterio rodeándola.

«O puede ser que simplemente compre el pescado ya limpio y congelado», se dijo Ima con guasa.

—Vale —retó a Zebina—, ¿y qué más deduces al verme?

La anciana clavó sus chispeantes ojos negros sobre la mujer y esta sintió que prácticamente la traspasaban y se metían en su cabeza. Desde luego, resultaba de lo más convincente interpretando su papel.

—Es cierto que vienes de lejos —continuó la curandera en un susurro quedo que le puso la piel de gallina a Ima— y que ocultas muchas cosas. No eres una pescadora ni una marinera. Esas manos no han trabajado duro en su vida. Estás fuera de lugar, este no es tu sitio ni tu ambiente, diría que estás merodeando muy lejos de casa… Por eso hay un gran desgarro en tu interior: quieres regresar a donde perteneces, con los tuyos, y no sabes si podrás conseguirlo. Es una tarea difícil y

hay gente peligrosa intentando impedírtelo… —Zebina cogió entonces la mano izquierda de Ima y se la apretó sin separar los ojos de los suyos—. Pero no te persiguen por lo que tú crees… No, hay algo en ti especial, algo genuinamente tuyo…

P'tuv rompió el embrujo de la escena cuando gritó:

—¡Eso también es verdá, tiene la Habilidad de la Transmisión! ¡Te puede meter cosas en la mollera! ¡Joder con la puta vieja!

Ima le lanzó entonces una mirada reprobatoria al niño y este entendió que había hablado más de la cuenta. También Zebina captó aquel gesto censor y sonrió con astucia.

Capítulo 15

Makh agarró con una mano el amuleto tallado en hueso que llevaba guardado en el bolsillo de su pantalón de terciopelo negro y lo acarició de forma casi instintiva, como solía hacer cada vez que debía enfrentarse a un reto peliagudo, y resultaba evidente que reunirse con Madeleine iba a serlo. La joven lo había invitado a cenar con ella en su camarote y él había alegado que se encontraba indispuesto, seguramente por el jerez de la mañana y el continuo vaivén del barco, pero entonces esta se había ofrecido a visitarlo a última hora para ver cómo evolucionaba.

Makh maldijo en voz baja. Estaba claro que no iba a dejar de atosigarlo durante todo el viaje. Cuanto antes liberase a Bibek, mejor, no se veía capaz de mantener mucho tiempo su papel ante aquella Intuitiva maquiavélica.

Al anochecer, esta llamó a la puerta y, sin esperar respuesta, entró en la habitación.

Makh, recostado en la cama, ensayó su cara de enfermo más convincente.

—Le aseguro, Madeleine —dijo intentando sonar muy digno— que no suelo marearme, de hecho, es la primera vez que me ocurre. Seguro que mañana me encontraré perfectamente.

—No se preocupe, Enrico —contestó la joven sentándose a su lado—, no tiene de qué avergonzarse, es algo muy frecuente, y la mar estaba hoy bastante picada. He venido para decirle que ha habido un cambio de planes de última hora y que ya no nos dirigimos a Continente. Como le digo, ha sido algo repentino y siento las molestias que esto pueda acarrearle. Pero no se preocupe, en cuanto pasemos por algún puerto importante, nos acercaremos para que pueda desembarcar y buscar otro navío hacia Lorient.

Por suerte, la cara de desconcierto que puso Makh no interfería con lo que se esperaba de su personaje en aquel punto. Tras meditar la respuesta más conveniente, este replicó:

—Vaya, sí que es un fastidio. Tenía ganas de llegar cuanto antes a un país civilizado. En fin, habré de esperar un poco más, confío en que

encontremos en breve un buen puerto. ¿Puedo preguntar por qué nos hemos desviado?

—Estamos persiguiendo a unos peligrosos criminales.

—Oh, entonces ciertamente preferiría desembarcar cuanto antes. No es que me asusten unos simples delincuentes, no vaya a malinterpretarme, es que no quisiera entorpecer con mi presencia una operación militar.

Madeleine dirigió una ambigua sonrisa al pálido joven de ojos color avellana. Si estaba interpretando un personaje, era admirable la sangre fría con la que lo llevaba a cabo. El teatro, pensó, estaba perdiéndose un actor excelente. O quizá no, le susurró una molesta vocecilla en el fondo de su mente. De nuevo, aparecía la incertidumbre, esa extraña inoportuna con la que no estaba acostumbrada a lidiar. Pero ella todavía guardaba otro as en la manga para desmontar la coartada de su invitado.

—Por supuesto, sé que no es usted ningún cobarde. El soldado que le acompañó esta mañana ya me dijo que mostró interés por ver al *Haarig* que llevamos preso. ¿Es cierto que no ha visto nunca a ninguno de su especie?

Makh tuvo un malísimo presentimiento al escuchar aquello. La partida estaba complicándose a marchas forzadas y era él quien tenía todas las de perder.

—Es cierto, pero entiendo que fue una petición muy infantil. Sé que no están ustedes aquí para entretenerme. Le ruego que disculpe mi atrevimiento.

—Oh, querido Enrico, no hay nada que perdonar. Es usted demasiado considerado. Mañana a primera hora le acompañaré a la bodega para que pueda echarle un vistazo a esa aberración peluda. Y si quiere, también podrá divertirse un poco con él.

Entonces sí, entonces Madeleine vio un fugaz atisbo de miedo cruzando el delicado rostro del chico. Sin embargo, ¿era miedo a ser descubierto o es que realmente se trataba de un niño mimado y cobarde al que le asustaba acercarse a un criminal de verdad? Trató de calmar su frustración diciéndose que al día siguiente saldría de dudas de una vez por todas.

Makh apenas pudo pegar ojo aquella noche pensando en lo que

Madeleine estaría maquinando. Trataba de anticipar todos los escenarios posibles para reaccionar en cada uno de ellos con credibilidad y sin dejar que aflorasen sus verdaderos sentimientos. Pero había algo para lo que no podía prepararse: ¿y si aquella sádica amenazaba con ejecutar a Bibek delante de él? Bueno, meditó, entonces la única respuesta sería la de pasar a la acción, aunque aquello no tuviera ninguna posibilidad de prosperar.

Otra opción era seguir fingiendo que estaba mareado. Era una excusa bastante verosímil, dadas las circunstancias. Si se ponía lo suficientemente enfermo, podría librarse de la visita a la bodega y ganaría tiempo para pensar en algo antes de que le obligasen a desembarcar en un remoto puerto.

Makh se levantó de la cama y buscó por la habitación. En la bandeja que le habían llevado con la cena había un frasco con sal y otro con pimienta. Recordó haber oído que uno podía provocarse el vómito tomando agua con mucha sal. Tal vez, si además añadía pimienta, sería más rápido y eficaz.

Cuando llegó el amanecer y escuchó a los marineros paseando y dando voces por cubierta, consideró que había llegado el momento y, en ayunas, se tomó cuatro vasos de agua hasta arriba de sal y pimienta. El efecto fue tan inmediato que temió haber terminado de vaciarse antes de que llegase Madeleine. Estaba vomitando por tercera vez sobre una bacinilla, cuando la joven entró en el camarote.

—¡Enrico!, está usted fatal, ahora mismo vuelvo. ¡Aguante!

Madeleine regresó acompañada por el médico de a bordo. Este, tras examinarlo, dijo que sería buena idea que comiese algo para hacer masa en el estómago y que luego tomase un poco el aire. Madeleine se ofreció a ir a la cocina. Pronto, un soldado le trajo una bandeja con galletas saladas, un plato típico para aliviar el mareo que usaban los marineros.

La joven volvió a aparecer en el cuarto poco después.

—Y ahora, vamos a dar un pequeño paseo por cubierta, ya verá cómo la brisa marina le sienta de maravilla.

Bueno, se dijo Makh con satisfacción, por lo menos había conseguido que, de momento, se olvidara de su excursión a la bodega del barco.

Estuvo a punto de vomitar otra vez cuando, al salir del camarote agarrado del brazo de Madeleine, se topó con la imagen de Bibek encadenado al palo mayor.

Madeleine notó el estremecimiento del muchacho y sonrió complacida.

—Perdone si le ha sorprendido, Enrico —le dijo con voz melosa—, no quería que tuviese que esperar más para ver al *Haarig*, así que lo he hecho traer aquí arriba.

—Buf, sí que me ha sobresaltado —admitió Makh tratando de templar sus nervios—. Es una bestia realmente desagradable.

Por su parte, el maltrecho Bibek también tuvo que hacer un tremendo esfuerzo para no delatar su sorpresa al ver aparecer a su amigo del brazo de Madeleine. Pero en cuanto advirtió cómo iba vestido, imaginó que estaba tratando de rescatarlo interpretando uno de sus personajes y supo que debía seguirle la corriente pasase lo que pasase.

—Lo es —corroboró la joven—, pero no debe tenerle miedo, ahora mismo resulta inofensivo, ¿ve?

Y acto seguido, la joven le propinó al prisionero un tremendo puñetazo en el costado que hizo que este soltase un gemido de dolor. Los marineros rieron y se acercaron a contemplar el espectáculo.

—Venga, Enrico, ¿no quiere probar? Es muy relajante. Yo me desfogo con él todos los días. Dele un buen derechazo.

Makh torció el gesto con disgusto, como si estuviera contemplando un gato atropellado por un carruaje.

—La verdad es que me da un poco de asco tocar esa cosa.

—Bueno, en ese caso, tome esto —le indicó Madeleine mientras se sacaba una fusta de cuero del cinturón—, así no se ensuciará las manos.

Makh evitaba mirar a Bibek para no tener que enfrentar sus ojos. Cogió la fusta que le ofrecían y luego azotó a su amigo en un brazo.

Los soldados volvieron a reír, pero esta vez, por el ridículo golpe que aquel joven finolis le había propinado al prisionero.

—¡Hasta mi abuela pega con más fuerza! —gritó una voz entre la

multitud.

—No tengo ahora mismo mucha energía —se excusó Makh ante Madeleine.

—Es normal, es mejor que no se canse, Enrico —contestó ella con un claro deje de ironía.

—Sí, ya tendré tiempo de sobra para divertirme con este mono.

—Yo seré un mono —le escupió entonces Bibek a Makh—, pero tú no eres más que un cerdo engalanado.

Makh sintió que una intensa ráfaga de calor le subía desde el estómago hasta la boca. ¿Se había vuelto loco su amigo? ¿Qué buscaba insultándolo? La respuesta era obvia: sin duda pretendía que su coartada no se viera comprometida por su culpa, estaba dándole la ocasión de demostrarle a Madeleine que no tenía nada que ver con él.

Makh volvió a levantar la fusta y esta vez, asestó un golpe tan salvaje a Bibek en la cara que la sangre le salpicó su elegante camisa de seda blanca.

Una oleada de aplausos y silbidos se extendió por cubierta.

Madeleine frunció el ceño. Volvía a estar confusa e irritada. Sintió ganas de sacar el cuchillo que llevaba escondido bajo su chaqueta de cuero y ponérselo en la yugular a Enrico para que confesara y terminara de una vez con aquella farsa. Pero claro, si de verdad era quien decía ser, aquello podría costarle su carrera. ¿Por qué su infalible intuición seguía bloqueada ante aquel odioso niñato?

Decidió liberar su rabia de otra manera y le propinó al prisionero una brutal patada en el hígado que lo dejó sin conocimiento.

—Esto por meterte con nuestro noble invitado y estropearle una camisa.

Makh la miró a los ojos y le hizo un gesto de agradecimiento con la cabeza. Estaba desando poder volver a refugiarse en su camarote.

Sin embargo, su agonía estaba aún lejos de terminar. De pronto, Madeleine que caminaba a su lado con una cara más gélida y temible de lo habitual, se giró bruscamente, como un resorte, y descubrió a un soldado pintando con la sangre que había derramado el preso una diminuta estrella de cinco puntas en el mástil. Era una superstición

muy corriente entre los marineros y que se basaba en la creencia de que la sangre de un enemigo vertida en el barco podía funcionar como talismán para protegerlo.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —le preguntó en un venenoso tono que heló las venas de todos los tripulantes que se hallaban en los alrededores.

—Dicen que los *Haarig* dan buena suerte, *madeimoselle,* solo aprovechaba su sangre para conseguirnos una influencia positiva.

Madeleine se acercó hasta el soldado en un suspiro, lo cogió por el cuello y le estampó la cara contra el palo mayor. Entonces, el madero se tiñó con la sangre del joven militar.

—Sabéis que no tolero estas estupideces supersticiosas —recordó a los presentes levantando la voz—. Los paletos pueblerinos no son dignos de servir a un gobierno avanzado e ilustrado como el de Continente y deberían quedarse a correr en taparrabos por la selva. Al próximo que ofenda mi inteligencia con una de esas gilipolleces primitivas y absurdas lo tiraré destripado al mar, no sé si eso calmará o cabreará a los espíritus, pero seguro que alimentará a los putos peces. Y ahora tú, necio —ordenó dirigiéndose al hombre al que acababa de romperle la nariz—, vas a limpiar este poste con la lengua. No quiero que quede ni una maldita gota de sangre.

Makh, como todos los que estaban paralizados junto a él, tragó saliva, hondamente impresionado. Hasta sintió miedo por llevar su pequeño amuleto en el bolsillo que, de repente, parecía abultar más que una naranja robada.

Cuando por fin estuvo a solas en su camarote, Makh se dejó caer derrotado en una silla, se quitó la camisa manchada con la sangre de su amigo y se secó el sudor de la frente. Si acabase de llegar de picar piedra, se dijo, no estaría ni la mitad de agotado.

Estaba decidido; tenía que rescatar a Bibek sin demora y escapar lo más lejos posible de aquella desalmada psicópata.

Capítulo 16

Anewa resopló largamente, se recolocó las redondas gafas de montura dorada en el tabique de la nariz y luego dio las gracias al Enlace que acaba de utilizar para transmitir su mensaje. Se aseguró también de que la habitación de aquella silenciosa torre estaba bien arreglada y había suficiente fruta y comida sobre la mesa para su morador.

Los Enlaces eran tal vez los humanos que habían sufrido una mutación más extraña y radical después de «La Colisión de La Gran Máquina», y formaban una hermandad exclusiva muy codiciada en toda Geb. Todos los gobiernos trataban de tener el mayor número posible de Enlaces para así disponer de una buena infraestructura de comunicaciones. A diferencia de lo que ocurría con otras Habilidades, aquí no se trataba de que alguien mostrara una determinada capacidad para entonces enviarlo a trabajarla durante años a la Logia correspondiente, sino que el Enlace ya nacía con ella completamente desarrollada y resultaba evidente desde el principio que pertenecía a dicha comunidad, pues todos poseían una fisonomía inconfundible: ninguno tenía ojos. Además carecían de vello corporal y no toleraban la luz del sol de forma continuada. Tampoco soportaban estar con otros seres humanos y sus interacciones con ellos se limitaban a transmitir, como autómatas, los recados que se les dictaban. Se decía que a ellos les bastaba con comunicarse telepáticamente con su extensa red de hermanos idénticos para sentirse acompañados e integrados en su mundo. Eran algo así como una gran colmena de abejas dispersas.

Por supuesto, todos los gobiernos y mandatarios se cuidaban muy bien de que sus Enlaces viviesen a cuerpo de rey, cosa sencilla de conseguir, pues sus necesidades resultaban bastante austeras: se contentaban con tener un alojamiento cómodo, limpio y aislado de ruidos, y se alimentaban con realmente poca cosa. También debían disponer de una amplia bañera en la que se sumergían durante horas y sobre la que colocaban una tapa de madera. Una vez se instalaban en un lugar, no lo abandonaban si no era por causas de fuerza mayor.

El Enlace que residía en el atolón de Nïisk (propiedad del gobierno de Continente) no era distinto del resto y a Tama no le llevaba mucho tiempo ocuparse cada día de que todo estuviera en orden en la Torre de Transmisiones.

Anewa descendió del torreón concentrado en negros pensamientos. No era la primera vez que tenía que deshacerse de alguien por orden directa de Loïck de Choisi, pero esta vez le daba mucha pereza, sobre todo porque Tama le había tomado cariño a aquella anciana excéntrica y también porque habría bastado con amenazarla para que regresara a su maldito monasterio en el desierto y no volviese a asomar las narices en lo que le restaba de vida.

En fin, se dijo, fuera como fuese, la mujer tendría que partir algún día, así que lo mismo daba si seguía su camino hacia Omaruru o hacia el más allá. En ambos casos, la despedida para Tama sería igual de definitiva.

Aquel, además, era el día perfecto para hacerlo porque esa mañana llegaba el barco de abastecimiento que los visitaba cada mes y que le brindaría la excusa perfecta ante su hijo, al que diría que Jiyirma había decidido partir en él.

No le cabía duda de que Loïck le había dicho que la matase porque sabía que a él no le agradaba llegar a esos extremos: todavía no le había perdonado que, en las últimas elecciones, apoyara la candidatura de su hermano Pierrick, y eso que al final él había salido victorioso. Y todavía le quedaban seis años más de gobierno...

Para el país no había mucha diferencia entre que saliera elegido uno u otro miembro de la extensa familia Choisi, pues todos se iban a dedicar en definitiva a lo mismo: defender su liderazgo y sus privilegios en Continente y en el mundo. Si no fuera porque votar era obligatorio, muy pocos ciudadanos de a pie se molestarían en hacerlo.

La cosa cambiaba cuando uno formaba parte de los círculos más cercanos a la familia suprema, como él, entonces aquella asfixiante oligarquía democrática podía convertirse en un juego muy peligroso capaz de condicionarte seriamente la vida. Anewa todavía estaba pagando el haber apostado por el caballo perdedor en los últimos comicios.

De todos modos, había aprendido la lección: nunca más se involucraría en una campaña electoral de la familia. Haría como todo el mundo (al menos el mundo sensato de los supervivientes) y, en adelante, emitiría su voto en el más estricto secreto limitándose a responder a los curiosos: «No, todavía no he decidido a quién votar» y más tarde, obtenidos ya los resultados: «Por supuesto, yo también he votado por el ganador».

Lo más desafortunado de todo era haber conseguido, de manera completamente fortuita, hacer un *shuitnebo* perfecto justo cuando Loïck estaba en el poder. De hecho, este ya había empezado a darle largas sobre el acuerdo que tenían en caso de conseguirlo, y el astrofísico se temía lo peor; que acabara incumpliendo su palabra y le encargase alguna nueva investigación que lo siguiera reteniendo en aquellas malditas islas abandonadas. Él ya se había resignado o le faltaba poco para hacerlo, pero Tama solo tenía quince años, merecía un futuro mejor.

Además, meditó Anewa mientras bajaba los últimos escalones, si Loïck conseguía poner a su disposición el poder extraordinario que la profecía otorgaba a aquella extranjera traída por la vorágine, su mandato muy probablemente se alargaría durante décadas.

No muy lejos de allí, Jiyirma abrió los ojos y sonrió al contemplar su luminosa y agradable habitación redonda y abierta al océano. Toparse cada mañana con aquel escenario sin límites era como estar en el paraíso, nunca habría pensado que un paisaje marino con un clima tropical pudiera provocarle aquella sensación de bienestar y pertenencia. Ella siempre había afirmado que era norteña hasta la médula y que no soportaba el calor continuado. Sin embargo, pensar en regresar a su oscura cueva en mitad del frío y árido desierto se le antojaba de lo menos tentador. Ojalá pudiera quedarse allí el mayor tiempo posible, pensó.

Nada más terminar aquella frase, supo que acababa de sentenciarse y que se avecinaba un nuevo cambio. Hizo una mueca de fastidio. Siempre funcionaba así: en cuanto una empezaba a acostumbrarse a un lugar, el mecanismo se ponía otra vez en marcha y «la bola» continuaba rodando hacia lo desconocido. Decir «qué a gusto estoy aquí» era la mejor manera de precipitar las cosas, como si la Vida se percatara entonces de su despiste y contestase: «Ah, es verdad, me había olvidado de ti, retomemos el juego».

Además, meditó, ya había recabado bastante información interesante en aquellas islas y tenía la sensación de que poco más iba a lograr permaneciendo allí.

Sus largos paseos con Tama por la playa habían dado sus frutos, y el amable joven había ido dejando escapar, durante sus animadas charlas, distintos detalles con los que Jiyirma pudo hacerse una idea bastante completa del rompecabezas. Tenía claro que Anewa había logrado un éxito científico sin precedentes, algo que sus antecesores

habían intentado durante siglos, y que aquel triunfo podía suponer que él y su hijo abandonaran su reclusión en Nïisk, cosa que Tama estaba deseando.

También había deducido que aquel descubrimiento estaba vinculado a una persona que, al parecer, había desaparecido, y que este hecho tenía muy inquieto a todo el mundo. Seguramente, también era debido a aquel reseñable suceso que Anewa no dejara de observarla con suspicacia, como si fuera una espía.

No quería adelantar acontecimientos, pero tenía la firme intuición de que la persona que se había evaporado de las manos de los poderosos Choisi iba a estar relacionada con el resto de su trayecto. Aquel debía de ser el motivo de su parada en aquel espacio-resorte.

Y dado que ya lo sabía y se lo estaba confirmando a sí misma, el circuito volvería a ponerla en movimiento.

Tama apareció en ese momento por la puerta portando una bandeja con fruta.

—Veo que ya estás despierta, ¿te apetece que nos veamos a mediodía en la playa? Mi padre se ha empeñado en que hoy pase toda la mañana estudiando, dice que desde que llegaste he desatendido mis tareas.

—Pues eso, ciertamente, no está bien —confirmó la anciana mientras se levantaba de la cama—, el día es lo bastante largo como para poder hacer de todo. Ve a estudiar y luego daremos uno de nuestros paseos.

—Sí —contestó con decisión el joven—, quiero que me cuentes más sobre tus viajes. ¡Son bastante más interesantes que esos libros de astrofísica! Ojalá pudiera irme contigo, este debe de ser el sitio más aburrido del universo.

—Bueno, no te preocupes —le dijo Jiyirma—, ya verás cómo algún día, cuando acabe tu formación, podrás salir y conocer mundo. Y al menos estás aquí con tu padre, eso es más divertido que estar internado en la Escuela, ¿no?

—¿Divertido? —repitió Tama abriendo unos ojos de animalillo sorprendido por una luz en medio de la noche— ¿Mi padre? ¡No le he oído hacer un chiste en su vida! Ayer, sin ir más lejos, me disfracé con su bata y sus gafas para imitarle y reírnos un poco. Bueno, pues se puso como una fiera y me soltó un sopapo por haber tocado sus cosas.

—Es muy serio, eso no puede negarse —tuvo que admitir la mujer—, pero se preocupa por ti y estoy segura de que te apoyará en todo lo que hagas en el futuro, tanto si decides seguir sus pasos, como si quieres buscar tu destino fuera de aquí.

Tama le dirigió una sonrisa resplandeciente a Jiyirma, dejó la bandeja sobre la mesa y se marchó corriendo. Cuanto antes llegase al observatorio, pensó, antes terminaría con sus obligaciones. Tenía cientos de preguntas preparadas para hacerle a su amiga, pues cuanto más le contaba esta sobre los muchos países y culturas de Geb, más curiosidad sentía por conocer nuevos detalles.

Jiyirma estaba desayunando las piezas de fruta que Tama le había dejado, cuando Anewa apareció en la puerta. La mujer se extrañó de verlo allí, pues en todo el tiempo que llevaba en las islas, este había parecido evitarla. Se preguntó si el hecho de que hubiese mandado a su hijo a estudiar al observatorio tendría que ver con su inesperada visita matutina.

—Buenos días —dijo con su habitual parquedad el hombre—, quería enseñarle algo importante, ¿puede venir conmigo?

Jiyirma se limpió las manos en la servilleta, se calzó y acompañó al astrofísico con una mezcla de curiosidad y recelo.

Tras caminar un buen rato en silencio por la alargada playa en dirección norte, Jiyirma trató de romper aquel ambiente rígido con algo de charla intrascendente.

—Esto es realmente precioso —comentó en tono risueño.

Anewa se limitó a asentir con desgana sin desviar su vista del frente. La anciana probó una vez más:

—Si de algo me arrepiento, es de no haber descubierto antes lo mucho que me gusta este clima y este paisaje. Siempre había creído que lo mío era el frío… Hay tantas cosas que asumimos como ciertas desde la infancia y que no nos cuestionamos después como adultos... ¿Sabe a lo que me refiero?

—Yo nunca me he arrepentido de nada —contestó él mientras los ya tensos rasgos de su cara se tensaban todavía más.

—¿En serio? Si pudiera volver atrás en el tiempo, ¿no cambiaría alguna cosa, no tomaría otras decisiones?

—No. Hay que ser consecuente con lo que uno eligió en su momento. Perder el tiempo pensando en lo que pudo haber sido solo es muestra de una mente débil e insatisfecha.

—Es curioso —rebatió Jiyirma sin perder la sonrisa—, yo creo que una persona que, de vez en cuando, no se pregunta a dónde le hubieran llevado los caminos que no tomó, que no fantasea con otras posibles vidas, denota, más bien, una falta absoluta de imaginación, que es, en definitiva, la cualidad que nos distingue verdaderamente de los animales.

—Según esa teoría, ¿soy entonces menos humano que usted? —preguntó el hombre con una voz más gélida y afilada de lo habitual.

—En cierto modo, si lo que me dice es realmente cierto, quizá sí…

Como toda respuesta, el astrofísico aceleró el paso para situarse por delante de la mujer, y al poco, torció hacia el interior de la isla por un camino casi oculto en la espesura. A partir de ahí, tuvieron que ascender un buen trecho. Jiyirma estaba acostumbrada a andar, pero aun así, llegó sin aliento al final de la empinada senda. Esta desembocaba en un saliente despejado, como un balcón natural que se asomaba unos treinta metros sobre un mar que rompía con fuerza contra la base del acantilado y que ofrecía unas vistas inmejorables.

—Vaya —exclamó ella después de recuperar el resuello—, menuda altura. Es espectacular.

Anewa se acercó hasta el borde y se quedó contemplando el horizonte en silencio. Jiyirma supuso que este quería que se acercase a mirar junto a él. Tal vez lo que deseaba mostrarle se veía desde allí. El viento le revolvió el pelo y sacudió su hábito cuando se colocó al lado de su guía. El hombre extendió el brazo y señaló hacia el este. Jiyirma giró la cabeza hacia su derecha y puso una mano sobre sus ojos a modo de visera, a simple vista no parecía haber nada interesante.

Estaba oteando el vasto océano cuando, por el rabillo del ojo, percibió que Anewa daba un paso hacia atrás. Casi instintivamente se volvió hacia él y entonces vio cómo el astrofísico adelantaba los brazos para empujarla.

La anciana no tuvo tiempo de reaccionar, todo lo que pudo hacer fue extender una mano para tratar de sujetarse a algo, pero solo consiguió caer de espaldas por el precipicio llevándose las gafas de Anewa con ella.

Curiosamente, el sentimiento que la embargó mientras caía fue el de un total asombro; en ningún caso había esperado que el destino fuera a conducirla hacia el final de su existencia, no al menos en ese preciso momento del circuito; la Vida había vuelto a sorprenderla. «Tú ganas, vieja tramposa», dijo mentalmente cerrando los ojos, preparada para recibir el impacto definitivo.

Sin embargo, su cuerpo no llegó a tocar suelo. Justo cuando estaba a escasos metros de las afiladas rocas, sintió a su espalda una tremenda fuerza vibratoria, como si un súbito tifón se hubiera alzado desde el océano. Antes de que pudiera pensar en qué era aquello, el extraño fenómeno la absorbió en su interior y luego desapareció con ella sin dejar rastro.

Capítulo 17

Makh fue invitado a comer de nuevo en el camarote de Madeleine, y luego esta le solicitó que la acompañara en sus tareas como capitana para no aburrirse tanto entre aquellos marineros paletos, según ella misma argumentó. A ese paso, Makh temía que no iba a tener ni un respiro para ocuparse de sus planes de rescate y, probablemente, eso era lo que pretendía ella, además de presionarlo y seguir poniéndolo a prueba.

—Cuéntame algo de tu familia —le pidió Madeleine en un aparente tono casual mientras caminaban por el altísimo castillo de proa.

—Bah —resopló con hastío Makh—, no hay mucho que contar. Es de lo más anodina. Mi padre es un importante comerciante de telas y mi madre se entretiene organizando actos culturales en Simione, nuestra ciudad.

—¿No tienes hermanos?

—No, soy hijo único.

—¿Sí? —preguntó Madeleine mirándolo de pronto como si ella misma también se sorprendiera de su cuestionamiento—. No sé por qué he presentido que ibas a decirme que tenías algún hermano.

Makh se dio cuenta de que los poderes intuitivos de Madeleine continuaban allí y prefirió no arriesgarse, de modo que le contestó con algo de su vida real.

—Vaya, sí que eres perceptiva… Tuve una hermana, pero murió cuando yo era muy pequeño.

—Oh, lo siento, no pretendía ser inoportuna. Hablemos de otra cosa. ¿Es bonito Simione? Siempre he oído decir que tiene unos jardines incomparables, ¿qué es lo que los hace tan especiales?

Makh no tenía ni idea de qué responder, se había informado sobre aquella ciudad, obviamente, pero nunca le habían preguntado por sus malditos jardines. ¿Sería una nueva trampa?

Ambos se detuvieron ante la barandilla del castillo y se apoyaron en ella para observar el horizonte. El viento soplaba con fuerza en aquel

punto elevado del barco y el ruido de las velas era atronador.

—No sé qué decirte —admitió al cabo él con fingida indiferencia—, a mí me parecen de lo más corrientes. Claro que hasta ahora no he visitado ningún jardín extranjero para poder comparar.

—Bueno, entonces, ¿a ti qué es lo que más te gusta de tu ciudad?

—Sin duda el Casino Rizzio —contestó Makh sin vacilar, pues para aquello sí que estaba bien preparado—. Solía ir con mis amigos todas las tardes…, en realidad, es por eso que mi padre me obligó a salir de viaje.

—Ya veo —respondió Madeleine con una sonrisa cómplice—. ¿Así que tú no tenías muchas ganas de ver mundo?

—Entraba dentro de mis planes, claro, pero pensaba hacerlo dentro de un año o dos. De todas formas —aclaró Makh a quien una audaz idea acababa de encendérsele en la cabeza—, me alegro de haberlo adelantado —y poniendo su mano sobre la de Madeleine, que reposaba sobre la balaustrada de roble, añadió—: Así he tenido la posibilidad de conocerte.

Tal como esperaba, Madeleine dio un respingo y retiró la mano rápidamente. Su reacción fue tan brusca que hasta sintió un calambrazo. Por fin había averiguado cómo desconcertarla y quizá incluso ahuyentarla.

Efectivamente, la joven improvisó al momento una peregrina excusa y bajó del castillo de proa sin volver la vista atrás. Makh estuvo a punto de soltar una carcajada.

Madeleine entró en su camarote, cerró la puerta y luego descargó una furiosa patada contra una silla. Después, se arrimó hasta su mesa y se sirvió una copa de jerez. Estaba enfadada consigo misma. Cuando por fin parecía que su intuición volvía a ponerse en marcha ante aquel criajo engreído, este realizaba una jugada inesperada que la situaba de nuevo por detrás. Tal vez se estaba empecinando en querer creer lo que su lógica le dictaba y estaba desoyendo la realidad, por muy absurda que resultase, y que no era otra que la que tenía delante y le mostraban sus ojos, sus sentidos. Quizá su Habilidad no funcionaba porque ella misma la había puesto en conflicto al desear, por encima de todo, que aquel joven fuera el *Cercatore* que andaba buscando. Todo habría sido entonces la mar de sencillo y habría podido regresar triunfante a casa.

«Bien —se dijo dando otro sorbo a su vaso—, pongamos que es quien dice ser y yo estoy perdiendo mi talento y mi tiempo en desenmascararlo inútilmente. Sin duda, con ello no estoy más que dando ventaja al verdadero enemigo… Debería distanciarme un poco y contemplar el resto de posibilidades, como la de seguir interrogando al prisionero».

Recordó también que en la Logia les habían hablado de individuos que poseían una psique algo diferente a la del resto que provocaba interferencias en los Intuitivos. Era poco frecuente toparse con uno, un caso de cada diez mil, pero aun así, ahí estaban. No es que esta gente tuviera ningún poder especial, simplemente su cerebro emitía unas ondas en una frecuencia ligeramente distinta, y resultaba complicado conectar con ellas. Podía ser que Enrico fuera una de estas personas y que allí acabase todo el misterio. ¿Por eso habría sentido aquella descarga eléctrica al tocarlo?

Y pese a todo, la sensación de que le estaba tomando el pelo no dejaba de atosigarla… ¿Sería aquella última muestra de afecto otro órdago de su rival? Si era así, maldijo Madeleine, había conseguido dejarla en evidencia, había actuado como una cría. Apuró el jerez que quedaba en el vaso y luego lo estrelló contra la pared.

La suerte se puso del lado de Madeleine cuando, aquella tarde, un soldado entró en su camarote para informarla de que habían avistado un navío de Continente acercándose en su dirección. Se trataba del *Bonne Nouvelle*, un barco correo que también llevaba a cabo funciones diplomáticas con otros países. A bordo, además, llevaban un Enlace, con lo que podría comprobar, de una vez por todas, la coartada de Enrico.

Madeleine sonrió con astucia y se relamió de puro gusto.

Tras arreglarse un poco, salió de su habitación y llamó a la puerta de Makh preparada esta vez para llevar el juego hasta el límite.

—Enrico, tengo estupendas noticias, estamos a punto de cruzarnos con un barco de Continente, si lo desea, puede embarcar en él en media hora.

Makh dejó el libro que estaba leyendo y se levantó del camastro. Su cabeza empezó a discurrir a mil por hora. Desde luego, no podía abandonar el barco en tan poco tiempo, no si quería hacerlo llevándose a Bibek.

No le quedaba más remedio que seguir con su nueva estrategia costase lo que costase.

—Madeleine, yo…, antes te has ido tan repentinamente… —la tuteó mientras se acercaba hasta ella y la miraba directamente a los ojos—. Verás, quería decirte que, aunque parezca precipitado, siento algo especial por ti y desearía poder acompañarte durante todo el viaje, ya no tengo prisa por ir a Lorient.

Madeleine sostuvo la mirada del joven dispuesta a subir su apuesta sin dejarse amedrentar.

—Si antes me he ido es porque me ha tomado del todo desprevenida, creía que lo que yo sentía era solo cosa mía…, para mí también ha sido algo inesperado. Desde que llegaste, he sentido una fuerte atracción…, no puedo dejar de pensar en ti, Enrico, en nosotros juntos.

Madeleine se arrimó al joven, que era un poco más alto que ella, y se estrechó contra su cuerpo, luego buscó sus labios y lo besó largamente. Makh se estremeció de arriba abajo. ¿Hasta dónde sería capaz de llegar? No había vuelta de hoja si quería continuar en el galeón, así que no interrumpió el apasionado y falso beso. Seguramente, ella no iría mucho más lejos, pues no le cabía duda de que le estaba siguiendo el juego. Su espontánea reacción en cubierta había sido sincera, de eso no le cabía ninguna duda.

Sin embargo, Madeleine no se detuvo y, sin dejar de besarlo, empezó a desabrocharle la camisa. Makh sintió un escalofrío y a punto estuvo de echarse hacia atrás para alejarse, pero consiguió permanecer quieto en el sitio. No obstante, no se atrevía a corresponderle a ella con el mismo gesto y simplemente dejó que esta siguiera llevando la iniciativa.

Madeleine, por su parte, había notado la agitación del joven y, pese a las circunstancias, su intuición por fin le dijo claramente que había miedo y conflicto en él. Estaba a punto de derrotarlo, no podía rendirse.

Deslizó su mano derecha lentamente por el pecho de Makh y cuando llegó hasta su cintura, le desabrochó el botón del pantalón. Pudo sentir cómo el corazón del muchacho se aceleraba y su cuerpo comenzaba a sudar. Ya casi lo tenía. Bajó la mano por encima de su ropa interior y apretó con suavidad.

—Vaya —le dijo ella con malicia, sin apenas separar sus labios de los

suyos y sin retirar tampoco su mano—, ¿aún no estás excitado?

Makh tragó saliva, tenía que dejarse llevar, olvidar que era su enemiga y una despiadada asesina, centrarse en sentir, abandonarse al deseo, lo cual, por otra parte, tampoco resultaría difícil: Madeleine era en verdad una mujer muy atractiva.

Sintiendo cómo una oleada de fuego le subía hasta la cabeza, tomó la mano derecha de Madeleine y la guio hacia el interior de sus calzoncillos. Entonces esta notó cómo el joven se excitaba entre sus dedos. Ella misma sintió que su propio cuerpo correspondía de igual manera, ya sin ningún fingimiento.

Al cabo de unos minutos, ambos estaban desnudos sobre el estrecho camastro haciendo el amor casi con furia, sin ningún tipo de inhibición. Ninguno de los dos recordaba haber tenido un encuentro sexual tan intenso y extraño como aquel.

Cuando, una hora más tarde, Madeleine comenzó a vestirse para regresar a su camarote, el *Bonne Nouvelle* hacía ya rato que había quedado fuera de su alcance.

Makh, que había simulado quedarse dormido, abrió los ojos cuando la joven se hubo marchado y, a continuación, se preparó un baño en un cuarto anexo al camarote. Se sentía sucio, asqueado consigo mismo. Lamentó que los arañazos y mordiscos que le había dejado Madeleine por todo el cuerpo no pudieran limpiarse también con la esponja.

La situación se había desmadrado por completo. Se preguntó cómo le contaría a Bibek que se había acostado con su torturadora, con la persona que estaba dispuesta a ejecutarlo, con la mano derecha del tirano líder de Continente.

No, mejor no mencionar aquello nunca… Sería un secreto que se llevaría con él a la tumba. Con un poco de suerte, pronto huirían de aquel odioso galeón y no tendría que volver a ver en su vida el rostro de aquella diabólica mujer.

Capítulo 18

Los días iban pasando lentos con todas sus horas y todas sus moscas en la sombría casa de Zebina, e Ima y P'tuv seguían sin noticias de sus compañeros. Ima se encontraba cada día más angustiada y nerviosa; la posibilidad de que concluyera la semana que Makh les había concedido de plazo para esperarlos cada vez tenía más visos de ir a cumplirse, y a ella no le atraía la idea de tener que buscar otros medios y otros aliados para llegar a Xatarov. Además, estaba preocupada por sus amigos. Se preguntaba a cada minuto si habrían descubierto ya el juego de Makh y si ahora este se hallaría preso y de camino a Lorient para ser ajusticiado junto a Bibek… Quizá en ese mismo momento los estaban torturando para que confesaran su paradero, quizá los soldados ya estaban yendo hacia la granja para detenerla… ¿Sería entonces capaz, tal como le había propuesto a Makh, de dejarse cortar el brazo y canjearse por ellos para salvarlos? Tras haber tenido tiempo para meditarlo con más calma, estaba segura de que el sádico de Loïck no se conformaría con soltarla si lo desafiaba y burlaba de aquella manera… Seguro que la mataría para vengarse y castigarla por su osadía.

Tuvo que hacer un esfuerzo para no levantarse del banco de piedra en el que se hallaba sentada en el exterior de la casa e ir corriendo a pedirle a Zebina que destripase un pez para leer el futuro inmediato en sus entrañas. En ese momento, P'tuv salió por la puerta rechupeteando un largo hueso del cordero que habían cenado la noche anterior. Una nube de moscardones azulados lo rodeaba. Charlar con él la distraería un poco, pensó Ima.

—¿Eso no es de los restos que Zebina dejó fuera para los gatos? —preguntó con una mueca de asco.

—Sí, menuda majaronada dejar esto pa esos bichos pulgosos. ¿Y tú por qué tienes esa cara'culo? ¿Te duele algo?

—Estoy preocupada por Makh y Bibek.

—Es curioso —dijo de pronto el niño deteniéndose en seco y poniéndose muy serio— hoy he soñao que los veía. Estaban de espaldas, arrodillaos en un prado, y cuando me acercaba hasta ellos y los miraba de frente, veía que sus cabezas eran de paja, como las de lo espantapájaros, y entonces, ¡paf!, se caían rodando pa'l suelo. Menudo

susto me'llevao.

Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Ima igual que una culebra de agua. Aunque no creía en esas cosas, no pudo dejar de preguntarse si aquel sería un sueño premonitorio. Entonces, P'tuv soltó una carcajada que dejó a la vista todo el contenido grasiento de su boca.

—¡Vaya puto careto! ¡Sí que te lo'as tragao!

Y se marchó veloz al interior de la granja para buscar a su maestra y anunciarle sus progresos como charlatán embaucador. Ima se reprendió a sí misma por haber caído en una trampa tan burda y se dio cuenta de hasta qué punto la desesperación puede volver crédulo incluso a quien se tiene por el más escéptico y cabal.

Al poco rato, fue Zebina la que apareció por el umbral y tomó asiento en el banco junto a ella.

—Ese crío es listo y retorcido como un demonio. No te preocupes, le he dado un buen escobazo en las costillas, a ver si aprende a no timar a los de casa.

—No le pegues, mujer —intercedió Ima—, es un niño y, al fin y al cabo, solo hace lo que le enseñamos.

—He estado pensando —continuó la anciana ignorando la blandengue petición de su compañera— que, tal vez, no sea muy buena idea que os quedéis conmigo. Si han apresado a Makh, es probable que acabe confesando vuestro paradero. Cada día que pasa es más peligroso permanecer aquí. He visto varias patrullas en el pueblo y por los alrededores.

Ima meditó un momento y luego asintió levemente.

—Hay una cueva cerca de la costa en la que podríais ocultaros —prosiguió Zebina—. Yo os llevaría comida cada pocos días y os avisaría si hay novedades. Así, si aparecen los soldados de Continente, les diré que os fugasteis una noche y que me robasteis víveres y dinero. Hasta les exigiré una indemnización.

—Me parece buena idea —confirmó Ima—, no me agrada estar poniéndote también a ti en peligro, ya has hecho más que suficiente. Vayámonos cuanto antes. Una vez en la cueva, me sentiré más tranquila para esperar a esos dos el tiempo que haga falta.

Ima pensó que P'tuv protestaría por aquel repentino cambio dado lo a gusto que se le veía en aquella casa con su excéntrica tutora, pero de nuevo se equivocó. En cuanto le explicaron que era por una cuestión de seguridad, el chico lo meditó un segundo y lo aceptó de buen grado. No en vano, llevaba toda su triste y difícil existencia evitando los golpes y esquivando la muerte, y para él, seguir con vida y de una pieza estaba por encima de cualquier otra consideración. Además, razonó para sí mismo, si Zebina continuaba proporcionándoles comida, lo mismo le daba un lugar que otro, y explorar una cueva prometía ser bastante emocionante.

—¿Pue'o llevarme el cuchillo y unos cuantos peces pa hacer los deberes? —fue lo único que le pidió a Zebina poniendo cara de alumno aplicado.

La anciana no pudo evitar sonreír de medio lado, aunque a continuación, le dio una sonora colleja en el cuello para enseñarle que a ella no le iba a tomar el pelo.

La cueva-vivienda estaba en mejores condiciones de lo que había esperado Ima. Aun así, no dejaba de ser una gruta pequeña, oscura y bastante húmeda, muy cerca de la abrupta costa. Zebina les explicó que había pertenecido a un ermitaño amigo suyo fallecido hacía apenas un año y que ella, no podía explicar muy bien por qué, había seguido visitando y manteniendo más o menos en orden.

—Supongo que ahora ya sé el motivo por el que no me deshice de los muebles y me olvidé de ella en su momento —le comentó a Ima lanzándole una mirada cómplice.

—Sí, claro —contestó esta con ironía—, era cosa del destino. El muy caradura siempre se lleva todo el mérito cuando las cosas salen bien. En cambio, si van mal, la responsabilidad recae sobre nosotros, y entonces nos martirizamos por no haber obrado de otra manera.

Ella y P'tuv no tardaron en instalarse en su nuevo escondite. Ima dormiría en la cama que había pertenecido al antiguo dueño y el niño lo haría en una esterilla de mimbre que colocaron en el suelo y que cubrieron con una manta y un almohadón.

Después de comer algo de fruta los tres juntos, sentados en las rocas de la entrada desde la que se divisaba un solitario trozo de mar, la anciana anunció que tenía que marcharse, pues el camino de vuelta hasta la granja era largo y no quería que le sorprendiera la noche. Les

dijo que regresaría dentro de tres días para no llamar la atención, a no ser que ocurriera algo importante.

Cuando tocó despedirse, Ima se sorprendió ante el tremendo sentimiento de desarraigo que se le clavó en las tripas y que la arañaba igual que una madeja de alambres. Zebina, adivinando su malestar, la tomó de una mano y le dijo en un susurro, para que solo ella pudiera oírla:

—No olvides que vales mucho más de lo que piensas. Confía en ti, en tus sensaciones, y siempre tomarás las decisiones correctas. Anima esa cara de quitagustos; todo se solucionará, ya verás.

Después, Ima y P'tuv vieron cómo la pequeña anciana vestida de negro desaparecía saltando entre las rocas con una habilidad sorprendente.

Esa misma noche, en el atolón de Nïisk, Anewa reunió por fin el valor suficiente para contactar con palacio por medio de su Enlace y contarle a Loïck que ya se había deshecho de Jiyirma en los acantilados, aunque se guardó muy bien de mencionar el detalle de su desaparición antes de estrellarse contra las rocas. Fue entonces cuando Loïck pronunció la fatídica frase que Anewa tanto había temido y que los sentenciaba a seguir presos en aquel remoto atolón.

—Espero, querido Anewa, que no estuvieras pensando en mudarte a ninguna parte, tengo nuevos proyectos que van a requerir de toda tu atención. Por suerte, cuentas con tu hijo para ayudarte y continuarlos si a ti no te diera tiempo a terminar.

Cuando acabó la transmisión, el hombre tomó asiento en un taburete para esperar a que se calmase el temblor de sus piernas. Dirigió su mano derecha a la nariz en un gesto mecánico destinado a ajustarse las gafas y entonces recordó por enésima vez que la anciana se las había llevado con ella en su caída. Tuvo que reconocer que la cosa tenía su gracia, de una forma macabra, claro, porque aquellas gafas las había adquirido no hacía mucho en un anticuario (en una de sus esporádicas visitas a Lorient) y se habían convertido en una especie de talismán para él, pues las llevaba puestas el día que por fin cosió la vorágine perfecta. Su pérdida, justo cuando su vida se desmoronaba estrepitosamente, parecía ciertamente una señal muy significativa. Se secó el sudor de la frente con una manga. Tenía que reponerse y templar los nervios. Necesitaba estar centrado para encarar lo que debía hacer a continuación: huir de la isla sin demora y sin dejar

rastro. Él había cumplido su parte, tocaba reclamar la libertad que le habían prometido; si no por él, por su hijo.

Por supuesto, había diseñado cientos de veces varios planes de evasión de emergencia; cualquiera con dos dedos de frente que trabajase para la maquiavélica familia Choisi habría pensado en ello, lo más complicado era pasar de la teoría a la práctica.

Además, tenía que llevar todo a cabo él solo, no podía implicar a Tama, pues cuanto menos supiese este, menos peligro correría (o al menos eso se repetía Anewa, que, en realidad, se sentía incapaz de confesarle a su hijo que había intentado asesinar a su amiga).

Lo primero que hizo fue desenterrar un par de cadáveres del lugar que hacía unos días habían destinado a cementerio improvisado. Correspondían a dos de los marineros que habían fallecido en el carguero del que había desembarcado Jiyirma. Por suerte, se dijo Anewa, había donde elegir, ya que en total habían dado sepultura a una veintena de desgraciados. La tarea, que había realizado con el capitán y otros marineros, no resultó precisamente grata y el astrofísico recordaba, mejor de lo que hubiera deseado, a cada uno de los hombres a los que había cubierto de tierra palada a palada. Por eso no tuvo problema a la hora de elegir los dos cuerpos que más se ajustaban a sus necesidades.

Cuando los hubo sacado envueltos en unas precarias sábanas, tan roídas que eran casi transparentes, los cargó con esfuerzo en una carreta y los trasladó hasta el edificio principal. No sin repugnancia, vistió los cadáveres con ropas suyas y de su hijo, y luego los colocó en sus correspondientes camas —previamente, había ordenado a Tama que fuera a pasar la noche al observatorio, cosa que el chico aceptó sin rechistar, pues estudiar las estrellas con el telescopio era algo habitual en su formación.

Una vez el escenario estuvo listo, Anewa guardó sus instrumentos de trabajo más imprescindibles en unas mochilas de viaje y provocó el incendio que había ideado durante tantas noches de insomnio.

Bastó con combinar una botella de licor, una lamparita de aceite y un par de ventanas abiertas generando una fatídica corriente. Todo la mar de simple, pues la muerte, por regla general, opera con los elementos más básicos. Anewa confiaba en que precisamente esa simplicidad se encargaría de hacer creíble el suceso y en que, por tanto, nadie se molestaría en investigarlo demasiado. Encontrarían los

cuerpos —de fisonomía muy similar a sus supuestos dueños— calcinados, cada uno yaciendo convenientemente en su lecho. Luego, la lámpara de cristal rota junto a los restos también hechos añicos de una botella de alcohol altamente inflamable, al lado de la mesilla de Anewa, en un edificio construido de arriba abajo con madera... No había que ser muy listo para sumar dos y dos, y, seguramente, nadie tendría ganas de complicar y arruinar aquella perfecta y bella operación matemática introduciendo más números o incógnitas de las necesarias. Menos si cabe, si tenían en cuenta que se encontraban en una isla protegida por el gobierno de Continente y en la que no habían residido más que las dos pobres víctimas.

Cuando Anewa llegó al observatorio, que quedaba oculto en la otra punta de la isla, encontró a Tama dormido plácidamente en una hamaca colocada en la terraza. El humo del incendio todavía no había alcanzado aquella zona, pues el viento soplaba en dirección contraria. Antes de despertar al chico, tomó aire hondamente en un intento por asumir el papel que desde ahora debería interpretar.

—¡Tama, despierta, tenemos que irnos!

El joven abrió los ojos y dio un respingo. Antes de que pudiera preguntar nada, su padre continuó:

—Estamos en peligro. Han incendiado nuestra casa, soldados de Continente. Tenemos que huir ya.

Tama estaba tan impactado por las noticias y por la cara desencajada de su padre, que se guardó las preguntas para más adelante.

Solo cuando estuvieron a bastante distancia mar adentro, a bordo del pequeño velero que Anewa había mantenido oculto durante años en una gruta marina, el chico se decidió a saciar su curiosidad.

—Ya sabes cómo son los Choisi —le contestó su padre, al timón—. Lorient es un nido de víboras intrigantes. Habrá habido algún cambio de planes y supongo que nosotros no encajamos en ellos. Siempre he sabido que algo así podía ocurrir, por eso tenía preparado un plan de fuga. Menos mal que había salido a pasear esta noche y que tú estabas aquí. Ha sido un milagro que no nos pillaran a los dos en casa.

—Y que no comprobaran antes que estábamos dentro —añadió inocentemente el muchacho.

—Sí, aunque me temo que si investigan y no encuentran los cadáveres, vendrán a por nosotros. Por eso debemos tomar la precaución de escondernos un tiempo.

—¿Crees que todo esto tendrá que ver con la extranjera? — preguntó Tama bajando la voz a pesar de hallarse en altamar.

—No me cabe duda. Creo que ahora que Loïck ya tiene lo que buscaba, prefiere deshacerse de todos los testigos y también, supongo, de los que podrían volver a generar un *shuitnebo*. Se está asegurando de que nadie le estropea su profecía, el muy…

—Tranquilo, papá —dijo Tama tratando de serenar a su padre, al que nunca había visto tan alterado como para casi soltar una palabrota—, no nos encontrarán. Por cierto, ¿dónde vamos a ocultarnos?

Anewa guardó silencio unos momentos y tragó saliva. Notaba un bolo mugriento oprimiéndole la garganta reseca. Se sentía sucio y rastrero teniendo que mentir a la única persona que quería y que le quería en el mundo. Por fortuna, no tenía sentido guardar su destino en secreto y podía compartirlo con Tama, y confiaba en que, cuando aquel fatídico episodio quedase atrás, ya no tendría que engañarlo nunca más.

—Vamos al norte —respondió, al cabo—, todavía tengo por allí algunos contactos en los que puedo confiar. Por fin podrás ver con tus propios ojos cómo es la nieve.

Tama recordó entonces a Jiyirma, que tanto le había hablado de su hogar norteño durante sus largos paseos por la playa. Ojalá pudiera verlo ahora, abandonando la claustrofóbica y asfixiante Nïisk como él tanto había soñado, y adentrándose de cabeza en la aventura. Menos mal, se dijo, que ella había partido a tiempo y no se había visto envuelta en aquel sucio complot —su padre le había explicado que ella prefirió marcharse en el barco de los suministros sin despedirse para no entristecerlo.

El chico tuvo que hacer un notable esfuerzo para contener la enorme sonrisa que pugnaba por dibujarse en sus labios y que parecía brotarle como un luminoso río desde el centro del pecho, pues no le parecía muy conveniente mostrar alegría en un momento así y, encima, delante de su atribulado padre. No obstante, se sentía demasiado excitado como para dormir, de modo que, tras indicarle el rumbo, Anewa lo dejó al mando del timón mientras él trataba de descansar un poco en el único camarote del velero.

Tama recordaría siempre aquella resplandeciente noche estrellada como una de las más felices y emocionantes de su vida.

Capítulo 19

El amanecer descubrió a Makh demarcando su camarote con paso enérgico; del camastro a la puerta y de la puerta al camastro, así una y otra vez. Apenas había podido conciliar el sueño, ya que le asustaba demasiado lo que aquel nuevo día podría depararle. Ojalá no estuviera encerrado en un maldito barco, deseó vanamente, pues sentía que lo que más necesitaba en esos momentos era poner tierra de por medio entre Madeleine y él. Cada vez que pensaba en ella, se venía abajo, se veía incapaz de enfrentarla, de seguir manteniendo su juego, su papel.

Desde su apasionado y brutal encuentro, notaba un malestar incluso físico. Se trataba, además, de un sentimiento desconocido para él; una mezcla de vergüenza, culpabilidad, desprecio por sí mismo y…, había algo más en aquella argamasa que no lograba identificar. Algo que le crispaba los nervios del mismo modo que cuando sentía la presencia furiosa de los espíritus, como cuando, hacía tan solo unos días, por ejemplo, habían profanado la forja de aquel herrero de Thasos y él había notado en su nuca la gélida y punzante maldición de todos los dioses del mundo.

Apretó el talismán que llevaba en el bolsillo del pantalón y entonces, algo más tranquilo, sacudió la cabeza; no, aquello no tenía ningún sentido. Mejor sería dejar de darle vueltas y concentrarse en planear, de una vez por todas, el rescate de Bibek.

Por su parte, Madeleine tampoco había pegado ojo aquella noche y su sentimiento de repugnancia y desconcierto por lo que había sucedido era equiparable al de Makh. Sin embargo, ella, en cuanto máxima autoridad de aquella flota, sí que pudo hacer algo al respecto y lo que decidió fue tomar rumbo hacia el puerto más cercano que, según los mapas, se hallaba en la pequeña ciudad de D'jwon, la más austral de la alargada isla de Ügg. Allí obligaría a Enrico a desembarcar y a salir de su vida para siempre. Pensó incluso en la posibilidad de asesinarlo en secreto y discretamente; de esta manera, si su intuición le había fallado y era realmente un impostor, no dejaría ningún cabo suelto (y tampoco ningún testigo del vergonzoso episodio sexual, que era en ese momento lo que, en realidad, más le preocupaba), y si era quien decía ser, echarían la culpa a algún vulgar delincuente que lo habría matado con la intención de robarle.

Un marinero, armado con un catalejo, anunció desde el puesto de vigía que D'jwon estaba ya a la vista. Madeleine entró en su camarote, se sirvió una copa de jerez y luego mandó a llamar a Enrico; no deseaba ir a visitarlo a sus aposentos.

Cuando el joven entró en la habitación, quedó patente el malestar y la espesa tensión que había entre ambos. Cada palabra y cada pausa se sentían como si alguien arañara un suelo de mármol arrastrando una silla de hierro.

—Nos estamos acercando a D'jwon —le informó Madeleine sin levantar la vista de los mapas dispuestos sobre su mesa de trabajo—. Cuando lleguemos, quiero que desembarques, me han llegado nuevas órdenes y la misión va a ponerse peligrosa; no puedo llevar civiles a bordo. En D'jwon podrás, si lo deseas, buscar otro navío hacia Lorient.

—Siento mucho oír eso —dijo Makh, agradecido porque ella no lo mirase a la cara—, pero lo entiendo. Creo que no aporto nada aquí y que podría ser un estorbo si llegáis a entrar en batalla. ¿Cuánto tardaremos en llegar a puerto? Debo hacer mi equipaje.

—No más de una hora. No atracaremos, eso nos retrasaría demasiado, te acercarán a tierra en un bote, si no te parece mal — añadió ella en el último momento.

Makh empezaba a sudar por todos los poros de su piel mientras daba vueltas compulsivamente al amuleto de su bolsillo para darse seguridad. Tenía menos de una hora para sacar a Bibek de su celda en la bodega y desparecer sin que nadie se diera cuenta. No iba a resultar sencillo, pero de peores infiernos habían escapado.

—No hay problema —contestó, todavía de pie—. Si no te importa, voy a retirarme para prepararlo todo.

Madeleine se obligó a girar la cabeza para, al menos, despedirlo con naturalidad, no quería que él pensase que lo rehuía. Entonces, Makh se dirigió hacia la puerta y, al sacar del pantalón la mano derecha para girar el pomo, algo cayó al suelo desde su bolsillo.

El joven no se dio cuenta, pero Madeleine sí y le avisó:

—Se te ha caído algo.

Makh echó una mirada aterrada al piso y descubrió que, en efecto, se trataba de su pequeño talismán tallado en hueso. Por su parte, la

joven reparó en la cara asustada de Enrico y le picó la curiosidad.

—¿Qué es? Parece un amuleto —preguntó mientras se acercaba para comprobarlo por sí misma.

—Eh…, sí, es una especie de amuleto, pero no lo llevo por eso, quiero decir —balbuceó con la boca seca—, es más bien un recuerdo, me lo regaló mi madre antes de partir…, es que estaba preocupada y quería darme algo que me protegiese en el viaje…, ya sabes cómo son las madres…

—En realidad, no. La mía murió cuando yo era muy pequeña.

Madeleine sonrió para sí misma. Estaba claro que aquel niñato le tenía miedo después de haber presenciado la bronca y la paliza que le había propinado al marinero que había pintado una estrella de protección en el mástil. La idea de poder atormentar al causante de sus problemas la hizo sentir un poco mejor. Sería su forma de resarcirse.

—Oye, Enrico —dijo con fingida suavidad—, no tienes por qué temerme. Lo que ocurrió en cubierta con aquel marinero fue distinto. No debo tolerar comportamientos supersticiosos entre mis hombres, es demasiado peligroso. Si doy rienda suelta a esas creencias, me puedo encontrar un día con que no quieren atacar un pueblo enemigo porque ha aparecido un búho tuerto o ha habido un eclipse de luna, ¿entiendes? No es algo personal.

Makh estaba desconcertado, no sabía muy bien qué debía contestar. Al final, teniendo en cuenta que ella era una Intuitiva de alto grado y que podía detectar que le estaba mintiendo, decidió no arriesgarse y salió al paso con una media verdad.

—Vaya, me alegra oír eso. Sí que me asustaba que me tirases a los tiburones si lo descubrías. Sé que es una tontería, pero a mí me da confianza…, aunque vamos —se apresuró a añadir—, no es que lo necesite o que decida mis acciones, es más como un suvenir.

—¿Entonces me lo dejarías de recuerdo? —preguntó ella con cierta picardía, contenta de sentirse en clara ventaja.

El joven tragó con dificultad. Quería mantener la compostura, pero aquel era sin duda su talón de Aquiles, y sus facultades interpretativas no estaban además en su punto álgido. El amuleto se lo había entregado el chamán que lo había salvado de la muerte de pequeño y este le había ordenado encarecidamente que jamás se lo quitara de encima. Era un amuleto para mantenerlo oculto ante los espíritus que

seguían buscándolo para terminar de impartir su castigo. Habría preferido cortarse un pie antes que perderlo o regalarlo.

—Si quieres un recuerdo —trató de contestar con falso romanticismo —, permite que te regale algo de más valor. Esto no es más que una baratija indigna de una mujer de tu clase.

Madeleine no pudo evitar una espontánea carcajada. Tenía a su presa entre la espada y la pared, casi le dio hasta lástima.

—Me parece que te importa más de lo que quieres reconocer. ¿No me digas, Enrico, que eres de verdad uno de esos estúpidos crédulos que sufren cuando se derrama la sal en la mesa?

Makh se pasó una mano por la frente perlada de sudor. Tenía ganas de largarse corriendo. Sabía que debía darle el amuleto a Madeleine y terminar cuanto antes con aquello, estaba perdiendo un tiempo valiosísimo, pero se sentía incapaz de hacerlo. Quizá, si reconocía su debilidad, ella lo dejaría en paz.

—Vale —admitió humillando la cabeza—. Soy uno de esos idiotas. Vamos a dejarlo ya, si no te importa.

Entonces la joven, con un movimiento rápido y certero que Makh no vio ni llegar, le arrebató el talismán de la palma de la mano.

—Voy a ser yo la que te haga un regalo —le dijo con una sonrisa maliciosa—, me voy a quedar con esto para liberarte de su nefasto poder. Así tu cerebro se verá obligado a funcionar como debe, guiado por la lógica y no por fantasías y miedos infundados.

Makh sintió que su estómago daba un vertiginoso vuelco. Tuvo que reprimir el impulso de saltar hacia Madeleine como un tigre y arrebatarle el objeto a la fuerza. Estaba tan desolado y confuso que, al final, únicamente se vio capaz de salir de allí como un perro vejado y apaleado.

Y ahora debía rescatar a su amigo…

Se dirigió primero a su camarote para serenarse un poco. La puerta estaba cerrada. ¿Cómo era aquello posible si no había usado llave? Tras varios intentos, se dio cuenta de que estaba tirando de la puerta hacia fuera en vez de empujarla hacia adentro. ¿Se había vuelto imbécil?, se preguntó con cierta alarma.

Una vez en el interior, se dejó caer derrotado sobre una silla. ¿Cuánto tiempo había malgastado ya? ¡Tenía que centrarse! La única opción que le quedaba, no obstante, era la más complicada y la que requería un mayor esfuerzo mental por su parte… No, no iba a conseguirlo... Pero estaban a pleno día, en un barco repleto de soldados, lejos de tierra firme…, por mucho que le pesara, resultaba evidente que no tenía otra alternativa que crear un Tulpa. Esta era una Habilidad secreta que únicamente los más aventajados estudiantes llegaban a desarrollar en el último curso de su Logia, y consistía en crear un doble, una especie de espectro sólido e idéntico a uno mismo capaz de pulular por el mundo durante un breve periodo de tiempo. Y era precisamente eso lo que necesitaba para distraer a toda la tripulación y allanar su camino hasta Bibek. Además, de este modo, también alejaría de él toda sospecha.

Makh se sentó en el suelo con las piernas cruzadas e hizo unas cuantas respiraciones profundas. Una vez estuvo más sereno, comenzó a seguir los pasos mentales necesarios para generar el Tulpa. Le costó mucho más tiempo que en otras ocasiones, pero al final lo logró. Una copia del joven se corporeizó en la habitación vestido con las mismas ropas, con el pelo teñido de castaño y los ojos de tono almendra, como si llevara también ventosas de color. Sin perder un segundo, Makh le dio órdenes telepáticamente para que se dirigiera hacia la puerta y luego se encaminase por cubierta hasta alcanzar el palo mayor.

Una vez allí, y ante la mirada atónita de algunos marineros, el doble comenzó a trepar por las jarcias con la intención de llegar al puesto de vigía, que en ese momento se encontraba vacío. Enseguida, un soldado corrió a avisar a Madeleine del insólito comportamiento del muchacho que hacía oídos sordos a sus llamadas para que abandonara su peligrosa escalada.

Madeleine se dirigió de inmediato a cubierta y cuando llegó, vio que todos los hombres estaban pendientes de la absurda temeridad de Enrico. ¿Qué es lo que le pasaba ahora a aquel idiota? Le gritó para que bajara de inmediato, pero el chico no dio muestras de escucharla. Madeleine ordenó al vigía que subiese a interceptarlo. El marinero, acostumbrado a trepar por aquellas cuerdas, subió con la agilidad de un mono y pronto se situó a la altura del muchacho, que ascendía más lentamente. Entonces, ocurrió algo inesperado: Enrico se giró y, de una enérgica y repentina patada, derribó al marinero, que se precipitó lanzando un grito. Por suerte, aterrizó en el mar y el accidente no tuvo mayores consecuencias. Sin embargo, quedó claro que a Enrico le sucedía algo muy extraño.

Mientras tanto, el verdadero Makh ya se encontraba en el exterior de la bodega del galeón, a donde había accedido desde la popa tras salir por la ventana de su camarote. En condiciones normales, aquel descenso le habría resultado pan comido, pero ahora, perdió el pie en un par de ocasiones y a punto estuvo de caer al agua sin posibilidad de regresar al barco. Cuando se coló por una escotilla abierta y aterrizó en el suelo, derribó sin querer un tonel de pólvora, y un guardia acudió a ver qué ocurría. Era una torpeza que no había cometido ni en sus primeros días en la Logia… No le quedó más remedio que enfrentarse al soldado. Al ver al joven ricachón, el marinero bajó momentáneamente la guardia y solo así pudo su contrincante hacerle una llave que lo dejó inconsciente. Entonces, Makh tomó la pistola del guardia, todavía cargada, y continuó hacia las celdas del fondo donde otro soldado custodiaba al prisionero. No le gustaba tener que hacer aquello, pero no tenía otra opción que dispararle. Se colocó frente al hombre y apretó el gatillo, mas no hubo detonación; el arma se había encasquillado. Al darse cuenta, Makh saltó hacia adelante; únicamente si lograba luchar con el otro cuerpo a cuerpo, podría evitar que este le pegase un tiro. Sin embargo, esta vez el soldado estaba alerta y la lucha fue bastante más cruenta. Makh recibió varios puñetazos que lo dejaron sangrando por la nariz y una ceja. Finalmente, ambos cayeron enzarzados, y por casualidad, antes de aterrizar en el suelo, el soldado se golpeó la nuca con el borde de uno de los cañones que había dispuestos en hilera, perdiendo en el acto el conocimiento.

—¿Pero qué demonios te pasa? —le preguntó Bibek que había observado todo desde la celda—. ¡Pareces un borracho patinando en el hielo!

Makh, tambaleándose, se acercó hasta la puerta de barrotes y sacó de su chaqueta un fino alambre que utilizaba para abrir cerraduras. Normalmente aquello le tomaba menos de dos segundos, pero Bibek, observó sin dar crédito, cómo aquella especie de ganzúa se le caía a su compañero de las temblorosa manos al menos tres veces seguidas.

—Venga, joder —casi gritó este—, me va a dar un puto infarto. Me estás preocupando, tío.

Makh se detuvo a tomar aliento, e ignorando los comentarios de su amigo, volvió a intentarlo. Al decimoquinto intento lo consiguió. Después, le tocó desbloquear el cierre de la argolla por la que el prisionero estaba encadenado a la pared y tampoco resultó fácil. Bibek seguía mirándolo boquiabierto. Cuando ya estuvo libre, ambos abandonaron la bodega por el mismo punto y salieron por la escotilla

al exterior del casco.

—Ahora solo tenemos que coger uno de los botes —anunció Makh en un tono seco—, hay uno justo encima de nosotros.

—Pero nos verán —replicó Bibek—, a no ser que te hayas cargado a todo el mundo en cubierta.

—Tengo un Tulpa —aclaró él con visible esfuerzo.

Bibek comprendió entonces lo que ocurría y no preguntó nada más; sabía el tremendo desgaste de energía psíquica que aquella Habilidad suponía al que la ejecutaba. De todos modos, se dijo, eso no justificaba la impericia extrema con la que su compañero se estaba desenvolviendo. Lo había visto trabajar en otras ocasiones mientras manejaba un doble y siempre lo había hecho con gran soltura.

Alcanzaron la borda del galeón y allí echaron un rápido vistazo. Tal como había calculado Makh, todos estaban pendientes de su gemelo situado en las alturas. Pese a todo, era fácil que cualquiera mirase en su dirección y los descubriese mientras descolgaban la barca. Tenían que alejar sus miradas.

Entonces, el Tulpa de Enrico, siguiendo las órdenes de su amo, accedió a la copa del vigía, se encaramó en la barandilla y luego, con un tremendo impulso, saltó hacia el océano (justo por babor, el lado contrario en el que Makh y Bibek se hallaban).

Efectivamente, la tripulación al completo corrió hacia aquel lado para ver dónde había aterrizado el muchacho, incluida Madeleine.

Era ahora o nunca.

Ambos amigos subieron a cubierta y se pusieron manos a la obra. En un abrir y cerrar de ojos, el bote estaba ya en el agua y ellos se deslizaban hacia él con premura. Bibek llegó el primero y vio cómo Makh resbalaba, perdía el apoyo en el casco y se precipitaba desde una altura de cuatro metros. El golpe contra los asientos del bote fue tremendo, pero afortunadamente no se rompió ningún hueso.

Sin perder un segundo, comenzaron a remar hacia la costa. Makh seguía con los mismo ojos de pánico absoluto y ahora, también, una amarga mueca de dolor en el lívido rostro.

A unos metros de allí, en el galeón, Madeleine notaba como si alguien

hubiera soltado un agitado avispero dentro de sus entrañas. Su intuición, que llevaba de vacaciones unos cuantos días, regresó de repente para avisarla de que algo muy raro e infortunado estaba ocurriendo, y no se refería únicamente al excéntrico comportamiento de Enrico. Llamó al vigía al que acababan de subir a bordo y le preguntó por lo sucedido. El hombre, todavía conmocionado y empapado, contestó:

—No sé, *madeimoselle*, tenía una mirada de loco muy rara, como si estuviera totalmente ido. Está claro que ese chico ha perdido el juicio.

Las avispas continuaban aguijoneándole el cerebro y gritaban: «alerta, alerta, alerta». No lo aguantaba más. Se descalzó y se lanzó ella misma al mar para recuperar a Enrico, que no hacía nada por agarrarse al cabo que le habían arrojado desde el barco y que le encomiaban a sujetar.

Cuando llegó a su altura, vio cómo el joven comenzaba a hundirse. Si no se daba prisa, el océano se lo arrebataría. Mientras se aproximaba a él buceando, la sensación de que algo marchaba definitivamente mal se incrementó. Impaciente, logró asir por el cuello de la chaqueta a Enrico y tiró de él hacia arriba. Una vez en la superficie, lo rodeó con firmeza por el cuello y nadó hacia el barco, cada vez más lejano. El joven no se movía, aunque seguía respirando y consciente. Parecía un sonámbulo… ¿Estaría hechizado? ¿Qué peculiar canto de sirenas sería el que le había subyugado de aquel modo?

—Llevadlo a mi camarote —ordenó completamente exhausta cuando, al cabo de una larga travesía a nado, estuvieron a bordo.

Sin ni siquiera cambiarse de ropa, Madeleine se acercó hasta el camastro donde yacía el joven y lo observó con detenimiento. El corazón le cabalgaba en la garganta. Superando una especie de asco visceral cuyo origen no entendía del todo, extendió una mano y acarició el rostro de Enrico. Retiró la mano como si se la hubiera mordido una serpiente. No es que el chico estuviera frío, es que despedía hielo, y no a la manera de un cadáver o un cuerpo congelado, no; aquel era un frío espectral, inhumano. Hizo llamar al médico, quien, tras examinarlo, quedó tan desconcertado como ella.

—Es como si estuviera en coma o en estado catatónico, ni siquiera le encuentro el pulso —acertó a diagnosticar este sin convencimiento.

Al cabo de media hora, y tras ver que no se producía ningún cambio, Madeleine le pidió al médico que se marchara y entonces probó una

cosa. Tomó de su escritorio el amuleto que le había arrebatado a Enrico hacía un rato y se lo colocó en la palma de la mano en un intento por reconfortarlo. Justo en ese momento, el joven se desvaneció ante sus narices igual que un fantasma. Tan solo el talismán permaneció sobre las sábanas. Madeleine saltó hacia atrás como un gato escaldado, perdió el equilibrio y cayó de espaldas al suelo. En cuanto se recuperó, corrió hacia la bodega para comprobar si el *Haarig* aún continuaba en su celda.

Capítulo 20

En cuanto Makh y Bibek alcanzaron la costa, ocultaron sin mucho esmero el bote entre unas afiladas rocas y partieron a la carrera hacia el interior de Ügg, alejándose lo máximo de D'jwon. Bibek tuvo que sugerirle a su aturdido compañero que se librara de su disfraz. Makh se quitó las traslúcidas ventosas de los ojos y se deshizo de la aristocrática coleta (el tono gris perla de su pelo no regresaría hasta que las semillas de *Anuenue* dejaran de hacer efecto, o bien se tomara otras para cambiar de color).

Más adelante, cuando cruzaron por una destartalada granja, Makh robó del tendedero unas toscas ropas de agricultor.

Se hallaban subiendo la empinada cuesta de una colina cuando, de pronto Makh, se detuvo sofocado y se dejó caer de rodillas. Había llegado al límite de sus fuerzas tanto físicas como mentales. Bibek regresó a su lado para comprobar qué le ocurría.

—Estoy bien —le contestó Makh resoplando—, solo que ya no podía mantener más el Tulpa. Acabo de dejar que se desvanezca. Supongo que más de uno se habrá llevado un susto de muerte.

—Bien —sentenció Bibek—, a ver si ahora vuelves a la normalidad, actúas como un maldito zombi.

Al otro lado del cerro, descubrieron una aldea de no más de seis casas de adobe y paja. Makh se aproximó hasta allí con cautela y en breve dio con un establo de donde sustrajo una vieja yegua, negra como una ciruela. Fue una suerte que el dueño se encontrase en esos momentos cultivando los campos, porque Makh no hizo gala precisamente de su habitual sigilo como ladrón; por el contrario, propinó sin querer una patada a un cubo de hierro que rodó con estrépito y asustó a los caballos de la cuadra. Cuando salió del pueblo, prácticamente todos los perros del lugar ladraban como locos.

—¡Por todos los demonios del averno! —rugió Bibek mientras montaba tras su compañero en el famélico animal—, ¿me quieres contar de una vez qué cojones pasa contigo?

Makh, en realidad, no sabía muy bien qué contestar. Tenía claro que si

le decía que había perdido su amuleto de protección y que por eso todo iba de mal en peor, Bibek se burlaría de él. Aun así, no se le ocurría qué otra excusa ofrecerle.

Tal como había imaginado, este soltó un bufido de guasa tras escuchar su historia.

—¡Joder, Makh! ¡Cómo puedes ser tan tonto!

Makh, ofendido, guardó silencio y azuzó su montura para que incrementase la velocidad del galope. Entonces, Bibek intentó suavizar un tanto su respuesta.

—A ver, perdona, sé que para ti es un tema importante. No te agobies, cuando lleguemos a Brosek, P'tuv y la bruja esa con la que has dicho que se alojan podrán hacer algún ritual para dar esquinazo a los espíritus o, si no, podemos fabricar otro talismán.

Makh sabía que Bibek no creía en lo que decía, sin embargo, le tranquilizó la idea de ir a reunirse con Zebina. Era probable que ella pudiera, aunque fuera de forma provisional, proporcionarle algún hechizo de ocultamiento mientras daban con un chamán lo suficientemente poderoso como para sustituir su antiguo amuleto.

Por desgracia, cuando al atardecer llegaron a la granja de la pequeña anciana y vieron la espeluznante escena que se desplegaba ante ellos, el alma y las esperanzas se les cayeron a los pies.

Madeleine no tardó en desembarcar en el puerto de D'jwon. Tenía instrucciones precisas de notificar a Loïck de Choisi cualquier incidente que se produjera en la misión, cosa que, desde luego, era lo último que deseaba hacer. Pero no tenía más remedio; todos los hombres a su cargo habían presenciado lo ocurrido y aguardaban, no sin cierta satisfacción, a que ella cumpliese con su cometido y asumiese su fracaso. Así que, después de ordenar a varias patrullas que registraran la costa en busca del bote de los fugitivos, se dirigió al ayuntamiento de la ciudad y pidió usar un Enlace. El encargado le anunció que este se había suicidado hacía un par de días y que tendría que usar el Enlace personal del Gobernador. Madeleine se estremeció al escuchar la noticia. Le hubiera gustado investigar más aquel singular suceso, pues intuía que era un hecho importante, pero no tenía tiempo, así que se dirigió a la casa del mandatario.

Su intuición también le decía que no iba a permanecer mucho tiempo en esas tierras, de modo que no le sorprendió cuando el líder supremo

de Continente le exigió que volviera a Lorient de inmediato. Este también le comunicó que, a partir de ese instante, Sylvan, su otro lugarteniente, quedaba al mando de la operación. Madeleine maldijo en silencio. Su deseo de atrapar a aquel *Cercatore* que la había engañado por completo y se había reído de ella en su misma cara era tan grande como la curiosidad por descubrir cómo era este en realidad. Dios, se dijo crispando los puños, cómo iba a disfrutar torturándolo cuando finalmente cayese en sus manos…

Lo más irónico de todo era que ahora, con su Habilidad recuperada, se sentía capaz de encontrarlo en cualquier parte del mundo. Estaba segura al cien por cien de que se había establecido un extraño vínculo entre ellos que acabaría por conducirla hasta él. Por eso le irritaba sobremanera tener que abandonar la caza en ese preciso momento.

Cuando salió del edificio, un soldado corrió a avisarla de que ya habían localizado la embarcación robada. Entonces, su intuición le proporcionó una de esas intensas descargas pre-cognitivas que no solían errar nunca y que, además, la pura lógica terminó de corroborar.

—Se dirigen hacia Brosek —sentenció categórica mientras acariciaba el talismán de hueso que llevaba en un bolsillo—. Seguro que el resto de su banda los está esperando allí. Mandad varias patrullas. Y avisad a las que dejamos en la zona.

Ima contempló desde la entrada de la cueva cómo un sol perezoso se elevaba en el horizonte sobre un mar todavía de acero. Había pasado prácticamente toda la noche en vela hecha un manojo de angustias. Aunque le había dicho a P'tuv que no se preocupase por la ausencia de Zebina, que no había aparecido el día anterior para llevarles los víveres acordados, ella intuía que algo malo había ocurrido. Y no era un simple temor fruto de la ansiedad; realmente sentía como si fuera algo que ya hubiese presenciado con sus propios ojos. Trató de dialogar consigo misma alegando que todo aquello, tal como le había explicado mil veces al supersticioso de Makh, se debía a su desasosiego, a su agudo estado de crispación.

Y entonces las palabras de Zebina, cortantes como un sopapo, resonaron en su mente interrumpiendo sus lógicos razonamientos: «Confía en tus sensaciones y siempre tomarás las decisiones correctas».

Ima entró en la gruta y despertó a P'tuv que, pese a su corta edad, roncaba como un vikingo acatarrado.

—Espabila, P'tuv —le instó con energía—, tenemos que irnos de aquí. Me parece que estamos en serio peligro.

Cinco minutos más tarde, se alejaban a toda prisa por la escarpada costa en dirección sur. Ima activó mentalmente su Sensei y le preguntó en silencio cuál era el puerto más cercano, y este, que ya había asimilado todos los mapas que le había proporcionado Makh sobre Geb, le informó de que Kowl o Spej eran sus mejores opciones, pues estaban a una distancia similar. Ima se decantó por Kowl, simplemente porque el otro le sonó como un escupitajo. Entonces, el Sensei dibujó en el cerebro de su dueña la imagen nítida de la ruta que debían seguir.

Llegaron a Kowl a la hora de la siesta, cuando el sol caía a plomo sobre el mundo. Con sumo sigilo se acercaron hasta el pequeño puerto de la aldea de pescadores. Estaba claro que tenían que hacerse con un barco, pero, ¿cómo? Ella sola no se sentía capaz de robarlo y, mucho menos, de hacerlo navegar.

P'tuv, impaciente, le dio un codazo en las costillas y le preguntó mientras vigilaban el malecón desde un callejón cercano:

—¿Qué puñetas estamos esperando? ¿Vamos a mangar un barco o qué?

Iba a preguntarle al niño si él sabría pilotarlo, pero entonces recordó que, no hacía mucho, había intentado birlarles el Sonräk él solito.

—¿Cuál crees que deberíamos escoger? —le respondió ella al fin.

—A mí me mola ese rojo, es to brillante, pa'ece un hígado de vaca.

—Umm, no —meditó Ima—, demasiado grande y llamativo. Cojamos el blanco que está al lado, será más manejable. Además, me gusta el dibujo del oso que tiene en la vela, es un animal al que tengo cariño.

—¿Entonces pa qué preguntas, vieja? —le espetó indignado el crío.

A Ima le sorprendió lo fácil que les resultó cometer aquel delito a plena luz del día, y eso que sentía que su corazón retumbaba como un bombo en un cementerio. Casi parecía cosa de la providencia que nadie hubiese aparecido por el muelle para darles el alto.

Siguiendo las indicaciones de P'tuv, pronto se hallaron navegando en mar abierto rumbo a Xatarov.

El niño enseguida le tomó gusto a su papel de capitán y no dejaba de dar órdenes a Ima, hasta que esta se hartó y decidió plantarse.

—No pienso ponerme a fregar la cubierta. Lo que deberíamos hacer es comer algo. Vamos a ver qué guardan ahí dentro —añadió señalando hacia la rejilla por la que se accedía a las tripas del pequeño velero.

Ima trató de levantar la portezuela y comprobó que estaba cerrada. Echó de menos la pericia de Makh para forzar cerraduras. P'tuv y ella buscaron por la cubierta hasta que Ima encontró una barra de hierro dentro de un banco con tapa que había empotrado en la proa. Tras varios sudorosos intentos, por fin logró forzar la reja, que acabó saliéndose de sus goznes.

—¡Te la's cargao, tía burra! —le gritó P'tuv.

Ima sintió ganas de tirarle la barra a la cabeza. En vez de eso, descendió por la escalera de mano a la sombría bodega del barco. Se quedó quieta hasta que sus ojos se acostumbraron al brusco cambio de luz. Entonces, vio que la estancia estaba prácticamente vacía, salvo por una caja de madera cuadrada y enorme bien cerrada con cadenas y cerrojos. ¿De verdad no iba a encontrar ni un trozo de pan?, se preguntó con enfado. Al mirar hacia la derecha, no obstante, reparó en que había un par de cortinas grises que al principio no había distinguido en la penumbra y que funcionaban a modo de puertas. Se acercó y las descorrió con cautela. Una daba a un precario camarote con un baúl grande en un lateral y dos hamacas dispuestas una sobre otra. Tras la segunda tela, halló una modesta cocina con un hornillo de carbón, un fregadero, algunos armarios y una mesa estrecha y alargada. Registró sin demora los armarios y estantes, y encontró lo que buscaba: carne curada, frutos secos, arroz, varias mazorcas de maíz, aceitunas, harina, sal y galletas. También encontró un par de barriles de cerveza y otro de agua. Parecía, meditó Ima, que había elegido un barco preparado para hacerse a la mar. No pudo evitar sentirse culpable; sin duda les había arruinado el viaje a sus propietarios. Confió en que eso no les acarrease demasiados problemas.

Un ruido seco y metálico la hizo girarse dando un bote. Abandonó la cocina y descubrió a P'tuv con la barra de hierro forzando los cerrojos de la caja amarrada al fondo, probablemente la mercancía que iba a ser transportada, pues aquello no tenía pinta de ser un barco de pescadores. Antes de que la mujer dijera nada, el chico se le adelantó para defenderse.

—No me riñas, tú acabas de romper la trampilla. Quiero ver si hay papeo aquí dentro.

Ima resolvió que ya lo mismo daba cometer otro acto vandálico, y el chico tenía razón; quizá allí encontrasen más víveres.

Ambos se llevaron una honda decepción, pues en el interior de la caja solo había un montón de objetos envueltos cuidadosamente en retales de terciopelo. Los fueron desenvolviendo uno a uno hasta dejarlos desplegados a sus pies.

—Vaya colección de morralla —exclamó P'tuv, desilusionado—. Esto no vale un cagarro.

Ima no contestó. Estaba pensativa. Se preguntaba qué sentido tenía custodiar en una caja con varios cerrojos y tan delicadamente embalados un montón de cachivaches tan variopintos e inútiles como aquellos. Muchos de estos, observó además, estaban incluso estropeados. Había, por ejemplo, una pipa de madera desgastada y ennegrecida con la boquilla mordida, un botón de marfil tallado cuyo enganche se había partido por la mitad, un bastón de avellano lleno de muescas y nudos, un libro con las tapas tan raídas que no se leía ni el título, un dedal abollado de latón que resultaba inservible, y así hasta sumar cincuenta y siete piezas absurdas.

Al usar la palabra «pieza», Ima sintió que el vello de sus brazos se le erizaba. Nerviosa, activó mentalmente su Sensei y le pidió que escanease aquel muestrario de baratijas. El dispositivo no tardó en confirmarle mentalmente sus sospechas:

«Todos estos objetos poseen una composición idéntica a la de las tenazas que analicé recientemente; es decir, no contienen elementos terrestres conocidos».

Ima se dio cuenta entonces de que P'tuv la miraba con suspicacia, esperando una respuesta que aclarase el motivo de su visible agitación.

—Creo, P'tuv —le explicó mientras le dirigía una sonrisa—, que hemos dado con un auténtico tesoro. Ahora ya podemos hacernos llamar *Ricercatori*.

Capítulo 21

Makh saltó del caballo y se acercó temblando hasta las ruinas humeantes de la granja. Delante de la puerta se hallaba el cadáver sin cabeza de Zebina. La habían decapitado sobre una pila de leña, de un tajo limpio. El cuerpo ensangrentado de la anciana todavía se mantenía arrodillado, con las manos esposadas a la espalda. Una densa nube de moscas zumbaba a su alrededor. El joven comprobó que, tal como había imaginado, eran grilletes de los que usaban los soldados de Continente, pues llevaban grabado el emblema de la casa Choisi: una elegante orquídea.

Bibek y él registraron a fondo el lugar antes de que el sol desapareciera por completo, pero no hallaron más cadáveres entre los escombros.

—Se los habrán llevado presos —aventuró angustiado Bibek.

Makh guardó silencio unos minutos con el ceño fruncido. Por fin, dedujo:

—Me parece que no. Si hubieran encontrado a Ima, se habrían conformado con darle a Zebina una paliza o la habrían encarcelado, pero esto es demasiado; la vieja debió negarse a colaborar y entonces esos cerdos, frustrados y furiosos, decidieron darle un escarmiento.

—¿Quién la delataría?

—Imagino que el mismo tabernero que nos dio su dirección. Los soldados habrán estado apretando las tuercas a todo el mundo.

Bibek soltó un juramento. Sabía muy bien lo lejos que podían llevar un interrogatorio aquellos militares sin escrúpulos, no en vano, acaba de sufrirlo en sus propias carnes durante días.

—¿Entonces, crees que consiguieron escapar?

—Zebina era una buena vidente —dijo Makh sin importarle que su amigo le creyera o no—, es probable que intuyera que venían y le diese tiempo a alertar a Ima y P'tuv.

—Está bien —concedió Bibek—, confiemos en ello. Supongo que, en ese caso, habrán partido hacia Xatarov.

—Es lo que acordamos —corroboró Makh con la cara pálida de un espectro—. Vayamos de inmediato a recuperar el Sonräk. Pero antes, enterremos como es debido a esta pobre mujer.

Casi una semana después, el galeón que transportaba a Madeleine atracó al amanecer en el concurrido puerto de Lorient bajo una espectacular tormenta. Caía tal cantidad de agua que parecía noche cerrada. Si hubiera tenido a su lado alguien de confianza con quién bromear, habría comentado que aquel no parecía un buen augurio.

Cuando desembarcó, una carroza de palacio estaba esperándola. El trayecto se le antojó inusualmente corto.

Ni siquiera tuvo tiempo de ir a su habitación para cambiarse; Loïck de Choisi había ordenado que la condujeran a su presencia en cuanto llegase. Era en momentos como aquellos cuando más aborrecía poseer su Habilidad, pues a pesar de que sabía que la reunión iba a ser nefasta para ella, no podía hacer nada para evitarla.

Una vez en el interior del lujoso y amplio despacho, Loïck dejó a un lado los papeles que estaba leyendo sentado en su escritorio y miró fijamente a la joven cuya ondulada melena todavía chorreaba sobre la moqueta. Un rayo, seguido de un trueno que hizo temblar los cristales de las altas ventanas, iluminó la apagada estancia y las sombras alargadas de ambos se esculpieron un fugaz instante sobre el suelo.

—Cualquiera diría que los dioses te han preparado esta llegada tan teatral —dijo con sorna el hombre—. Anda, pasa y siéntate. ¿Te apetece tomar algo?

—Preferiría ir al grano —respondió con aspereza ella sin moverse del sitio—. Sé que estás furioso conmigo y quisiera saber cuanto antes cómo vas a hacerme pagar por mi error.

—¿Error? —repitió Loïck mientras se levantaba y rodeaba la mesa para apoyarse en su parte delantera— ¿Así lo calificas? Yo diría que dejar escapar a esos *Ricercatori* delante de tus narices, hallándose en tu propia flota y cercados por tus mejores hombres, es algo más que un error. A mi entender, y corrígeme si me equivoco, se trata del mayor y más sonado fiasco de la historia. Un fracaso que me salpica a mí directamente, que deja a este gobierno en evidencia y en ridículo. Estoy deseando que me expliques lo que ha ocurrido, porque de verdad, es algo que me supera.

—Yo tampoco lo entiendo —contestó con franqueza Madeleine sin

desviar la vista de su interlocutor—. En cuanto ese *Cercatore* entró en escena, mi Habilidad quedó anulada, no era capaz de percibir con claridad. Mi lógica y mi sentido común me decían que era un impostor, pero mi intuición estaba muda… Traté de forzarlo a confesar por todos los medios, pero su coartada siempre salía indemne. Realmente actuaba como un niño consentido de Rippol y sus documentos se hallaban en regla. Además, no disponía de un Enlace para verificar su identidad.

—¿Puede que se trate de una de esas pocas personas que causan interferencias en tu Habilidad?

—Es lo primero que pensé, pero ya no lo creo. Siento que ahora soy capaz de percibirlo sin problemas.

Loïck detectó un leve deje de inquietud en aquella última frase y, por supuesto, como buen depredador que era, no lo dejó escapar. Se acercó hasta colocarse justo enfrente de su subordinada y le preguntó:

—¿Y qué es lo que ha producido semejante cambio? ¿Por qué «ahora» sí eres capaz?

Madeleine tragó saliva. Aquello iba a ser difícil de explicar. Aun así, sería mejor que Loïck se enterase por ella y no por algún chivato. Sabía de sobra que dentro de un barco no tenían cabida secretos tan jugosos como aquel. Era cuestión de tiempo que alguien se fuera de la lengua.

—Me acosté con él con el propósito de presionarlo. Creo que fue traumático para ambos. Pero, como digo, ahora podría encontrarlo aunque se escondiera en la cueva más remota de Geb.

Madeleine supuso cuál sería el comentario que vendría a continuación, y no por el hecho de ser una Intuitiva. No se equivocó.

—¿Y no será que puedes percibirlo porque realmente te sientes atraída por él? Que yo sepa, nunca te has enamorado de nadie. Los hombres entran y salen de tu alcoba, pero raramente repiten. Puede que estés confundida porque esto es nuevo para ti.

La joven tardó más de lo que hubiera debido en contestar pues, ciertamente, un torbellino de dudas había vuelto a formarse en su cabeza.

—Mira, tenía pensado encerrarte en el calabozo una temporada, pero acabo de cambiar de parecer. Creo que lo mejor será enviarte de

regreso a tu Logia. Seguro que la hermana Josephine sabrá cómo ayudarte.

Si hubiera servido de algo, Madeleine se habría hincado de rodillas para suplicar clemencia. Prefería pasar un año en la cárcel siendo torturada a diario que tener que volver a ponerse bajo las órdenes de su antigua tutora. Evidentemente, Loïck estaba al tanto de ello y, por eso, sonrió complacido al ver la mueca de terror que logró abrirse camino en el impasible rostro de su lugarteniente.

Bibek reconoció en el este, al borde del océano, la singular y puntiaguda silueta de la isla de Tok, que en esos momentos, con el sol naciente justo detrás, parecía el báculo de un mago irradiando luz. Sintió el impulso de llamar a Makh para que lo viera, pero luego se arrepintió. Su compañero llevaba todo el viaje recluido en el camarote y no se asomaba por cubierta más que para ayudar en lo estrictamente necesario. Bibek ya se había cansado de intentar tranquilizarlo. Al principio, había confiado en que, con el paso de los días, Makh fuese relajándose y perdiendo el miedo al comprobar que no ocurría nada malo por haber perdido su amuleto, pero eso parecía lejos de ir a suceder y Bibek empezaba a preocuparse de veras. No se le ocurría qué más decir o hacer para arrancarlo de aquel estado vegetativo en el que se había sumido.

De pronto, un interesante dato acudió a su memoria: según había oído contar a algunos marineros, en Tok existía una importante tradición de hechiceras dedicadas al vudú, aunque, quizá se estaba equivocando con la isla de Lok… No estaba muy seguro tampoco de si, de haberlas, estas podrían hacer algo con el problema de su amigo, pero no suponía demasiada demora desviarse hasta aquel islote que caía dentro de su ruta para comprobarlo.

Una vez hubo amarrado el Sonräk en un precario y desierto muelle de Tok, llamó a su amigo para que subiera a cubierta. Makh, que ya había recuperado su verdadero aspecto, apareció con cara de pocos amigos arrastrando los pies igual que un náufrago emergiendo del océano.

—Vamos a acabar con esta mierda ahora mismo —le espetó Bibek con un tono que no admitía discusión—. Sé a ciencia cierta que en esta isla viven las hechiceras más reputadas de Geb. Mi tío Hari decía que son capaces de lidiar hasta con los espíritus más malignos y poderosos; una de ellas expulsó a un demonio del cuerpo de su mejor amigo. Además, tenemos que conseguir víveres, esos cabrones nos robaron

todo lo que teníamos cuando me capturaron.

Makh lo miró enarcando una ceja, aquel parecía otro de los típicos cuentos inventados por su compañero para embaucarlo. Además, aunque era cierto que no sabía mucho sobre aquellas hechiceras, eso del vudú le sonaba más a vengativos ritos realizados para castigar a gente viva que a otra cosa. De todas formas, meditó, no perdía nada por probar. En esos momentos, habría confiado su alma hasta a un vulgar trilero de taberna portuaria.

Se adentraron en la exuberante isla y se dirigieron a la aldea más cercana. Pronto estuvieron rodeados por árboles centenarios de cuyas ramas colgaban líquenes tan extensos y tupidos que parecían telarañas gigantes y que otorgaban al paisaje un aspecto fantasmagórico.

En el poblado, un anciano les indicó dónde podían encontrar a la hechicera local. Tras media hora de camino por aquel asfixiante bosque, dieron con la cabaña donde vivía la mujer. Esta se hallaba en el porche desenvainando guisantes. Cuando los vio acercarse, dejó su tarea y clavó los ojos en Bibek.

—¿Es usted la hechicera del pueblo? —preguntó este un tanto cohibido ante el nada disimulado escrutinio.

—Así es.

—Verá —prosiguió él—, mi amigo necesi…

La mujer lo interrumpió con un gesto brusco al tiempo que se ponía en pie. Un pequeño gato color azabache salió corriendo de debajo de su larga falda estampada con vistosas flores.

—Shh. No digas nada. Me gusta averiguar las cosas por mí misma. Vosotros enseguida lo ensuciáis todo con mentiras. Venid aquí los dos.

Ambos subieron hasta el desvencijado porche de madera y se colocaron frente a ella. Era delgada y muy alta, casi les sacaba una cabeza. Bibek, viendo la expectante mirada que brillaba en el rostro de su compañero, supo que este ya estaba totalmente embobado con la supuesta adivina y lanzó un hondo suspiro de resignación. En fin, se dijo a sí mismo, mejor que fuera de ese modo, así todo resultaría más sencillo y más rápido.

La hechicera extendió una mano y tomó el rostro de Makh por la barbilla. Luego, lo examinó como quien evalúa una res en una feria de ganado. Solo le faltaba mirarle los dientes, pensó Bibek. Tras unos

tensos segundos, la mujer sentenció, contundente:

—Este muchacho tiene el aura más negra que los cojones de mi gato. Dudo que pueda hacer nada por él.

Bibek volvió a suspirar; era todo tan obvio… Ahora tendrían que regatear hasta conseguir un precio que hiciese a la hechicera cambiar de opinión. Para ahorrar tiempo, preguntó directamente qué podrían darle para que lo intentara al menos.

–Quiero la punta de tu hermosa cola de mono –respondió ella sin vacilar. Estaba claro que lo había decidido nada más verlo–. Los *Haarig* sois animales poderosos y es jodidamente difícil dar con uno en esta isla.

Makh observó con alarma a su compañero temiendo que lo echase todo por tierra.

—No somos putos animales —contestó de hecho este con ira contenida—, y ni de coña te voy a dar la punta de mi cola ni de ningún otro miembro. Así que ya puedes ir pensando en otra cosa.

La mujer, que no pasaría de la treintena, sonrió mostrando una blanca y sensual sonrisa.

—Bueno —dijo con picardía—, ya que mencionas otros miembros, hay otra manera más agradable de quedarse con parte de vuestro poder…

Makh, por primera vez desde hacía días, soltó una espontánea risotada.

—Estupendo —le dijo a su amigo—, ¿supongo que a eso sí estarás dispuesto, no?

Bibek le devolvió a Makh una mirada furibunda. No tenía ninguna gana de acostarse con aquella loca perteneciente además a ese grupo de gente inculta y atrasada que creía que los de su raza no eran más que bestias mitológicas con las que hacer pociones. Iba a negarse en redondo cuando su amigo lo tomó de un brazo y le rogó otra vez serio y compungido:

—Por favor, Bibek, hazlo por mí. No creo que pueda aguantar mucho más. Siento como si caminara todo el tiempo descalzo sobre cristales. Me da miedo hasta respirar.

La hechicera se puso manos a la obra de inmediato. Primero, pidió a Makh que se desnudase y luego lo «purificó» a base de fustigarlo con un manojo de ramas de fresno. Tras ese doloroso preámbulo, lo ató a un poste que había en la parte trasera de la casa y, con arcilla blanca, le dibujó por todo el cuerpo extraños símbolos sagrados mientras iba murmurando un monótono e hipnótico canto. Por último, tomó un cuchillo y le hizo un par de cortes en el pecho, debajo de cada pezón. Recogió la sangre que manó de ellos en un cuenco oscuro y, después de taparle las heridas con más barro, mató una gallina sobre la que derramó el rojo contenido del recipiente.

—Esperemos que los espíritus que te persiguen acepten esta ofrenda con tu sangre y que no se atrevan a atacar y profanar tu cuerpo, que ahora es un rezo viviente a la Venerada Madre, la que está por encima de todos ellos.

—¿Y si no resulta? —se atrevió a preguntar Makh al que dolía y escocía cada centímetro enrojecido de su piel.

—Entonces ellos cumplirán su venganza. Pero no te apures —añadió con fría malicia la mujer—; de un modo u otro, tú finalmente descansarás.

Makh no se molestó en protestar. La hechicera tenía razón. Estaba harto de vivir atormentado, si tenía que pagar por sus faltas, lo haría de una vez por todas.

Tras dejarlo allí indefenso, la mujer hizo una señal a Bibek y este la siguió al interior de la cabaña. Ahora le tocaba a él pagar la deuda contraída.

Las horas transcurrían con una lentitud desquiciante. Makh, muerto de frío y angustia, no era capaz de pegar ojo. Sentía que la oscuridad cerrada que lo envolvía estaba plagada de bisbiseos y furtivos movimientos. Casi le pareció, en varias ocasiones, que unos gélidos dedos le rozaban la espalda, la nuca, detrás de las orejas…

Sin embargo, el desgarrador aullido de dolor que de repente perforó la noche, no fue fruto de su imaginación y procedía, con total seguridad, del interior de la cabaña.

Makh se agitó como un poseso tratando de librarse de las cuerdas que lo mantenían atado, pero estaban demasiado apretadas. Intentó hacer fuerza con los pies para desencajar el poste de la tierra, pero estaba firmemente clavado al suelo. Desesperado, solo pudo gritar repetidamente el nombre de su amigo, pero este no contestó, y un

silencio plomizo se apoderó del lugar hasta apagar incluso el murmullo de las hojas movidas por la brisa.

Makh se dio cuenta entonces de lo idiotas que habían sido y se recriminó por ello. Era evidente que la hechicera había decidido desde el primer momento que lo que le interesaba era la cola de Bibek y que todo lo demás no había sido más que una treta para conseguirlo. Por esa razón lo había dejado a él amarrado a aquel poste. Únicamente le quedaba confiar en que no hubiese matado a su amigo para hacerse con su preciado trofeo. Pero eso pronto lo sabría. Si había asesinado a Bibek, no tardaría en aparecer para acabar también con él.

Los minutos, no obstante, goteaban como lágrimas de espesa miel, y nadie salía de la cabaña. Makh, muerto de frío, acabó por caer rendido al agotamiento.

El tacto de una caricia en la mejilla lo devolvió a la realidad. Allá delante estaba la hechicera sonriéndole con dulzura en medio de la claridad almibarada y moteada del amanecer.

—Parece que todo ha ido bien. Los espíritus han aceptado la ofrenda.

—¿Dónde está Bibek? ¿Qué has hecho con él? —le gritó el joven, temblando de arriba abajo.

—Tranquilo, sigue durmiendo como un bebé —contestó ella mientras cortaba con un cuchillo las cuerdas que sujetaban sus muñecas—. Si no me crees, ve a comprobarlo tú mismo.

En cuanto estuvo libre, Makh, todavía desnudo y aterido, corrió hasta la casa en la que entró como una tromba. Efectivamente, allí estaba Bibek, pero no dormido plácidamente como ella había dicho, sino atado y amordazado en una cama. Makh comprobó que la peluda cola anillada de su amigo lucía un vendaje en el extremo. En cuanto le quitó el trapo de la boca, este bramó encolerizado:

—¡Voy a despellejar viva a esa maldita bruja! ¡La muy cabrona me ha atado y me ha cercenado la cola de un machetazo en cuanto me he quedado frito!

Sin embargo, cuando regresaron al exterior, la hechicera había desaparecido. Algo en el poste en el que había estado atado Makh llamó su atención y este se acercó a averiguar qué era. Sujeto con un clavo había un trozo sucio de pergamino que decía: «Siento las formas, pero era indispensable protegerte y no se me ocurrió otro modo de conseguirlo. Ahora sí, este poderoso amuleto te ocultará de todos los

malos espíritus. Te doy mi palabra». Junto a la nota, la esponjosa y rojiza punta de la cola de Bibek, cosida por un extremo con una cuerda trenzada y adornada con un par de abalorios, ondeaba ligeramente al viento.

Capítulo 22

Madeleine quería creer que, tras tantos años lejos de la Logia, las cosas habrían cambiado y ya no se apoderaría de ella el mismo terror que la había paralizado cuando era una simple e impresionable alumna. Ahora regresaba convertida en una mujer adulta, ostentando uno de los puestos más influyentes e importantes en el Gobierno y siendo, además, una de las Intuitivas más poderosas de Geb. Más incluso que la propia Josephine, directora de la escuela y su antigua tutora.

Y, pese a todo, en cuanto pronunció en su mente el nombre de aquella mujer, su estómago se contrajo en un puño. Debía reconocer que, incluso si su perversa maestra muriese, su recuerdo seguiría atormentándola el resto de su vida.

Cuando descendió del carruaje, ya anocheciendo, nadie apareció en la puerta principal para recibirla y ayudarla con su equipaje. No obstante, Madeleine intuyó que su tutora sabía que había llegado. Seguramente la estaba espiando desde una ventana de los numerosos torreones adheridos a la atalaya principal como verrugas a la nariz de un ogro. Aquella era su manera de decirle que para ella seguía siendo una cría insignificante, igual que cuando la descubrió de polizón en un barco de Continente y decidió tomarla a su cargo para instruirla.

Madeleine levantó un momento la cabeza como si fuera un sabueso olfateando un rastro, luego la giró hacia la izquierda hasta localizar a su presa y, por último, hizo un seco gesto de saludo con la barbilla hacia un punto concreto del edificio; ese fue su pequeño acto de revancha contra la arisca bienvenida de Josephine.

Una vez dentro de la titánica torre que constituía la escuela, una alumna de último curso hizo las veces de anfitriona y la guio hasta sus aposentos, que resultaron no ser otros que su antigua, gélida y diminuta habitación de estudiante. Ni siquiera le habían dejado la cama hecha y tuvo que pedirle a su acompañante que le diese unas sábanas para ocuparse ella misma.

El sueño, tal como temía, volvió a traerle las familiares y recurrentes pesadillas en las que rememoraba cómo Josephine la había torturado física y psicológicamente de mil formas distintas durante su

adiestramiento.

En mitad de la noche, desvelada y cubierta por el sudor frío del pánico, se sentó ovillada sobre la cama y lloró amargamente en completo silencio.

Su tutora la hizo llamar a las seis de la mañana para recibirla en su polvoriento despacho, que a Madeleine siempre le recordaba a un árido nido de avispas. La mujer ni siquiera le dio los buenos días.

—*Monsieur* Loïck me ha dicho que has hecho el ridículo más espantoso en tu última misión —le espetó en un tono agrio.

Madeleine volvió a sentirse como cuando de niña la directora la convocaba para que rindiese cuentas por alguna falta, y solo se atrevió a encoger ligeramente los hombros; no quería que el temblor de su voz la delatara.

—Eres una vergüenza y una decepción para esta Logia — continuó la mujer—. No sé cómo se me ocurrió apiadarme de ti cuando te encontré.

—Se ve que tu intuición también te falla a veces —respondió Madeleine, que ya no pudo contenerse ante la provocación.

Por fortuna, la ira le había devuelto parte de su entereza y sus palabras sonaron firmes.

La anciana con aspecto de ave rapaz hizo oídos sordos al comentario, se levantó de su butaca acartonada y se dirigió muy tiesa hacia la puerta. Antes se echó sobre los hombros un chal gris de lana que se ajustó con un alfiler de plata; insignia que la distinguía como líder de la Logia.

—Vamos, debemos ir a un sitio, por el camino quiero que me cuentes, punto por punto, lo que sucedió exactamente con ese *Cercatore*.

Madeleine, muy a regañadientes, tuvo que obedecer a su maestra y expuso el relato de lo ocurrido tratando de imaginar que reportaba a un superior el aséptico informe de otra persona. Mientras hablaba y caminaba tras Josephine se percató de que se dirigían a la salida de la torre que daba a los jardines traseros. ¿No la estaría conduciendo al Laberinto para someterla a uno de aquellos sádicos ejercicios destinados a afinar su intuición?, se preguntó alarmada. Por si acaso, se apresuró a terminar su narración y a concluir categórica que su

Habilidad se encontraba ya totalmente repuesta y en perfecto funcionamiento; no precisaba de más entrenamientos.

—Lo sé —corroboró su tutora—. No es eso lo que me preocupa. Lo que debemos averiguar es por qué te ha ocurrido algo tan insólito. Y solo hay una persona capacitada para hacerlo.

Madeleine se detuvo en seco. Sintió el gusto del vómito subiéndole hasta la boca. También las piernas se le doblaron y un vértigo blanco se le posó sobre los párpados; estaba a punto de desmayarse. Pero eso era lo último que debía hacer; tenía que recomponerse para poder fugarse inmediatamente de allí.

—Espero que no estés pensando en huir. Como comprenderás, está todo previsto y únicamente empeorarías las cosas.

La joven, después de recobrar un poco el aliento, sintió que lo que le decía Josephine era cierto. No había escapatoria: podía presentirlo con total nitidez. Su cerebro aturdido estaba empezando a preguntarse cómo no había intuido aquella trampa cuando él mismo se dio la respuesta: «Ella» movía los hilos y había intervenido para evitarlo.

A partir de ese momento, Madeleine se rindió a su destino y realizó el resto del trayecto como un títere guiado por una voluntad mayor e incuestionable.

Josephine extrajo una llave de un bolsillo de su arrugado hábito y abrió la puerta de hierro que bloqueaba la entrada de la gruta a la que se dirigían. Después, tomó una de las antorchas dispuestas en el recibidor y la encendió con premura. Seguida por Madeleine, descendió por las ciegas entrañas de la tierra durante un buen rato. Por fin, alcanzaron la reducida estancia conocida como «El tallo». Se denominaba así por el profundo pozo que se abría en el centro y que comunicaba con las oscuras aguas donde moraba «Ella».

Madeleine había estado allí una única vez, cuando tenía quince años, pero lo recordaba como si hubiera ocurrido el día anterior. Josephine la había obligado a presenciar cómo lanzaban por «El tallo» a un hombre que había traicionado al Gobierno y que los torturadores de los Choisi no habían logrado hacer hablar.

—Es hora de que conozcas cómo trabaja «La Mente Eterna» —le había dicho entonces su tutora—; la madre de la que emana todo nuestro poder.

Al acordarse de aquello, su instinto de supervivencia tomó las riendas de su cuerpo y la obligó a girarse para escapar. Pero Josephine, que se había colocado detrás de la joven, estaba preparada para esa lógica reacción y, de un empujón enérgico, la arrojó por aquella larga tráquea.

Madeleine cayó en estado de shock. Únicamente podía ver el desquiciado rostro sin ojos del hombre que había expulsado a la superficie de la cueva, horas más tarde, tras destrozar su mente y su alma, un tentáculo monstruoso. Y ahora ella correría su misma suerte.

El impacto contra el agua helada del fondo la devolvió un instante a la realidad. Entonces, sacó la daga que llevaba sujeta en el cinto con el fin de cortarse la garganta antes de que «La Mente Eterna» apareciese.

Pero no llegó a tiempo.

Unos viscosos apéndices la rodearon con fuerza por brazos y piernas y la arrastraron hacia el fondo del estanque subterráneo donde reinaba la más completa y opresiva negrura.

Cuando ya sentía que iba a ahogarse, otro gelatinoso tentáculo se introdujo en su boca y descendió hasta sus pulmones haciéndola retorcerse de agonía y de asco. No obstante, sintió que el aire volvía a circular por sus venas.

Al cabo de unos minutos, dejó de luchar de puro agotamiento. En ese momento, un nuevo tentáculo, esta vez de una textura algo diferente; «rosa», fue la palabra que le vino a la cabeza, le rodeó el cráneo a la altura de las sienes y accionó sobre ellas un par de ventosas que comenzaron a succionar y succionar, igual que un ternero amorrado a las ubres de su madre.

Madeleine supo que iba a reventarle la cabeza. El dolor se hizo tan insoportable que perdió el conocimiento.

Imágenes borrosas de su vida empezaron a circular veloces por su cerebro, tal como había oído decir que les ocurría a los moribundos, pero, de pronto, se detuvieron para enfocarse en una escena muy lejana, de cuando ella tenía apenas siete años:

—¡Venga, Teg, si volvemos a llegar tarde, padre nos va a castigar!

Su hermano pequeño protestó con el rostro rojo por el esfuerzo y el frío. No era sencillo para él correr sobre un terreno recién nevado.

—Hago todo lo que puedo, Oyuun. Como madre se entere de que hemos cruzado por aquí, sí que se va a enfadar.

Madeleine miró entonces a su alrededor y se dio cuenta de que estaban atravesando la Pradera Sagrada, un territorio de culto a los espíritus que no debía profanarse bajo ningún concepto. Con las prisas y la transformación del paisaje a causa de la nieve, no se había percatado de que habían entrado en ella. Un sudor pegajoso se concentró en su nuca. Se acercó entonces hasta su hermano, lo tomó de la mano y se lo llevó de allí prácticamente en volandas. Rezó para que nadie hubiera presenciado su atrevimiento.

Cuando el chamán del pueblo apareció aquella tarde en su casa, comprobó que no había sido así. El viejo estaba tan indignado que echaba humo por las orejas. No solo habían atravesado la Pradera, sino que encima habían derribado uno de los túmulos de piedras destinados a indicar el camino de regreso a los espíritus que habitaban las profundidades. Semejante herejía era algo muy grave y requería una reparación inmediata.

El padre de Madeleine, que trabajaba como leñador, no creía en dioses, espíritus ni supersticiones de ningún tipo, y echó de su casa a aquel embaucador que estaba asustando a su mujer y a su hija. El pequeño Teg, por el contrario, era tan escéptico como él y observaba la escena con socarrona superioridad.

Pero en esta ocasión, la mujer del leñador no se quedó callada. Le parecía una absoluta temeridad arriesgar la seguridad de la familia de forma tan gratuita.

—Solo tenemos que hacer un rito de purificación y algunas ofrendas para aplacar su ira. No es para tanto.

—Me niego a que ese caradura nos tome el pelo. Parece que no me conoces: sabes que no soporto a estos charlatanes sacacuartos. Y no nos sobra el dinero como para malgastarlo en majaderías.

—Papá, por favor —imploró Madeleine, muerta de miedo—. Haz caso a mamá por una vez, ella tiene razón, no seas tan cabezota. Los espíritus pueden ser peligrosos.

El hombre perdió la paciencia en ese punto.

—Sois las dos un par de pueblerinas paletas. Me avergüenza ver cómo os dejáis engañar así. Si entre ambas no sumáis dos dedos de frente, seremos Teg y yo quienes aportemos algo de sentido común a esta

familia. Y ahora, haz el favor de irte a tu cuarto, Oyuun, no quiero ver tu cara de estúpida en lo que resta de día.

Madeleine se marchó a su habitación y dio un portazo sonoro para dejar constancia de su enfado. Después, por la noche, ideó un plan para escarmentar a su padre.

Al día siguiente, cuando Teg fue a buscar a su hermana al campo donde esta cuidaba de las vacas del vecino, se encontró con que había desaparecido.

La buscaron durante todo el día. Nadie la había visto por ninguna parte.

Mientras todo el pueblo andaba tras su pista, Madeleine permanecía escondida en el sótano de su casa; un reducido espacio bajo el suelo donde solían guardar sacos de harina y provisiones para el invierno. Por las rendijas estrechas que quedaban entre los tablones de la tarima, podía espiar lo que ocurría arriba. Su intención era conseguir que su padre se retractase y cambiara de opinión, pero comprobó que no iba a ser tan fácil cuando, al ocaso, tras regresar de buscarla, este replicó a su madre que la desaparición de su hija nada tenía que ver con los espíritus.

Por eso Oyuun decidió alargar su estancia en el entresuelo un poco más.

No contó con que su progenitor, desgarrado por la preocupación, decidiría salir a buscarla en plena noche, temeroso de que los lobos o el frío acabasen con su pequeña. Decisión que, desgraciadamente, acabó resultando fatídica; el hombre se precipitó por una sima que la nieve había cubierto y se rompió el cuello muriendo en el acto. Un cabrero lo encontró a la mañana siguiente en la falda de la montaña.

Cuando Madeleine oyó la noticia, sintió que se convertía en piedra. Todo era culpa suya. Ella había matado a su padre. Le resultaba imposible salir de su escondite, mirar a su madre a los ojos y admitir lo ocurrido, de manera que huyó.

Descendió hasta la ciudad, que quedaba a medio día de camino desde su aldea, con la intención de perderse para siempre entre la multitud. Todavía no sabía qué haría o cómo se ganaría la vida en adelante. De todos modos, aquellas consideraciones no le importaban en esos momentos: estaba demasiado conmocionada por lo ocurrido.

Se instaló en un callejón al que daba una taberna, pues comprobó que

podía conseguir las sobras que tiraban a la basura, y allí se quedó plantada, sin hacer nada más que seguir respirando.

Perdió la noción del tiempo. No sabía si habían transcurrido uno o diez días. La culpa seguía atormentándola, pero el deseo de estar con su madre y su hermano iba creciendo y ya estaba considerando regresar para suplicar que le perdonasen. Entonces, escuchó la conversación de unos repartidores que descargaban barriles de cerveza en el establecimiento.

—Ha sido una verdadera tragedia. Tal como dijo el chamán, han caído uno tras otro: primero la hija, luego el padre y ahora esa pobre mujer.

—¿Cómo ha ocurrido? —preguntó el compañero.

—Quiso lanzar las cenizas del marido al mar, sin hacer caso del temporal que se había desatado, y la arrastró una ola.

—A quién se le ocurre… —se lamentó el hombre meneando la cabeza —. Debía de estar rota por el dolor para cometer una imprudencia semejante.

—Y para colmo de males, el hijo pequeño está gravemente enfermo. No creen que sobreviva.

—Está claro que no se puede desafiar así a los espíritus —sentenció el otro mientras besaba un pequeño amuleto que llevaba al cuello.

Tras escuchar aquello, Madeleine sintió el impulso de correr de vuelta a su pueblo para cuidar ella misma de su hermano, pero imaginó cómo la recibirían los vecinos y supo que no era el momento más idóneo. Resolvió, no obstante, que estaría atenta a las noticias para ver cómo evolucionaba. En silencio, se clavó de rodillas y rezó durante horas a todos los dioses para rogarles que tomaran su vida en vez de la de Teg, pues ella era, a fin de cuentas, la responsable de todo aquel infierno.

Pero los dioses se rieron de su petición y, a los pocos días, escuchó que el pequeño Teg, pese a los esforzados cuidados del chamán, había muerto presa de unas terribles fiebres. Ni siquiera había llegado a recibir su nombre adulto.

Ya no tenía sentido permanecer allí más tiempo. Ya no tenía sentido continuar viviendo y, por tanto, tampoco tenía sentido seguir temiendo a dioses y espíritus. Su padre había estado en lo cierto y, a partir de ahora, ella honraría su memoria proclamando la inexistencia

de todos esos falsos ídolos. Los desafió en aquel mismo callejón una última vez: si querían matarla, allí la tenían, no iba a esconderse ni un segundo más. Prefería que la llevasen con su familia.

Después, dado que nadie acudió a castigarla, entró en todos los templos de la ciudad y escupió en cada uno de los altares que albergaban.

Por último, se acercó hasta el puerto y se coló en el galeón más grande que encontró, pues era también el que partía hacia un destino más lejano: Continente, un país del que su padre siempre había hablado con admiración por tratarse de un estado laico y culto.

Cuando, varias jornadas más tarde, ya en altamar, Josephine se interesó por saber quién era aquella polizonte andrajosa que habían descubierto, ella contestó que se llamaba Madeleine. El nombre de Oyuun quedó enterrado en la isla de Bogd junto a todos sus seres queridos.

El traumático episodio de infancia de Madeleine concluyó en ese punto. El corazón bombeaba salvajemente en su pecho, las lágrimas arrasaban sus ojos y se perdían en las frías aguas del estanque. Pero, al parecer, «Ella» no había acabado todavía porque, de pronto, el rostro de Teg, su pequeño hermano, se dibujó en su mente y la ocupó por completo.

Era curioso, pues hasta ese día, Madeleine creía haberlo olvidado; solo lo recordaba como un sonriente borrón de colores. Sin embargo, la cara que ahora contemplaba y que a la vez la contemplaba a ella desde unos inconfundibles ojos grises, era más que una evocación, parecía tan preciso, tan real… y, sí, constató sobresaltándose, también cambiante: los rasgos se iban transformando muy despacio, como si fueran evolucionando, convirtiéndose en otra persona… ¡Claro: estaba creciendo!, comprendió Madeleine de golpe.

Absorta, obviando el frío, el asco y el dolor extremo de su cuerpo, asistió a aquel singular proceso hasta que el rostro mutante se estabilizó y ella pudo reconocer, sin asomo ya de duda, el verdadero semblante del joven *Cercatore* con el que se había acostado recientemente.

Capítulo 23

P'tuv trepó a lo alto del palo mayor con la excusa de querer otear el horizonte, pero en realidad lo que deseaba era estar unos minutos a solas para poder pensar con calma. Se estaban aproximando a su destino y, una vez allí, Ima regresaría a su misterioso hogar, que a él todavía no le había quedado muy claro dónde estaba, aunque, obviamente, debía de ser por esas tierras.

El plan inicial había sido que, cuando ella se fuese, él se quedaría con Makh y Bibek para continuar junto a ellos con su labor de *Ricercatori*. Pero ninguno de los dos se hallaba allí y él empezaba a dudar que consiguieran escapar del ejército de Continente.

¿Qué debía hacer?, se preguntó mientras se sacaba un moco y lo dejaba pegado en el mástil junto a su ya extensa colección. Quizá, se respondió, lo más sensato sería pedirle a Ima que lo llevase con ella a su casa, con su familia: seguro que comían de puta madre. Soltó un bufido ante semejante ocurrencia. ¿Cómo iba a querer una mujer refinada y culta como Ima adoptar a un «estorbo» sucio e ignorante como él? No, desde luego, aquella no era una opción viable, así que no perdería el tiempo preguntándoselo para que, encima, le humillasen con un nuevo rechazo.

Lo mejor, se dijo, sería encontrar un buen camarada y formar su propia banda de buscadores. Con las piezas que había en la bodega no le sería difícil reclutar a alguien con ganas de hacerse *Cercatore*. Además, habían descubierto un Detector de Sousa en el baúl del camarote (astutamente separado en dos partes para que no vibrase todo el tiempo ante la presencia de las piezas), así que ya tenía también parte del equipo necesario. Y él, por supuesto, sería el capitán del Kap'la, nombre que sus compañeros habían rechazado cuando decidieron bautizar definitivamente su barcaza, y que significaba «la victoria es nuestra». Sí, sonrió satisfecho, así renombraría a aquel velero robado en el que surcaría los mares. Pero antes lo pintaría de rojo y cambiaría el emblema del oso por el de un temible dragón.

La voz de Ima llamándolo con apremio lo arrancó de sus ensoñaciones. Entonces, se dio cuenta de que un barco mucho más grande que el suyo estaba a punto de abordarlos desde atrás. P'tuv descendió con la velocidad de un chimpancé y corrió hasta su compañera.

—Coge el timón, deprisa, tenemos que huir.

El chico se puso al mando del velero, pero estaba claro que ya no les quedaba tiempo. Aquellos tipos parecían haber salido de la nada y en unos pocos minutos se les echarían encima.

—Es demasiado tarde, estamos jodidos.

—¿Crees que son piratas? —preguntó Ima tratando de controlar su angustia.

—No, gondoleros de Ripoll si te pa'ece —respondió el niño con sorna —. Igual nos cantan algo.

Ima le dio una colleja en el cuello.

—No es momento para bromas. ¿Qué crees que …

La mujer no terminó la frase sino que salió corriendo hacia la bodega del barco. A toda prisa trasladó las piezas de la caja al compartimento que había en proa, incluido el Detector de Sousa desmontado.

—Si preguntan —le explicó a P'tuv—, diremos que es tu colección de tesoros.

—Ya —contestó él—, como soy un crío se supone que también soy imbécil.

—Diremos que… que… —continuó Ima, devanándose los sesos en busca de una coartada creíble.

—Que atacaron nuestro pueblo y tuvimos que salir a toda hostia con lo puesto —propuso P'tuv, emocionado.

No tuvieron tiempo para trabajar más su historia porque en ese instante unos cuantos garfios se clavaron en la popa provocando una violenta sacudida que casi los tiró al suelo.

Segundos después, ocupaban la cubierta cinco hombres con un aspecto que habría hecho temblar al mismo diablo.

Uno de ellos, que debía de ser el capitán, se acercó hasta Ima y P'tuv con un sable en la mano. Otros dos marcharon a registrar el navío.

—Vaya, menuda escoria tenemos aquí, ¿lleváis alguna mercancía?

—No —respondió Ima—, nos hicimos a la mar hace semanas para huir

de un ataque en nuestra aldea. Salimos con lo puesto. Nos dirigimos hacia Xatarov donde tengo familiares.

—¿Este es tu hijo?

—No exactamente, pero está bajo mi tutela —improvisó ella—. Yo estaba a cargo del orfanato del pueblo.

Uno de los piratas que había ido a registrar el barco, se aproximó e interrumpió la charla para informar a su jefe.

—Aquí no hay nada. Solo he encontrado un montón de chatarra dentro del banco de proa.

—¡No toquéis eso! —gritó P'tuv siguiendo con el juego propuesto por su amiga—. Es mi colección privada de cosas chulas.

El capitán se pasó una mano por la frente en un fatigado gesto. Estaba claro que no iba a hallar allí nada de valor. O quizá sí…

—Izkul —dijo dirigiéndose a otro de sus hombres—, ¿cuánto crees que sacaríamos por ellos en el mercado de esclavos?

Al escuchar aquello, Ima tuvo que agarrarse al timón. No, no podía permitir que tal cosa ocurriera, no ahora que estaba tan cerca de alcanzar su objetivo.

—Escucha —dijo entonces sacando fuerzas de flaqueza—. Te diré la verdad sobre nosotros. Soy una hechicera de primer orden y este es mi aprendiz. Si no os marcháis inmediatamente, me quedaré con vuestras almas y las mandaré al infierno.

P'tuv, al oír aquello, meneó la cabeza, incrédulo. ¿Cómo se le ocurría a Ima soltar una patraña tan estúpida? ¿De verdad pensaba que se lo iban a tragar?

Efectivamente, los hombres se rieron con verdaderas ganas.

—Adelante, maestra hechicera —le retó con guasa el capitán dando otro paso hacia ella—, ¡hazlo!

Ima solicitó mentalmente a su Sensei que hiciera una grabación y que luego la proyectase en modo holografía. Cuando el dispositivo le dijo que estaba listo, ella levantó su brazo y lo puso a la altura de su cara. La imagen del pirata apareció en el aire igual que un fantasma tridimensional y bastante sólido. Todos los presentes, incluido P'tuv,

lanzaron un grito de terror y recularon sin apartar la mirada de aquel demoníaco prodigio.

Entonces, Ima pidió mentalmente a su Sensei que editase el vídeo con una sencilla aplicación (muy popular entre los adolescentes como su hijo) que componía textos a partir de las grabaciones de audio. De esta manera, el holograma comenzó a suplicar con la voz del aterrorizado capitán:

—¡Por favor, libérame, juro que no os haré daño!

El sable del hombre se le resbaló de la mano. Los ojos y los oídos del pobre infeliz no podían creer lo que estaban registrando, pero no era él solo, todos sus compañeros estaban presenciando lo mismo. Jamás habían visto magia tan poderosa.

En menos de cinco minutos los piratas habían huido del barco como ratas e Ima y P'tuv se hallaban a salvo y con la valiosa mercancía intacta.

Sin embargo, Ima observó que el niño la miraba con miedo y desconfianza. No podía dejarlo en aquel estado.

—Verás, P'tuv, esto que has visto no era magia. No soy ninguna hechicera.

—¡Pero si te'a salío un tío del puto brazo! —estalló él.

—Solo se trataba de una imagen, ¿vale? No era una persona real, ni tampoco un fantasma. Mira, el lugar del que procedo está muy avanzado tecnológicamente y por eso nuestros aparatos pueden pareceros mágicos a los demás. A ver —trató de aclarar mejor viendo la cara confundida del chico—, imagina que un hombre del pasado, que no conoce el motor a vapor, ve navegar un barco empujado por él, seguro que creería que es cosa de magia, ¿entiendes? Con esto que llevo en el brazo ocurre lo mismo. No es más que una máquina muy sofisticada.

—¿Y por qué no me la habías enseñao antes? —replicó indignado el muchacho, al que la explicación, al menos, parecía haberle satisfecho.

—Porque casi nadie sabe de su existencia y podría ser muy peligroso en manos equivocadas.

—¿Podrían acojonar a la peña con fantasmas? —dijo P'tuv abriendo

desmesuradamente los ojos.

Ima no pudo evitar reírse.

—Bueno, eso y muchas otras cosas.

No a demasiadas millas de allí, en la cubierta del Sonräk, otro par de compañeros también se encontraba manteniendo una conversación complicada.

—Bibek, no seas así, algún día tendrás que volver a hablarme…

—No mientras lleves un trozo de mi cuerpo dentro de tu puto bolsillo.

—A ver, piensa un poco —intentó razonar Makh por enésima vez—; si me deshago de él, ¿de qué habrá servido todo lo que hemos pasado? ¿No es mejor sacarle provecho? Fue idea tuya que parásemos en Tok para conseguirme un amuleto.

—¡Pero no ese! —bramó Bibek agarrando el timón con furia—. ¿Qué crees que siento cada vez que lo veo?

—Oye, sabes que yo no te considero un animal sagrado ni nada por el estilo, pero esa hechicera hizo un buen trabajo; desde que lo tengo me encuentro mucho mejor, vuelvo a ser el de antes.

Bibek miró hacia el cielo con desesperación y lanzó un profundo gruñido frustrado.

—Eso es solo porque te has convencido de que toda esa mierda es verdad, pero todo está en tu puta cabeza, ¿no lo entiendes?

Makh clavó la mirada unos segundos en sus botas y haciendo un esfuerzo reconoció:

—Igual tienes razón, pero no puedo evitarlo. Ojalá pudiera, en serio… Y te prometo que lo llevaré siempre oculto. Así te olvidarás de su existencia.

—No creo que pueda olvidarme nunca de ella ni de la zorra que me mutiló… Tú no sabes lo que es acostarte con una maldita psicópata.

—Bueno, no creas…

Bibek lo miró directamente a los ojos a la espera de una explicación y Makh decidió que, ya que habían empezado a sincerarse y después de

lo que su amigo había sufrido por él, merecía que fuera totalmente honesto. Entonces, le contó lo de su escarceo con Madeleine.

—¿Te enrollaste con la tía que estaba torturándome a diario y que pensaba matarme?¿Por eso tardaste tantos día en bajar a por mí? — exclamó Bibek sin dar crédito a lo que oía.

Makh se percató de que igual no había sido tan buena idea confesar su aventura sexual, sobre todo cuando su compañero abandonó el timón y se abalanzó sobre él hecho una furia. Únicamente gracias a que había recuperado sus reflejos felinos, logró esquivarlo en el último instante.

No quería tener que pelearse con Bibek, así que se escurrió en el interior de la cabina y luego echó el cerrojo. Bibek aporreó la puerta.

—¡Eres un cabrón y en cuanto salgas te voy a tirar al mar; a ti y a ese puto amuleto que llevas encima!

—¡Te repito que estuve con ella porque no sabía qué hacer para que no me echara del barco! Y de hecho funcionó, si no, no estarías aquí. Bibek, te juro por tu madre que fue espeluznante, el peor polvo de mi vida. Pensé que ahora me entenderías.

Durante unos minutos se hizo el silencio. Por fin, Bibek, más calmado, retomó la palabra.

—Vale, atontao, sal de ahí. No voy a pegarte. Pero vamos a prometer que, a partir de hoy, nunca mencionaremos a ninguna de esas dos mujeres. Y guárdate bien ese amuleto para que yo no lo vea o de verdad que lo arrojo contigo a los malditos peces.

Capítulo 24

El palpitante y viscoso tentáculo que se clavaba en la garganta de Madeleine se retiró finalmente y esta sufrió una fuerte convulsión. Después, el resto de brazos la soltaron y ella pudo llegar a la superficie del gélido estanque donde comenzó a vomitar con violencia. La oscuridad seguía siendo impenetrable y la joven se llevó las manos a los ojos para comprobar que «Ella» no se los había arrancado como había hecho hacía años con aquel otro desgraciado.

No, seguían en su sitio. ¿Qué iba a pasar ahora?, se preguntó. Entonces, un tentáculo enorme, mucho más largo que los que antes la habían sujetado, se enroscó en su cintura y la elevó a través de «El Tallo» hasta depositarla en la gruta donde Josephine la aguardaba expectante.

Madeleine, tras unos minutos en los que permaneció tumbada en el suelo jadeando y tosiendo hasta recuperarse, se dio cuenta de que la experiencia que acababa de vivir la había transformado, no solo por la revelación que había tenido, sino porque también había influido de alguna manera en su Habilidad. Sentía que su percepción era todavía más aguda y, lo que era más reseñable, sentía que podía evadirse de cualquiera que intentara leer sus intenciones o sentimientos.

¿Sería aquello normal, les ocurría a todas las Intuitivas que sufrían un encuentro con «Ella»? No podía contestarse porque, por lo que alcanzaba a saber, nunca se había lanzado a una Intuitiva al pozo de «La Mente Eterna»; aquella era una tortura reservada a los que merecían un castigo, a los que se negaban a cooperar con el gobierno de Continente o sus aliados. Cualquier Intuitiva sabía de sobra que ante «Ella» no había escapatoria y que, por tanto, no tenía sentido llegar a esos extremos.

¿Sería consciente Josephine del cambio que se había operado en aquellas profundidades? ¿Estaría ya al corriente de quién era en realidad aquel extraño *Cercatore*? En principio, así debería ser porque «La Mente Eterna» siempre comunicaba a su fiel subordinada lo que había averiguado con su escrutinio. Y, sin embargo, Madeleine intuía con claridad que no era como las otras veces…

—¿Qué es lo que ha ocurrido? ¿Qué ha averiguado «La Mente Eterna»? —preguntó su tutora mientras hacía girar entre sus dedos el

alfiler de plata que había sujetado su chal. Era un tic nervioso que Madeleine conocía de sobra y que sirvió para confirmar sus sospechas.

A punto estuvo de contestarle con malicia si acaso no se lo había contado ya «Ella», pero se hizo la tonta y respondió:

—Ha visto que ese *Cercatore* es un Intuitivo muy poderoso y que desarrolló la Habilidad por su cuenta. Por eso yo no podía percibirlo ni imaginar lo que estaba ocurriendo.

—¿Un hombre Intuitivo? —exclamó Josephine con la cara descompuesta—. Eso es del todo imposible.

—Es una aberración, evidentemente, por eso nos ha pillado desprevenidas. «Ella» quiere que le pongamos remedio de inmediato. Debemos eliminarlo sin falta. Ahora que yo he establecido un vínculo con él, su barrera mental conmigo ha caído, así que podré darle caza con facilidad.

—Sí, lo sé —mintió con aplomo Josephine, que todavía estaba tratando de asimilar todas las irregularidades que estaban sucediendo y que le habían ofrecido un resultado con el que no había contado en absoluto.

Madeleine notó cómo la Habilidad de su tutora pugnaba por adentrarse en ella y discernir si lo que decía era cierto. Comprobó asombrada lo fácil y natural que le resultó mandarle una señal falsa convenciéndola de que así era.

La desconcertada Josephine llegó entonces a la conclusión de que «La Mente Eterna» no le había comunicado directamente aquella información sobre el *Cercatore* porque bastaba con hacerlo a través de Madeleine que, al contrario de todos los casos anteriores, no era una enemiga, sino una aliada. Y además, acababa de percibir con nitidez que la joven no estaba engañándola.

Más tranquila, volvió a colocar el alfiler de plata en su chal y comunicó a su pupila que era hora de marcharse y enviar un mensaje urgente a Lorient.

Pero había algo que todavía intrigaba profundamente a Madeleine: ¿por qué «Ella» no le había contado la verdad a Josephine? ¿Por qué le permitía mentirle? Sin duda, conocía lo que andaba tramando y aun así…

Algo parecido a una ola de empatía recorrió de repente su cerebro y

Madeleine comprendió al instante que todo estaba en orden, que ella y «La Mente Eterna» estaban en sintonía ya que tenían, al menos de momento, objetivos que resultaban compatibles. Nunca había pensado que aquel ser pudiera tener planes de ningún tipo.

Tras escuchar el informe de Josephine a través de un Enlace secundario —su Enlace personal había aparecido con las venas cortadas en su bañera hacía dos días—, Loïck de Choisi tuvo que consentir que Madeleine asumiera aquella nueva tarea; no podía enfrentarse a la Logia de las Intuitivas, eran un recurso demasiado preciado y siempre le habían servido bien. Al menos, se alegró cuando la superiora de la escuela le confirmó que la joven había sufrido lo indecible.

Madeleine pronto puso a Loïck al corriente de su plan y le contó que la mejor manera de atrapar al Intuitivo hereje no era uniéndose a Sylvan y a la flota de galeones que andaban ya tras él y sus compañeros, sino, más bien, hacerlo de una manera del todo opuesta y discreta. Para ello, imitando los mismos métodos que había utilizado el impostor, se disfrazaría, cambiaría su identidad y partiría con una flota de marineros en un supuesto viaje de exploración del gobierno de Liosh.

La joven también exigió que los tripulantes creyeran realmente que se alistaban para buscar un paso por los hielos del norte y que ella era la capitana encargada de realizar aquella misión, subvencionada en parte por Continente (así no resultaría extraño que se reclutasen hombres en el puerto de Lorient).

Para lograr una transformación verosímil, la joven se cortó la larga melena caoba y se tiñó el pelo corto de un negro azulado como el ala de una urraca. También cambió el tono castaño de sus ojos colocándose unas ventosas de color azul oscuro. Su rostro, ya habitualmente pálido y de rasgos duros, adquirió entonces una severidad intimidante. Sabía que a su hermano no le engañaría su nuevo aspecto, pero era un contratiempo necesario y tuvo que admitir que le gustó hacerlo. Parecía pertinente mudar su apariencia cuando sentía que todo en su vida también lo acababa de hacer radicalmente.

Cuatro días más tarde, bajo el nombre lioshiano de Sunna Clausen, partía al mando de una veloz y ligera goleta rumbo al norte con su nueva tripulación. Lo que no había dicho a Loïck era que no pensaba volver a la isla de Ügg, donde había perdido la pista de su hermano y

el *Haarig*, pues había llegado a la conclusión (por deducción y, sobre todo, por intuición) de que aquellos *Ricercatori* debían de dirigirse hacia Xatarov.

Había entendido que no querían negociar con aquella valiosa extranjera para venderla al mejor postor como hubiera sido lo más lógico, sino que estaban tratando de ayudarla y, por eso, buscarían la colaboración de un astrofísico para devolverla a su mundo. Pensó que seguramente a la mezquina mente de Sylvan no se le ocurriría aquella altruista posibilidad en algún tiempo y tenía que aprovechar esa ventaja.

Ima y P'tuv alcanzaron la costa de Xatarov durante el amanecer de un día tan desteñido y sin lustre como el fondo de una olla quemada. El tiempo había cambiado radicalmente desde que se habían adentrado en el Mar Interior, y amarraron el barco en el muelle envueltos en una gélida ventisca de nieve, casi al borde de la congelación.

—¿No nos mangarán las piezas? —preguntó preocupado P'tuv.

—No lo creo —contestó Ima— si las dejamos ahí donde están, nadie pensará que son objetos de valor y, por si acaso, me llevo conmigo el Detector de Sousa.

Como no tenían dinero, P'tuv tuvo que robar un par de abrigos en un almacén del puerto mientras Ima distraía al encargado pidiéndole indicaciones para llegar a la ciudad, que quedaba algo apartada tierra adentro.

Era sorprendente, pensó al abandonar el local, lo rápido que se estaba habituando a delinquir. Y es que, cuando el frío y el hambre azotaban de verdad, lejos del acomodado plano teórico, las disquisiciones morales sobre la propiedad privada se resolvían con pasmosa facilidad. De hecho, no sintió ningún remordimiento cuando se arrebujó complacida en su nuevo abrigo de piel de borrego.

Un amable carretero los transportó a ambos hasta la capital y los dejó apearse en el centro. Tanto ella como P'tuv se quedaron plantados en mitad de la ajetreada calle mudos de admiración. Ninguno había visto jamás una ciudad tan espectacular. Bueno, en realidad, Ima sí que había visto algo parecido en los antiguos libros de historia; concretamente en las ilustraciones que recreaban cómo debían de haber sido las monumentales ciudades mesoamericanas durante su periodo de máximo esplendor. Entonces, se dio cuenta de que el

nombre de Xatarov bien podía ser una derivación de un nombre maya más que uno de origen ruso, como ella había creído hasta ese momento. Las extrañas interconexiones culturales de ese mundo no dejaban de sorprenderla.

La calle principal en la que se encontraban se extendía hasta perderse de vista en ambas direcciones y era además anchísima. Estaba flanqueada por majestuosos edificios de piedra bastante separados entre sí, casi todos con estructura piramidal escalonada, aunque había también algunos con forma de torre cuadrada o incluso de basílica. El más pequeño no sería más bajo que un edificio de seis pisos y todos lucían grabados extraordinarios de motivos mitológicos, animales y vegetales. Además, estaban pintados en animados colores, mayormente rojos y ocres. El conjunto resultaba abrumador y lograba que uno se sintiera insignificante y minúsculo: igual que un simple mortal que se ha colado en el olimpo de unos dioses ancestrales y soberbios.

Ima volvió a sentir como si hubiera viajado atrás en el tiempo y tuvo que cruzar los brazos sobre el pecho en un intento por controlar el temblor de su cuerpo.

—¡Estás llorando! —le recriminó P'tuv al darse cuenta—, ¿qué's lo que pasa?

—Nada —le contestó ella secándose las lágrimas con la manga—. Me he emocionado. Esto es impresionante, ¿no crees?

—Sí, pero ponerse a llorar por eso…, estás muy grillada, en serio —luego, tras una pausa, preguntó—: Y ahora, ¿qué vamos a hacer? ¿Te vas a ir ya pa tu casa?

Ima notó que el chico había soltado aquella última frase con cierto rencor y, de pronto, comprendió lo que debía de estar elucubrando.

—No, claro que no. Yo no me iré hasta que tú te hayas reunido con Makh y Bibek. Buscaremos un lugar donde alojarnos y los esperaremos.

—¿Y cómo darán con nosotros en este pe'azo ciudad?

—Bueno, somos *Ricercatori*, malo sea que no podamos encontrarnos —bromeó Ima. A continuación, ofreció a P'tuv una respuesta algo más tranquilizadora—: Nos alojaremos cerca de la Escuela de Astrofísicos, seguro que ellos también se dirigirán allí. Como te dije, necesito la ayuda de uno de esos científicos para poder volver a mi hogar.

—Te recuerdo que no tenemos pasta ni pa pagarnos un plato arroz.

—No te agobies, ya se nos ocurrirá algo.

Mientras caminaban por aquella amplia avenida, Ima recordó que Bibek le había contado que en Xatarov eran grandes aficionados al ajedrez y otros juegos de ingenio en los que solían apostarse sustanciosas cantidades de dinero. Una arriesgada idea empezó a forjarse en su mente. Quizá, si se tratase de ella sola, no se atrevería a llevarla a cabo, pero no podía consentir que P'tuv permaneciera a la intemperie con aquel clima invernal, y tampoco quería continuar robando para malcomer. De modo que se decidió: usaría discretamente su Sensei para ganarse la vida mientras aguardaban a sus compañeros.

Buscaron una taberna de aspecto decente cerca del centro y por fin dieron con una donde se estaban disputando varias partidas de ajedrez. La gente apostaba con ganas y seguía las partidas con verdadera emoción, casi parecía que estuvieran asistiendo a una pelea de gallos más que aquel frio y silencioso duelo mental.

Desde luego, casi nadie dio un céntimo por ella cuando se sentó a jugar, lo cual les vino de perlas; en menos de tres horas había desplumado a toda la clientela del bar.

El tabernero, admirado por la maestría de Ima, incluso los invitó a comer. Ella no pudo evitar sentirse un poco culpable por haber timado a sus rivales de aquella forma; los pobres no habían tenido la mínima oportunidad, pues hacía siglos que un humano no batía a una inteligencia artificial. El malestar se le pasó al ver a P'tuv chupándose los dedos ante un plato de cordero con patatas y sonriendo como no le había visto hacer desde que partieran de Ügg.

Resultó que la taberna, que tenía habitaciones para huéspedes en la parte de arriba, no estaba lejos de la Escuela de Astrofísicos, así que decidieron instalarse allí usando nombres falsos por precaución.

P'tuv estaba feliz debido a la consideración con la que los trataba todo el mundo (dijeron que era hijo de Ima y que se llamaba Vladmir), resultaba una experiencia completamente nueva para él. Todos estaban maravillados con el talento de aquella extraordinaria jugadora y, antes de marcharse, muchos le presentaron sus respetos y le pidieron que se enfrentara a ellos al día siguiente, cosa que, por supuesto, ella tuvo a bien aceptar. El dueño también la animó a apuntarse al gran torneo que se disputaría en breve en la ciudad, a lo

que Ima contestó que tenía que pensárselo.

Capítulo 25

En cuestión de unos pocos días, la fama de Ima como ajedrecista excepcional se extendió por toda Xatarov y, pronto, la amplia taberna donde se alojaban ella y P'tuv estuvo abarrotada de aficionados que deseaban retarla. Incluso empezaron a llegar jugadores de pueblos cercanos.

A Ima esta situación le generaba ciertas contradicciones; por una parte, comprendía que no era muy buena idea llamar la atención sobre su persona (a pesar de haber dado un nombre falso), pero, por otra, necesitaba ganar ese dinero para pagar el alimento y la estancia, al menos hasta que aparecieran Makh y Bibek.

Ahora también todo el mundo le insistía en que se apuntara al torneo internacional que estaba a punto de celebrarse allí mismo, en la capital, y ella ya no sabía qué más excusas inventar para no hacerlo. Ciertamente, el premio para el ganador resultaba muy sustancioso. Lo era tanto que atraía a ajedrecistas de todos los rincones del planeta, y el hostal, y todos los de la ciudad, enseguida tuvieron que colocar el cartel de «completo».

—Con esa pasta —comentó P'tuv en una de sus conversaciones al respecto— nos podríamos comprar to'a una flota de barcos y entonces seríamos los mejores *Ricercatori* de Geb. Bueno, eso si decides compartir la panoja con nosotros, igual prefieres llevártela contigo cuando te vayas…

—No, tranquilo —le contestó Ima, divertida al imaginarse en la tesitura de tener que cambiar moneda de Geb en la Tierra—, os la daría como regalo de despedida, a mí no me hará falta cuando llegue a casa.

P'tuv la observó con curiosidad y suspicacia. Se preguntaba qué misterio sería el que ocultaba su amiga, pues cada vez tenía más claro que no era una ciudadana cualquiera, y el hecho de que ella siempre evadiera sus preguntas sobre el tema o le contestara con vaguedades, no hacía sino reafirmar esta suposición.

—Todavía no pillo —volvió a intentar, no obstante— por qué necesitas a un astrofísico pa volver a tu casa.

—Ya te lo he dicho —mintió Ima—, aunque te lo explique, no lo vas a entender. La cosa es que necesito una información que solo ellos pueden proporcionarme, es complicado.

—Te piensas que soy tonto.

—Sabes muy bien que no. Simplemente no tienes los conocimientos necesarios. No te me hagas la víctima.

P'tuv soltó un bufido frustrado; Ima cada día lo conocía mejor y sus triquiñuelas ya no surtían tanto efecto como al principio. Era un verdadero fastidio.

Makh divisó la costa de Xatarov al día siguiente por la mañana y acarició con agradecimiento el peludo amuleto que ocultaba en el bolsillo de su pantalón. Desde que salieran de Tok, todo había marchado como la seda, y él cada día se sentía más seguro y optimista. De todos modos, se cuidaba muy bien de comentarle nada al respecto a Bibek, tal como le había prometido.

Atracado el Sonräk en el muelle, tuvieron que dirigirse a pie a la ciudad, pues no les alcanzaba el dinero para pagar un transporte. Hacía un frío endemoniado y Makh, a pesar de llevar un abrigado chaquetón, observaba con envidia a su compañero, indiferente a la gélida temperatura debido a su grueso pelaje. Este, captando la mirada de su amigo, le dijo con ironía:

—Oye, no me mires así, creo que ya te he dado bastante, ¿o es que quieres hacerte un gorro con el resto de mi cola?

Entraron en la capital a primera hora de la tarde y decidieron parar un rato en alguna taberna, pues Makh necesitaba urgentemente tomar algo caliente y recuperarse; hacía como una hora que no sentía sus pies. Cualquier lugar, además, sería igual de bueno para empezar a preguntar por sus amigos, si es que habían llegado a Xatarov como esperaban.

Pero no hizo falta preguntar nada, mientras se dirigían a un establecimiento cercano a la amplia avenida principal, escucharon entre el gentío la voz inconfundible de P'tuv llamándolos a gritos.

Este enseguida los puso al corriente de todo lo que les había ocurrido desde que abandonaran la casa de Zebina. Makh y Bibek se miraron un segundo con complicidad; estaba claro que sus compañeros no sabían la suerte que la pobre anciana había corrido tras su partida.

Makh le hizo un gesto disimulado a Bibek para que, de momento, no contara nada al niño.

P'tuv les explicó también, muy excitado, cómo habían dado, por casualidad, con un montón de piezas de «La Gran Máquina» en el barco que habían robado en Ügg, y se enfadó mucho cuando sus amigos no le dieron crédito hasta que él amenazó con tirarlas todas al mar. Después, más tranquilo, les dijo dónde se alojaban y cómo se estaban ganando la vida desde su llegada.

—Ahora mismo —puntualizó— he dejao a Ima en el hostal jugando unas partidas. ¡Menuda potra que se haya enfadao conmigo y me haya mandao a dar un paseo, si no, no's habría visto!

Cuando Ima vio aparecer por la puerta a Makh y a Bibek, dejó la partida que estaba disputando y corrió a recibirlos con un abrazo. El alivio fue tan intenso que sintió que hasta las rodillas se le volvían de plastilina, como si hubiera estado días descendiendo por una abrupta montaña y por fin se detuviera en terreno llano.

Una vez las piernas dejaron de temblarle, propuso a sus amigos continuar la conversación en privado en su cuarto, allí había demasiada gente observándola. Antes, regresó a la mesa donde le esperaba su contrincante y el numeroso público expectante, y en dos movimientos realizó un jaque mate con el que volvió a ganar la partida.

—Por favor, Yuma —le dijo entre los aplausos de la concurrencia al dueño del local—, hazte cargo de las apuestas, luego recogeré el dinero.

Ya en el amplio cuarto que compartían Ima y P'tuv, todos pudieron contarse con detalle lo que les había ocurrido durante su separación (por supuesto Makh y Bibek obviaron las partes escabrosas de sus respectivas aventuras íntimas). En un momento de la charla, mientras P'tuv estaba en la ventana espantando a un cuervo que se había posado en el alfeizar, Makh le indicó a Ima que tenían que contarle algo a solas. La mujer le pidió entonces a P'tuv que fuera a encargarle a Yuma que les subiese algo para comer y beber. Cuando el niño hubo salido dando un portazo, y tras gritarles que él no era su maldito sirviente, Makh le dio la noticia del asesinato de Zebina. Ima lo encajó con bastante entereza.

—Presentía que algo malo le había ocurrido —dijo con la voz quebrada por el dolor—, aunque no esperaba esto…

—¿Se lo decimos nosotros a P'tuv o prefieres hacerlo tú? —le preguntó Bibek mientras se encendía un cigarrillo.

—No se lo vamos a contar —resolvió Ima al tiempo que se secaba las lágrimas—. Por lo menos, no hasta que no sea indispensable. Ya sé que todo el mundo dice que hay que ser sincero en estos casos, pero no me da la gana.

Ima no añadió que tal decisión se debía, sobre todo, a que se veía incapaz de enfrentar el tema. No se sentía con ánimos ni con fuerzas para consolar a nadie, y menos a un niño al que no podría decirle abiertamente que la vida apestaba y que el género humano era escoria.

Makh intentó dirigir la conversación por otros derroteros y le preguntó a su compañera si había averiguado algo sobre los astrofísicos. Esta dijo que no se había atrevido a ir sola a su escuela dado su total desconocimiento sobre Geb; aquella era una cuestión demasiado delicada de plantear como para meter la pata.

—Sí —confirmó Bibek—, has hecho bien, habrá que andarse con mucho tiento para no levantar sospechas, si es posible.

Makh no objetó nada, pero la expresión preocupada de su rostro no le gustó ni un pelo a Ima.

Al día siguiente, se levantaron temprano para ir a la Escuela de Astrofísicos, que estaba bastante cerca de su taberna. P'tuv le tiró de la manga a Ima justo cuando cruzaban la puerta para avisarle de que ese día finalizaba el plazo de inscripción en el torneo de ajedrez. Esta le contestó que no tenían ya tiempo para eso.

—La verdad es que nos vendría de perlas ese premio —apuntó Bibek con cierta nostalgia—. No tenemos ni víveres ni pasta. Esos malditos soldados de Continente nos lo quitaron todo.

Ima se sintió entonces un tanto egoísta. Después de todo lo que habían arriesgado sus compañeros por ayudarla, lo menos que podía hacer era echarles un cable que, por otra parte, no le suponía ningún esfuerzo. Si los astrofísicos finalmente se ofrecían a devolverla a su mundo, lo mismo daba que lo hicieran un par de días más tarde. Dio un hondo suspiro, entró de nuevo en el hostal y se registró en el torneo. Yuma, el dueño, acogió aquel gesto con entusiasmo y le dijo que él corría con el gasto de la inscripción, pues quería figurar como su patrocinador, así, si ella ganaba, su taberna se haría mundialmente famosa en ese circuito ajedrecístico.

Ima se alegró aún más de su decisión cuando el estricto portero que se ocupaba de controlar la entrada en la escuela, les dijo que no podían ver a ninguno de los maestros superiores sin una cita previa y no les concedió una hasta un par de días más tarde. Al menos ahora tendría algo con lo que ocupar aquella desquiciante espera.

Antes de regresar al hostal, pasaron por el puerto y, tras acercar el Sonräk hasta el barco que habían robado Ima y P'tuv, trasladaron todas las valiosas piezas a la barcaza y las pusieron a buen recaudo en su escondite secreto. Bibek y Makh no podían creer aquel maravilloso giro del destino. Makh pensó que, sin duda, la hechicera de Tok estaba en lo cierto al afirmar que los amuletos hechos con pelo de *Haarig* eran los más poderosos.

El torneo empezó al día siguiente por la mañana en una gran sala situada en el mismísimo Ayuntamiento de Xatarov, y fue el Primer Ministro del país quien inauguró el evento. Pudieron constatar que realmente para los xatarovitas el ajedrez era su auténtico deporte nacional y que lo celebraban por todo lo alto.

P'tuv andaba encantado acumulando aperitivos de las mesas a manos llenas y fisgando por todos los elegantes rincones.

Ima decidió que, ya que iba a ganar haciendo trampas, lo iba a hacer a lo grande. No solo iba a resultar vencedora indiscutible, sino que además iba a romper todos los records derrotando en el menor tiempo posible a cada uno de sus oponentes. Tuvo que evitar reírse al pensarlo y entonces se dio cuenta de que le estaba tomando demasiado gusto a aquello de la vida picaresca. Más valía, se dijo a sí misma, que pronto volvería a ser la Ima sensata y formal de siempre.

Para cuando terminó la primera jornada, el nombre falso de Ima (se había hecho llamar Aleksandra Fisher) ya estaba en boca de todos los participantes y asistentes. Antes de abandonar la sala, tuvo que detenerse a estrechar numerosas manos de admiradores.

—Esto se está yendo de madre —sentenció Makh, al que se le veía bastante inquieto—. Estamos llamando demasiado la atención. Creo que deberíamos dejarlo.

—Venga, no seas agonías —le respondió Bibek—. En este lugar no hay más que pardillos y no he visto ni un soldado por la ciudad. Estamos en el culo del mundo y aquí nadie sabe nada de nosotros. Relájate un poco, anda. Un par de días más y tendremos un botín que nos va a venir muy bien precisamente si queremos que no nos localicen esos

cabrones de Continente.

—Está bien —concedió Makh algo a regañadientes—, pero estad alerta y no habléis con nadie más de lo necesario.

La jornada siguiente transcurrió de forma similar. Ima estaba haciéndose tan popular en el torneo que hasta el alcalde quiso invitarla a un almuerzo, oferta que ella declinó amablemente aludiendo que necesitaba descansar al máximo entre cada ronda eliminatoria.

Por fin, llegó el tercer y último día del campeonato. La partida decisiva con el otro finalista, con el que Ima todavía no había coincidido dada la particular organización de los grupos, sería por la tarde, así que podría acudir por la mañana a su cita en la Escuela de Astrofísicos junto a sus compañeros.

En cuanto entraron en el regio edificio, que también tenía la forma de una imponente pirámide maya de piedra, a todos les invadió una agobiante sensación de claustrofobia. Los muros eran gruesos, los pasillos angostos y las luces muy tenues y escasas. Aquello, meditó Ima, se parecía más a una pirámide funeraria egipcia que a un templo u otra cosa. Confió en que sus habitantes fueran más alegres y acogedores que el lugar donde residían.

—Vaya mierda'sitio —gruñó P'tuv—, espero que terminemos pronto. Es como estar dentro del culo un mono.

Makh le tapó la boca al niño con la mano y luego, cuando su guía volvió a girar al frente su indignado rostro, le arreó un pescozón para que se estuviera callado.

Casi sin aliento, llegaron al despacho del maestro astrofísico con el que les habían dado cita, muy cerca de la cima cuadrada del edificio, que era algo más luminosa. El hombre, un viejecillo encorvado y con una calva salpicada de manchas, estaba esperándolos en la puerta. Parecía impaciente y no demasiado contento con la visita. No obstante, cuando vio entrar al extraño grupo, su curiosidad se impuso sobre todo lo demás y, prescindiendo de cualquier convencionalismo, les preguntó directamente qué querían de él.

—Deseamos saber si es posible crear una vorágine mediante la técnica del *shuitnebo* que comunique nuestro mundo con otro paralelo —explicó Bibek sin rodeos.

—Con uno inmediatamente superior —puntualizó Ima.

Al viejo astrofísico solo le faltó sacar una lupa para observarlos más a fondo.

—Desde luego, esa es una extrañísima petición. ¿Sois acaso científicos o estudiosos de la materia?

—Sí —contestó con firmeza Bibek, que se había aprendido al dedillo su coartada, que estaba salpicada con datos reales para hacerla más sólida—. Soy inventor, de Tripur, y estoy en medio de un estudio que me ha llevado a un punto en el que necesito saber si es posible hacer un salto interdimensional de esa clase.

—Vaya, qué interesante —se relamió el anciano—, me encantaría saber de qué va esa investigación… Los *Haarig* siempre estáis metidos en tremendos proyectos… En fin, te contestaré con sinceridad: hace tiempo que se llegó a la conclusión de que se pueden dar esos saltos y, de hecho, se realizaron varios experimentos exitosos, al menos en el sentido de que demostraron que la teoría era cierta, porque, por otro lado, causaron también grandes estragos.

El Maestro se acercó a su escritorio y tomó un vaso de agua con dedos temblorosos.

—Veréis —continuó—, se consiguió crear esas vorágines, pero nunca ubicarlas en un punto predeterminado, así que hubo que parar porque realmente nos estábamos jugando la seguridad de Geb; su destrucción. Hace años que está prohibido practicar esa técnica.

—Al menos aquí —se arriesgó a matizar Bibek— porque, por lo que he oído, en el atolón de Nïisk siguen realizándose estas pruebas bajo la tutela del gobierno de Continente.

El viejo los volvió a mirar con suma atención. Tras unos segundos de tenso silencio, contestó:

—No sé cómo habéis averiguado algo semejante: es alto secreto. Bueno —añadió—, en realidad todo lo que os he contado es alto secreto. Los astrofísicos tenemos prohibido, so pena de muerte, hablar de esto con nadie ajeno a nuestra escuela.

Makh, tras escuchar las palabras del anciano, notó cómo los pelos de todo el cuerpo se le erizaban y temió lo peor. Se asomó a la terraza que había en el despacho y comprobó que, efectivamente, el edificio se hallaba rodeado por soldados de Xatarov. Cuando volvió a entrar al cuarto, el anciano anunció:

—Lo siento, muchachos, vuestro viaje termina aquí. Hace tan solo un par de días recibimos la orden de avisar a las autoridades si alguien se acercaba a preguntar por este tema. Es un mandato directo de Continente y nuestro país no puede desoírlo.

—¿Vienen a por nosotros? —preguntó confuso P'tuv que no había entendido ni la mitad de la conversación—. Pues pirémonos cagando leches.

—Me temo —explicó el hombre con calma— que eso os va a resultar imposible. Se han cerrado todos los pasillos de modo que solo podáis tomar una única dirección hacia la salida.

Bibek se asomó fugazmente al pasillo y comprobó que, tal como decía el anciano, lo pasillos habían cambiado su fisonomía y ahora eran un cerrado pasadizo sin puertas ni ventanas a los lados. Escuchó además un lejano ruido de pasos marchando sincronizados que se iba acercando. Cuando volvió a meter la cabeza, le hizo una señal a Makh para indicarle que ese camino no era viable.

—Tendremos que salir por la terraza —propuso Makh con decisión—. Venga, no hay tiempo que perder.

Capítulo 26

En cuanto salieron a la terraza, Bibek, que había cogido un recio catalejo del despacho, atrancó la puerta con él para ganar así algo de tiempo. A esa altura, se hallaban en un piso veinte, el viento gélido del norte azotaba con saña igual que un látigo.

—¿Y ahora qué? —preguntó Ima, preocupada y aterida de frío.

—Creo que no nos queda más remedio que ir en busca de Anewa. Es el único que puede ayudarnos. Estos tipos no tienen ni idea de lo que ha conseguido en Nïisk —contestó Makh.

—Si es que logramos salir de aquí —objetó la mujer—. Estamos rodeados y, mirad, los soldados han empezado a trepar por los escalones de la pirámide.

Makh les indicó entonces que lo siguieran y todos subieron hasta la parte alta del edificio que era una gran azotea cuadrada en cuyo centro se levantaba una enorme cúpula dedicada a la observación del cielo.

—Tenemos que hacer algo antes de que lleguen —dijo Bibek mirando a su amigo.

—Sí, ya sé. Crearé un Tulpa para distraerlos. En cuanto vayan a por él, nos largaremos por el otro lado.

—Bien —afirmó Ima, que ya estaba al corriente de aquella fascinante Habilidad de su compañero—. Yo puedo crear un holograma del resto de nosotros para que parezca que estamos en otro piso.

Todos la observaron sin comprender, pero como no había tiempo para explicaciones, hicieron lo que la mujer les pedía y posaron junto a ella agazapados, como si estuvieran escondidos y mirando hacia abajo. Mientras tanto, Makh se sentó a lo indio y empezó a poner en práctica la técnica para generar su doble. Justo cuando los primeros soldados estaban a punto de alcanzar la azotea, el Tulpa de Makh les salió al paso y comenzó a descender a la carrera. Tal como habían esperado, los soldados que llegaban por esa cara de la cuadrada pirámide, se lanzaron tras él. Esto les despejó el camino y con sigilo y bastante vértigo, fueron bajando por los enormes escalones. Cuando el resto de

las tropas alcanzaron la cima por las otras tres caras, descubrieron a sus compañeros persiguiendo a uno de los fugitivos. Mientras se preguntaban dónde estarían los demás, uno de los hombres avisó de que se encontraban en un piso cercano a la calle, en el lado opuesto, agazapados tras un friso de la fachada.

En cuanto el grupo de Ima vio que los soldados desaparecían en pos del holograma, se despegaron de la pared y continuaron descendiendo. El Tulpa había llegado a la avenida principal y se dirigía hacia el sur corriendo como un demonio mientras sus perseguidores le pisaban los talones.

Para cuando los desconcertados soldados que se habían quedado en la pirámide llegaron al señuelo creado por Ima, los fugitivos ya estaban perdiéndose entre el gentío. Bibek, que iba en cabeza, tomó la dirección hacia la costa, pero su compañera frenó en seco y comentó:

—Deberíamos pasar antes por la taberna, está aquí al lado. Dijisteis que no nos quedan dinero ni víveres, y yo tengo allí un montón de pasta. Así podremos también alquilar unos caballos para llegar al puerto, si no, nos alcanzarán en cuestión de minutos.

Tras pensarlo unos instantes, convinieron que era la opción más apropiada y corrieron hasta el hostal. Cuando entraron, Yuma salió de la barra y se dirigió hacia Ima con los brazos abiertos y una gran sonrisa en su cara redonda:

—Qué suerte que hayas venido. Hay una persona muy especial que desea verte.

Entonces, hizo una señal con una mano y un hombre alto, de mediana edad y muy bien vestido —aunque las ropas, desde luego, no eran las típicas de esas tierras—, se levantó de una mesa y se acercó hasta ellos.

—Hola, soy Takana Lev, he pensado que estaría bien que nos conociéramos personalmente antes del desafío de esta tarde.

Ima se quedó de piedra mientras estrechaba la mano de aquel tipo educado y apuesto que, como ya sabía de sobra a esas alturas, era el otro finalista del torneo.

—El torneo, es verdad… —alcanzó a murmurar ella—. Cuánto lo siento, no podré disputar la final esta tarde, ha surgido algo urgente y tenemos que irnos de inmediato. Ahora venía a recoger mis cosas. Lo lamento muchísimo, espero que coincidamos en otra ocasión.

Las expresiones de Yuma y de Takana fueron de lo más elocuentes, parecía que les hubieran comunicado la muerte repentina de un familiar. Antes de que empezaran a acribillarla con preguntas, Ima se escurrió hacia las escaleras para subir a su cuarto. Una vez hubo recogido el dinero y sus pocas pertenencias, bajó de nuevo a la taberna. Como había imaginado, Yuma, bastante cabreado, exigía a sus amigos unas respuestas que estos rehuían dar alegando que no era asunto suyo. Takana, por su parte, había desaparecido. En un vano intento de calmar la situación, Ima le entregó al dueño del hostal el dinero de la inscripción en el torneo. Este se lo tiró de vuelta con desprecio. Después, los cuatro se marcharon de allí a buen paso.

Se dirigieron a unas cuadras cercanas y alquilaron un par de caballos (irían montados por parejas). Podrían haberlos robado, pero era mejor, decidieron, no arriesgarse más de lo imprescindible. Partieron al galope hacia la costa y, a mediodía, arribaron al puerto sin incidentes. El cielo había vuelto a encapotarse y pronto empezó a caer un aguanieve desagradable que no tardó en convertirse en una copiosa nevada.

Ninguno, ni siquiera P'tuv, que tenía cientos de preguntas preparadas para lanzar a sus compañeros, habló hasta que el Sonräk, con su encarnada vela hinchada como un gran y palpitante corazón, se hubo alejado lo suficiente como para que no se divisara ya tierra.

Varios días después de la partida de Madeleine, Loïck de Choisi se enfundó su largo abrigo blanco de piel, salió del palacio y, con paso enérgico, se dirigió al jardín trasero donde estaban situados los invernaderos. Le habían dicho que su hermano Pierrick se hallaba allí en esos momentos. Lo encontró en el recinto dedicado a las orquídeas, que eran sus flores preferidas.

—¿Qué ocurre, Loïck? Traes mala cara —le dijo este al verlo aparecer con aire contrariado.

—Sigo sin poder contactar con el Enlace de Nïisk. Me pregunto…

Pierrick dejó las pequeñas tijeras que sostenía en las manos y se giró hacia su hermano.

—¿Si también se habrá suicidado?

Loïck hizo un seco gesto afirmativo con la cabeza.

—Está claro que esto va más allá de cuatro casos aislados. Quizá la

Insurgencia esté detrás… Voy a reunir al Consejo de inmediato para empezar a investigarlo. Si perdemos las comunicaciones…

No hizo falta que Loïck terminase la frase, Pierrick se hacía perfectamente cargo de la gravedad del asunto.

—¿Y qué querías contarle a Anewa? Si se puede saber.

—Nada importante. Ver cómo van las cosas por allí.

Pierrick se limitó al enarcar una ceja en un gesto escéptico. Ambos sabían de sobra que Loïck jamás hacía llamadas de cortesía.

—Si te preocupa que haya ocurrido algo en Nïisk, puedes preguntar al capitán que les lleva los suministros. Si no me equivoco, lo hacen a principios de mes, con lo que se habrán visto hace nada.

—Sí, lo haré ahora mismo. De cualquier modo, voy a mandar un barco. Es un fastidio que Sylvan y Madeleine estén fuera.

—¿Algún avance en ese tema?

—De momento, no. Esos *Ricercatori* están resultando más escurridizos de lo que esperaba, y el hecho de que uno de ellos sea un Intuitivo me resulta de lo más inquietante. Temo que no trabajen solos ni de forma tan fortuita como supusimos. Estoy deseando interrogarlos, averiguar con qué gobierno han pactado y luego cortarles el cuello.

—¿Y no se te ha ocurrido pensar justo todo lo contrario?Loïck le echó una mirada inquisitiva e impaciente.

—Me refiero a que, tal vez, lo único que deseen sea ayudar a la extranjera a regresar a su hogar. Sé que te resultará impensable, pues hace tiempo que la oscuridad de tu mente solo te permite ver la oscuridad del mundo, pero, por raro que parezca, aún hay gente altruista por ahí. Te lo comento porque, igual, deberías empezar a buscarlos en otro lado…

Pierrick sonrío con malicia al observar el enfado y luego el desconcierto que desencajaron la cara de su hermano, el gran líder supremo; no cabía duda de que aquella luminosa perspectiva acababa de explotarle en su estrecho cerebro como un cartucho de dinamita que, además, había esparcido por él un sinfín de nuevas posibilidades nada halagüeñas.

Loïck convocó a su Consejo de expertos esa tarde, en su propio despacho, y les preguntó directamente sobre el caso de los Enlaces.

—He hablado con varios —contestó su Ministro de Ciencia, sentado en una butaca frente al escritorio del mandatario— y lo único que repiten es que tienen miedo. Ya sabe usted que no son muy comunicativos, costaría menos tener una conversación con un mandril.

Loïck se inclinó hacia adelante, apoyó los codos sobre la reluciente mesa y preguntó, incrédulo:

—¿Miedo? ¿Miedo de qué? ¿Qué puede asustarlos tanto como para que decidan quitarse la vida? ¿Les está amenazando alguien, quizá esos malditos insurgentes?

—No, no parece que sea eso, *monsieur*. Ellos dicen que no lo saben —continuó el hombre, no sin cierto temor—. Únicamente lo sienten: un pánico desmesurado. Y es a nivel global. Todos los gobiernos se enfrentan al mismo problema.

Loïck se apretó el tabique de la nariz con dos dedos y luego estalló:

—Eso no me sirve. Necesito soluciones inmediatas. Quiero que torturen a esos malditos engendros hasta que lloren sangre. Si aun así no obtenemos respuestas, al menos conseguiremos que nos tengan más miedo a nosotros que a lo que quiera que sea que los aterroriza. No podemos perder las comunicaciones. Y, Jean —le dijo a su asistente personal que permanecía de pie al lado del escritorio—, manda buscar a *madeimoselle* Josephine. Creo que nos vendrá bien la ayuda de una Intuitiva.

Se encontraban tan solo a tres jornadas de Xatarov, cuando Madeleine se despertó de golpe, en mitad de la noche y del océano, en la estrecha litera de su angosto y maloliente camarote —tan distinto a los que ella estaba acostumbrada—. Acababa de golpearla una sensación intensa como un puñetazo en los riñones, una sensación de urgencia, de alarma: algo crucial había cambiado hacía apenas unas horas y no muy lejos de allí.

Se sentó al borde de la cama y trató de serenarse y despejar su mente. Entonces, tras interrogarse sobre qué podía haber ocurrido, su intuición, como en tantas otras ocasiones, le confirmó sus sospechas: su hermano y sus amigos ya no estaban en Xatarov. Volvió a sorprenderse de su recién adquirida capacidad, que estaba más cerca de la adivinación que de la percepción intuitiva.

Antes de su encuentro con «La Mente Eterna», habría necesitado llegar a su destino para «entrever» que ya no se hallaban allí, ahora, por lo visto, su Habilidad se había agudizado al máximo y no precisaba estar de cuerpo presente ni en contacto con nada relacionado con los implicados para hacerlo.

Estaba claro que debía cambiar de rumbo, pero ¿hacia dónde? Eso ya era más complicado de discernir. Por suerte, también contaba con la herramienta del razonamiento: si los fugitivos habían ido hasta Xatarov para intentar devolver a la extranjera a su mundo y ahora estaban huyendo con ella hacia otro lugar, resultaba obvio que no habían conseguido su objetivo. Los astrofísicos, la mayoría decrépitos ancianos a los que el resto del mundo les traía sin cuidado, no habrían sido capaces de ayudarla, dedujo, pero podrían haberse visto obligados a revelarles, sin necesidad de apretarles las tuercas demasiado, que había uno de ellos con capacidad para hacerlo, y ese hombre no era otro que Anewa, en el atolón de Nïisk. Era además probable que ya contaran con esa información de antemano gracias a Makh o a la misma extranjera.

Madeleine había partido de Lorient hacía casi una semana, antes de que a Loïck se le ocurriese dar aviso a las autoridades de Xatarov para que detuvieran a todo aquel que fuera a la Escuela de Astrofísicos haciendo preguntas extrañas sobre las vorágines, por eso ella no estaba al corriente de esta última orden.

Se enfadó consigo misma por no haber deducido semejante jugada de los fugitivos con anterioridad, era tan evidente… Podría haberse ahorrado muchas millas de viaje y ahora podría estar esperando a su hermano cómodamente en una cálida isla del sur.

También comprendió que se enfrentaba al problema de tener que explicar a su tripulación —convencida de que iban en busca de una ruta para cruzar los hielos norteños— que debían abandonar tal misión.

Para cuando llegó el frío y ceniciento amanecer, ya había resuelto este contratiempo. Mintió a sus hombres y les dijo que tenía que atracar en un puerto cercano, en la isla de Goelk, para mandar un mensaje a sus superiores, tal como le habían indicado, y cuando regresó a bordo una hora después, les comunicó que había novedades.

—Tengo malas noticias —les gritó desde el pequeño castillo de proa para que todos pudieran escucharla por encima del furioso rugido de las olas—, los acuerdos entre Continente y Liosh respecto a esta

misión se han roto y, de momento, se nos ha ordenado detener el viaje. Parece, además, que las negociaciones van para largo, por lo que nos recomiendan regresar. A mí, no obstante, se me ha encargado una nueva tarea en el sur, así que podéis elegir entre quedaros aquí en Goelk o acompañarme y seguir cobrando vuestro salario.

Como era de esperar, todos los marineros, gente humilde con familias a las que alimentar, se tragaron su historia y, resignados, decidieron que ganaban más acompañándola.

A Madeleine solo le quedaba confiar en que ese revés del destino al menos le sirviera para llegar a Nïisk antes o casi a la par que el grupo de su hermano, que había partido desde un enclave más remoto.

Capítulo 27

Una vez todos los tripulantes del Sonräk estuvieron sentados en el comedor, ya de noche cerrada, comenzaron a debatir cuál sería su próximo paso. El mar estaba tan picado que tuvieron que sujetar sus tazones de sopa con las manos ya que era imposible apoyarlos sobre la mesa.

—Está claro que ahora que las autoridades han sido alertadas y saben lo que nos proponemos, no tardarán en buscarnos en Nïisk —observó Ima con pesadumbre.

—Yo todavía no sé mu bien lo que nos proponemos, podríais contármelo de una puta vez, ¿o es que no formo parte del grupo? —preguntó P'tuv visiblemente enfadado, con las piernas recogidas sobre el pecho y el ceño fruncido.

—Ya te lo dije —contestó la mujer algo impaciente—, necesito la ayuda de un astrofísico para volver a mi casa.

—¿Pero dónde coño está tu casa? ¿En la Luna? —saltó P'tuv mientras se ponía en pie de un salto sobre el banco como un gato callejero a punto de atacar—. Además, no me trago que os persigan solo por haber robao en Lorient una maldita pieza o por ser de otro país. Por algo así no mandan a to'los ejércitos de Geb a buscarte. ¡Os creéis que me chupo el dedo!

—Mira, chico —intervino Bibek en tono tranquilo tras dar un sorbo a su tazón de sopa y dejarse algunos fideos dispersos por el peludo rostro—, si no te contamos toda la verdad, es por tu propio bien. Si los de Continente nos atrapan, te irá mejor cuanto menos sepas.

—¿Crees, en serio, que serán clementes con un presunto colaborador, aunque sea un niño inocente? —dijo entonces Makh con suspicacia.

Ima y Bibek entendieron que su compañero se refería a lo que le habían hecho a Zebina.

Ima suspiró y le contó al niño la historia de su insólito viaje interdimensional y el verdadero origen de la avanzada tecnología que portaba en su antebrazo, tan peligrosa si llegaba a caer en manos inadecuadas. Lejos de resultarle increíble, P'tuv asintió con firmeza

cuando terminó la explicación, como si por fin todo los misterios referentes a su extraña compañera y su mágico brazo productor de fantasmas le cuadrasen. A continuación, empezó a lanzar una batería de preguntas a Ima sobre su mundo que esta tuvo que cortar por lo sano.

—Te prometo que mañana te contestaré a todo lo que quieras —le dijo—, pero ahora tenemos que decidir qué hacer.

—¿Te parece que podremos alcanzar Nïisk antes que ellos desde Lorient? —le preguntó Makh a Bibek.

—¿Es que acaso volamos? —respondió el aludido poniendo cara de sorpresa ante semejante pregunta—. Además, ellos pueden mandar tropas desde enclaves mucho más cercanos, no tienen por qué salir necesariamente de Continente. Estoy casi seguro de que tendremos un bonito comité de bienvenida aguardándonos cuando lleguemos.

—Entonces ir a Nïisk es un suicidio —confirmó Ima frotándose la frente con la mano en un gesto desesperado—. No puedo pediros que arriesguéis tanto.

—Depende de cómo lo hagamos —dijo Makh mientras sus ojos adquirían un nuevo e intenso brillo—. No hace falta que atraquemos todos en la isla y nos enfrentemos a ellos, basta con que yo me deslice en ella desde algún punto remoto y consiga secuestrar a Anewa.

—Estará muy vigilado, no van a ser tan lerdos —objetó Ima.

—No creo que esté más controlado que el palacio de Lorient y la celda de alta seguridad en la que te encerraron a ti —apuntó Bibek.

—Entonces no hay más que discutir: seguimos hacia el Atolón de Nïisk —concluyó Makh completamente decidido y confiado mientras acariciaba el peludo amuleto que guardaba en el bolsillo. Ima se acostó en su bamboleante litera con el ánimo tan revuelto como su estómago. Aunque sabía de lo que era capaz Makh —tal como había dicho Bibek, había sido testigo directo de ello—, también sabía que cada hora que pasaba su misión se tornaba más peligrosa, para ella y sus amigos. ¿No estaba exigiéndoles demasiado? Ya tenía la muerte de Zebina sobre sus espaldas, ¿estaba preparada para hacerse responsable, además, de la de dos jóvenes y un niño? Pero, por otra parte, se rebatió a sí misma, si no la ayudaban ellos, ¿qué posibilidades tenía de regresar a su mundo por su cuenta? Quizá, se dijo notando que su sangre se volvía de cemento ante tal idea, lo más ético sería renunciar a sus propósitos. O al menos, hacerlo

temporalmente. Tal vez, reflexionó mientras el corazón se le desgarraba ante la perspectiva de no poder reencontrarse aún con su familia, lo más prudente y honesto sería abandonar y esperar un tiempo prudencial para que todo regresara a la calma. Geb era tan grande como su doble, la Tierra, sin duda podría buscar un rincón donde ocultarse hasta que se olvidaran de ella, hasta que, con un poco de suerte, incluso la dieran por muerta. Al llegar a este punto, Ima distinguió una pequeña luz en el fondo de aquella dura posibilidad que, desde luego, antes no estaba, y supo quiénes la habían encendido. Desvió de inmediato la mirada, como quien ha sido descubierto contemplando algo inapropiado en casa de los vecinos.

Tampoco Bibek tenía las ideas muy claras cuando salió a cubierta para fumarse un cigarrillo a solas. Comprendía que era de vital importancia que Ima retornara a su mundo llevándose con ella aquella endiablada tecnología que podía desencadenar una guerra a escala mundial en Geb, donde los países pobres como el suyo tendrían además todas las de perder, pero al mismo tiempo se preguntaba —llevaba haciéndolo desde su traumática captura con la que todavía tenía pesadillas— por qué debía recaer en ellos, unos simples *Ricercatori* muertos de hambre, semejante responsabilidad. ¿De verdad no podrían dar en todo el mundo con un país que actuase de manera ética y cabal? ¿No habían desechado aquella opción demasiado rápido?

De pronto, un ruido chapoteante lo arrancó de sus cavilaciones. Se acercó a investigar y descubrió un pez volador retorciéndose y aleteando por la cubierta. Tras unos cuantos intentos, consiguió atraparlo. Estaba a punto de devolverlo al mar, cuando una sensación intensa de desasosiego lo atravesó de lado a lado. Sintió que él mismo era el pez que sujetaba en las manos y que bien podía saltar hacia el océano que volver a caer en cubierta para morir. El retorcido destino lo había colocado, igual que al pez, en una extraña y antinatural posición, y ahora su vida dependía de la dirección que él eligiera tomar.

En ese momento, el escurridizo animal despegó de las palmas de sus manos y aterrizó en el mar, seguramente, pensó Bibek, aturdido y desorientado, porque a continuación, emergió con fuerza, impulsado por sus aletas viscosas, y se estrelló contra el casco del barco. El golpe esta vez fue seco, rotundo, y el pez se hundió como una bala de plomo en las oscuras aguas. Bibek observó el océano un largo rato, pero nada más volvió a surgir de él.

Pensó de inmediato que si su supersticioso compañero hubiera presenciado aquello, sin duda habría sacado conclusiones nefastas, y

no pudo negar que él mismo había quedado más sobrecogido y confuso de lo que le gustaría admitir. «Al final, el idiota de Makh me está contagiando sus tonterías», se dijo a sí mismo mientras tiraba, enfadado, su cigarro al mar y regresaba a la cabina para dormir.

Una semana y media más tarde, Madeleine atracaba en las blancas costas de Nïisk. La tripulación, a esas alturas, ya la odiaba intensamente: les había obligado a navegar a toda velocidad y sin descanso, como si les azotaran los más temibles demonios marinos. Por su parte, ella no había dejado de otear el océano en todas las direcciones. En vano le preguntaron qué buscaba, solo les respondió con ariscos bufidos e improperios. Ni siquiera les permitió desembarcar en Nïisk alegando razones de alta seguridad.

Madeleine no tardó en confirmar sus sospechas de que algo extraño había ocurrido en aquel solitario atolón cuando una tropa de soldados de Continente los recibió de muy malas maneras en el puerto. En cuanto se identificó ante el capitán —con su nueva apariencia no la habían reconocido—, exigió saber qué sucedía allí. El hombre la puso al corriente en un momento.

—Llegamos hace días porque el Enlace no respondía y nos encontramos con que se había suicidado, posiblemente debido a que sus anfitriones, Anewa y su hijo, habían fallecido en un incendio dejándolo solo y desvalido.

—Podría haber mandado un mensaje de socorro —objetó la joven a la que la deducción del capitán le pareció bastante ramplona y complaciente.

—Bueno, vaya usted a saber, *madeimoselle*, a esos bichos raros no hay quien los entienda. La cosa es que se suicidó, como están haciendo últimamente muchos de ellos.

—¿Y qué han averiguado sobre el incendio?

—No mucho, todo fue bastante simple. Anewa empinó el codo antes de acostarse; había una botella de licor rota en el suelo, donde se inició el fuego. Después, una corriente de aire debió de derribar la lamparita que se había dejado encendida junto a la cama, la llama prendió el alcohol y listo: los pobres desgraciados se consumieron como monigotes en sus camas, no tuvieron tiempo ni de reaccionar.

Madeleine abandonó el camarote del capitán. Necesitaba ordenar sus ideas o, más bien, sus intuiciones, pues había una vocecita que le

decía que aquello del incendio ocultaba bastante más de lo que parecía a simple vista. Decidió que iría a investigarlo por su cuenta. No obstante, primero pidió utilizar el nuevo Enlace que habían traído los soldados de Continente para restablecer las comunicaciones y que todavía se hallaba en el barco. Sería mejor hablar cuanto antes con Loïck, así podría minimizar los inconvenientes, pues seguro que tras la huida de los fugitivos de Xatarov, ya habrían supuesto hacia dónde se dirigían y no tardarían en mandar refuerzos.

—Estoy en Nïisk —dijo Madeleine cuando tuvo a Loïck al otro lado—. En cuanto supe lo ocurrido en Xatarov, deduje que este sería su próximo destino y me puse en camino hacia aquí.

Por suerte, Loïck no le pidió explicaciones sobre cómo se había enterado, pues habría sido complicado de aclarar sin verse forzada a revelar su nuevo potencial.

—Nunca dejará de sorprenderme tu eficiencia —contestó el mandatario, complacido—. Me siento más tranquilo sabiendo que estás ahí al mando. ¿Crees que necesitarás más tropas para detenerlos? Estaba a punto de mandar otro galeón.

Madeleine le aseguró que con las tropas que había allí bastaría y le prometió que esta vez no se produciría ningún contratiempo; ahora que ya estaba prevenida contra aquel Intuitivo hereje, este no podría confundirla con sus artimañas.

—Por tu propio bien, espero que así sea. No soy de los que conceden segundas oportunidades.

Estas últimas palabras, incluso pronunciadas con el tono neutro del Enlace, sonaron verdaderamente amenazantes. Antes de despedirse, Loïck también le preguntó su opinión sobre la cuestión del incendio, si creía que podría haber sido otro acto terrorista de la Insurgencia que últimamente estaba bastante activa, y Madeleine le mintió diciéndole que, de momento, no había intuido nada extraño al respecto, aunque pensaba investigarlo con calma.

A Madeleine le bastó con acercarse a los restos carbonizados de la casa principal para que su intuición le dijera, o más bien le gritara a viva voz, que Anewa y su hijo no estaban muertos, a pesar de que los restos encontrados apuntaran a lo contrario. No es que a ella le importara demasiado la suerte que hubiera corrido Anewa, como tampoco le importaba la de la extranjera a la que su hermano estaba tratando de ayudar, pero sintió claramente que era mejor que el

astrofísico siguiera con vida.

¿Habría asesinado Anewa al Enlace? se le ocurrió de pronto preguntarse. Decidió ir a la Torre de Transmisiones para echar un vistazo.

No contaba con el brutal impacto que estaba a punto de sufrir.

Se encontraba al lado de la redonda bañera del Enlace fallecido, acariciando de forma casual su borde de madera, cuando una sacudida eléctrica potentísima convulsionó su cuerpo como si estuviera sufriendo un ataque de epilepsia. Cayó en la bañera vacía y abierta —la tapa había sido retirada— y entonces lo sintió, hasta en la última célula de su cuerpo: un terror ancestral, inabarcable, nauseabundo…

Ni siquiera supo, tras despertar al cabo de un buen rato, cómo había salido de la bañera ni cuándo se había vomitado encima. Tampoco pudo averiguar nada sobre aquel demoledor sentimiento; de dónde venía, a quién pertenecía —pues evidentemente no era suyo—, ni quién o qué lo provocaba. Sin embargo, mientras se serenaba, apoyada contra el alfeizar de la ventana, rescató una voz que había discurrido por debajo del horror y que le había susurrado en un tono apremiante: «Debéis encontrar las piezas, todas, sin falta, de inmediato».

Madeleine, una vez la calma le devolvió la capacidad de raciocinio, supo que la voz era la de «La Mente Eterna» y dedujo que esta debía de haber aprovechado aquel inusual estado de trance para colar su propio mensaje. No era casual que todo hubiera sucedido en el entorno de un Enlace.

Mientras se quitaba la chaqueta sucia y se lavaba un poco con el agua que todavía quedaba en una jarra de cristal, se preguntó si aquel miedo atávico y amorfo habría pertenecido al infeliz suicida. Si era así, no era de extrañar que hubiese acabado tomando esa salida extrema: nadie sería capaz de soportar de forma continuada un horror de aquella magnitud sobrehumana. Le dio algo de pena no poder investigar aquel fenómeno que estaba exterminando a los Enlaces, pues resultaba de lo más intrigante, pero ahora debía centrarse en sus propios asuntos.

Descendió por la escalera de caracol de la torre preguntándose por qué «Ella» la instaba a encontrar las piezas de «La Gran Máquina» —pues no podía estar refiriéndose a otras—, qué podría ser tan importante y tan imperioso. Nunca habría imaginado que «La Mente

Eterna» pudiera tener algún interés en aquel juego de niños sin sentido, pero seguro que no era fortuito que su hermano y su grupo se dedicaran a buscarlas. De todos modos, sintió también que no podía hacer otra cosa que obedecerla, solo pensar en ignorarla le hizo recordar el pánico que experimentara en el pozo donde la había conocido.

Suspiró. Quizá se había librado del yugo de Josephine y del resto de Intuitivas, pero se había convertido en la marioneta de una fuerza mucho más grande y poderosa, de eso no le cabía la menor duda. Decidió que, por el momento, ya que su titiritera la encaminaba hacia el reencuentro con su hermano perdido, no valía la pena perder tiempo y energías sublevándose. Ya se preocuparía por buscar soluciones si algún día «Ella» trataba de conducirla por un camino que no deseaba emprender.

Tras salir de la zona boscosa que rodeaba La Torre de Transmisiones y tomar el camino de la playa para regresar al muelle, volvió a preguntarse, una vez más, cómo sería el reencuentro con Teg. ¿Sería él capaz de ver más allá de los últimos acontecimientos, de recordar su pasado como familia? Ni siquiera ella, se confesó, conseguía hacerlo del todo; habían pasado tantos años, todo estaba tan lejano, tan borroso, y lo que era peor, tan envuelto en dolor…

Madeleine se detuvo un instante y contempló el océano preguntándose qué esperaba realmente ella de aquel encuentro. Tampoco tenía nada claro cómo iba a reaccionar cuando volviese a ver a su hermano, al *Cercatore* y delincuente en el que se había convertido, al hombre que la había engañado y la había dejado en ridículo delante de sus tropas y de su superior, por el que la habían castigado arrojándola por «El Tallo» hasta los fríos e invasivos tentáculos de «La Mente Eterna»…

Un chasquido doloroso en la palma de su mano derecha la arrancó de sus pensamientos: había estado estrujando el amuleto de hueso del supuesto Enrico tan fuerte que lo había partido en dos. Cuando abrió el crispado puño, vio que se había cortado y que su sangre había coloreado las líneas del dibujo geométrico tallado en el talismán. Parecía ahora un sello para cerrar cartas untado en lacre bermellón.

Sintió un escalofrío ante la absurda, pero apremiante idea de que lo que acababa de sellarse en realidad —y no precisamente para bien— era su destino.

Capítulo 28

Una violenta embestida despertó bruscamente a los tripulantes del Sonräk que, a esas altas horas de la noche, dormían ya a pierna suelta. Bibek, sin calzarse siquiera, fue el primero en salir a cubierta para ver qué ocurría. Nada más abrir la puerta se encontró con el cañón de una pistola apuntando a su peludo entrecejo. Antes de poder decir media palabra, una figura vestida de negro apareció por su izquierda, también empuñando un arma de fuego, y lo empujó de nuevo hacia el interior de la cabina.

En un abrir y cerrar de ojos, los cuatro compañeros estuvieron atados concienzudamente de pies y manos. Por último, les colocaron unas tupidas capuchas, y uno de los misteriosos hombres les advirtió, justo antes de regresar al exterior:

—Mataremos al niño si armáis jaleo o intentáis cualquier cosa.

Lo dijo en un tono tan calmado y seco que a ninguno le cupo duda de que la amenaza iba en serio.

Aunque no podían ver nada, todos advirtieron que estaban cruzando por una inestable tabla, tendida a modo de puente, para alcanzar la embarcación que los había abordado y que parecía bastante más grande y alta que la suya.

Ima, todavía en estado de shock, pensaba en alguna manera de usar su Sensei para salir de aquel embrollo, pero, en esta ocasión, no había tenido tiempo de grabar a sus asaltantes para engañarlos con una holografía manipulada, como había hecho no hacía mucho con los piratas que habían intentado secuestrarlos. ¿También estos querrían venderlos en el mercado de esclavos? Además, recapacitó, no podía arriesgar temerariamente la vida de P'tuv. Mejor sería esperar un poco y encontrar un momento más propicio para intentar algo.

Cuando estuvieron en el otro barco, los bajaron a una bodega y los metieron en una celda donde los sujetaron a la pared por el cuello con unas gruesas argollas de hierro. Tras registrarlos a fondo —a Makh le requisaron un par de ganzúas—, los abandonaron allí con las capuchas puestas.

Tras esperar un rato prudencial y asegurarse de que estaban solos, fue

Makh el primero en tomar la palabra para preguntar a sus amigos si estaban heridos. Todos, a pesar de su penosa e incómoda situación, dijeron hallarse bien.

—Estos tíos no parecen vulgares piratas —sentenció Bibek con preocupación. Su voz, como la de todos, les llegaba amortiguada debido a la gruesa tela que les cubría la cabeza.

—¿Serán soldaos de Continente? —preguntó P'tuv.

—No, para nada —respondió Makh—. Estoy seguro de que no son torpes militares. Nos han capturado con una facilidad pasmosa. Estos tipos saben lo que se hacen. No me gusta un pelo.

—¿Crees que puedes desatarte? —le preguntó Bibek bajando la voz.

—No sé. La verdad es que lo tengo jodido. No consigo mover ni un músculo.

—¿Y si creas un Tulpa que nos desate? —propuso esperanzada Ima.

—Pues le pegaré un tiro en cuanto aparezca —repuso una voz que, en comparación con las suyas, sonó clara y firme, aunque desapasionada.

Se dieron cuenta entonces de que se habían equivocado al creer que los habían dejado solos. Bibek se estremeció: tenía un oído bastante más fino que el de los humanos normales y ni siquiera había escuchado una respiración, un leve crujir de ropas, un pequeño lamento de la madera ante el cambio de posición de un cuerpo en pie… y lo que resultaba más descorazonador: aquel hombre sabía lo que era un Tulpa.

No tuvieron más remedio que aceptar que lo único que les quedaba por hacer era esperar a ver qué querían de ellos aquellos extraños captores y aguardar a encontrarse en un contexto más favorable.

Su situación, no obstante, tardó varios días en cambiar, aunque a los prisioneros se les antojaron meses.

Cuando por fin los condujeron al exterior, todavía tapados con las capuchas, las piernas apenas les sostenían pues, salvo para comer e ir al retrete, los habían mantenido todo el tiempo de pie y anclados a la pared. A P'tuv, de hecho, tuvieron que portarlo a hombros como un saco de pienso.

Lo único que pudieron detectar, tras desembarcar en un muelle, fue

que se encontraban en un lugar húmedo en el que hacía bastante calor y en el que se oían multitud de aves distintas. Pronto, también sintieron que estaban caminando por un sendero de tupida vegetación, pues numerosas ramas y hojas mojadas les rozaban el cuerpo, y bajo sus pies sentían un terreno blando, de alta hierba que enseguida los empapó hasta las rodillas.

Al cabo de una hora de marcha, comenzaron a andar por un camino empedrado de grandes losas que descendía abruptamente por una zona más despejada. Por último, subieron unas escaleras, también de piedra, y se adentraron en un recinto, que por la acústica, parecía bastante amplio.

Tras recorrer un largo pasillo, entraron en una habitación en la que olía a una agradable y suave mezcla de incienso y flores frescas, y allí, finalmente, los liberaron de sus capuchas y los obligaron a arrodillarse sobre un suelo de tarima.

Fue Ima la primera en soltar una exclamación de sorpresa al comprobar quién era el hombre elegantemente vestido y de semblante sereno que los aguardaba sentado también en el suelo, frente a una baja mesa de madera sobre la que había una caja cuadrada de laca negra, justo delante de ellos.

—¡Takana Lev! —consiguió pronunciar entre incrédula e indignada.

—Pero, ¿qué coño… —empezó a gruñir Bibek hasta que uno de los tres tipos que los habían escoltado le obligó a callar con una patada en la espalda.

—Si no os importa —dijo entonces Takana con voz calmada—, seré yo quien os dé permiso para hablar; detesto el alboroto. Siento, señorita Aleksandra, si es que en realidad se llama así, haberme visto obligado a traerla a usted y a sus amigos por estos medios, pero después de observarlos en Xatarov, comprendí que no eran personas corrientes ni fáciles de persuadir.

Ima levantó tímidamente la mano para pedir la palabra y Takana se la concedió con un leve asentimiento de cabeza.

—¿Va a castigarme por haber abandonado el torneo? Porque si es así, mis compañeros no tienen nada que ver con eso, no deberían pagar por ello; fue decisión mía.

—No crea que no se merece usted un buen correctivo —dijo el hombre en un tono falsamente severo, como si Ima fuera una niña

traviesa—. Desaparecer antes del combate final no es un gesto muy noble. Me sentí traicionado y hondamente decepcionado; tenía muchas ganas de batirme con una rival de su categoría. Por eso la he traído a mi casa, para que disputemos esa última partida.

Ima suspiró aliviada; ni en sus más optimistas hipótesis (había tenido tiempo durante esos tres largos días de elaborar unas cuantas), había imaginado un desenlace tan sencillo y pacífico.

—Y dado que no contamos ya con el premio en metálico que nos habrían brindado en el torneo, vamos a poner otras condiciones. La mía —continuó Takana con una sonrisa astuta— es que si gano, usted se quedará aquí un tiempo para jugar conmigo, digamos hasta que yo sienta que he aprendido de usted lo máximo posible.

—¿Y si ganó yo? —preguntó Ima con aplomo.

—Entonces usted decide el premio, ¿qué es lo que quiere?Obviamente, lo primero que pensó en contestar fue que los dejara libres y de vuelta en su barcaza, pero entonces, un leve murmullo en el fondo de su mente le advirtió de que su Sensei quería decirle algo. Ima cerró los ojos e inclinó la cabeza hacia su pecho para fingir que estaba meditando la respuesta.

«Perdone que la moleste, pero he detectado algo que podría serle de interés dados los precedentes con los que cuento».

Ima le dio permiso para proseguir.

«En esta habitación hay un centenar de objetos de composición similar a la de las piezas que hallamos en el barco robado».

Ima, disimuladamente, alzó el rostro y miró a la enorme vitrina de madera rojiza y finamente tallada que cubría la amplia pared del fondo. En ella, protegidas por puertecitas de cristal, podía distinguirse un nutrido grupo de reliquias antiguas y obras de arte como máscaras tribales, instrumentos musicales, vasijas, esculturas y demás artilugios variopintos… Lo cierto es que el conjunto, visto a esa distancia, hacía pensar tan solo en la colección de un hombre rico y culto. Una manera muy astuta, se dijo Ima, de ocultar las piezas de «La Gran Máquina» a simple vista, sin renunciar a exhibirlas.

—Verá —respondió finalmente—, mi verdadera profesión es la de historiadora y veo que usted tiene ahí atrás una colección que parece de los más suculenta. Si gano, me gustaría poder llevarme lo que desee de esa vitrina.

—¿Pero qué dices, vieja? —explotó P'tuv sin poder contenerse—. ¡Lo que tienes que pe…!

De nuevo, el guardia que estaba junto al niño lo hizo callar propinándole un sonoro tortazo. Takana, sin inmutarse, volvió a tomar la palabra. Ahora no sonreía, sino que observaba a Ima con una mirada intensa, como si tratara de sondearla con sus ojos oscuros e inteligentes.

—Es realmente curioso —meditó casi más para sí mismo que para el resto—. No la petición que has realizado, pues tratándose de unos *Ricercatori* como vosotros, es totalmente lógica. Lo que me intriga es cómo has averiguado que hay piezas dentro de ese mueble. No tienes un Detector de Sousa encima. ¿Es acaso una nueva Habilidad de la que yo no tengo conocimiento?

Makh y Bibek se giraron entonces para mirar a Ima con sorpresa y alarma.

—Soy un hombre importante —explicó entonces Takana dirigiéndose también a ellos por primera vez—, tengo mis contactos en las altas esferas y no me costó averiguar, tras vuestra escandalosa huida de Xatarov, que erais los fugitivos tras los que anda el gobierno de Continente.

Makh levantó la mano para poder hablar. Takana le animó a hacerlo.

—En ese caso, olvidémonos de las piezas, tan solo le pedimos que no nos entregue y que nos deje partir libremente.

—No, no, no, querido muchacho —le respondió el hombre casi con dulzura—. Esto no funciona así. Únicamente mi contrincante puede decidir su premio y ya ha dejado claro qué es lo que desea. De modo que el trato está cerrado. Solo nos queda comenzar a jugar. Pero antes, una última pregunta —añadió mientras echaba una ligera mirada a uno de sus guardias para luego clavar la vista en Ima—, acláreme cómo has sabido lo de las piezas.

El guardia al que había mirado Takana tomó a P'tuv por el cabello para echarle la cabeza hacia atrás y luego, tras sacar un largo cuchillo de su cinto, colocó este en el cuello del muchacho.

—Es verdad —gritó entonces Ima—, tengo una Habilidad única en el mundo; soy capaz de percibir las piezas, es como si me susurran cuando me cruzo con ellas. A veces, incluso puedo escucharlas a varios kilómetros de distancia.

—Bien —reflexionó Takana mientras hacía otro sutil gesto para que retirasen el cuchillo de la yugular de P'tuv—, eso explicaría por qué os siguen en realidad los de Continente. Sabía que no podía ser solo por haber robado en su palacio, como están haciendo creer a todo el mundo.

De pronto, una sombra cruzó fugazmente el rostro del peculiar anfitrión y este guardó silencio unos momentos. Después, observando otra vez a Ima como un ave de presa, preguntó en un tono más frío:

—Dime, ¿esa Habilidad tuya tiene también algo que ver con tu sorprendente talento para el ajedrez? ¿No serás una especie de Intuitiva o de Vidente?

Ima no tenía tiempo para detenerse a meditar cuál sería la respuesta más conveniente, porque entonces habría dejado claro que se estaba inventando una excusa, así que contestó de inmediato lo que le dictó su intuición, el resto de la patraña le salió sin pensar:

—No. Eso tiene que ver con mi padre, un gran ajedrecista que nos enseñó a jugar a mi hermana y a mí cuando éramos pequeñas, y que no perdonaba una partida diaria. La perdedora tenía que ir a por agua a la única fuente cercana a nuestra casa, a unos diez kilómetros. Eso, créame, estimula mucho. Además —argumentó Ima con inusitada firmeza—, si fuera una Intuitiva o una Adivina, habría percibido que veníais a por nosotros y no nos habríamos dejado capturar tan fácilmente.

Takana se acarició la barbilla y meditó unos momentos la explicación que la mujer le había ofrecido. Finalmente, pareció quedar satisfecho y pidió a sus hombres que desatasen a su contrincante para poder iniciar la partida. A continuación, extrajo de la gran caja negra que había sobre la mesa un exquisito juego de ajedrez tallado en jade. Al resto de prisioneros los trasladaron a otra sala para que no molestasen.

En esta ocasión, Ima pidió mentalmente a su Sensei que bajara un poco el listón y que no derrotase a su rival de manera tan aplastante y rápida como acostumbraba.

«Ponnos las cosas un poco difíciles. Que parezca que él va por delante todo el tiempo».

«Y luego le hacemos perder estrepitosamente», concluyó su dispositivo en un tono en el que Ima habría jurado distinguir cierta soberbia.

Así lo hicieron y Takana pasó dos largas horas creyendo que la reñida partida estaba en sus manos.

Como Ima no tenía que esforzarse en el juego, se esforzó en poner todo ese tiempo la cara de alguien que intentaba disimular su nerviosismo y preocupación. Debía de haberlo conseguido, porque, de vez en cuando, veía a su adversario sonreír satisfecho.

Cuando, de repente, Ima lo derrotó con un brillante e inesperado mate de alfil y caballo, Takana parpadeó incrédulo, igual que un niño al que un mago le hubiera sacado una moneda de oro de la nariz.

—Vaya —comentó Ima—, pensaba que no iba a poder remontar. Ha sido una partida verdaderamente interesante y complicada. Me ha hecho usted sudar tinta.

El hombre, tras unos segundos de palpable tensión, se recompuso como pudo y por fin consiguió levantar la vista del tablero para enfrentar a su adversaria.

—Ha sido un auténtico placer. Ahora yo cumpliré mi parte y te dejaré coger lo que quieras de la vitrina. Después, mis hombres te conducirán hasta tu embarcación.

—Querrá decir «nos conducirán».

—Lo siento, tu petición fue que, si ganabas, te dejara llevarte lo que quisieras de mi colección, no recuerdo haber oído nada sobre tus compañeros. Ellos se quedarán conmigo, quizá si negocio con Lorient un buen precio por su entrega, consiga resarcirme de las pérdidas que vas a ocasionarme.

—Entonces prefiero llevármelos a ellos. Le devuelvo las piezas.

—Me temo que no. No se pueden cambiar las reglas del juego sobre la marcha.

Ima sabía que solo le quedaba una carta por jugar y sería un órdago en toda regla. Le costó mucho controlar el temblor de su voz cuando dijo:

—Está bien. Renuncio a mi premio, eso no va en contra de las normas, y le hago esta última oferta personal: yo me quedo con usted, tal como quería, a cambio de que deje marchar a mis compañeros.

Takana la observó con una mezcla de curiosidad y respeto.

—¿Estás dispuesta a sacrificar a la reina para salvar a esos pobres peones?

Ima asintió.

—Recuerda que tendrás que quedarte aquí el tiempo que yo considere conveniente. Bien podrían ser años.

Ima se mordió el labio inferior y volvió a asentir.

—De acuerdo. Ordenaré ahora mismo que preparen una habitación para que puedas instalarte. No te preocupes, acabará gustándote vivir aquí. Quizá incluso yo acabe cayéndote bien.

Capítulo 29

Mientras Ima y Takana disputaban su partida final de ajedrez, Makh, Bibek y P'tuv fueron llevados a una amplia habitación contigua, completamente vacía y sin ventanas, donde los encerraron atados de pies y manos, aunque por lo menos esta vez no les volvieron a colocar las asfixiantes capuchas. Una vez estuvieron solos, Bibek, utilizando la lengua de P'tuv para mayor seguridad, le susurró con ansiedad a su amigo, sentado a su lado sobre el suelo de tarima:

—¿Adivinas quién es, verdad?

—Claro —contestó Makh con amargura—. Ya os dije que esto no me gustaba un pelo.

—Pues yo no tengo ni zorra idea, asín que me lo podíais aclarar —repuso P'tuv, bastante harto ya de que sus compañeros le dejaran todo el tiempo al margen.

—Es el mayor coleccionista de piezas del mundo —le explicó Makh al chico, que estaba a su derecha—. Aparte de contrabandista, mafioso, traficante… Casi todos los *Lapurrak* trabajan para él.

—Esos son los *Ricercatori* que mangan las piezas a los demás, ¿no? —preguntó orgulloso P'tuv solo por demostrar a sus compañeros que se había aprendido bien las lecciones que le habían enseñado sobre el gremio.

Makh asintió y continuó con la explicación.

—A este tío se lo conoce normalmente como Same en el mundo del hampa, aunque como ves, usa mil nombres falsos para ocultar su verdadera identidad; es uno de los personajes más poderosos de Geb. Se ha montado prácticamente un imperio y casi todos los gobiernos lo toleran porque los tiene comprados. También nos mandó a sus lacayos para tratar de sobornarnos cuando empezamos en el negocio, pero le dijimos que nosotros éramos *Hanta* y que íbamos por libre. Seguro que pronto nos obligará a entregarle todas nuestras piezas…

—Vale, lo pillo: es un pez gordo. Ahora haz un doble de esos tuyos y sácanos de aquí —sugirió el niño bajando la voz—. No hay nadie mirando.

—Sería inútil: Same también posee mi misma Habilidad, así que está al corriente de todos mis trucos y no se dejará engañar por ellos, como comprobamos cuando estábamos en el barco. También sabe que no puede crearse un Tulpa más allá de una superficie sólida y opaca, o sea, que, si genero un doble, se encontrará tan atrapado en esta habitación como nosotros.

—¿Y entonces qué? —dijo P'tuv impaciente y furioso volviendo a levantar el tono—. ¿No hacemos ná? ¿Nos quedamos paraos como pasmarotes?

—Eso es —respondió secamente Bibek—. En breve, este cabronazo nos venderá a los de Continente. Cuando estemos en uno de sus galeones, lo tendremos más fácil para huir.

Bibek, tras decir esto, lanzó una furtiva e interrogante mirada a su amigo para que confirmara sus palabras y vio que Makh, al contrario que en otras ocasiones, no le devolvía un gesto confiado y tranquilizador, sino más bien todo lo contrario.

Transcurrieron varias horas hasta que se volvió a abrir la puerta corredera de la habitación y Takana Lev, escoltado por tres guardias y también acompañado por Ima, entró para charlar con ellos.

—Supongo que estaréis ansiosos por conocer el resultado de la partida —les comentó—. Bien, aunque me pese, he de reconocer que he sido derrotado por esta magnífica jugadora.

—¡M'alegro, so pringao! —soltó P'tuv sin poder controlar su lengua, e inmediatamente se tapó la cara con las manos atadas por temor a que volvieran a golpearlo.

Sin embargo, esta vez Takana le rozó el brazo al soldado que estaba a su derecha para que no lo hiciera.

—De todos modos —continuó el hombre sin mudar el tono—, se han producido algunos cambios que os interesa saber. Aleksandra ha renunciado al premio y luego me ha hecho la siguiente oferta: vuestra libertad a cambio de la suya. Ella se quedará a vivir aquí para convertirse en mi maestra y contrincante, y vosotros podréis partir en vuestra cochambrosa barcaza de inmediato para seguir buscando piezas por ahí. No os preocupéis —añadió con un deje burlón y condescendiente al ver que Makh y Bibek intercambiaban una fugaz mirada—, no os voy a pedir que me entreguéis vuestro miserable botín, de eso me ocuparé en su debido momento. Eso sí —apuntó mientras enfocaba sus ojos oscuros y vivaces en Makh—, antes tú me

vas a contar cómo has conseguido crear un Tulpa múltiple. Ya sabes, entre hermanos de Logia no debe haber secretos…

Makh observó a Takana desde el suelo sin comprender del todo.

—Espero, de verdad, que no me hagas obligarte a decírmelo por la fuerza. Verás, en Xatarov, los soldados comentaron que habían sido engañados por un sorprendente sortilegio por el que, justo cuando estaban a punto de capturaros en diferentes puntos, los cuatro os desvanecisteis en el aire…

Los prisioneros comprendieron al unísono que Takana creía que el holograma de Ima había sido obra de Makh, y también entendieron que sería mejor que siguiera creyéndolo. Por si acaso, Makh se apresuró a confirmarle que estaba en lo cierto.

—Me gustaría saber cómo lo haces —insistió el hombre—. Es una evolución de la técnica del Tulpa de lo más atractiva.

—Quizá no me crea —respondió el muchacho sin apartar sus ojos grises de los de Same—, pero solo lo he conseguido realizar en un par de ocasiones y fue debido a la tensión del momento. Luego, nunca he logrado hacerlo de forma controlada; me sale espontáneamente.

Takana asintió y guardó silencio unos instantes.

—Me bastaría entonces con generar una situación de tensión para ver si realmente funciona como dices —apuntó al cabo con una sonrisa diabólica en los labios que hizo que todos se estremecieran—. Pero temo que una medida tan drástica pondría a mi invitada en mi contra…, aunque también es verdad que tenemos toda la vida para reconciliarnos.

Takana dirigió entonces un leve gesto de barbilla a uno de sus escoltas y este, como ya hiciera con anterioridad, desenfundó el largo cuchillo que portaba en el cinto y se colocó frente a P'tuv. Otro guardia se aproximó por detrás y sujetó al chiquillo con firmeza. Esta vez, sin embargo, la cosa fue más allá de una mera amenaza y el brutal soldado que portaba el arma blanca, con una rapidez vertiginosa y antes de que ninguno lo viese venir, le asestó un tajo al chico que cruzó su rostro en diagonal desde la frente hasta la oreja contraria, seccionando por el camino el ojo izquierdo.

Desde luego, Takana logró desatar el caos y el terror: P'tuv aullaba y se retorcía de agonía, todavía atenazado por los poderoso brazos de su captor, mientras sangraba como un cerdo degollado salpicando de rojo

la aséptica habitación y a sus ocupantes. Ima también gritó, primero un grito desgarrado y después terribles juramentos dirigidos a Takana, a quien también trató de golpear —cosa que de inmediato evitó el tercer soldado—. Por su parte, Bibek y Makh intentaban sin éxito soltar sus ataduras para socorrer al pequeño.

—Bien, muchacho —dijo Takana en voz alta para que Makh pudiera escucharlo—, genera ese Tulpa múltiple o dejaré que el crío se desangre.

Makh miró un momento a Ima con la intención de solicitarle ayuda pero esta, inmovilizada por el guardia, no apartaba la vista de P'tuv mientras lloraba e imploraba que lo socorriesen.

Makh tuvo que confiar en que su amiga acabase calmándose lo suficiente como para darse cuenta de que era imprescindible su intervención y entonces empezó a respirar hondamente para afrontar la técnica del Tulpa.

Al cabo de unos segundos, en un tiempo record para Makh, su doble se materializó como un fantasma en mitad de la estancia. Fue al descubrirlo cuando finalmente Ima cayó en la cuenta de que era necesaria su ayuda y la de su Sensei si querían salvar al niño.

Tras unos breves instantes, una copia holográfica de Takana y del guardia que sujetaba a P'tuv surgieron al lado del Tuma de Makh.

Takana, complacido, permitió entonces que el hombre que sujetaba al niño se lo llevara para atenderlo.

—¿Veis? No ha sido tan difícil. No sé por qué la gente espera siempre a llegar al límite para actuar. Bien —agregó dirigiéndose a Makh—. No puedo faltar a mi palabra y obligar a que te quedes para enseñarme este extraño descubrimiento, pero ya que he constatado que es real y posible, intentaré averiguar cómo hacerlo. Si llegas a controlarlo un día, te invito a que me busques para compartirlo conmigo, te lo pagaré debidamente. Y ahora, en cuanto arreglen al mocoso impertinente, podréis marcharos en paz.

Una vez fuera de la habitación, mientras caminaban por el luminoso pasillo, Ima, sujetándose los brazos con fuerza sobre el pecho en un intento por no derrumbarse, prometió a Takana que no le reprocharía jamás el horrible incidente si le permitía ir a despedirse de sus compañeros. El hombre, tan sereno como antes de entrar en el cuarto, pero con sus claros ropajes de seda salpicados de manchas carmesí, cedió a la petición con una dulce sonrisa.

De este modo, a última hora de la tarde, cuando el sol estaba a punto de ponerse, Ima pudo sumarse al grupo encabezado por Same que se dirigió a los muelles un poco antes que el escuadrón que custodiaba a los prisioneros.

Ahora que llevaba los ojos sin tapar, Ima pudo contemplar el frondoso y selvático paisaje de la montañosa isla en la que se hallaban —sin duda de origen volcánico— y distinguir que los cantos y graznidos que se escuchaban continuamente procedían de un sinfín de loros y cotorras exóticas de variadas especies.

Cuando, ya en el escondido puerto, Ima vio aparecer a P'tuv junto a Makh y Bibek (estos dos otra vez encapuchados y férreamente escoltados), se llevó las manos a la boca para reprimir un nuevo grito. Con el fin de cerrar la profunda herida del rostro del niño, habían utilizado un hierro candente para así poder cauterizarla, y ahora una horrorosa quemadura escarlata le cruzaba la cara pasando sobre un ojo izquierdo cerrado y ciego para siempre.

Por lo visto, reflexionó Ima, también debían de haberle suministrado algún potente calmante porque el chico había llegado al muelle por su propio pie y, aparte del mal color que lucía y de su expresión desorientada, no parecía estar sufriendo.

Ima supo que aquella era la última oportunidad para hablar con sus amigos, más concretamente con P'tuv, el único que no iba encapuchado y al que, dadas las circunstancias, quizá le dejaran acercarse un momento, así que se lanzó sin demora hacia el niño para abrazarlo y preguntarle cómo se encontraba. Enseguida un soldado hizo amago de ir a retenerla, pero Takana le dio una señal para que se detuviera.

Entonces, la mujer, usando el idioma de P'tuv y en un tono cariñoso que daba a entender que estaba efectivamente despidiéndose de él, le dijo mientras le acariciaba el lado sano del rostro:

—Esta es la isla de los pájaros. Dentro de una semana, venid a recogerme a la cala en forma de caldero, al oeste.

Entonces, un soldado la obligó a retirarse y, a continuación, hicieron subir a los prisioneros a bordo del Sonräk. Este sería remolcado nuevamente por uno de los ligeros pero sólidos barcos de Same hasta una distancia de seguridad en mar abierto, de forma que los intrusos no pudieran localizar aquella base secreta.

Ima observó, temblando igual que una débil llama en medio de una

corriente de aire, cómo su querida barcaza y sus tripulantes desaparecían en el horizonte a la par que un enorme sol enrojecido, y rezó para que P'tuv no estuviera tan drogado como para no haber entendido su mensaje. Su plan de fuga, en el que había empezado a pensar desde el mismo instante en que decidiera permanecer en la isla, dependía por entero de ello.

Capítulo 30

—Esos hijos de puta han dejado esto patas arriba. Será cabrón y mentiroso el tío: «No voy a pediros ahora vuestro miserable botín…» —pronunció Bibek furioso imitando a Takana una vez estuvieron en el Sonräk, libres ya de sus ataduras y de sus captores.

—Bueno, alegrémonos de que no descubriesen las piezas — repuso Makh mientras comenzaba a recoger del suelo los objetos esparcidos por el interior de la cabina.

—Sí, el día que conozcan la existencia del prasadium estaremos jodidos.

—Confiemos en que eso no pase nunca. P'tuv, ¿estás bien? Deberías acostarte —dijo Makh al niño al ver que esté se sentaba desganado en los escalones que subían hacia cubierta.

P'tuv se encogió de hombros, se levantó tambaleándose y, sin decir ni media palabra, se derrumbó como un fardo sobre su hamaca.

—Deberíamos ir a tierra para conseguir medicamentos — propuso Bibek.

—¿Y qué hacemos con Ima? ¿No vamos a intentar rescatarla?

—¿Se te ocurre cómo? Nos descubrirán en cuanto asomemos los morros por su asquerosa isla, que por cierto, ni siquiera sabemos dónde queda.

Makh se agachó y rescató de debajo de la mesa uno de los mapas de navegación. Luego lo extendió y lo observó con detenimiento.

—Hemos navegado tres días, lo mismo que cuando nos capturaron y nos llevaron allí. Podemos trazar un círculo desde aquel punto y ver qué islas quedan a esa distancia.

—¿Y luego, qué? ¿Reclutamos una flota armada y vamos asaltando una isla tras otra?

Makh se sentó en el banco corrido pegado a la pared y se mesó el blanco cabello con ambas manos en un gesto de extremo agotamiento. Por fin, levantó el rostro y propuso sin demasiada convicción:

—Bueno, vayamos por partes. Lo primero, como dices, es atender a P'tuv. Después, ya pensaremos qué hacer. Ahora mismo estamos demasiado cansados.

Bibek, queriendo aportar algo más de optimismo a la situación, recogió el catalejo tirado en un rincón y regresó a cubierta para otear el despejado y claro horizonte de aquel recién estrenado nuevo día. Al cabo de un rato, volvió a entrar en la cabina para anunciar que se veía tierra al este, a media jornada de distancia.

—Iremos allí —propuso con resolución—, nos enteraremos de dónde estamos, descansaremos y esperaremos a que P'tuv se recupere. Entonces planearemos algo decente. Al menos sabemos que Ima no va a moverse y creo que Same la tratará bien si ella le sigue convenientemente el juego.

—Isla de los pájaros —susurró entonces P'tuv en su tosco idioma sin alzar siquiera la cabeza de su hamaca—. En una semana. En una cala con forma de… de sartén. O de cazuela…O alguna mierda asín.

Tras una hora de atento escrutinio de sus mapas, Makh y Bibek se dieron por vencidos: no había ninguna isla, islote, pueblo o ciudad con ese nombre o similar en cientos de millas a la redonda.

—Seguramente el chico estaba delirando —dedujo al cabo Bibek mientras se encendía un cigarrillo y, con los pies sobre la mesa, se recostaba contra la silla, apoyada en el suelo sobre dos patas—. Ese nombre no me suena en absoluto.

Makh seguía con el ceño fruncido. No quería desechar tan pronto la única pista que tenían.

Entonces cayó en la cuenta de algo: si Ima le había dado a P'tuv aquella información en el muelle, delante de Takana y de sus hombres, se habría cuidado mucho de no delatarse pronunciando en alto el nombre original de la isla y por eso lo había dicho en el idioma del niño. ¿Pero a qué lengua debían traducirlo? Porque, desde luego, no se trataba de la lengua común, que era en la que habían estado buscándolo… y tampoco podía ser otro idioma de Geb, pues Ima no los conocía. El único idioma que quedaba era el de la propia Ima, lo cual también les conducía a un callejón sin salida.

O no…

Makh se golpeó la frente mientras soltaba un juramente y corrió hasta

el compartimento secreto donde ocultaban la mercancía. De allí extrajo el pequeño traductor biomecánico que, por seguridad, habían decidido esconder. Cuando se lo hubo colocado en la base del cuello, tal como le había enseñado Ima, le pidió al extraño artilugio que tradujera a su idioma base aquellas palabras.

Al cabo de unos pocos minutos, Makh había dado con la isla secreta de Takana Lev: Litumya (que sonaba muy parecido a «pájaros» en finlandés).

—Y mira —exclamó entusiasmado Bibek—, aquí al oeste, en esta pequeña península, hay una bahía con pinta de gran olla. No hay duda de que P'tuv se refería a ella; es el enclave perfecto para acercarnos sin ser vistos. Esa mujer es un puto genio.

—El problema es qué vamos a hacer con P'tuv —dijo Makh preocupado—. Si solo disponemos de una semana y ya hemos consumido tres días, apenas tenemos el tiempo justo para regresar.

—Podemos parar por el camino y dejarlo en algún puerto para que lo atienda un médico. La isla de Tirna no está muy lejos de Litumya.

—Ni hablar —interrumpió P'tuv con un hilo de voz—. A mí no me dejáis por'ahí tirao. Voy con vosotros. Estoy bien. Puedo aguantar el dolor.

—No es solo eso —le explicó Makh en un tono más amable—, me da miedo que se te infecte la herida.

—Bueno, en nuestro botiquín al menos tenemos vendas y alcohol para limpiarla —alegó entonces Bibek poniéndose en pie para comprobar que, efectivamente, dichos materiales seguían en el armarito situado al fondo del camarote—. Si el chico dice que aguanta, yo le creo.

Con el correr de los días, Ima fue consiguiendo disimular el rechazo visceral que sentía en presencia de Takana. Y es que, cada vez que lo tenía delante, no podía evitar ver la cara mutilada de P'tuv y escuchar sus gritos de salvaje sufrimiento.

En la siguiente ocasión en la que volvieron a jugar una partida de ajedrez, la mañana posterior a la marcha de sus amigos, sus manos no dejaron de temblarle. No obstante, pudo resarcirse un poco derrotando a su rival sin contemplaciones, de la forma más humillante y tajante posible (así se lo indicó a su Sensei). Por desgracia, el efecto que

consiguió con esa táctica no fue el esperado.

—Está claro que he hecho bien en tomarte como maestra —le había dicho Takana entonces con honda admiración—, y también es evidente que en la anterior partida fuiste muy benévola conmigo. No consentiré que vuelvas a mostrarte condescendiente.

Ima no tardó en comprobar, tres días después, que aquella frase de Takana no era una mera expresión. Habían pasado toda la mañana jugando y ella estaba deseando retirarse a su cuarto para poder continuar elaborando su plan de fuga, así que decidió dejarle ganar una partida, por supuesto sin que resultara algo obvio. Pensó que, de ese modo, él pondría fin al férreo entrenamiento diario. Se equivocó por completo.

—Si mal no recuerdo —dijo Takana con una expresión tan fría que Ima se asustó al verla—, tu padre castigaba a la hija que perdía obligándola a caminar veinte kilómetros para traer agua. Dado que el método le funcionó tan bien, vamos a seguir poniéndolo en práctica. Así te lo pensarás dos veces la próxima vez que pretendas engañarme como a un niño.

Pocos minutos después, Ima se encontraba en las puertas de la gran casa señorial de Takana portando una larga y flexible vara de bambú en los hombros de cuyos extremos pendían dos pesados cubos de madera.

—Uno de mis hombres te guiará hasta la Cascada Verde, en las montañas. Espero que el paseo te resulte estimulante.

Ima pasó el resto del día cumpliendo esa tarea tan propia, meditó, de un dios olímpico iracundo y vengativo. Si el ascenso hasta aquella empinada montaña, que duró al menos cuatro horas, se le hizo duro (su guía y custodio no le permitió detenerse a descansar en ningún momento), el camino de regreso fue un verdadero calvario. El peso de los cubos era tan grande que la venció en varias ocasiones haciéndola caer dolorosamente de bruces. Por fin, tras cinco intentos en los que tuvo que volver a ascender hasta la cascada para rellenar los recipientes, consiguió bajar, frenándose de medio lado, sin derramar el contenido que esa última vez había tenido la previsión de llenar con menos cantidad.

Cuando llegó a la casa, ya de noche, exhausta y magullada, tuvieron que quitarle la pértiga con los cubos porque ella no podía ni agacharse. Dando tumbos consiguió alcanzar su habitación en el

segundo piso. Entonces, se dejó caer sobre su duro futón y solicitó a su Sensei que le suministrase un inhibidor celular y neuronal contra el dolor. Pronto este fue remitiendo hasta que logró quedarse dormida. Mientras lo hacía, bendijo aquella prodigiosa tecnología y pensó en el pobre P'tuv, que no había tenido tanta suerte como ella. Aunque, desde luego, las posteriores agujetas y ampollas no se las quitaría nadie.

Su Sensei también fue clave a la hora de desarrollar el plan de huida. Él había averiguado cuál era la isla donde se hallaban y había calculado también cuál sería el punto más adecuado y seguro para que la recogiesen sin ser detectados. También iba a ser fundamental para llevar a cabo la parte final de su estrategia.

El último día del plazo que había dado a sus amigos para ir en su búsqueda, Ima, siguiendo la rutina que habían establecido para ella, se levantó, se aseó y, tras desayunar con los criados en la cocina, se dirigió a la sala donde instruía a Takana en el arte del ajedrez. Era la misma sala en la que jugaran su primera partida, aquella donde se encontraban también guardadas las piezas de «La Gran Máquina». Confiaba en que, como venía siendo costumbre, tras terminar el entrenamiento, Same la dejara pasear libremente por los extensos jardines hasta la hora de la cena.

Así sucedió, y tras vencer a su alumno en un par de reñidas partidas —Ima pidió a su Sensei que bajara un poco el nivel para que este sintiera que iba progresando—, ambos se levantaron y abandonaron la habitación. Cuando estaban a punto de separarse, ya en el pasillo, Ima dijo haberse dejado dentro el libro que estaba leyendo y Takana le indicó al guardia que custodiaba la puerta que la dejara pasar un momento. Después, él siguió su camino. A los pocos segundos, una perfecta holografía en tres dimensiones de Ima abandonaba el recinto con el librito en sus manos.

Cuando volvió a cerrarse la puerta corredera, Ima, aguantando la respiración, extrajo una a una las piezas guardadas en la vitrina y las introdujo en una bolsa que había escondido bajo su chaqueta.

Hecho esto, su Sensei creó el correspondiente holograma de cada objeto —una variedad llamada «estable» que podía aguantar indefinidamente— y los proyectó en el sitio exacto que correspondía a cada uno.

El siguiente paso era salir sin ser vista.

De nuevo, su Sensei se ocupó de despejarle el camino, esta vez por medio de un audio que reprodujo la voz del jefe de seguridad —que previamente habían registrado y manipulado— llamando al guardia de la puerta desde el fondo del pasillo.

En cuanto el hombre se dirigió hacia la voz del superior que lo reclamaba, Ima se deslizó fuera con sigilo y corrió en dirección contraria.

Tuvo que detenerse en un rincón porque el corazón parecía que iba a explotar dentro de su pecho como un fuego artificial.

Después, en un lugar apartado del jardín, sacó de un arbusto la mochila con provisiones que había dejado preparada la noche anterior e introdujo en ella las piezas robadas de la máquina.

Quedaba tan solo llegar al exterior de la casa. Pero antes, se aseguró de dejar una holografía de ella misma dormida plácidamente, con el libro caído en su regazo y la cabeza apoyada contra el pilar de madera de una bonita pérgola situada en el centro del jardín. Desde ese punto quedaba a la vista de prácticamente todo el mundo y era poco probable que alguien fuera a molestarla en tales circunstancias. Pese a ser criminales, se mostraban bastante respetuosos con ella.

Durante toda la semana había fingido pasear, abstraída en la lectura de los libros que Takana le había dejado coger prestados de su biblioteca, con el propósito de hallar un punto débil por el que escabullirse. Y por fin dio con uno en la parte trasera de la finca, donde un gran Ginkgo Biloba crecía pegado al muro.

Iba a empezar a trepar cuando alguien a sus espaldas balbuceó su falso nombre con la incredulidad del que se topa con algo que no es posible. Al darse la vuelta, comprobó que se trataba de la señora Yugar, ama de llaves de la casa, una mujer más o menos de su edad, aunque más robusta que ella. Su cara de estupefacción hizo entender a Ima que esta seguramente acaba de ver su holograma roncador al otro lado del jardín. Si no actuaba pronto, Yugar acabaría por reaccionar, y eso no lo podía permitir.

¿Pero sería capaz de hacer lo que tenía que hacer? Jamás había agredido físicamente a nadie… No era momento de detenerse a pensar, así que dejó resbalar de sus hombros la pesada mochila, se lanzó hacia su aturdida rival y consiguió tumbarla en el suelo sujetándola luego por los brazos. Sin embargo, eso no fue suficiente y el ama de llaves, revolviéndose como una fiera, logró quitársela de

encima. Por suerte, estaba demasiado rabiosa como para acordarse de dar la alarma. Ima se vio de pronto peleando a muerte dominada por una ira inaudita y desconocida.

En una de las furiosas vueltas en las que ambas giraron enredadas mientras se lanzaban puñetazos, Ima vio que estaban tocando casi el muro y aprovechó que en ese instante ella estaba encima de la otra mujer para coger su cabeza y golpearla con fuerza contra este. Al cuarto golpe, Yugar perdió el conocimiento.

Ima se levantó mareada y temblando sin control. Sangraba por varios cortes y mordiscos, y un duro bolo en su estómago la obligó a vomitar violentamente. Supo que aquella terrorífica escena poblaría sus insomnios y pesadillas hasta el último día de su vida. Pidió a su Sensei una evaluación de sus heridas, que no presentaron mayor importancia, y luego una descarga extra de adrenalina para no desfallecer.

Acto seguido, después de tapar el cuerpo de la mujer con unas ramas, trepó por el tronco inclinado del Ginkgo y luego, cuando el guardia que vigilaba en la torre de la esquina oeste giró para mirar hacia el otro lado, saltó al suelo que, al estar cubierto de densa vegetación, amortiguó la caída y le sirvió para ocultarse.

Tras avanzar lentamente unos cuantos metros arrastrándose igual que un lagarto, consiguió rebasar el perímetro de vigilancia de los soldados y pudo erguirse para salir corriendo hacia su objetivo. El trayecto no le llevaría menos de seis horas que, en ese momento, se le antojaron pocas, pues sentía que para dejar atrás aquel horror necesitaría correr y únicamente correr sin pensar en nada más durante semanas.

Si todo iba bien, su Sensei había calculado que alcanzaría la cala sobre las ocho de la tarde. Ya solo restaba confiar en que sus compañeros estuvieran allí aguardándola porque, en caso contrario, las cosas se le iban a complicar peligrosamente.

Capítulo 31

Bibek llevaba un par de horas escudriñando la playa con el catalejo, cuando por fin, con el sol a punto de apagarse en el océano, anunció con alivio y apremio que Ima acababa de aparecer en la cala.

Se hallaban anclados en una bahía con forma de herradura que les otorgaba una buena protección, pero aun así, estaban deseando largarse de aquella vigilada isla cuanto antes.

—Viene muy cargada —informó Bibek a su compañero al ver la mochila que la mujer portaba a sus espaldas—. Será mejor que la ayudes. Iría yo, pero ya sabes lo que me cuesta luego secarme…

Makh resopló ante la pobre y manida excusa de Bibek, que siempre que podía la utilizaba para librarse de meterse en el agua, y se lanzó al mar de cabeza.

Cuando Ima y Makh estuvieron a bordo con la preciosa mercancía, la mujer fue de inmediato a la cabina para ver a P'tuv. Este estaba tumbado en su hamaca. La herida, comprobó ella escaneándola con su dispositivo médico, no tenía mal aspecto dentro de lo que cabía; al menos no se había infectado y estaba cicatrizando adecuadamente.

—Eh, deja de abrazarme ya —se quejó al cabo el niño—, que no soy un jodido gato.

—¿Sabes, P'tuv? —dijo Ima mientras le cogía de la mano—. Le he robado todas las piezas de la máquina a ese cabronazo. Seguramente somos los *Ricercatori* más afortunados de toda Geb. Y lo he hecho por ti, como venganza.

El rostro demacrado del chico se iluminó con una gran sonrisa y su único ojo también brilló con fuerza.

—Bien —exclamó—, porque yo acabo de echarle una maldición a él y a su puta isla. He pedido a to's los demonios del mundo que los machaquen hasta hacerlos desaparecer.

Ima sonrío divertida. Al parecer, P'tuv se estaba tomando muy en serio su papel de poderoso chamán en ciernes. Pensó también que, en situaciones como aquella, lo de lanzar una buena maldición era quizás

la mejor terapia y desahogo que uno se podía permitir. De alguna forma había que dar salida a todo ese odio, impotencia y sufrimiento acumulados.

La tranquila escena se vio bruscamente interrumpida cuando Makh abrió la puerta del camarote y les anunció que acababan de divisar un barco de Same acercándose hacia ellos.

Ima corrió a cubierta y comprobó que, efectivamente, había un barco de guerra esperándolos a la salida de la bahía. Lanzó un burdo juramento. Seguramente habían descubierto a Yugar en el jardín o quizá ella misma había recuperado el conocimiento y dado la alarma… Daba igual, en cualquier caso, allí estaban, a punto de abordarlos.

—¿Podremos librarnos de ellos? —le preguntó a Bibek.

Este, que estaba maniobrando al timón para dar media vuelta, se limitó a hacer un arisco gesto impaciente. Mientras tanto, Makh se dirigió raudo a desplegar la rojiza vela.

De pronto, y sin que mediara ningún aviso, el barco de Same disparó sobre ellos una andanada de cañonazos. Uno de ellos impactó contra el mástil, que se partió en dos emitiendo un atronador quejido de madera y astillas rotas. A punto estuvo el Sonräk de volcar y, aunque no lo hizo, quedó tan inclinado hacia babor —por donde había caído el mástil, todavía unido peligrosamente a su base—, que el agua empezó a entrar rápidamente por todas partes.

—¡Si no lo cortamos, nos hundirá! —gritó Makh al tiempo que sacaba una gran hacha de uno de los bancos pegados a la punta de proa.

—Creo que eso va a dar igual —objetó Ima mientras observaba con terror el barco enemigo—. Se disponen a disparar de nuevo. Van a volarnos por los aires. ¡Hay que salir de aquí!

Se giró y corrió al interior de la cabina para recoger a P’tuv.

Estaba saliendo con el niño agarrado de su mano, cuando vio que Makh y Bibek todavía continuaban a bordo y que, lejos de estar siguiendo sus indicaciones de evacuación, se habían parado a mirar en dirección al barco. Iba a gritarles qué demonios hacían cuando ella misma obtuvo la respuesta: un galeón de Continente, también con sus cañones desplegados en hilera, había surgido por detrás del navío de Same y lo apuntaba de forma amenazadora.

Bibek fue el primero en reaccionar y, tras tomar un machete, llegó hasta el mástil caído y comenzó a cortarlo. Al poco, Makh se unió a él con su hacha.

—Debemos aprovechar para intentar huir —le dijo Bibek a Ima que los miraba sin entender—. Yo tampoco sé de qué diablos va todo esto, pero mientras dura la confusión, lo primero es salvar el Sonräk.

Ima agarró entonces el catalejo que había junto al timón y lo dirigió hacia los barcos. Takana estaba en el castillo de proa del suyo, mirando desafiante hacia el galeón, donde un marinero les estaba transmitiendo indicaciones con unas banderas. Debían de significar que querían dialogar con ellos porque, a continuación, lanzaron un bote al agua al que descendió el que parecía ser el capitán, acompañado por un puñado de soldados de Continente fuertemente armados.

Ima informó a sus compañeros de lo que ocurría.

—Perfecto —rugió Bibek al que el agua ya llegaba por las rodillas—, pues que hablen todo lo que quieran, a ver si mientras conseguimos pirarnos de aquí.

Tras una agotadora y frenética lucha contra el mástil, los dos amigos consiguieron liberar el palo y el velamen, que se hundieron en el mar en un suspiro dejando la barcaza con un aspecto deplorable y fantasmal.

Por desgracia, no habían sido lo suficientemente rápidos y el galeón de Continente volvió a ponerse en marcha hacia su dirección.

—Han estado discutiendo acaloradamente —les comunicó Ima todavía con el catalejo en la mano—, pero parece que Takana al final ha cedido y se está retirando, mirad.

Todos comprobaron que, tal como decía su compañera, el barco de Same maniobraba para dar la vuelta.

—Bueno —meditó el empapado Bibek, tratando de recuperar el aliento—, si nos van a capturar, mejor que sean estos cretinos que no ese puto carnicero.

En cuestión de minutos, la tupida sombra de la nave de guerra se cernió sobre los tripulantes del Sonräk, que fueron invitados a subir a bordo no de muy buenas maneras.

En cuanto estuvieron en el galeón, les inmovilizaron las manos con unas ceñidas esposas de acero. Entonces, el capitán del barco, un hombre mayor de pelo canoso y una cara que semejaba haber sido picoteada por los pájaros, se dirigió a ellos con tono firme:

—Nos ha costado mucho convencer a Same de que sois propiedad de Continente y de que no le conviene ponerse en nuestra contra. Parece que tenía bastantes ganas de hincaros el diente. Está claro que poseéis un talento especial para sacar lo peor de la gente a la que desafiáis…

Makh rezó porque Takana no les hubiera contado lo de su Habilidad como miembro de la Logia de los Chaya, porque, si era así, tomarían medidas al respecto y su fuga se tornaría imposible. Su pregunta, no obstante, fue respondida entonces de la peor y más inesperada manera.

—Desde luego, tiene usted razón, capitán —corroboró un fría voz femenina tras el círculo de soldados que rodeaba a los prisioneros—, resultan de lo más desquiciantes.

Una esbelta figura se abrió paso hasta el frente del grupo. Tenía el pelo corto y de color negro intenso y sus ojos azul oscuro centelleaban con una luz inteligente y decidida. Pese a todo, Makh la reconoció al instante. Bibek lo hizo un par de segundos después y soltó una soez palabrota.

Madeleine se aproximó hasta Makh y lo observó largamente con una mirada extraña que este no supo interpretar muy bien. Hasta que el puño de la joven se estampó con violencia en su estómago.

—Es para comprobar si eres real o uno de tus irritantes espectros.

Acto seguido, le levantó la cabeza con suavidad, le acarició el rostro con ternura y sus ojos se empañaron conmovidos. ¿Se había vuelto completamente loca?, se preguntó Makh, incrédulo. ¿Aquel esporádico y extraño encuentro sexual que habían mantenido había significado para ella algo más que para él? Estaba tan confuso y sorprendido que su cara no pudo evitar reflejarlo.

—Cierra la boca, Teg —le susurró entonces Madeleine con los ojos fijos en los suyos—, pareces tan tonto como cuando tenías cinco años.

Luego, se dirigió a sus hombres y les ordenó que lo llevasen a su camarote.

—Vamos a continuar esta charla en privado.

Bibek no había escuchado lo que Madeleine le había murmurado a su amigo, pero observando su expresión, temió que debía de haber sido algo terrible; nunca lo había visto tan desencajado ni aterrorizado. Lo llamó varias veces por su nombre, pero este no parecía capaz de oírlo.

Cuando Makh estuvo en el interior del camarote, Madeleine pidió que los dejaran a solas. Se acercó a su escritorio y preparó un vaso de agua que acercó a los labios de Makh, que bebió dócilmente, sin ser apenas consciente de lo que hacía.

—Venga, Teg, reacciona, que parece que te va a dar algo.

—¿Por qué me llamas por ese nombre? —acertó a balbucear todavía con la boca pastosa.

—¿No querrás que te llame Enrico? —respondió la joven con sarcasmo. Luego, poniéndose más seria continuó—. Tuve un encuentro revelador hace poco con alguien que conocía muy bien nuestro pasado y me informó de que no habías muerto como me hicieron creer hace años. Supongo que me lo merecía después de haber fingido mi desaparición… Por mi culpa murieron nuestros padres. Yo —añadió Madeleine tragando saliva, sin atreverse a levantar la vista del suelo —, era solo una cría y lo único que pretendía era darle una lección a nuestro padre por no querer hacer el rito que nos había indicado el chamán. Tenía miedo de los espíritus…

—¡Basta! —gritó furioso Makh levantándose de la silla en la que se había dejado caer al entrar— ¡No te atrevas a jugar con el recuerdo de mi familia!

—Teg —insistió Madeleine con un tono suplicante—, por favor, mírame. Soy Oyuun, tu hermana. ¿Recuerdas por qué cruzamos por la Pradera Sagrada aquel día? Habíamos ido a casa de Nergüi para decirle que no volviera a insultarte. Yo le pegué un sopapo y empezó a sangrar por la nariz. Nos asustamos y escapamos corriendo. Había vuelto a nevar y sin darnos cuenta nos metimos en la zona prohibida… Pero el chamán se enteró y vino a vernos esa misma tarde.

Madeleine narró a Makh, que la miraba como a un espíritu venido del más allá, su versión de lo acontecido aquellos fatídicos días. Por mucho que se empeñaba en no creerla, había datos que nadie más que él —y sus difuntos padres— podrían haber sabido. Pero pese a la lógica, le resultaba imposible admitir que aquello fuera cierto. Oyuun había muerto…, aunque nunca se había encontrado su cadáver ni

hallado ninguna pista de cómo había ocurrido. Y todo lo que contaba Madeleine era tan verosímil…, se imaginó perfectamente a la cabezota de su hermana escondida en el estrecho sótano de su casa para escarmentar a su padre; era tan propio de ella…

Por fin, Makh decidió ponerla a prueba con una pregunta definitiva.

—Aquel día, cuando entramos en el bosque, te dije qué nombre de adulto quería que me diesen, solo te lo conté a ti porque no se podía pronunciar en voz alta.

—Es verdad —recordó Madeleine abriendo mucho los ojos—, en pocos días iban a despojarte de tu nombre disuasivo… —Ahora cerró los párpados tratando de hacer memoria—. Espera, hace demasiado que no miraba tan atrás… Creo que era algo muy pretencioso y yo me burlé de ti por eso… Sí —exclamó la joven sonriendo—: era Zorig, querías llamarte «Coraje», ¡aunque te daban miedo hasta las gallinas del vecino!

—Una me picó en la cabeza cuando era un bebé y les cogí miedo… —se defendió Makh sin pensar.

Madeleine dejó de reír y le preguntó en un tono amable:

—Bueno, y finalmente, ¿qué nombre te pusiste? No creo que sigan llamándote «Cero».

Makh sintió que se sonrojaba levemente.

—El chamán que me adoptó me puso Takhiany Makh, otro nombre para ahuyentar a la muerte, aunque todos me llaman Makh.

Capítulo 32

—¿Lo estará torturando? —preguntó angustiada Ima al ver que, pasada más de una hora, seguían sin bajar a Makh a la bodega del barco donde los tenían encerrados.

—Hombre, fijo que al ajedrez no están jugando —señaló P'tuv, inmutable, mientras se rascaba un sobaco y luego se llevaba la mano a la nariz.

Bibek, sentado sobre la paja con la que habían cubierto el suelo de la angosta celda y con la espalda apoyada en la pared del fondo, hizo una mueca de resignación y luego se preguntó si debía tranquilizar a su compañera revelando la historia secreta que Makh se había traído con Madeleine.

—No te preocupes —le contestó finalmente a la mujer que seguía con la vista clavada en el final del pasillo—, me temo que se lo ha llevado a su camarote para otra cosa muy distinta, ya me entiendes…

Ima soltó las manos de los barrotes, se giró y le lanzó a Bibek una mirada interrogante, la verdad es que no comprendía a qué se refería con aquella última frase ni a que venía pronunciarla con aquel retintín. ¿Qué trataba de insinuar?

P'tuv se encargó de aclarárselo enseguida.

—¿Crees que están…? —preguntó, acompañando sus palabras con un movimiento obsceno de caderas.

—Por dios, P'tuv —le espetó la mujer—, no seas marrano… —Y luego mirando de nuevo a Bibek, preguntó—: ¿Cómo van a estar…?

El expresivo gesto de asco de Bibek le confirmó sus dudas. Ima parpadeó unas cuantas veces, como si algo molesto se le hubiera metido en los ojos.

Mientras tanto, en el camarote de Madeleine, la tensa conversación continuaba. La joven le había quitado las esposas a Makh y este se paseaba por el cuarto nervioso y sobrepasado por cientos de sentimientos contradictorios. Parecía un tifón atrapado en una botella. Tenía tanto que contar, que preguntar y que reprochar, que cada vez

que empezaba una frase se interrumpía a sí mismo para callarse de inmediato y comenzar otra sin éxito.

Madeleine tampoco se hallaba mucho más calmada y también sentía en su interior un torbellino de emociones e interrogantes. Se sirvió una tercera copa de jerez.

—Mira —dijo al fin ella tras apurar un trago—, no podemos aclararlo todo ahora, ya tendremos tiempo para ir poco a poco. En cuanto entregue en Lorient a la extranjera, pediré unos días de permiso y nos pondremos al día.

Makh se detuvo entonces y lanzó una mirada airada a Madeleine. Esta se apresuró a añadir:

—Tranquilo, no os pasará nada ni a ti ni a tus amigos. Diré que escapasteis.

—Pero... ella también es mi amiga —recalcó Makh con furia.

—Uy, qué enternecedor —se burló Madeleine con malicia—, ya os habéis hecho amiguitos en tan poco tiempo.

Luego, ambos se observaron en silencio y constataron la insalvable distancia que los separaba.

Bibek trató de liarse un cigarrillo, pero la mitad del tabaco se le cayó al suelo de entre los dedos temblorosos. Arrojó el papel y la boquilla a un rincón de la celda mientras lanzaba un juramento, y entonces se pasó ambas manos por la cabeza.

—¿Tu hermana la que estaba muerta? —volvió a preguntar a su amigo, al que hacía tan solo cinco minutos habían metido esposado a la celda—. Me cago en la puta, Makh, esa arpía está jugando contigo. Quiere descolocarte para dejarte fuera de combate y que no intentes nada.

Makh les explicó que, por mucho que deseara que así fuera, había quedado más que demostrado que no mentía.

—¿Te'as tirao a tu hermana? —preguntó el inoportuno de P'tuv sacando la lengua en una mueca de repugnancia absoluta.

Makh clavó los ojos en Bibek, estupefacto. No podía creer que hubiera sido capaz de revelarles tal secreto a sus compañeros pese haber

jurado que no lo haría jamás.

—No le hagas caso —se apresuró a aclarar el *Haarig*—, este pervertido creía que te había llevado a su camarote para eso…

—¡Eh! —se defendió el niño— ¡Has sido tú el que lo'a dejao caer!

Antes de que Bibek se lanzará a por P'tuv para cerrarle el pico a golpes, Ima se colocó entre ambos y trató de mediar para calmar los ánimos.

—Vamos a dejar este tema. Además —añadió dirigiéndose a Makh—, si algo así ha ocurrido, tampoco es para tanto; hay muchas tribus en las que el incesto es algo totalmente aceptable y cotidiano. Se trata simplemente de una cuestión cultural. Y tu vida sexual no es asunto nuestro, por otra parte.

Makh estaba rojo como una guindilla en llamas. La verdad es que en esos momentos hubiera preferido estar siendo torturado por los soldados.

Pero, ¿y si Bibek tenía razón y Madeleine estaba divirtiéndose a su costa? Era una Intuitiva de máximo nivel, a saber qué poderes ocultaba. Quizá tenía Habilidades que la gente desconocía, como ocurría con los de su propia Logia, que guardaba en el más estricto secreto técnicas como la del Tulpa, entre otras. Tal vez ella poseía el don de la adivinación y por eso sabía todo aquello sobre él y su familia…

—Si al menos pudiera estar seguro… —suspiró al cabo, más para sí mismo que para el resto.

Ima lo volvió a mirar fijamente, traspasándolo. Acababa de ocurrírsele una idea.

Dos días más tarde, al amanecer, el vigía llamó a la puerta de su capitana y le anunció que estaban acercándose a un puerto donde les sería posible encontrar un Enlace.

Madeleine asintió y luego regresó a su escritorio.

Llevaba noches sin dormir y sin apenas comer nada. Conforme se aproximaban a Lorient, su inquietud se volvía más arisca, como un gato al que acercan a una bañera para lavarlo. Ni siquiera tenía claro qué le iba a contar a Loïck cuando tuviera que hablar con él en un

rato para pasarle el informe correspondiente. ¿Le diría que había capturado a la extranjera y a sus amigos o le diría que estos últimos habían escapado? Su intuición era tajante al respecto: hiciera lo que hiciera, su hermano no se lo perdonaría. Y entonces, ¿de qué habría servido recuperarlo?

Se levantó de su butaca y se acercó hasta la amplia cristalera que se asomaba a la elevada popa del galeón. Trató de respirar pausadamente para calmarse. ¿Qué pensarían sus padres de ella si pudieran verla entregando a su hermanito para que lo torturasen hasta su muerte? Por mucho que se dijera que nada porque ambos estaban criando malvas, el sentimiento de culpa y de vergüenza no desaparecía. «¿Acaso no te bastó con matarlos a ellos que ahora tienes que terminar con el único superviviente de tu familia?», le recriminó la molesta vocecilla de su conciencia. «¿En qué clase de monstruo inhumano te has convertido?»

Madeleine apoyó su cabeza contra el cristal. ¿Qué camino le quedaba?, se preguntó derrotada. ¿Dejarlo todo y largarse con ellos? ¿Sacrificar su vida, la posición que tanto le había costado alcanzar, para estar con un desconocido y llevar una vida miserable? Porque aunque tuvieran la misma sangre, él no dejaba de ser un extraño, es más; un enemigo, en realidad, al que hasta hacía poco había odiado con toda su alma. Y lo mismo sentía él respecto a ella.

No había solución buena, reconoció al fin mientras perdía la vista en el crispado océano salpicado de volutas blancas que iban dejando atrás. Lo más indicado, si al menos quería acallar su latosa conciencia, sería liberar a Makh y a sus amigos y entregar a la mujer.

Entonces, una voz que no era la suya repitió en su cabeza como un insidioso eco: «Debéis encontrar las piezas, todas, sin falta, de inmediato».

La joven maldijo en alto. Se había olvidado de aquella parte… Si ciertamente tenía que buscar las piezas de «La Gran Máquina» junto a aquellos *Ricercatori,* ¿cómo hacerlo sin ponerse en contra de Loïck?

¿Y qué podría hacer «La Mente Eterna» —se preguntó de pronto con furia— si no la obedecía? Quizá era hora de echarle valor al asunto y averiguarlo. Si de algo estaba segura, era de que no quería ser la marioneta de nadie. Además, se reafirmó ella misma, si al final no le quedaba más remedio que buscar las malditas piezas, podría hacerlo por su cuenta y a su manera; tenía a su mando la flota más poderosa de Geb, no necesitaba la ayuda de unos insignificantes piojosos.

Se sintió por fin algo más aliviada tras tomar aquellas decisiones. Y todavía se alegró más al resolver que no dejaría marchar a sus prisioneros hasta que le entregasen todas las piezas que hubieran recolectado hasta entonces y que su intuición preveía, no serían pocas.

A mediodía, Makh fue conducido de nuevo al camarote de Madeleine.

—Ya he decidido lo que voy a hacer con vosotros —le espetó esta en cuanto se quedaron a solas, él todavía esposado—. Os dejaré escapar, sin la mujer, obviamente, y con la condición de que me entreguéis las piezas que tengáis en vuestro poder. Me da que no se encuentran demasiado lejos.

—Ni lo sueñes —le contestó Makh mirándola desafiante.

—En ese caso, mataré al *Haarig* y, si eso no funciona, mataré también al niño. Te aconsejo que no me pongas a prueba, no es algo que me apetezca, pero no me temblará el pulso si me obligas.

Makh entendió que Madeleine no bromeaba y que estaban acabados. Ima caería en manos de Loïck y ellos perderían todo lo que tenían.

Entonces, siguiendo un repentino y desesperado impulso, se lanzó contra Madeleine y consiguió, sorprendentemente, pillarla por sorpresa. Ambos cayeron al suelo. Makh no sabía qué iba a conseguir con aquello, seguía con las manos inmovilizadas en la espalda.

Antes de que la joven reaccionase, Makh, que tenía su boca justo sobre la oreja derecha de ella, solo acertó a susurrar:

—Por favor, Oyuun, deja toda esta mierda atrás. Ven con nosotros y sabrás lo que es ser libre.

Una hora más tarde, Madeleine se encontraba en el ayuntamiento de la ciudad llamada Iweq. El Enlace, metido en su bañera, acababa de conectar con su homólogo en Lorient.

—Dime que todo ha ido como la seda —le pidió Loïck al otro lado con cierto grado de impaciencia.

—Así ha sido —confirmó Madeleine—. He atrapado a la extranjera y a sus secuestradores. Llegaremos en una semana.

—Bien. Toma medidas de seguridad excepcionales, no podemos permitirnos más errores. Por cierto —añadió Loïck tras unos segundos

—, supongo que no sabrás lo que sucedió en la isla de Same al poco de iros, ¿verdad?

Madeleine percibió que se avecinaba una noticia inquietante.

—Uno de sus volcanes entró súbitamente en erupción y la arrasó por completo. Al parecer no ha habido supervivientes. Casi parece un castigo divino. Espero que no tengas nada que ver con eso.

El Enlace pronunció el mensaje en su habitual tono aséptico, pero a Madeleine no le costó adivinar la ironía que encerraba aquella última frase.

—Ojalá —contestó ella—. Ese chantajista nos iba a dar problemas más tarde o más temprano. Ese volcán nos ha hecho un gran favor. De todos modos —añadió pensativa—, insisto en que están ocurriendo demasiadas catástrofes naturales últimamente, no me gusta, algo me huele mal. No hace ni dos semanas que un derrumbamiento de tierra anegó por completo la capital de Koichéng. Y antes fue lo de aquella terrible riada en Gwam.

—Siempre ha habido inundaciones, maremotos, huracanes y demás, pero es cierto —admitió el mandatario— que no de magnitudes tan grandes y tan seguidos. En fin, ¿a quién le importa Gwam ni ninguno de esos mugrientos reinos en el culo del mundo? Ya nos preocuparemos si algún día nos toca a nosotros, poco se puede hacer al respecto; es cosa de la naturaleza. Tú limítate a centrarte en tu misión.

Una vez estuvo fuera del edificio, Madeleine se detuvo ante la fuente redonda que había en mitad de la plaza, se mojó el rostro y luego se sentó en un banco a la sombra de un tilo. Sabía que Same era uno de los mayores coleccionistas de piezas de Geb; si su isla se había hundido con él, sus piezas debían de haberle acompañado también al fondo del océano. ¿Cómo las recuperaría entonces?

Cerró los ojos y se concentró en visualizar aquella pequeña y exuberante isla en la que había estado hacía unos pocos días.

Cuando los volvió a abrir, estaba convencida de que ni uno solo de aquellos peculiares objetos se había perdido en aquel repentino desastre.

Capítulo 33

—Subid al *Cercatore* a mi camarote para que lo interrogue —ordenó Madeleine en cuanto puso un pie a bordo del galeón—. Y encadenad al resto. Que no puedan ni pestañear sin mi permiso.

El soldado al que le había dado la orden partió raudo a la bodega para seguir las instrucciones de su capitana que no traía precisamente muy buena cara de su visita a tierra. Por un momento se apiadó del pobre prisionero sobre el que, sin duda, iba a descargar su mal humor.

De hecho, en cuanto lo entregó esposado a *madeimoselle*, esta lo recibió con un brutal derechazo en las costillas. Luego, nada más cerrar la puerta del cuarto, escuchó otro escalofriante grito de dolor proveniente del joven, esta vez acompañado por el estrépito de algún mueble derribado. El soldado se alegró de no tener que presenciar aquella sádica paliza.

Se dirigía a su puesto cuando el ruido de una puerta que se abría con violencia tras él, le impelió a girarse. Entonces, vio al prisionero en el dintel del camarote con Madeleine a modo de escudo; sujetándola por un brazo que retorcía a su espalda y apuntándola con una pistola en la sien.

—Tú, escucha —le increpó el *Cercatore* que sangraba por la nariz y la boca—, si no abandonáis todos el barco en diez minutos, me cargo a esta zorra. Y dejad a mis compañeros donde están.

En un abrir y cerrar de ojos, toda la tripulación, armada hasta los dientes, estaba rodeando el camarote de la capitana. El primer oficial, el hombre de cara roja y picada que Ima había visto negociar con Takana, se dirigió al muchacho.

—Será mejor que desistas, hijo. Esta locura no tiene ningún viso de ir a prosperar.

La puerta volvió a abrirse ligeramente, lo justo para que apareciese por aquella rendija el rostro magullado de Madeleine.

—Hacedle caso. He estado valorando la situación y lo más acertado será obedecerle. No quiero que perdamos a ningún hombre en esta

tontería. No se preocupe, Lemoine, todo va a salir bien.

El primer oficial entendió lo que Madeleine estaba tratando de decirle. Conocía su infalible talento como Intuitiva y, si había decidido aceptar las condiciones del prisionero, era sin duda porque ya sabía que iba a poder con él y sus amigos.

Bastaron un par de viajes de los cuatro botes que tenía el galeón para que todos los tripulantes fueran desembarcados en el puerto de Iweq. Makh, con Madeleine esposada y sin dejar de apuntarla con la pistola, recorrió el barco para comprobar que no habían dejado a nadie escondido para darles una sorpresa.

Después, descendió a la bodega y liberó a sus compañeros.En cuanto Bibek estuvo fuera de la celda, se acercó hasta la joven y le soltó un puñetazo en la cara.

—¡Eh! —le gritó entonces Makh—. ¿Qué haces? Eso no era necesario.

—Para mí sí —contestó Bibek y se giró para dirigirse al exterior del barco.

Entonces, Makh soltó las esposas de su hermana y esta se frotó la mandíbula mientras decía:

—Será mejor que nos pongamos en marcha y encontremos un buen lugar donde escondernos. Pronto tendremos a varios galeones buscándonos, y con esa barcaza cochambrosa que vamos arrastrando nos darán caza enseguida.

A media tarde, navegando hacia el suroeste, encontraron un estrecho estuario que se adentraba varios kilómetros en el interior de una isla deshabitada. Tras atracar detrás de un promontorio rocoso que los ocultaba por completo, se pusieron a la tarea de arreglar el maltrecho Sonräk aprovechando los numerosos materiales que les brindaba aquel flamante galeón.

Había oscurecido cuando decidieron dejar el trabajo y se reunieron en la popa de la barcaza. La noche, en aquel lugar abrigado del viento, era bastante agradable.

—Creo que podremos tenerlo listo en un par de días —anunció Bibek satisfecho mientras se colocaba junto al timón y se limpiaba las manos llenas de grasa con un trapo.

—¿Y por qué no nos quedamos con ese pe'azo de barco y pasamos de esta lata vieja? —preguntó P'tuv, que se había encaramado al tejado de la cabina y estaba acuclillado como un mono engullendo las galletas que había saqueado en la cocina del galeón.

Ninguno de sus compañeros se dignó a contestar una pregunta tan tonta como aquella. Ima, que era más paciente con el niño, le explicó que no podían ocultarse de sus enemigos huyendo en uno de sus llamativos barcos. También tuvo que convencerlo de que pintarlo de rojo no ayudaría a despistar a nadie.

—¿Y ahora qué vamos a hacer? —preguntó incansable P'tuv, zanjado ya el tema del navío.

Bibek clavó los ojos en Makh y le preguntó con cierta inquina:

—Eso, Makh, dinos qué se supone que vamos a hacer con tu supuesta hermanita a bordo —y a continuación dirigió una suspicaz mirada a Madeleine que seguía la conversación apoyada en el casco de estribor.

Ima cayó entonces en la cuenta de que todavía no había llevado a cabo la idea que se le había ocurrido en la celda y que no era otra que hacer con su Sensei un simple análisis de ADN a partir de cualquier material genético. Una huella dactilar o un par de cabellos de los implicados le bastarían. Habían pasado tantas cosas y habían estado tan ocupados que se le había olvidado por completo. Entonces se disculpó y entró en la cabina alegando que iba a ponerse algo de abrigo.

Tras esta interrupción, Makh contestó a su reticente amigo:

—Oye, ¿qué querías que hiciera? Ella lo ha dejado todo por liberarnos y venirse con nosotros, creo que eso ya demuestra algo.

—Sí, que nos está tendiendo una trampa.

—¿No ves que no tiene sentido? —rebatió Makh algo desesperado—. No hacía ninguna falta, nos tenía en su poder. ¿Qué iban a sacar montando todo este tinglado?

—Algo que ni tú ni yo sabemos todavía —insistió Bibek sin dar su brazo a torcer.

—Yo voto por que la abandonemos aquí —sugirió entonces P'tuv con la boca llena de galletas.

—Tú, cállate, que nadie te ha dado vela en este entierro —le ordenó con sequedad Makh, sentado en el banco pegado a la cabina.

—Por una vez estoy de acuerdo con el mocoso —apuntó Bibek—. Hagamos una votación. A ver qué opina Ima.

Precisamente Ima salió en esos momentos de la cabina y anunció:

—Makh, esta joven es realmente tu hermana. Os lo puedo asegurar al cien por cien.

Madeleine, que había permanecido al margen y en silencio, echó un suspicaz vistazo a la extranjera. Esta, consciente de ello, le dio la respuesta que ya traía preparada:

—Los de mi mundo también poseemos ciertas «habilidades».

Por fin, Madeleine tomó la palabra y dijo con ese tono agrio y cortante que utilizaba para dar órdenes a sus subordinados:

—Bien, si este asunto familiar está ya resuelto, pasemos a lo importante. Sé que os dirigíais a Nïisk para ver a Anewa, pero he estado allí recientemente y este ha desaparecido. Todos creen que él y su hijo han fallecido en un incendio, pero yo estoy segura de que no ha sido así. Intuyo que no fue más que una tapadera para ocultar su fuga.

—Entonces, ¿dónde vamos a encontrarlo? —preguntó Ima algo aturdida por aquel nuevo contratiempo.

—Eso da igual ahora —respondió la joven—. No es momento de buscarlo, antes hay algo más urgente que debemos hacer.

Madeleine se detuvo y suspiró. Estar con aquel pintoresco grupo de personas, bajo aquel cielo estrellado, con el único sonido del rumor del mar golpeando suavemente el barco con un rítmico chapoteo, le proporcionaba una extraña sensación de irrealidad. De una singular calma cercana al abandono… Sin embargo, tocaba explicar a su escéptico público cómo había descubierto la identidad de Makh y en qué consistía la tarea que «La Mente Eterna» le había encomendado.

Como había supuesto, en cuanto terminó su sorprendente historia, todos se enredaron en un acalorado debate. Contestadas sus numerosas preguntas, decidió que sería mejor volver a su camarote en el galeón para que ellos pudieran seguir discutiendo en privado.

En cuanto Madeleine se hubo ido, Bibek arguyó con vehemencia:

—Ahí lo tienes, Makh. Esa es la razón de todo este montaje. Quieren hacerse con las piezas que tenemos y que les ayudemos a dar con las que faltan. Seguramente los del gobierno de Continente han visto que las necesitan para algo y se han inventado esta patraña.

—Pero ella es realmente su hermana —le recordó Ima.

—Será su hermana, pero también, y perdóname Makh por decir esto, es una hija de puta de cuidado. Que sea de tu sangre no significa nada, a mi prima segunda Virya la asesinó su propia madre. Sigo sin fiarme de ella y no me creo que vosotros tengáis la mínima duda al respecto.

—¿No te das cuenta, Bibek, de que todo lo que está pasándonos últimamente es demasiado raro? —le espetó Makh sin atender a sus falsas historias familiares.

—Espero que no vayas a empezar con tus mierdas supersticiosas…

—No, déjame hablar —le interrumpió este con firmeza—. Llevamos años en el negocio, encontrando piezas con mucha dificultad y a un ritmo desesperante, y de pronto… ¡paf!, llega Ima de otro maldito mundo, nos metemos en un lío monumental y a partir de ahí es como si las piezas vinieran hacia nosotros. Por último, aparece mi hermana, mi hermana desaparecida hace quince años, una Intuitiva de máximo nivel, y nos dice que el ser más extraño y misterioso de toda Geb le ha encargado que encuentre las piezas junto a nosotros, que es de vital importancia… Joder, Bibek, ni tú puedes ser tan cabezota y obtuso como para decir que todo es mentira o una puta casualidad. ¿En serio no ves que esta es la oportunidad de nuestras vidas no solo para encontrar todas las piezas, sino además, para desvelar su significado? ¿Se te ha olvidado acaso que ese es nuestro verdadero sueño?

Bibek, apoyado sobre el timón, guardó silencio un momento. Ciertamente hacía mucho tiempo que no se paraba a recordar el auténtico objetivo por el que se habían hecho a la mar. Llevaban tantos años yendo de un lado para otro que se había convertido en una rutina más, como si se tratase de cualquier otro trabajo… Y desde luego que no lo era.

—Está bien —cedió al fin—, pero sigo sin fiarme de esa mujer, así que os pido que vayamos con precaución, no le contemos más que lo imprescindible y ante la más mínima sospecha…

—¡La tiramos a los tiburones! —concluyo P'tuv poniéndose en pie de un salto y haciendo caer una lluvia de migas sobre la cabeza de Makh, que estaba sentado debajo.

Este se levantó y se limpió el pelo mientras dirigía una furiosa mirada al niño. Luego, girándose hacia Ima que estaba en el otro lado del banco, preguntó:

—¿Y tú qué opinas, Ima? ¿Te parece bien que pospongamos un poco lo de tu regreso?

Ima, sentada con las piernas recogidas y con la cara apoyada en sus rodillas, recordó una vez más el último consejo que le diera Zebina sobre hacer caso a su intuición, y entonces meditó:

—La verdad es que yo también estoy por creer que todo esto está conectado de alguna forma y siento que no encontraremos a Anewa hasta que lo resolvamos. Solo espero que no nos lleve mucho tiempo.

—Seguro que no —afirmó Makh, confiado, tratando de animarla—. Entre la suerte que estamos teniendo últimamente con las piezas y la Habilidad de Madeleine, no tardaremos en encontrar el resto.

Iba a añadir también un halago a su extraordinario amuleto que sin duda les estaba facilitando las cosas, pero se mordió la lengua: quizá no era la ocasión más propicia para hablar de ello delante de Bibek, así que se limitó a meter la mano en su bolsillo para acariciarlo con devoto agradecimiento.

Capítulo 34

A la mañana siguiente, cuando Madeleine apareció en la barcaza dispuesta a escuchar el veredicto de la tripulación, que ya estaba esperándola en cubierta, P'tuv se adelantó un paso y con los brazos en jarras y la barbilla alta, le espetó:

—Te vamos a'ceptar en el grupo, pero como hagas cualquier tontería, te abandonaremos en un islote y yo, que soy un *pawang* mu poderoso, te lanzaré una maldición que te cagas.

Ima tuvo que taparse la boca para no delatar su sonrisa y Makh cogió al niño del brazo y lo apartó del medio para poder hablar en serio con su hermana. Sin embargo, Madeleine observó al chico como si acabara de descubrir su existencia, y todos habrían jurado que, por un momento, una sombra de inquietud cruzó el rostro de la Intuitiva.

Después de comunicarle lo que habían decidido respecto a ella con algo más de tacto y detalle, se pusieron a trabajar en la reparación del Sonräk.

A media mañana, Madeleine entró en la cabina para refrescarse un poco y apagar la sed. El sol pegaba con fuerza en aquellas latitudes y todos estaban sudando con el duro trabajo físico. Vio que P'tuv se hallaba destripando un pez sobre la mesa, encima de uno de los mapas de navegación de Bibek.

—¿Estás preparando la comida? —le preguntó ella antes de dar un largo trago a su vaso de agua.

—¡Qué va! Estoy leyéndole las entrañas. Ya t'dicho antes que soy un *pawang*, además de *Cercatore*, claro.

—Sí, ya veo. E intuyo que un *pawang* muy bueno. Dime, esa cicatriz, ¿cómo te la has hecho? Parece muy reciente.

—Me la'hizo el cabronazo de Same. Bueno, un soldao suyo.

—Qué bestia —confirmó realmente impresionada Madeleine—. Apuesto a que estarás deseando vengarte.

—Bah, ya lo hice, le lancé una maldición de mil pares de cojones; a él

y a su puto islote.

Madeleine dejó el vaso vacío en la fregadera y afirmó muy seria:

—Pues te alegrará saber que ayer mismo me informaron de que la isla ha desaparecido. Uno de los volcanes entró en erupción y la arrasó con todos sus habitantes.

—¡Toma! —exclamó P'tuv levantando el pringoso y chorreante cuchillo en un victorioso gesto—. Cuando se entere Zebina, va a alucinar.

La mujer observó al chiquillo con curiosidad. Se preguntó cómo su intuición no la había alertado sobre él mucho antes. Era obvio que estaba lleno de jugosos secretos y a ella le deleitaba ir desenvolviéndolos como si fueran caramelos.

—Supongo que Zebina es tu maestra, ¿te ha enseñado ella a usar este poder?

—¡Na! Esa vieja solo ma'enseñao a timar a la peña. Lo de maldecir lo'e aprendío por mi cuenta. Ni yo mismo sabía que podía hacerlo.

—¿Crees que tiene que ver con lo de tu ojo?

P'tuv dejó el cuchillo sobre la mesa y meditó un momento. Estaba encantado de que por fin alguien le prestara tanta atención.

—Creo que sí. Ahora tengo to'el rato como un fuego rojo ardiéndome ahí, y cuando me cabreo mucho es como si pudiera dispararlo.

—Vaya, tendré que andarme con cuidado.

—Sí, más te vale, sigo sin fiarme un pelo de ti.

En ese momento, Bibek entró en la cabina también para beber un trago de agua y cuando descubrió a P'tuv con un pez destripado sobre uno de sus preciados mapas, lanzó un juramento que hizo que el niño se escurriera por la escotilla que tenía a sus espaldas como alma que lleva el diablo. Madeleine regresó a cubierta pensativa, estaba deseando seguir con aquella conversación.

Makh, al verla aparecer, se acercó hasta ella y le informó de cómo iban las labores de reconstrucción. También le preguntó si tenían más clavos y sierras en el galeón. La joven se ofreció a ir a buscarlos y Makh decidió acompañarla para poder hablar a solas.

—Veo que te has quitado las ventosas de color —dijo él con la intención de romper el hielo y dirigir la charla hacia un tema más personal.

—Sí, me las puse en principio por la misión, pero sobre todo porque me apetecía cambiar de imagen. Tras lo de «Ella», sentía que lo necesitaba.

—Me gustan más tus ojos de verdad, me ayudan a recordar cómo eras de pequeña. Nuestra madre siempre te decía que tenías los ojos curiosos de las ardillas, ¿te acuerdas?

Madeleine se paró a tragar saliva: la imagen de su madre sujetándole la cara para peinarla, diciéndole aquello mismo, regresó de pronto a su mente con total claridad.

—Tienes una memoria prodigiosa… No, no me había acordado hasta ahora. Gracias por devolverme eso, Teg.

Makh sintió que un trozo del grueso muro que los separaba se tambaleaba. En un gesto instintivo, tomó la mano de Madeleine y se la apretó con cariño. Entonces, otra serie de recuerdos de muy distinta índole y bastante más recientes y carnales acudieron a su cabeza y, por el respingo que dio su hermana, fue obvio que a ella le ocurrió lo mismo. Ambos se separaron como si les hubieran dado una descarga eléctrica.

Hicieron el resto del trayecto hasta la carpintería del galeón envueltos en un incómodo silencio y, en cuanto regresaron al Sonräk con las herramientas y los materiales, se separaron de inmediato para seguir trabajando cada uno por su lado.

Cuando llegó la hora de almorzar, Madeleine tomó su ración de arroz y pescado y salió a comérsela a cubierta. A Ima le daba algo de lástima ver lo marginada que estaba la joven. El único que no parecía rehuirla era P'tuv y pensó que ella también debería darle una oportunidad, pero lo cierto es que no le salía, se sentía intimidada en su compañía y tampoco acababa de fiarse. Temía que si bajaba la guardia, podría acabar cometiendo alguna indiscreción sobre su mundo, ella misma o su Sensei, y prefería curarse en salud. Resultaba complicado además hablar con alguien que podía adivinar si estabas siendo o no sincero.

Las reparaciones estuvieron terminadas dos días después y, por fin, la

mañana del tercer día, dejaron anclado en el estuario el ostentoso galeón de Continente para volver a navegar en su discreta barcaza, equipada ahora con una recia vela color crudo y un mástil que, por desgracia, ya no era extensible como el antiguo.

Pronto se hizo patente que la embarcación andaba falta de espacio para tanto pasajero. Tuvieron que improvisar otra hamaca de quita y pon en el dormitorio común para que Madeleine pudiera descansar allí y debían comer por turnos porque en la mesa no cabían los cinco a la vez. Por supuesto, era Madeleine la que siempre comía sola antes o después que sus compañeros.

Cuando estuvieron de nuevo en altamar, una niebla del color y el espesor de una crema de garbanzos los envolvió como una manta. Makh se acercó a su hermana, apoyada en la baranda de estribor, y le preguntó:

—¿Alguna pista sobre hacia dónde dirigirnos?

Esta, arrebujada en su chaqueta, lo miró de arriba abajo y contestó cortante:

—Bueno, vosotros sois los *Ricercatori,* suponía que sabíais lo que os hacíais.

Entonces, una voz infantil y descarada les llegó desde arriba y ambos miraron en esa dirección, aunque debido a la niebla no pudieron distinguir a P'tuv, que se había encaramado a lo alto del mástil.

—Deberíamos preguntarle a Ima, la tía es como un imán pa las piezas. Primero encontró las de'se barco que mangamos en Ügg y luego las del cerdo de Takana.

Makh apretó los ojos un momento, como si una muela picada le acabara de dar un terrible pinchazo. Si hubiera tenido a mano a ese bocazas, lo habría arrojado al mar. Madeleine, obviamente, sonrió con deleite ante aquella nueva información.

—Sabía que las piezas de Same no se habían perdido, pero no pensé que las tuvierais vosotros… Además —dijo de pronto como si acabaran de susurrarle un chivatazo al oído—, las lleváis a bordo. Están aquí mismo, ¿verdad?

Makh regresó al interior de la cabina donde Ima, sentada a la mesa,

estaba tomándose una infusión que sujetaba con ambas manos. Tenía los ojos abiertos y parecía mirar al infinito, como un fantasma o un loco poseído. Makh, que ya la había visto así en otras ocasiones, se preparó también un té y se sentó frente a ella.

—¿Estás bien? ¿Qué haces?

Ima se sorprendió y parpadeó para fijar su vista en el joven al que no había detectado hasta ese momento.

—Nada, estaba viendo vídeos de mi familia.

—Ten cuidado con eso.

—Lo sé, lo sé, solo estaba en proyección mental. No voy a meter la pata.

—Oye, Ima, seguimos sin tener muy claro hacia dónde dirigirnos, ¿tú tienes alguna preferencia?

Ima lo miró con cierta extrañeza, luego sonriéndole, contestó con ironía:

—Imagino que P'tuv ha estado metiéndote esas peregrinas ideas sobre que soy una especie de imán. Si te refieres a eso, no, mi radar no detecta nada especial, pero me gusta que vayamos hacia el sur. Estoy harta de pasar frío.

Por la tarde, convocaron una reunión en popa para solucionar aquel tema de una vez por todas. En un momento de la charla, Ima preguntó a Makh y a Bibek:

—Madeleine tiene razón, vosotros sois los expertos, ¿cómo hacéis habitualmente para encontrar las piezas?

Bibek, sin soltar el timón, les explicó que solían seguir las pistas que iban recopilando, pero que en ese momento, no contaban con ninguna.

—¿Y de dónde sacáis esas pistas? —insistió la mujer.

—De sitios poco recomendables —respondió Makh—. Pero no creo que estemos en condiciones de ir a los principales mercados negros donde solemos conseguir información, sería arriesgarse mucho. La mayoría están en Continente o cerca de allí.

—Bueno —meditó Madeleine—, quizá no podamos ir a los mercados

occidentales, pero si seguimos hacia el sur, en unas cuantas jornadas llegaremos a Omaruru, ahí también se puede encontrar de todo.

Makh y Bibek cruzaron una mirada y luego, convinieron con un gesto que aquella parecía una opción razonable.

—Ese es un lugar bastante peligroso —apuntó Bibek—, habrá que ir con cuidado.

Ima, que evidentemente había estado pensando mucho en aquel asunto, se atrevió a presentar a sus compañeros una última duda.

—Y cuando terminemos de hallar las piezas todavía dispersas, ¿cómo haremos para conseguir las que están en poder de otros *Ricercatori* y otros coleccionistas como Same?

Makh suspiró. Había rezado para que Ima no cayera en la cuenta de aquel pequeño inconveniente que todavía tenía sin resolver y que había confiado en solucionar mientras se dedicaban a cazar las piezas sin dueño.

—Esa es una buena pregunta —se adelantó a contestar Madeleine—. Según me consta, ahora mismo solo hay en activo una veintena de *Ricercatori*.

Bibek hizo un gesto contrariado, aquello no le cuadraba en absoluto.

—Después de que entrara en vigor la nueva ley contra los de vuestro gremio —aclaró la Intuitiva—, ha habido unas cuantas bajas y casi todos los grupos que operaban en Continente y alrededores han sido arrestados o han renunciado voluntariamente. Deberíais darle las gracias a Loïck, al final nos ha librado de bastante competencia. También este hecho ha ayudado a aumentar las colecciones de tipos como Same, pues los *Ricercatori*, antes de abandonar han procurado vender sus piezas al mejor postor.

Todos tuvieron que admitir que era una suerte contar con información de primera mano de un alto cargo de Continente.

—¿Hay muchos coleccionistas? —preguntó Ima.

—Importantes únicamente cuatro. Uno de ellos es el Museo Nacional de Liosh, los otros son gentuza de igual o peor calaña que Same.

Madeleine vio el angustiado gesto de desaliento que asomaba en el rostro de Ima y trató de animarla.

—Mira, no te preocupes por eso ahora. Mi intuición me dice que una vez hayamos encontrado las piezas dispersas, todo lo demás vendrá rodado.

Capítulo 35

Arribaron a la costa este de la enorme isla de Gondar tras cinco jornadas navegando hacia el sur casi en línea recta. La caótica y peligrosa ciudad de Omaruru se hallaba situada en el interior y, gracias al botín que habían saqueado del galeón, pudieron alquilar unos camellos en el puerto para alcanzarla; el camino hasta la capital era demasiado árido y largo como para realizarlo a pie.

Tras una hora de sofocante marcha, se encontraban atravesando un desolado paraje de tierra arenosa, cuando Ima, que cabalgaba mirando a todos lados con suma atención y con P'tuv a su espalda, empezó a gritar muy excitada:

—¡Madre mía, madre mía, madre mía! No puede ser…Ay, dios, por favor, no me fastidies…

Antes de que nadie pudiera preguntar nada, vieron cómo la mujer se alejaba al galope hacia su izquierda, donde podía distinguirse a unos trescientos metros un conjunto de extrañas construcciones enterradas a ras del suelo.

No les quedó más remedio que seguirla. Cuando la alcanzaron, esta ya había descabalgado y se hallaba asomada a un tremendo agujero de unos doce metros dentro del cual se erguía un sólido edificio excavado en piedra, monolítico, sobriamente tallado y con forma de estrella de cuatro puntas. Su tejado plano quedaba casi a la altura del borde del socavón, pero a unos cuantos pies de distancia. A Ima le recordó a los compactos castillos de arena que su hijo solía hacer de pequeño en la playa con sus cubos y moldes de bioplástico.

La mujer se dejó caer de rodillas y se tapó la boca con una mano. P'tuv fue el primero en interrogarla.

—¿Se puede saber qué haces, tía loca? ¿No irás a llorar otra vez?

La mujer esperó a que el resto de sus compañeros se acercara para ofrecerles una explicación.

—Lo siento, es que no podía creerlo…—dijo sin apenas aliento—. Esto… esto es una réplica casi exacta de las antiguas iglesias de Lalibela, en Etiopía… en mi mundo. Hace siglos que se perdieron

debido a las guerras y poder verlas aquí algo transformadas, pero intactas… es un milagro, un auténtico milagro. Esta debe de ser una especie de hermana de la de San Ghiorgis, pero en vez de tener forma de cruz griega tiene forma de estrella. ¿No es increíble? A pesar de no estar dedicadas al mismo culto, pues por lo que me consta, en Geb no se ha superado el animismo y ni el cristianismo ni otras de las grande religiones han llegado a desarrollarse, la arquitectura es prácticamente idéntica, salvo por su simbología… Esto podría dar lugar a un estudio antropológico comparado sin precedentes.

Ima se dio cuenta de pronto de que todos la estaban observando entre confusos e impacientes y comprendió que sería muy difícil hacerles entender sus sentimientos.

—Solo os pido que me dejéis verlas un momento, ¿vale? Es importante para mí.

—Será mejor que te acompañemos —propuso Madeleine—. Puede haber algo más que ruinas ahí abajo.

Acto seguido, la joven se puso en cabeza para abrir la marcha de aquella inesperada visita turística y luego todos descendieron en fila india por las escaleras de tierra excavadas en un lateral del tremendo pozo hasta acceder a la base del templo.

Una vez en el interior del singular recinto, que estaba desierto, Ima volvió a soltar una exclamación de asombro. Mentalmente pidió a su Sensei imágenes de las iglesias espejo de la Tierra y comprobó la extraña simetría que guardaban con sus reflejos gebianos también en lo referente a elementos ornamentales, arquitectónicos y artísticos. Los frescos, por ejemplo, de colores y composición similares a los medievales terrestres, solo se diferenciaban en las figuras que representaban y que eran de lo más enigmáticas. En este caso, en vez de santos o apóstoles, se trataba de gente sin ojos ni cabello y de una palidez extrema. Cuando preguntó a Madeleine, que resultó ser la más instruida en el tema, esta le dijo que eran dibujos de Enlaces.

—Estas cinco iglesias se conocen como las del Advenimiento, pues se construyeron tras la caída de «La Gran Máquina», hace uno quinientos años. Aquel fue un suceso que conmocionó al mundo entero. Algunos pensaron que era cosa de los dioses y que debían rendirle culto. Pero hace mucho que ya nadie viene por aquí. Para esa gente, las nuevas razas que surgieron tras «La Colisión» eran semi divinas.

Cuando Ima hubo terminado de admirar y estudiar cada columna,

bóveda y capitel tallado, salieron al exterior y, esta vez, se adentraron por un angosto pasillo excavado en la roca que comunicaba con el siguiente edificio. Este tenía una estructura totalmente distinta al anterior, pues se asemejaba más un templo clásico griego de planta cuadrada, aunque seguía siendo muy parecido por dentro.

—¡Eh, Bibek! —gritó P'tuv al observar las pinturas que decoraban techos y paredes—. Esto está lleno de macacos como tú.

—Claro —concluyó Ima—, los *Haarig* también aparecieron después de «La Colisión». Es una idea muy interesante esta de que pudierais estar conectados a esa gran máquina. Si no recuerdo mal, dijiste que el inventor del Detector de Sousa fue también uno de tu especie y tú también has contribuido con tus propios inventos…

—Sí —admitió Bibek al tiempo que miraba a sus antiguos parientes pintados en las paredes de roca—, es bien sabido que siempre nos ha interesado investigar todo lo concerniente a ese artefacto, pero de ahí a creer que tenemos algún tipo de relación especial…

En los dos siguientes templos, dispuestos formando un cuadrado junto con los anteriores, encontraron frescos similares que narraban, en el primero, la caída de «La Gran Máquina» y la dispersión de sus piezas y, en el segundo, la historia de la Vidente que reveló que el total de estas era de 496. Madeleine les contó que aquella Intuitiva se convirtió en la primera directora de su Logia. En un pergamino que llevaba en las manos esta misteriosa mujer, dibujada en el interior de un enorme rosetón en el techo, había escritas unas letras. El Sensei de Ima descubrió que correspondían a un idioma bastante similar al amhárico y que precisamente indicaban aquella cifra.

«Es curioso —le comunicó mentalmente el Sensei a su dueña—, el 496 es uno de los números más interesantes que existen. Se trata de un número de los llamados perfectos (los que son iguales a la suma de sus divisores propios positivos). Es también el mayor número feliz menor de 500. Además, se trata de un divisor armónico; ya que su número de divisores dividido por la suma de sus recíprocos, da como resultado un entero; 5 en este caso».

Ima estaba tan absorta que repitió en alto sin darse cuenta:

—Cinco, como el número de templos… Es precioso.«Y todavía hay más —continuó su dispositivo—, es un número esencial para sostener la teoría de cuerdas».

A Ima le hubiera encantado explicar su emoción al resto del grupo que

la seguía ya con cierta desgana, pero habría sido tan inútil como tratar de hacérselo entender a P'tuv. Les faltaban demasiados siglos de conocimientos científicos y matemáticos.

El último edificio situado en el centro del cuadrado se llamaba *Bieti Inati* —que significaba algo así como «Casa de la Madre»—. Accedieron a él desde el templo de la Vidente por un puente colgante que conectaba con el tejado. Aquella construcción tenía una forma cónica de aspecto muy primitivo y tosco. En su cúpula partida por la mitad como una naranja se abrían un par de puertas a cada lado por las que pudieron descender a su planta. Era un lugar lúgubre y húmedo. Afortunadamente, encontraron antorchas ancladas en los muros que encendieron con las cerillas de Bibek.

Madeleine sintió cómo la recorría un intenso escalofrío cuando reconoció la oscura y sinuosa figura a la que estaba dedicado aquel templo, pues esta no era otra que «La Mente Eterna». Le habían hablado en su Logia, durante sus años de formación, de aquel remoto y olvidado lugar consagrado a ella, ya que era uno de los pocos en los que se conservaba una imagen suya, pero estar allí contemplándolo resultaba sobrecogedor.

Todo el templo consistía en una pintura gigantesca de «Ella» extendiendo sus numerosos y variados tentáculos por los muros. Se dio cuenta entonces de que la forma tubular del templo no era casual, pues realmente creaba la sensación de que uno estaba en el interior de «El Tallo» abrazado por aquel prodigioso ser.

Ima también estaba contemplando el tremendo mural con la boca abierta. Solo había oído mencionar el nombre de «La Mente Eterna», pero no había entendido hasta entonces qué clase de criatura era.

—¿Y hay muchos más como ella? —preguntó al fin sin separar los ojos de la pintura.

—No —respondió Madeleine—. «Ella» es única. Se dice que, aunque su cuerpo es mortal, su conciencia es siempre la misma, simplemente va pasando de un envoltorio a otro, por eso es tan poderosa y por eso se le da ese nombre.

—Eso azulado que tiene sobre su regazo, parece una pieza, ¿no? —dijo Ima dirigiéndose a Bibek.

—Sí y me juego el cuello a que no es una cualquiera. Me encantaría echarle el guante. ¿Tú sabes algo más sobre eso? —interrogó a Madeleine en tono seco.

—No mucho más, solo que se la llama «pieza madre» debido a que la tiene «Ella»; la madre de nuestra Hermandad. Obviamente, tiene que ser especial, pero no sé por qué, nunca se ha encontrado. Lo cierto es que hasta no venir aquí, no me había acordado de esta relación de «La Mente Eterna» con «La Gran Máquina»… Esto —continuó explicando — fue como un episodio aislado en la historia. Por algún motivo nunca tuvo continuidad, así que se olvidó.

—Quizá porque se trata de una simple pintura —objetó Bibek con escepticismo dando una honda calada a su cigarro—. Por lo que estamos viendo, estos templos solo son reflejo del terrible impacto que le causó a esa gente la caída de «La Gran Máquina» y el nacimiento de las nuevas razas, y sintieron la necesidad de conectarlo todo para explicarlo, pero eso no quiere decir que tuvieran ni puta idea de qué iba el asunto en realidad.

Todos guardaron silencio durante unos momentos.

—Y todo eso de las Habilidades —dijo al cabo Ima haciendo un gesto con la mano que abarcaba a Makh y a su hermana—, ¿también surgió tras «La Colisión»?

Makh se encargó ahora de sacarla del error y le explicó que las Habilidades ya existían previamente, pero que después de aquel suceso extraordinario, estas se potenciaron de manera espectacular y, por tanto, empezaron a tomarse más en serio, a estudiarse de forma más organizada y sistemática. Algunas Logias ya tenían antes sus propias escuelas, pero otras, como las de las Intuitivas, se crearon entonces.

Ima afirmó con la cabeza y comunicó a sus compañeros que ya estaba lista para seguir su camino hacia Omaruru, pero esta vez, fue Madeleine la que no se movió del sitio.

—Siento que hay algo que se nos escapa… —murmuró sin apartar la vista del singular rostro de «Ella».

Viniendo de Madeleine, aquellas palabras no podían ser tomadas en vano, así que todos se pusieron a observar con detenimiento el tremendo mural pintado en vibrantes azules y negros.

De pronto, a Ima se le ocurrió una idea y ordenó a su Sensei hacer un escaneo de la pintura con infrarrojos. Quizá no fuera prudente, y así se lo hizo entender Makh cuando la miró con reprobación, pero lo cierto es que en esos momentos le podía más su curiosidad antropológica. Además, más tarde o más temprano tendrían que confiar en Madeleine

si estaban juntos en aquella misión.

Efectivamente, la joven Intuitiva abrió unos ojos como platos cuando vio que un haz de luz roja emanaba del brazo de la extranjera y empezaba a barrer los muros del templo. Sin embargo, no dijo nada al respecto.

Al cabo de unos minutos, Ima, muy excitada, exclamó:

—Ahí, en la pieza que tiene sobre su vientre: hay algo pintado debajo.

La mujer se acercó para ver mejor.

—Es…, es una especie de aguja blanca. Espera…, no, no es una aguja, es un alfiler plateado, con una perlita en la punta.

—¡Qué guay! —gritó P'tuv también emocionado—. Es como lo del camuflaje pero al revés, ¿verdá, Makh?

Makh miró al niño con reconocimiento porque, efectivamente, este había dado en el clavo: en este caso era la verdadera pieza la que estaba ocultando un objeto cotidiano.

—Lo de buscar una aguja en un pajar se queda entonces corto —sentenció Bibek con amarga ironía pensando en el reto que aquella revelación les ponía delante.

—Creo que el problema no va a ser ese precisamente —afirmó Madeleine más pálida que los Enlaces que habían visto en el primer templo—. Sé muy bien qué es ese objeto y quién lo tiene, porque se trata de la insignia de nuestra Logia, la que distingue a su superiora. Ahora mismo está en poder de la hermana Josephine.

Antes de que nadie pudiera decir nada sobre eso, Ima les interrumpió con un gesto de su mano.

—Esperad, aquí hay también unas letras. Estaba traduciéndolas… Es una leyenda que reza: «La unión de los padres propiciará la llegada de los hijos».

—¿Qué coño significa eso? —preguntó P'tuv.

De nuevo nadie contestó al niño.

—Pero a ver, ¿es que hay también una «pieza padre»? —preguntó Makh a su hermana.

—Si la hay, jamás he oído hablar de ella —respondió esta todavía impactada por el descubrimiento—, como acabo de deciros, pensábamos que lo de «pieza madre» era porque la tenía «Ella», nunca le habíamos dado otro sentido.

—Bueno, da igual, vayamos poco a poco. Por lo menos sabemos dónde podemos encontrar ese alfiler —señaló Makh.

—Ni siquiera para ti será fácil pillar desprevenidas en su propia casa a un montón de quisquillosas Intuitivas —alegó Bibek.

—Desde luego —afirmó Madeleine—, en cualquier otra circunstancia tratar de robar en nuestra Logia sería una misión suicida, pero como os dije, «La Mente Eterna» está detrás de todo esto y si ella quiere que recuperemos esa pieza, quizá tengamos una oportunidad.

—Entonces, supongo que ya no hace falta que vayamos a Omaruru —señaló Bibek mientras apagaba la colilla de su cigarro aplastándola contra el suelo.

—Resulta evidente, señor obvio —le cortó sarcástica Madeleine—. Ima ya nos ha puesto sobre la pista que necesitábamos.

—Os lo dije —confirmó P'tuv muy satisfecho consigo mismo—, esta vieja es un puto imán pa las piezas.

Capítulo 36

Por la tarde, una vez a bordo del Sonräk, tomaron rumbo al noroeste, hacia la vasta isla de Continente.

Ima estaba en la cocina guardando los víveres que habían comprado en el puerto antes de embarcar, cuando entró Madeleine en el camarote para darse una ducha y quitarse el sudor y el polvo del camino (como venía siendo habitual, todos lo habían hecho ya y le habían dejado a ella el último turno).

—¿Quieres que te ayude a recoger? —le preguntó la joven a su compañera antes de entrar en el baño.

—No, tranquila, ya estoy terminando, gracias.

—Oye —dijo Madeleine acercándose a ella—, lo que has hecho en el templo, con tu brazo…, supongo que es parte del poder del que hablaba la profecía, ¿no?

Al ver el gesto inquieto de la mujer, Madeleine comprendió que esta todavía no confiaba en ella lo suficiente como para hablarle del tema.

—No te preocupes, no hace falta que me cuentes nada. Entiendo que no te fíes de mí; yo tampoco lo haría en tu lugar.

—No es cuestión de confianza —se excusó Ima—, es que creo que en este asunto es mejor ser precavido. Es por seguridad, perdona.

—Sí, me parece perfectamente razonable. No preguntaré más sobre ello.

Una vez sola, Ima apoyó ambas manos en la encimera y bajando la cabeza lanzó un hondo suspiro. Se sentía muy mal por tratar así a Madeleine, pero ciertamente debía andar con pies de plomo; había demasiado en juego.

El que seguía sin fiarse un pelo de la nueva pasajera era Bibek y, además, no trataba de disimularlo. En cuanto estaban juntos, saltaban chispas. Cada vez que veía a Madeleine, recordaba las sádicas palizas que esta le había propinado durante sus días de cautiverio, a veces, incluso sin preguntarle nada, solo por el mero placer de torturarlo. Y eso Bibek ni lo olvidaba ni se lo perdonaba, por muy hermana de

Makh que dijera ser. Las cicatrices que le había dejado, tanto en su cuerpo como en su memoria, no desaparecerían fácilmente.

Un enorme sol almibarado estaba poniéndose en el horizonte extendiendo sobre el mundo una capa de barniz color miel, cuando Madeleine, secándose el pelo con una toalla, apareció en cubierta.

—Mirad, me da igual comer siempre la última, pero no pienso entrar a la ducha después de ese mono. No sé cómo no se hunde esta lata con todo el pelo que suelta, es repugnante.

Makh, que estaba sentado en el banco pegado a la cabina pelando unas patatas para la cena, observó a Bibek temiendo lo peor. En efecto, vio cómo su amigo estrujaba el timón con fuerza y apretaba los dientes mientras lanzaba a Madeleine una furibunda mirada.

—A mí también me repugna ver tu puta cara engreída y me aguanto —le contestó con un tono venenoso.

Makh rezó para que Madeleine dejara la cosa ahí pero, lamentablemente, no lo hizo. Por lo visto estaba acostumbrada a pronunciar la última palabra en una discusión.

—Desde luego, es irónico que tú digas eso, ¿te has mirado al espejo? No sé cómo no existe una ley que obligue a los de tu raza a ir tapados con un pasamontañas o algo. Resulta ofensivo para la vista.

Ahora sí, Bibek no pudo controlarse más y dejó su puesto para enfrentarse a la Intuitiva.

—Te voy a partir esa maldita bocaza.

—¿Sí? —contestó ella sin inmutarse al tiempo que arrojaba la toalla mojada a un lado—. Lo dudo, ladras mucho, pero en realidad no eres más que un peluche grande y bastante horrible.

Makh entendió de pronto que Madeleine estaba provocando a Bibek intencionadamente; quería pelearse con él. Pero, ¿por qué? ¿Qué ganaba con aquello? Antes de que pudiera pensar o decir nada, vio cómo ambos trepaban al tejado casi plano de la cabina, que era la parte más extensa y despejada de la barcaza, para usarlo a modo de ring.

P'tuv, que se hallaba subido al mástil, se percató entonces de que algo inusual estaba cociéndose allá abajo y descendió rápidamente para no

perder detalle. También Ima, alertada por los ruidos en el techo, salió del camarote para ver qué ocurría. Cuando miró hacia arriba y descubrió a Bibek y Madeleine lanzándose puñetazos y patadas, no pudo reprimir un grito indignado.

—¿Pero qué demonios hacen esos dos idiotas?

—Está claro que zurrarse —contestó P'tuv, encantado con el repentino espectáculo nocturno—. ¡Venga, Bibek, dale duro, no te dejes machacar por una chica!

—Makh —dijo entonces la mujer—, haz algo, páralos antes de que se hagan daño de verdad.

—Ni lo sueñes —contestó el joven—, si me meto en medio, me dan también a mí.

Ima, tan enfadada como asqueada, tuvo que resignarse y se fue a la otra punta del barco para no presenciar aquel absurdo y brutal enfrentamiento. El sonido de los golpes y los quejidos de los cuerpos era tan perturbador para ella que pidió a su Sensei que le pusiera música clásica. Después, se concentró en estudiar las imágenes que había grabado ese día en los templos.

El combate se prolongó durante más de una hora, pues estaba claro que los dos contrincantes se tenían bastantes ganas y, además, sus capacidades estaban muy equilibradas. Bibek era un rival fuerte, acostumbrado a las peleas duras y algo sucias, y tenía una gran resistencia física, pero la técnica de Madeleine era muy superior y sabía pegar y esquivar con más eficacia y precisión. También era mucho más rápida y ágil, aunque en aquel improvisado y limitado ring eso tampoco suponía una gran ventaja.

—Más vale que no he apostao na —le dijo P´tuk a Makh un tanto desilusionado en un momento dado de la lucha—, es como ver a un buey peleando contra un tigre.

—No subestimes a este buey —le contestó el joven que continuaba troceando verduras en una palangana ahora sentado en el suelo de cubierta—. He visto a Bibek en muchas peleas y te aseguro que no es fácil derribarlo.

—Pues está hecho un cromo.

Makh no dijo nada, pero lo cierto era que su amigo no tenía muy

buena pinta. Tenía varios cortes en las cejas y también en el labio; estaba tan cubierto de sangre que parecía un animal que hubiera metido el morro en las tripas de otro para alimentarse. Makh pensó que era hora de terminar como fuese con aquella pelea. Tal vez no había sido buena idea ignorar quién era Madeleine; un alto cargo del ejército más poderoso del mundo que, sin duda, se había ganado su rango a pulso.

Estaba limpiándose las manos en un trapo cuando, de pronto, entendió por fin la razón de aquel combate; era la forma que Madeleine tenía de imponerse, de ganarse el respeto de los demás. Seguramente, no conocía otra. Lo malo era, se dijo, que Bibek no era uno de sus subordinados y, lejos de doblegarse, su odio hacia ella no haría sino crecer tras la disputa.

Entonces, algo inesperado sucedió y Bibek, con un movimiento poco ortodoxo, consiguió hacer la zancadilla a Madeleine, que cayó de espaldas estrepitosamente. Bibek aprovechó para colocarse encima y propinarle una buena tanda de puñetazos en la cara. Se encontraba sofocado y si no acababa con ella pronto, no tendría aliento para seguir. Por suerte, su rival, vio que la pelea estaba perdida y gritó que se rendía.

Bibek se detuvo y ambos quedaron unos largos segundos sin resuello.

—Bueno, espero que esto haya merecido la pena y que partir de ahora estemos en paz —dijo al cabo la joven jadeando.

Bibek, todavía sentado a horcajadas sobre ella, la observó con recelo.

—¿Qué insinúas, que has provocado esto adrede?

Madeleine cerró los ojos despacio a modo de afirmación.

—Siento todo lo que he dicho antes para pincharte, en realidad, no lo pienso.

—Ya —alegó Bibek con sarcasmo—, ahora resultará que adoras a los de mi especie. Deberías aprender a perder con más elegancia.

—Puedes creerme o no, pero la verdad es que he salido con más de un *Haarig* en mi vida.

—Joder, tía, eres una mentirosa compulsiva —replicó Bibek sin soltar todavía las muñecas de Madeleine que sujetaba contra el tejado de la cabina.

Como toda respuesta, ella levantó la cabeza lo justo para alcanzar la oreja derecha de Bibek, a quien tenía a solo un palmo de su rostro, y susurrarle al oído cuál era uno de los puntos eróticos de la anatomía peluda de los de su raza.

La joven podía estar mintiéndole y conocer aquella intimidad solo de oídas, pero por el tono que utilizó y cómo se lo explicó, Bibek sintió que aquella información era de primera mano. Un singular escalofrío lo recorrió de arriba abajo y, acto seguido, se separó de su rival para que pudiera incorporarse.

—¿Entonces, todo bien? —insistió la joven ya de pie mientras se limpiaba la sangre con la manga de su camisa blanca.

Bibek lanzó un gruñido afirmativo.

—Menos mal —respondió ella—, porque creo que me has roto la nariz.

Entraron a la cabina a desinfectarse y vendarse las heridas. Makh también los siguió para terminar de preparar la cena. El sol hacía tiempo que se había puesto y la oscuridad era casi completa, pues tenían luna nueva. Aunque se encontraban muy al sur, las noches no dejaban de ser frías en altamar y todos agradecieron el calor del interior.

Una vez hubo acabado con su cura, Madeleine se sirvió un tazón de patatas cocidas con verduras y, tras ponerse su chaqueta de cuero, se encaminó hacia la puerta para cenar en cubierta; estaba cansada y no tenía ganas de esperar su turno. Entonces Bibek la llamó.

—Espera, puedes comer con nosotros, tengo un taburete plegable ahí guardado. No me había acordado de él hasta ahora.

De este modo, la joven pudo cenar a la mesa con el resto de la tripulación por primera vez.

Ima meneó la cabeza en un gesto de desaprobación.

—¿De verdad era necesaria esta barbaridad? ¿No podíais haber superado vuestras diferencias hablando?

—Quizá sí —contestó el timonel, sentado a su derecha—, pero este es un método mucho más rápido.

—Bueno, no te flipes, que tampoco ha sido tan rápido — apuntó P'tuv

mientras masticaba ruidosamente con la boca abierta—. Te'a llevao un rato largo ganarle y está claro que tú has recibío más que'lla. Eres un luchador patético. Creía que los *Haarig* erais más fuertes.

Madeleine y Makh no pudieron evitar sonreír ante el comentario. Por su parte, Bibek le hizo un gesto amenazante con el puño al niño y este se tapó instintivamente con el brazo.

—¿Ves, mocoso? —le dijo Bibek con sorna— a ti no tengo ni que tocarte.

—No seas crío, por dios —le amonestó Ima usando su tono de madre a punto de perder la paciencia—. Tengamos la fiesta en paz. Y no asustes al chico, que bastante ha tenido ya.

—¡Eso! —se defendió P'tuv volviendo a enderezarse en su asiento—, si no, te maldeciré pa que se te seque la polla y se te caiga a trozos.

Ima le dio entonces una sonora colleja y el niño profirió un indignado y exagerado lamento.

—Joder —suspiró Madeleine, sentada junto a su hermano—, estas cenas son de lo más animadas. Ya estoy echando de menos comer sola en cubierta.

Capítulo 37

Muy pronto quedó demostrada la conveniencia de llevar a Madeleine con ellos pues, en varias ocasiones y gracias a su Habilidad, pudieron esquivar a tiempo a unos cuantos galeones de Continente que andaban tras su pista.

—¿Todavía creerán que estás secuestrada? —le preguntó Makh a su hermana después de su último viraje hacia el oeste para evitar a sus perseguidores.

—No lo sé —contestó ella con franqueza mientras contemplaba desde estribor los altos acantilados del golfo que estaban rodeando—, no puedo percibirlo claramente, por lo que supongo que hay opiniones encontradas al respecto, o sea, que están empezando a dudar.

—Entonces no tardarán en sospechar que todo fue un montaje.

—Eso me temo. Por eso también debemos aprovechar esta ventaja al máximo mientras nos dure.

Arribaron a la verde y abrupta costa norte de Continente dos semanas después, en el gélido amanecer de un día gris y desapacible. Habría sido más directo acceder a la región donde se hallaba la Logia de las Intuitivas desde el este, pero esa ruta estaba demasiado vigilada. No obstante, no llegaron a desembarcar porque justo antes de hacerlo, cuando Madeleine se preparaba para descolgarse por la escalerilla, sufrió una de sus potentes premoniciones.

—Josephine ya no se encuentra en la Logia —declaró todavía con la mirada perdida en la neblina de estaño que los rodeaba y que se pegaba en rotos jirones al océano.

Bibek, que estaba echando el ancla, frunció el hocico dejando entrever por un momento sus blancos colmillos.

—Joder, ¿seguro?

—Y entonces, ¿dónde está? —preguntó Ima tratando de que su decepción no resultara demasiado evidente.

—No lo sé, ya os he dicho mil veces que no soy adivina. Mi Habilidad

no funciona así. De todos modos —meditó la joven—, supongo que puede haber ido a Lorient. Quizá en mi ausencia, Loïck ha decidido sustituirme por ella.

—Eso es mucho suponer —aventuró Makh que justo había terminado de recoger la vela—, deberíamos asegurarnos antes de meternos en la boca del lobo. Podrías usar un Enlace y preguntar en la Logia.

A Madeleine no le gustó la idea, pero todos coincidieron en que era lo más adecuado. Estaban hartos de dar tumbos.

—Hay un Enlace en un pueblo costero cerca de aquí, en Eletot. El problema es que si lo uso, delataremos nuestra posición —accedió Madeleine todavía algo reticente.

Los demás asintieron resignados y se pusieron a pensar en una solución.

—¡Pos miente, joder! —exclamó incrédulo P'tuv mirándolos como si fueran tontos de remate—. Solo tienes que decir que esa Josephine es tu abuelita y que quieres saber si está bien.

Todos observaron al niño con sorpresa. Era una treta muy obvia, pero a ninguno se le había ocurrido.

—Su abuela desde luego no, pero puedo hacerme pasar por una Hermana que viva fuera, en algún país lo suficientemente lejano, y decir que llamo en busca de consejo.

—¿Y el Enlace no dirá nada si ve que no eres quien dices ser ni estás donde dices estar? —objetó Ima, que no acababa de comprender muy bien el funcionamiento de aquel estrambótico medio de comunicación.

La mirada que recibió de sus compañeros le dejó claro que su pregunta era absurda.

—Podrías decirle a un Enlace que estás en la Luna envuelta en llamas y este lo transmitiría igualmente sin inmutarse, a esos tíos se la suda lo que cuentes, repiten todo como loros —acabó de explicarle Bibek.

Unas horas más tarde, Madeleine entró sola en el sobrio y rústico Ayuntamiento de Eletot, un modesto pueblo con casas austeras de piedra y tejados puntiagudos de pizarra. Tras mostrar al aburrido funcionario al cargo que tenía dinero para pagar el servicio, le pidió acceso a la sala de transmisiones en la planta de arriba. Este le

informó de que el Enlace estaba siendo utilizado por un consejero y que tendría que aguardar un momento.

Madeleine se paseó nerviosa por la pequeña y bien caldeada habitación con robustas vigas de madera. Seguía sin convencerle aquella maniobra, pero era cierto que sería una locura adentrarse en Lorient sin estar completamente seguros de que su objetivo se encontraba allí.

Por fin llegó su turno y pudo establecer comunicación con la Logia. Se presentó como la Hermana Odette, de Kilpua. La Intuitiva que atendió la llamada le informó de que Josephine estaba, efectivamente, en una misión en Lorient y que no volvería en un tiempo. Entonces Madeleine afirmó que daba igual, que no era nada urgente y que ya llamaría más adelante.

—Qué mala suerte —sentenció aquella misma tarde Makh, cuando su hermana regresó al humilde puerto donde habían atracado el Sonräk y les informó de las novedades—. Esa mujer no podía estar en peor lugar.

—Bueno, ya te colaste una vez en su guarida y conseguiste robarles en sus propias narices —alegó Bibek tratando de animarlo.

—Sí, y por ese motivo se ha reforzado la vigilancia, ahora ya no dan por sentado que el palacio sea invulnerable —apuntó Madeleine mientras entraba en el camarote, pues había empezado a caer una lluvia fina y afilada que parecía hecha de agujas.

—Estupendo —gruño Bibek—, esto va de mal en peor.

Una vez dentro de la cabina, empezaron a pensar en cómo iban a llevar a cabo el robo del alfiler. Makh caminaba inquieto por la habitación mientras los demás lo observaban esperando uno de sus socorridos planes.

Madeleine reparó en que su hermano apretaba y daba vueltas a algo en el bolsillo derecho de su pantalón y recordó el amuleto de hueso que le había robado cuando este se había hecho pasar por Enrico.

—Veo que ya has conseguido otro talismán —le dijo sonriéndole—. Se me había olvidado comentarte que el que te quité terminó rompiéndose. Lo siento.

—No importa —le contestó él deteniendo su paseo—, gracias a eso conseguí uno mucho mejor.

Bibek le lanzó a su amigo una apremiante mirada de advertencia y este, comprendiendo en el acto lo que quería comunicarle, se detuvo en ese punto. Sin embargo, P'tuv no fue tan discreto.

—¡Sí! Es una puta pasada, está hecho con la cola de Bibek, por eso le falta la punta.

Madeleine, sentada en el taburete y con la espalda pegada a la pared, soltó una carcajada al oír aquello. Intentaba ser respetuosa con las supersticiones de su hermano, sabiendo además de dónde le venían, pero aquella situación le pareció de lo más cómica.

—Te juro que yo no se lo he dicho —se excusó en el acto Makh temeroso de recibir un puñetazo de su susceptible compañero.

—Es verdá —apuntó el niño—, os oí un día hablando en cubierta. En este barco uno se entera de to. Fue sin querer, en serio.

Bibek, sentado en los escalones de la puerta, se frotó lentamente el entrecejo en un gesto entre el cansancio y la derrota. Anheló los viejos y tranquilos tiempos en los que él y Makh navegaban en solitario.

—Es muy interesante ver cómo el mismo suceso trágico os ha conducido a cada uno hacia extremos opuestos a la hora de entender la vida —comentó Ima con los codos apoyados sobre la mesa, atenta igual que una aplicada colegiala—, aunque como suele decirse, muchas veces los extremos se tocan. No me extrañaría que acabaseis intercambiando posturas.

—¿Y tú quién crees que tiene razón? —preguntó P'tuv, sentado a su lado.

—Bueno, me parece que la mayoría de las veces la verdad, o al menos el equilibrio, se encuentra justo en medio.

—Suponía que, viniendo de un mundo tan centrado en la ciencia como el tuyo, estarías de acuerdo con esta escéptica. Me dijiste una vez que nuestro destino no está escrito, sino que lo creamos nosotros mismos —alegó Makh mirándola con cierta sorpresa.

—Y era lo que antes pensaba, pero ahora, después de todo lo que he visto y vivido, ya no estoy tan segura. Creo que el futuro está abierto y cerrado al mismo tiempo, como la luz, que, aunque todavía no estáis

al tanto, se comporta a la vez como onda y partícula.

—Déjate de tanto rollo y admite que has cambiado de opinión gracias a mí, ¿a que sí? —se vanaglorió P'tuv hinchándose como un polluelo —. Fijo que en tu mundo no hay *pawangs* tan poderosos como yo.

Después de dar mil vueltas a diversos planes para colarse en el palacio de los Choisi, Madeleine se levantó del taburete, se colocó en medio del camarote y con voz autoritaria se dispuso a zanjar el tema.

—Bien, como veis, todos los planes que hemos tanteado cuentan con demasiadas pegas. Quería que lo vieseis por vosotros mismos antes de proponeros mi estrategia, la más evidente y sencilla: ser yo misma quien vaya a por el alfiler. Solo tengo que decir que conseguí escapar de vosotros.

—Ni hablar —soltó al momento Makh—, tú misma me dijiste que seguramente ya estarán sospechando de ti. Es demasiado arriesgado y, además, si esa poderosa Intuitiva se encuentra allí, ¿no podrá adivinar que estás mintiendo?

—Primero, te dije justo eso: que estarán «comenzando» a sospechar y que por eso debemos aprovechar el momento de confusión a nuestro favor. Y segundo, desde que tuve el encuentro con «La Mente Eterna» soy capaz de bloquear la Habilidad de otras Intuitivas. Ya engañé a Josephine cuando le dije que «Ella» me había encargado ir en tu busca para destruirte.

Sus compañeros callaron un momento y desviaron la vista. El plan de Madeleine era irrebatible, pero les costaba confiar en ella hasta el punto de dejar toda la misión en sus manos. Fue P'tuv el único en expresar abiertamente lo que ninguno se atrevía a decir.

—A mí esto me huele mu mal, ¿y si la descubren y nos traiciona pa salvar el pellejo?

—Además —objetó Bibek—, si llegas sola les va a resultar difícil creer que te has fugado y, por lo que cuentas, Loïck no va a ser muy comprensivo contigo ante otra cagada como esa.

Madeleine tuvo que admitir que ahí el *Haarig* no se equivocaba. De hecho, Loïck le había advertido que no iba a concederle una segunda oportunidad.

—Tenemos que echarnos un farol —propuso Makh—. Hay que ir con

todo para que te crean, así que lo mejor es que me entregues al menos a mí. Eso te despejará el camino y luego, a poco que me ayudes, yo podré arreglármelas para escapar.

—No me gusta —disintió entonces Ima removiéndose incómoda en el banco—, ese tipo es tan despiadado… ¿Y si te ejecuta nada más verte?

—Si le decimos que es el único que conoce tu paradero, no se atreverá a hacerlo —le contestó Madeleine—. Recuerda que su verdadero objetivo es dar contigo.

—Perfecto, en ese caso solo le lloverán hostias a mansalva — dijo con sarcasmo Bibek—. Creo que será mejor que digas que nos has capturado a los dos.

—No, no, no —le cortó su compañero de inmediato—. Sabes que en este caso no harías más que complicarme la fuga. Te agradezco el gesto, pero debemos ser prácticos.

Bibek soltó un juramento, pero no rebatió a su amigo pues sabía que tenía razón. No obstante, añadió:

—Está bien, pero iré contigo hasta Lorient, no voy a quedarme aquí a esperar. Si las cosas se tuercen, podré enterarme enseguida y tendré tiempo de salvarte el culo.

—Yo también voy —afirmó Ima con firmeza.

—Pos entonces yo no me voy a quedar aquí solo, tendré que ir a ese maldito sitio de pijos engominaos —dijo P'tuv con fastidio mientras se frotaba el ojo bueno y bostezaba aparatosamente.

Finalmente, tras debatir todavía un rato más, quedó claro que nadie iba a ceder en su postura, así que acordaron que todos irían a Lorient por tierra —el puerto resultaba ya una opción inviable— y, una vez allí, Madeleine y Makh entrarían en palacio a por el valioso alfiler.

Capítulo 38

—Dame un buen puñetazo —le pidió Madeleine a Bibek señalándose la mitad derecha de su rostro.

El *Haarig* se levantó de la cama donde estaba sentado liándose un cigarro y se dirigió a cumplir el deseo de su compañera mientras se remangaba la camisa. Por su parte, Makh, que se encontraba mirando por la sucia ventana de la habitación que habían alquilado en una de las pensiones más mugrientas y apartadas de Lorient, se giró bruscamente para impedirlo.

—¿Crees que es necesario? Todavía tienes marcas de vuestra última pelea.

—Ya, pero para mi coartada necesito que sean recientes —explicó Madeleine.

—¿Puedo intentarlo yo? ¡Por favor! —gritó entonces P'tuv al tiempo que cogía una silla y la arrastraba para subirse en ella y así tener mejor acceso a la cara de la joven Intuitiva.

Ima se incorporó de su estrecho y chirriante camastro, fue hasta donde el pequeño y, tomándolo en brazos, lo bajó de la silla.

—No seas bruto —le reprendió—, no es nada agradable golpear a alguien, te lo aseguro.

—Ya, pues ellos bien que se zurran en cuanto pueden —se quejó el chico.

Finalmente, Bibek se vendó una mano con un trapo y le asestó a Madeleine un derechazo que le dejó una mejilla palpitante y enrojecida.

A la mañana siguiente, Madeleine llegó a las puertas del palacio llevando esposado a Makh, al que también apuntaba con una pistola. Ambos comprobaron que había un gran movimiento de carrozas y gente en el interior. Antes de que los guardias acudieran a abrirles, el supuesto prisionero, nervioso, preguntó a su hermana si su intuición le decía algo al respecto.

—Parece que todo está en orden, se trata de una reunión familiar de los Choisi. No te preocupes —susurró ella—, el jaleo y la confusión pueden venirnos bien. No percibo ningún peligro, aunque ya sabes que te va a tocar pasarlo mal durante unas horas.

Makh asintió mientras notaba que la saliva se le hacía bolo en la garganta. A diferencia de Bibek, él no estaba acostumbrado a la violencia física y no sabía cómo iba a encarar y soportar aquello. Trató de convencerse de que Madeleine pronto le facilitaría la huida para poder ir a robar el alfiler y largarse de allí.

Una vez dentro, los dos fueron conducidos hasta un comedor donde Loïck de Choisi se hallaba almorzando en esos momentos. Cuando entraron en la recogida y luminosa estancia, situada en el primer piso junto a los jardines traseros, Loïck se limpió las manos en una fina servilleta y fue al encuentro de su joven lugarteniente.

—Querida, niña, me tenías tan preocupado. ¿Qué ha pasado? ¿Quién es este?

Madeleine le contó la historia que habían preparado minuciosamente. Tal como esperaba, al finalizar, el canalla de Loïck frunció ligeramente el ceño y observó:

—Perdóname si hago llamar a Josephine para que corrobore tus palabras. Ya sabes, es mera burocracia.

Al poco rato, la hermana superiora de la Logia de las Intuitivas entró en el comedor y, tras hacer una reverencia, tomó asiento a la izquierda de Loïck, que presidía la gran mesa. Madeleine prefirió permanecer de pie, sujetando por un brazo a su prisionero. Como de costumbre, la anciana llevaba sobre los hombros uno de sus austeros chales abrochado con el alfiler de plata. Madeleine volvió a resumir todo lo que le había ocurrido desde su secuestro. Seguía sintiendo con claridad que su nueva barrera mental la protegía de su maestra y que esta, además, creería todo lo que le contase. Hizo un esfuerzo por no sonreír.

—¿Entonces este es el hereje que te engañó en Ügg? —dijo con acritud Josephine al término del relato— ¿Por qué no lo has matado como te ordenó «Ella»?

—Iba a hacerlo, pero, como le he comentado antes a nuestro líder, lo necesitamos todavía para sacarle cierta información.

Josephine se esforzaba por escudriñar a fondo la mente de su antigua alumna en busca de algún resquicio de debilidad que le advirtiese de que mentía, pero no halló más que una firme resolución en ella, lo cual le penó, pues habría disfrutado recriminándola y dejándola en mal lugar delante de Loïck. En consecuencia, no le quedó más remedio que mirar a este y asentir para indicarle que todo lo que decía la joven era cierto.

El líder supremo, satisfecho, dio un último trago a su taza de café y ordenó a Madeleine que entregara al prisionero a los guardias de la puerta para que lo condujeran a una celda de máxima seguridad.

—Luego me pasaré a hacerte una visita —añadió lanzándole a Makh una sonrisa macabra—. Tú, querida, puedes ir a descansar, y que te curen ese golpe de la cara, estás horrible.

Madeleine aprovechó para salir del comedor junto a su maestra y empezó a darle conversación con el objeto de ver dónde la habían alojado y allanarle así el terreno a Makh. Una vez ante la puerta de la habitación, en el tercer piso, se despidió de Josephine y se dirigió a su cuarto para arreglarse. Estaba nerviosa e indecisa, no sabía si sería mejor solicitarle a Loïck que la dejara acompañarle a interrogar a Makh o si sería preferible no estar presente; quizá hasta para ella resultase demasiado escabroso ver cómo torturaban a su hermano. De todos modos, meditó, tarde o temprano, cuando Loïck se cansase de jugar con su víctima, la llamaría para comprobar si la información que había conseguido era cierta. Esa solía ser su manera habitual de trabajar.

En efecto, Loïck, acompañado por un par de escoltas, decidió bajar de inmediato a la zona de las celdas, ya que más tarde debía acudir a una reunión familiar importante y entonces ya no tendría tiempo para nada durante nadie sabía cuánto. Choisi de todo Continente estaban llegando desde distintos puntos del país para celebrar uno de sus concilios trimestrales en los que analizaban la situación política local e internacional, sugerían medidas, proyectos de toda índole, etc. Se trataba de un evento sobre todo simbólico, ya que, en última instancia, el líder electo era quien tenía poder para llevar a cabo o no dichas propuestas. Lo máximo que podían hacer los demás era intentar influir en él como mejor pudieran, muchas veces, por medio de nada disimulados sobornos. También al líder le convenía aceptar algunas de estas ideas, ya que más tarde o más temprano, uno de aquellos familiares, cercanos o lejanos, acabaría ostentando su cargo.

Loïck envidió a su hermano Pierrick, que disfrutaba de lo lindo con aquellos tejemanejes y juegos políticos que, principalmente, se desarrollaban fuera del concilio, durante las largas comidas, almuerzos, cenas y actividades —como bailes, conciertos o cacerías— que se realizarían en los tres días siguientes. A él, sin embargo, le gustaban más las conspiraciones unidireccionales en las que él urdía y manejaba a su antojo, sin depender de la respuesta de nadie. Por eso adoraba el poder absoluto de su cargo. Y por eso necesitaba con urgencia saber qué había hecho aquel *Cercatore* con la extranjera traída por la vorágine: era su pasaporte para perpetuar indefinidamente su mandato tanto en Continente como en el resto de Geb. Y entonces, ya no tendría que aguantar a sus zalameros familiares ni al resto de gobernantes mundiales.

Cuando entró en la fría celda, Loïck se abrochó el abrigo de piel y se acercó un poco al muro transparente que lo separaba del preso, convenientemente encadenado por un tobillo al sólido muro de piedra trasero. Dos guardias armados vigilaban también desde ese otro lado. Loïck les hizo una señal y entonces estos ataron las muñecas de Makh a unas argollas que pendían del techo.

—Supongo que reconoces la celda, ¿verdad? Es la misma de la que sustrajiste a nuestra prisionera, aunque la hemos mejorado desde entonces. Tu osadía nos ha obligado a modernizar nuestros sistemas, así que, en ese sentido, debo darte las gracias.

Makh se limitó a esgrimir una irónica mueca.

—¿Sabes? En otras circunstancias te habría ofrecido un puesto como responsable de seguridad; alguien con tus Habilidades nos sería muy útil, pero dada la gravedad de tus delitos, me temo que no va a ser posible —Loïck hizo una pausa y dio un par de pasos más hacia la barrera de cristal irrompible—. Dime, ¿estudiaste en la Logia de Ikh-Uul?

Makh asintió. No tenía intenciones de guardarse información que no fuera estrictamente confidencial.

—He estado investigando y he averiguado que, efectivamente, los Chayas de alto nivel como tú, son capaces de desarrollar esa técnica para crear un doble, ¿cómo es que lo llamáis?

—Tulpa.

—Eso es, Tulpa. El que creaste en Xatarov dejó a mucha gente con la boca abierta. Por lo visto, guardáis muchos secretitos jugosos en tu

Logia para rateros, y me ha salido bastante caro desenterrarlos. También me han informado de que no se puede crea un doble lejos del original, ni más allá de una superficie sólida, con lo cual, aquí de poco va servirte uno. En cuanto al tema de la resistencia al dolor, ¿qué tal lo lleváis? ¿Tenéis también algún sorprendente truco para eso?

Makh negó con la cabeza mientras se estremecía de arriba abajo. Sabía lo que se avecinaba y le daba pavor.

Loïck se acercó hasta uno de sus escoltas y le sacó del cinturón una daga brillante y afilada.

—No sé si tú estás al corriente de mis Habilidades.

Makh volvió a asentir con un gesto porque, de pronto, sintió que la voz se evaporaba dentro de él como una gota de agua a pleno sol. No obstante, tragó saliva varias veces para humedecer su boca reseca y poder hablar. Su voz sonó extrañamente ronca.

—Sé cuáles son, señor, pero no hace falta que las use. Voy a responder a todo lo que me pregunte.

—De eso no me cabe la menor duda —sonrió Loïck ladinamente—, ¿pero quién me asegura que tus respuestas no serán más que un puñado de mentiras? La experiencia me ha enseñado que tienen más validez las confesiones arrancadas con dolor.

—Puede llamar a una Intuitiva para comprobarlo.

—Claro que lo haré, pero antes, me gusta preparar el terreno. Aunque en tu caso, tratándose de un hereje Intuitivo que consiguió bloquear la Habilidad de una de ellas, una de las más poderosas además, no sé si eso será de mucha utilidad…

—Bueno, en realidad, Madeleine ha conseguido deshacerse de mi bloqueo, ya no tengo poder sobre su mente, pensé que se lo habría dicho.

Makh se aferró a la pequeña esperanza de que, si alargaba la conversación, el tiempo destinado a la tortura sería menor. Confió en que Loïck no se diera cuenta de lo que tramaba.

—Me lo contó, en efecto. Estoy al corriente de vuestro desastroso encuentro sexual. ¿O quizá para ti fue más satisfactorio? —preguntó el hombre dirigiéndole una mirada lasciva de lo más obscena mientras hacía girar en sus manos la puntiaguda arma.

Makh tembló de nuevo. La imagen de la fatídica cuchillada que hacía no mucho le habían asestado al pobre P'tuv regresó vívida a su mente. Notó cómo un sudor frío empezaba a empaparlo y supo mejor que nunca lo que significaba desprender olor a miedo.

—Fue algo repugnante —contestó al fin—, esa mujer es una sádica.

Loïck rio entonces con ganas.

—Sí, no es de extrañar que sus amantes no repitan, te lo digo también por experiencia.

El líder de Continente le guiñó un ojo a Makh en un gesto de sibilina complicidad, y este sintió que el estómago se le revolvía. ¿De verdad su hermana se había acostado con aquel engendro? Habría preferido no saberlo, ya eran demasiadas las cosas que debía omitir y silenciar para mantener una relación fraternal más o menos normal con ella.

—Lo que no entiendo es por qué a nuestra amiga le resultaste tan desagradable… Eres un joven apuesto, no estás nada, pero que nada mal…

Entonces, Loïck, echando mano de su Habilidad, manipuló la daga en el aire para que esta, a distancia, desgarrara la camisa del joven hasta hacerla caer al suelo hecha trizas, pero sin causarle el más mínimo rasguño. Makh se sacudió como si una anguila eléctrica le hubiera alcanzado de lleno: había un tipo de tortura en la que no se le había ocurrido pensar hasta ese momento.

Loïck, viendo la reacción del muchacho, se relamió como una serpiente a punto de devorar a un ratoncillo. Al parecer, había dado con algo interesante.

—¿Te he sobresaltado? —preguntó con fingida inocencia—. No pensaba que un marinero de mundo como tú no hubiese probado ya todo tipo de placeres carnales… Quizá yo mismo podría instruirte.

Makh entendió que daba igual lo que le contestase, se había mostrado débil y Loïck no iba a dejarlo pasar. Trató de aparentar indiferencia.

—Tú mismo, podemos darles a estos tipos un buen espectáculo. Seguro que luego no lo van contando por ahí y que tus familiares no llegan a enterarse.

Loïck soltó una espontánea carcajada; resultaba evidente que el chico no estaba al tanto de cómo funcionaban las cosas en Lorient.

—Eres tan inocente que empiezas a excitarme de veras. Seguro que hasta eres virgen en lo que a hombres se refiere. Hacía tiempo que no daba con uno, por aquí escasean.

Makh intuyó entonces el grado de libertinaje que debía reinar en aquel palacio y se dio cuenta de lo estúpida que había sonado su amenaza. Se maldijo a sí mismo, seguro que Bibek habría llevado aquello con más astucia que él. Ya no sabía por dónde salir. Pensando en lo que estaba a punto de ocurrirle, casi deseó la opción de la tajada en la cara.

Loïck, ante el silencio aterrorizado del chico, continuó con su despiadada charla:

—No me malinterpretes, a mí las frutas verdes como tú no me interesan en absoluto, me gusta la gente con experiencia, la relación entonces es mucho más placentera. Quizá mis hombres podrían ayudarme con eso.

Makh sintió que se derrumbaba.

—Por favor, le juro que le voy a contar todo lo que quiera, sé que busca a esa mujer que vino de un mundo paralelo, le diré dónde la he escondido. Y después, si quiere matarme, hágalo, o puedo servirle el resto de mi vida, como antes ha dicho, podría serle muy útil como asesor de seguridad o como espía.

—Eh, eh, eh —le interrumpió Loïck—, no precipites las cosas. Todo a su debido tiempo. Resulta además que, cuando se me mete algo en la cabeza, no me lo puedo quitar hasta que lo realizo. Y ya me he encaprichado contigo.

Entonces, el hombre hizo una señal a uno de los guardias que custodiaban a Makh y este, despojándose de sus armas, se acercó hasta el muchacho mientras empezaba a desabrocharse el cinturón.

En ese instante, llamaron a la puerta de hierro de la celda. Loïck indicó a uno de los escoltas que abriese. El ayudante de cámara de Loïck apareció en el umbral y algo cohibido anunció:

—*Massieu* Loïck, su madre ha llegado y reclama verlo de inmediato.

El líder supremo de Continente soltó una maldición, se mesó el pelo hacia atrás en un gesto impaciente y ordenó a los soldados: —Seguiremos con esto en otro momento. No quiero perderme nada.

Makh estuvo a punto de resoplar aliviado, pero entonces, Loïck se acercó hasta el cristal y, frente a él, surcó violentamente el aire con la daga dibujando una gran x que al instante se grabó con sangre a lo largo y ancho de su pecho desnudo. Makh soltó un aullido desgarrador que retumbó por todos los pasillos de los calabozos.

Madeleine, en su cuarto, se llevó súbitamente las manos al corazón y tuvo que tomar asiento para no desmayarse.

Capítulo 39

Era noche cerrada cuando Josephine se dirigió a los aposentos del Enlace destinado a los visitantes de palacio. Había convenido con la hermana Celine comunicarse con ella por la tarde, pero debido a los numerosos actos oficiales a los que había tenido que asistir con la llegada de los Choisi, no había podido hacerlo antes. Confió en que su compañera no se hubiera acostado todavía; quería terminar cuanto antes con el trámite para irse también a descansar.

Su deseo se vio cumplido y Celine no tardó en responder desde el otro lado para informarle de que todo estaba en orden y de que no había novedades relevantes. Iban a cortar la transmisión, cuando la hermana emplazada en la Logia añadió en el último instante, como si acabara de recordarlo:

—Por cierto, señora, hace un par de días le llamó la hermana Odette, desde Kilpua, pero no dijo qué era lo que quería. Le dije que usted se hallaba en Lorient, por si quería localizarla ahí.

Josephine levantó las cejas en un gesto tanto escéptico como sorprendido.

—Habrías entendido mal, la hermana Odette falleció la primavera pasada, no creo que me haya llamado desde el más allá.

—No, no —insistió tercamente Celine—, lo apunté en un papel para no olvidarme.

Josephine se despidió entonces y, con su intuición zumbando como una irritante mosca entre las orejas de un burro, realizó otra llamada a la comunidad que tenía su sede en aquella remota ciudad. Efectivamente, comprobó que la hermana Odette no había dado señales de resucitar y nadie con el mismo nombre la había sustituido. Tampoco ninguna otra hermana había intentado contactar con ella desde allí. Todo aquello era de veras intrigante.

Makh volvió a girarse inquieto sobre su estrecho camastro; ni la angustia ni la tremenda herida de su pecho —que había vendado precariamente con los restos de su camisa— le permitían sumergirse en un anhelado sueño que le dejara olvidar por un momento su

desesperada situación. Rezó de nuevo para que Madeleine apareciese cuanto antes para ayudarlo y lamentó haber tenido que dejarle a ella su querido amuleto de pelo de *Haarig,* pues estaba claro que los guardias no habrían tardado en requisárselo junto al resto de sus pertenencias.

Debían de ser las cuatro de la mañana cuando alguien se coló en la celda con extremo sigilo. Makh se puso en pie como un resorte. No se trataba de su hermana, pero sin duda, era alguien enviado por ella porque el extraño, cubierto por una capa con capucha, se acercó hasta la barrera transparente y, por el hueco a través del que pasaban la comida, introdujo un objeto que cayó al suelo emitiendo un agudo «clink». Después, el misterioso visitante abandonó la celda con la misma cautela y sin pronunciar media palabra.

Makh recogió el objeto y comprobó que se trataba de una especie de llave maestra que además, por el otro extremo, tenía forma de ganzúa. Un chisme de lo más ingenioso, se dijo el joven con infinito agradecimiento. En medio del artilugio había enrollado un papelito que contenía un pequeño plano indicando con una x la que sin duda sería la habitación de Josephine.

En cuestión de segundos, el prisionero se había desembarazado de la argolla que atenazaba su pie.

También, en un tiempo record, consiguió materializar frente a él, pero tras el muro de cristal, un Tulpa que desactivó los modernos mecanismos que mantenían cerrado ese dispositivo. Por fortuna, el amable personaje había dejado la enorme puerta de la celda entreabierta pues, de otra forma, le habría sido imposible abrirla desde dentro (ya que solo tenía cerradura en el otro lado). Pensó con alivio en la inmensa conveniencia de que aquella barrera interna fuese de cristal, si no, su doble no podría haber emergido tras ella y su aventura habría fracasado antes de empezar.

Ya en los pasillos, miró atentamente a su alrededor y, cuando vio que tenía vía libre, comenzó su ascenso hasta los niveles superiores noqueando en silencio, con un certero y suave movimiento, a todos los guardias que encontró por el camino.

Antes de llegar a la planta baja, se detuvo para adentrarse en el cuarto de la lavandería. Gracias a su anterior visita, sabía dónde se encontraban las habitaciones y demás dependencias del servicio. Allí robó un uniforme de mayordomo de su talla, pues no era muy buena

idea pasearse por palacio medio en cueros.

La habitación de la Intuitiva se encontraba, según el plano, en el ala este del tercer piso, en un pasillo secundario. Subió usando las escaleras de los criados y, de ese modo, apenas tuvo que apretar el cuello de un par de soldados para dejarlos inconscientes.

Una vez frente a la puerta de Josephine, tomó aire, introdujo con delicadeza la llave maestra en la cerradura y giró el pomo con extrema prudencia. Años de entrenamiento y de práctica consiguieron que no se oyera ni el mínimo chasquido.

En el interior del cuarto, esperó unos segundos para adaptar sus ojos a aquella penumbra más espesa y luego se deslizó igual que un silencioso gato hasta la silla donde estaba doblada la ropa de la anciana, que en ese momento, era un apacible bulto que roncaba tapado por las mantas. No le costó dar con el alfiler, este emitía tenues destellos sobre el chal de lana colgado del respaldo. Makh agradeció tener a su favor una noche de luna llena tan esclarecida como aquella.

De vuelta al pasillo, casi tuvo ganas de hacer un gesto triunfal. En cuestión de minutos estaría lejos de aquel maldito antro y de sus depravados habitantes, y con la valiosísima «pieza madre» en su poder. Intentó refrenar su entusiasmo para no precipitarse y cometer algún error.

Empezó a caminar en dirección a una apartada ventana al fondo del corredor por la que saldría para acceder a los jardines traseros. Y de pronto, sin más ni más, tropezó y a punto estuvo de caer de bruces contra las frías y relucientes baldosas de mármol. Recuperado el equilibrio, inspeccionó aquel tramo vacío de pasillo preguntándose qué demonios le había podido ocurrir. Se contestó que los nervios y el miedo acumulado le habían jugado una mala pasada. Tampoco llevaba con él su amuleto y ya había comprobado cuánto podía afectar a sus capacidades aquel inoportuno hecho. Continuó avanzando con suma concentración en cada movimiento. Alcanzó el alto ventanal, y tras asomarse para comprobar si había alguien que pudiera detectarlo desde fuera y encontrar todo despejado, salió con sumo cuidado.

La fachada del edificio estaba repleta de multitud de relieves y elementos ornamentales como molduras, rosetones o falsas columnas, que hacían que escalarlo fuera casi cosa de niños.

No había hecho más que descolgarse para asir con ambas manos el alfeizar de la amplia ventana, cuando sintió que una fuerza invisible

comenzaba a separarle, uno por uno, los dedos de la mano derecha. Estaba agarrado a pulso y su intención era la de desplazarse hacia la izquierda para saltar hasta la esquina de un escudo grabado en piedra, a un par de metros de distancia. Pero ya no tenía tiempo, si no encontraba pronto apoyo para sus pies, se estrellaría contra la dura gravilla tres pisos más abajo. La misteriosa fuerza consiguió despegar ahora su otra mano y Makh cayó ahogando un grito.

Más por azar que por otro motivo, logró agarrarse a la moldura vegetal de una serie que adornaba el frente del segundo piso. El joven estaba en un estado de nerviosismo y alarma tales que apenas podía controlar el temblor de su cuerpo; acababa de deducir quién debía de estar jugando con él, pues no había nadie más en palacio capaz de hacer algo semejante.

Notó entonces un tremendo golpe en el costado, como si le hubieran atizado un brutal puñetazo, y mientras volvía a precipitarse, entendió que así había sido realmente, aunque a distancia. Esta vez logró asir con una mano el marco de una ventana abierta en el primer piso cuyos cristales rompió en mil añicos infringiéndose unos cuantos cortes en la cara y el cuello. A pesar del tremendo choque, consiguió mantenerse agarrado; ya solo le separaban del suelo unos cuatro o cinco metros. En cuanto recuperó el equilibrio, saltó para, una vez en tierra, echar a correr con toda su alma, aunque la herida del pecho le causaba un dolor atroz, pues con el impacto del brusco aterrizaje se había abierto y había empezado a sangrar. Vio cómo la camisa blanca de su uniforme se teñía de rojo. Tal vez, si se alejaba lo suficiente del campo de alcance de Loïck, lograría burlar su Habilidad. Confiaba en que aquella técnica mental únicamente funcionase mientras la víctima permanecía a la vista del ejecutor. Había llegado a esa posible hipótesis en la celda, observando y meditando sobre el muro de cristal a través del cual Loïck torturaba a sus prisioneros.

Estaba a punto de alcanzar unos arbustos, cerca del muro exterior, cuando sintió que una tremenda energía lo tomaba del cuello y, apretando lastimosamente, lo tiraba hacia atrás con tanta violencia que sintió que se rompía en dos mientras caía y todo se nublaba a su alrededor.

Unos cuantos metros más arriba, Loïck de Choisi observaba complacido desde una terraza del cuarto piso. La hermana Josephine, a su lado y arrebujada en su chal, también disfrutaba de la escena. Tras unos segundos, el hombre aflojó las manos que estrujaba en torno a un imaginario cuello; si no se controlaba, acabaría por asfixiar del

todo a aquel piojoso, y todavía tenía mucho que tratar con él. A su señal, varios guardias apostados en los alrededores del patio, corrieron a recoger el cuerpo del chico que yacía inconsciente sobre la húmeda hierba.

—Espero no haberme excedido —comentó con impostada inocencia el mandatario.

Josephine cerró los párpados un momento y contestó:

—Ha estado a punto, pero presiento que todavía respira, aunque supongo que no por mucho tiempo.

—Estoy deseando saber por qué querían robar ese alfiler.

—Yo tampoco lo entiendo, *massieu* —reconoció la mujer—, que yo sepa no tiene ningún valor más allá del simbólico. Tal vez solo pretendían humillarme, aunque lo dudo, mi intuición me dice que hay mucho más detrás de este singular acto.

La anciana lanzó entonces una mirada cómplice a su acompañante y ambos sonrieron mientras regresaban al interior del palacio.

—Makh, despierta, ¿me oyes?

Makh hizo un esfuerzo por abrir los ojos y recordar lo que había sucedido. Todo en su mente estaba borroso. Observó que se encontraba en una celda, pero diferente a la anterior, y que su hermana, que estaba encadenada y tenía un ojo hinchado y del color de una ciruela madura, se hallaba junto a él. Unos débiles rayos de sol entraban por el único ventanuco enrejado situado en lo alto del alto muro trasero. Cuando trató de moverse en su lecho de paja extendido sobre el suelo de tierra, sintió que hasta el último de sus músculos se resentía y lanzó un amargo quejido. También comprobó que lo habían esposado de pies y manos, igual que a Madeleine.

—No te muevas —le apremió esta arrodillada junto a él—, tienes unas heridas muy feas. Me ha costado vendarlas y conseguir que dejaran de sangrar. Al final, te han dado más de lo que esperaba… Lo siento.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué estamos aquí?

—Nos han descubierto.

—Pero, ¿cómo? —preguntó el joven tratando de levantarse lo justo

para apoyar la espalda contra la pared— ¿Y cómo es que no lo has percibido antes?

—Porque todo se ha debido a circunstancias de lo más repentinas y fortuitas. Josephine se enteró de nuestra falsa llamada a la Logia cuando yo estaba dormida. La muy taimada no perdió el tiempo y, en cuanto tuvo la mínima sospecha, mandó que me apresaran por precaución. Encontraron en mi bolsillo una llave-ganzúa y un papelito con las señas de su habitación y no tuvieron más que sacar conclusiones.

—Pero puedes mentirle, decirle que se equivoca.

—Eso ya no sirve —le aclaró Madeleine—. Ahora sabe que, por alguna extraña razón, puedo engañarla y evitar su Habilidad. Estará deseando saber cómo lo he conseguido.

—¿Crees que saldremos de esta?

La joven bajó la cabeza para meditar su respuesta debidamente, no quería sonar demasiado cruda y desmoralizar por completo a su maltrecho hermano.

—Vale —se adelantó no obstante él tras aquella pausa excesivamente larga—, no hace falta que digas nada, ya me hago una idea.

Ella metió la mano en un bolsillo interior de su chaqueta y sacó el peludo amuleto de Makh.

—Toma, seguro que esto te hará sentirte algo mejor. Ha sido lo único que no me han quitado al registrarme.

Capítulo 40

Ima gritó por tercera vez el nombre de P'tuv, pero, o bien el niño no la oía, o bien fingía descaradamente no hacerlo. Bibek se asomó por el hueco de la escalera que daba al tejado y gritó a su vez a Ima que dejara de dar voces.

—A este paso te van a oír hasta en palacio.

—Es que me pone de los nervios que esté ahí subido, como se caiga, se mata.

—Antes se caería un puto mono. Anda, no te preocupes, ya bajará cuando tenga hambre, o sea, en unos cinco minutos como mucho.

Ima levantó la vista de nuevo hacia la alta chimenea de piedra rojiza en la que estaba encaramado el niño y resopló. Confió en que las oscuras y abultadas nubes que cubrían el cielo no descargasen todavía. Después, se acercó al borde de la azotea y miró en dirección a la pensión donde anteriormente se habían alojado con Makh y Madeleine, a unas pocas manzanas de distancia. Hacía ya tres días que habían abandonado aquel tugurio y se habían instalado en aquella fábrica de ladrillos abandonada. Todos habían acordado que, por precaución, sería mejor que los hermanos no supieran dónde se mudarían tras su partida; ya se encargarían ellos de contactarlos cuando regresaran. Y para eso había que vigilar la pensión, y la chimenea resultaba ser el único punto desde el que se divisaba la puerta de la calle.

Ima bajó por la trampilla hasta el interior del deteriorado edificio y, en una cocina de gas que habían improvisado en la oficina que debió pertenecer a algún directivo, comenzó a freír unas salchichas. Antes de dejarlas en el plato, P'tuv ya estaba pegado a ella tirándole de la manga.

—¿Alguna novedad? —le preguntó al chico Bibek, sentado en una destripada butaca de cuero.

—No mucho, el tío que mató a su mujer ha vuelto, seguro que pa eliminar las pruebas.

—Mira que eres pesado. Ya te he dicho que el hecho de que él saliera

solo y no vieras cuándo lo hacía ella, no quiere decir que la haya asesinado —insistió Ima con paciencia, sin detenerse a explicarle que seguramente no se trataba de un matrimonio, sino de algo mucho más esporádico y turbio.

—No te canses —apuntó Bibek—, es un cabezota y así al menos está entretenido con algo. Yo empiezo a estar cardíaco. Creo que esta tarde me arrimaré por los alrededores de palacio a ver si me entero de algo.

Ima retiró una nueva tanda de salchichas del fuego y las sirvió en otro plato que le ofreció a su peludo compañero.

—No me gusta esa idea, te conocen y no eres de los que pasan precisamente desapercibidos. Debería ir yo.

—Sí, claro, genial. La mujer más buscada por el ejército de Continente paseándose delante de sus narices.

—Pues dejad que vaya yo —propuso P'tuv mientras devoraba su grasienta comida con las manos—. A mí no me conocen y la gente nunca pa'ece verme.

A Ima no le hacía mucha gracia que el niño se arriesgara, pero al final Bibek la convenció de que era lo más sensato y seguro.

—Por favor, P'tuv, no hagas tonterías, tú solo escucha a ver si captas algo, no hagas preguntas a nadie o podrían sospechar de ti —le aconsejó Ima cuando el niño ya estaba a punto de salir a media tarde.

—Que sí, seré to'orejas. No tengo intención de que me trinquen, no soy idiota.

Antes de que el chico cruzara la puerta, Ima volvió a llamarlo.

—Espera. Toma este platillo —le dijo al tiempo que sacaba de su chaqueta un par de monedas y las colocaba en el recipiente—, con él parecerás un mendigo y no alguien que anda rondando por allí.

—Mu astuta, vieja —le contestó P'tuv mostrando su sonrisa desdentada—, asín de paso sacaré algo de pasta.

Cuando el niño llegó a las inmediaciones de palacio, se detuvo un momento, sacó el platillo de debajo de su roída camisa y colocó el par de moneditas de cobre en él. Luego comenzó a caminar despacio mientras, de vez en cuando, gritaba frases como «Una ayudita, por favor» o «*Apiánense* de este pobre güérfano».

Una vez ante la enorme y suntuosa puerta principal, P'tuv comprobó que había mucho movimiento; una larga hilera de lujosas carrozas ocupadas por elegantes y aristocráticos pasajeros estaba abandonando el edificio. Un nutrido grupo de curiosos se había arremolinado cerca para admirar tan singular desfile y él aprovechó para colarse entre ellos. Al parecer, logró averiguar, había habido una reunión de la extensa familia Choisi y por lo visto, había terminado aquel mismo día.

—Dicen que la madre de *massieu* Loïck se ha ido bastante cabreada esta mañana —susurró una vendedora de flores a otra mujer que llevaba un bebé en brazos— Ha debido salir como una furia, su carroza casi atropella a un montón de gente.

—No debe de ser la única que se marcha enfadada, al parecer nuestro líder no ha sido muy buen anfitrión este año…

De pronto, P'tuv, que no perdía una coma de la conversación, notó una gruesa mano sobre su hombro y al girarse, vio que se trataba de un guardia de palacio que iba acompañado por su pareja de patrulla.

—A ver, pordiosero, lárgate de la puerta; no queremos morralla ofendiendo la vista de nuestros invitados.

El chico asintió de forma sumisa y se dispuso a marcharse. Entonces, el otro guardia dijo poniendo una mueca de asco:

—Vaya tajo más feo te han hecho, chaval. Algo así no se ve todos los días.

Al escuchar aquello, el otro soldado dio un ligero respingo y agarró más fuerte la camisa de P'tuv, que ya estaba tomando impulso para salir corriendo.

—Oye, ¿no fue justo ayer que emitieron una orden de búsqueda de varios delincuentes, entre ellos un niño tuerto con una marca en la cara? —le comentó a su colega—. Será mejor que lo llevemos dentro por si las moscas.

En ese mismo momento, no muy lejos de allí, Madeleine y Makh volvían a ser conducidos desde su celda hasta la sala de interrogatorios, como la llamaban los guardias, aunque en realidad «sala de torturas» habría sido más apropiado, pues en ella no faltaba un solo artilugio para atormentar de mil formas a sus visitantes.

Makh se hallaba al límite de sus fuerzas tanto físicas como mentales y, aunque su hermana le instaba a perseverar y a no revelar cierta información, ya no se sentía capaz de resistir otro asalto. Le resultaba increíble ver cómo Madeleine encajaba todo aquello sin doblegarse y eso le hacía sentirse avergonzado y culpable a partes iguales. Toda la información confidencial que habían obtenido sus enemigos hasta entonces había salido de su boca, sin embargo, Madeleine no le había reprochado nada. Es más, insistía en que era normal: ella había crecido a fuerza de golpes y palizas, estaba acostumbrada.

Cuando entraron en el siniestro recinto, el joven comprobó con horror que Loïck estaba presente: los interrogatorios en los que él participaba eran mucho más retorcidos y sádicos, también a nivel psicológico. Loïck disfrutaba destruyendo su moral y su frágil esperanza.

En esta ocasión, a Makh lo destinaron al potro y a su hermana la llevaron a la bañera.

—Bien —dijo Loïck mientras se colocaba unas uñas de gato en la mano derecha; un instrumento de hierro con cuatro afilados surcos a modo de garras—, me alegra comunicaros que por fin mis molestos parientes se han ido y, a partir de ahora, podré dedicarme a vosotros sin interrupción, quizá hasta podamos retomar ese asunto íntimo que teníamos pendiente Makh, mis guardias y yo —añadió guiñándole un ojo al muchacho—. Pero ¿por dónde íbamos? Ah, sí, si no recuerdo mal, Madeleine nos había contado que su nueva Habilidad para evadir el poder de otras Intuitivas surgió de su encuentro con «La Mente Eterna». He estado meditándolo durante el almuerzo y tiene bastante sentido, pero me ha surgido una duda: ¿Por qué «Ella» no advirtió a Josephine de esta nueva capacidad, por qué no le dijo que estabas mintiéndole?

Antes de que la joven pudiera responder, el verdugo que la tenía de rodillas y sujeta por el cuello, sumergió su cabeza en aquel barreño repleto de agua sucia con restos de vómitos de sus últimos usuarios. Cuando la extrajo tres minutos después, Madeleine tosió y se convulsionó con violencia. Todavía jadeando, respondió:

—No puedo decirte por qué, yo todavía no lo entiendo, pero deduzco que tiene que ver con la extraña conexión que se ha establecido entre nosotras. Creo que tampoco «Ella» puede leer ahora mi mente, al menos yo no he notado su presencia. Aunque la verdad es que no creo que tuviera ningún interés en hacerlo después de sacarme de su pozo, no me tenía como una amenaza. Como ya te he dicho, Loïck, nunca se

había producido un contacto así y supongo que las consecuencias han sido inesperadas para todos.

Madeleine sabía que si confesaba que «Ella» estaba de su lado, implicada en todo aquel extraño complot del alfiler, estarían perdidos por completo.

Por suerte, Loïck no tenía ningún motivo para sospechar de la fidelidad de «La Mente Eterna», sobre todo porque, como casi todo el mundo, estaba convencido de que era un ser sin ningún otro propósito en la vida que existir, servirles y perpetuarse (a su extraña manera). Jamás, desde su nacimiento siglos atrás, se había interesado ni inmiscuido en los asuntos concernientes al resto de los humanos. Su relación con ellos se limitaba a ayudar a sus súbditas cuando estas le solicitaban que escudriñara la mente de algún enemigo o rebelde. Tras reflexionar sobre la explicación de la joven, pareció darse por satisfecho.

Entonces se acercó a Makh.

—¿Qué tal, Makh? ¿Has visto qué bien lo ha hecho tu querida hermanita? De verdad que estoy emocionado con este reencuentro familiar, es todavía más sorprendente y jugoso que ese cuento del Intuitivo hereje que os inventasteis. Dime, ¿cómo te enteraste de que el alfiler de Josephine era en realidad una pieza de la Máquina?

Makh cerró un momento los ojos temiendo que el verdugo apostado junto a él que se encargaba de girar el mecanismo por el cual se estiraban sus extremidades, empezara con su trabajo, pero no lo hizo y Makh se apresuró a contestar antes de que Loïck se impacientara. Le contó una versión aproximada de lo que había ocurrido en las iglesias del Advenimiento, aunque omitiendo la intervención del Sensei de Ima. En vez de eso, le dijo que rascaron la pintura del muro y encontraron debajo el dibujo del alfiler, que Madeleine reconoció al instante.

—Ciertamente es una casualidad tremenda, ¿no creéis? — dijo Loïck con ironía a sus hombres—. Ir a Omaruru para recabar información sobre las piezas y tropezarse por el camino con semejante hallazgo… Es que parece increíble.

—Lo sé, señor —se adelantó a replicar Makh—, y ojalá hubiera sido de otra manera porque así podría ofrecerle una explicación más convincente. Pero a veces la realidad es absurda. P'tuv piensa que Ima tiene la extraña capacidad de atraer las piezas, quizá su poder sea ese.

Ya le digo que salió disparada hacia aquellas ruinas en las que ninguno habíamos reparado.

Loïck frunció el ceño contrariado y, de repente, descargó sobre el costado desnudo de Makh un tremendo zarpazo con sus uñas de gato. El joven lanzó un grito agónico.

—¡Te está diciendo la verdad! —estalló Madeleine aun a riesgo de ser castigada por hablar sin permiso.

Loïck se resistía a creer que el anhelado poder de la extranjera fuera realmente aquel. A él le traían sin cuidado aquellas estúpidas e inútiles piezas, nunca le había interesado lo más mínimo el asunto. Pero, bueno, pensó tratando de calmarse, quizá el secreto para hacerse con el control de Geb estaba relacionado con lo que quiera que hiciese «La Gran Máquina». Debía mantener la mente abierta. Y sobre todo, no precipitarse, la verdad acabaría saliendo a la luz y para ello, lo fundamental era encontrar a aquella dichosa mujer.

—En fin, dejemos este asunto de momento y vayamos a otro más acuciante. ¿Dónde está la extranjera? Y esta vez ya no voy tolerar más vaguedades.

Ahora sí, a una señal del líder supremo, el verdugo accionó la manivela del potro que hizo girar los rodillos de la tabla sobre la que se hallaba Makh y tensó a la vez las cuerdas que sujetaban sus brazos y piernas. El joven sintió que todas las articulaciones de su cuerpo se quebraban como si fueran de cristal y volvió a soltar un aullido desgarrador. Acto seguido, perdió el conocimiento.

—Ve con cuidado —le recriminó Loïck al verdugo—, lo necesito consciente.

—Te repito, Loïck —intercedió por segunda vez Madeleine— que no lo sabemos. Piénsalo; es una medida de seguridad totalmente lógica, por si precisamente sucedía algo así. Como él te ha dicho esta misma mañana, los dejamos en la pensión Flament, en las afueras. Si no nos crees, manda una patrulla a investigar.

—¿Te crees que soy imbécil? —replicó Loïck—. No voy a enviar un destacamento a la pensión o a los alrededores para que levanten la liebre y tus colegas puedan descubrirlos desde donde quiera que estén vigilando. Me irrita que…

En ese instante, alguien golpeó enérgicamente la puerta metálica de la sala. El líder, furioso, abrió dispuesto a fusilar al inoportuno que osaba

interrumpirlo, pero al final no dijo nada y salió un momento al pasillo.

Cuando volvió a entrar, una sonrisa triunfal y aviesa bailaba en su rostro.

—Traigo estupendas noticas, un compañero vuestro ha decidido unirse a la fiesta y tengo la firme impresión de que él va a terminar de aclararme este asunto sobre el paradero de Ima, ¿no es así, P'tuv?

El hombre lanzó esta pregunta en dirección al umbral y entonces un par de guardias aparecieron por él llevando esposado al niño, que estaba pálido de terror.

Capítulo 41

Esa misma noche, Bibek, esposado de pies y manos, fue arrojado de malas maneras a la insalubre celda donde se hallaban confinados el resto de sus compañeros.

—¿Dónde está Ima? —preguntó P'tuv en cuanto vio entrar al *Haarig*.

—No sé, nos han traído juntos a palacio, pero luego nos han separado. Supongo que Loïck tendrá muchas ganas de hablar con ella.

—Es to culpa mía —se lamentó el niño, ligado al muro por medio de una cadena que se ceñía a su estrecho tobillo con una argolla —. Me he ido de la lengua como un puto soplón, tenía miedo de que m'cortaran el otro ojo.

—No te preocupes —le dijo con un hilo de voz Makh, que estaba hecho un tembloroso ovillo en un rincón de la celda—. No es culpa de nadie, las cosas a veces se tuercen. Esta misión estaba destinada a terminar mal.

—No, sí que es culpa de alguien. No debí mandar al crío a buscar información a la misma boca del lobo. Estaba de los nervios y no pensé bien lo que hacía.

—Bueno, de nada sirve ya lamentarse —concluyó con sequedad Madeleine, sentada en otra esquina del apestoso calabozo—. No nos queda más que aceptar nuestro fracaso y prepararnos para el final.

—¿Nos van a matar? —gritó el niño, asustado.

—Joder, Madeleine, no seas bruta —le amonestó Makh alzando un poco la cabeza—. A nosotros es posible, P'tuv, pero no creo que se atrevan a asesinar a un niño. Te juro que no lo voy a permitir. Además, Ima también le dirá a Loïck que no va a mover un dedo si no te deja libre.

En efecto, en cuanto Ima estuvo en presencia de Loïck, trató de chantajearle amenazándolo con no revelarle nada sobre su misterioso poder si no liberaba primero a sus compañeros, pero no tardó mucho en comprobar que el sádico mandatario confiaba ciegamente en sus propios métodos para obligarla a colaborar y también que nadie era

capaz de hacerle cambiar de parecer una vez había tomado una decisión. Apenas tuvo que esperar unas horas para presenciar lo que Loïck les tenía reservado a ella y a sus amigos.

Cuando al amanecer, Ima fue conducida a los jardines delanteros de palacio y vio, montado frente a la enorme verja de la puerta principal, un gran cadalso de madera donde colgaban cuatro sogas sobre cuatro taburetes, sintió que la sangre se detenía en sus venas y algo como un mazazo invisible la golpeaba en medio de los ojos. No cayó al suelo porque los guardias que la custodiaban la sujetaron por ambos brazos.

La noticia de la repentina ejecución colectiva se había extendido por la ciudad y pronto hubo una muchedumbre morbosa esperando para presenciar el macabro ajusticiamiento.

Ima, situada en primera fila entre Loïck y Josephine, suplicó a este de mil maneras que detuviera aquello y le juró que colaboraría con él en todo lo que quisiese. Tras su férrea negativa, le imploró que al menos le perdonara la vida a P'tuv, que era un niño inocente que no tenía nada que ver en todo aquello.

—Está con nosotros por casualidad, no es responsable de nada. ¡Solo tiene nueve años!

—Lo lamento mucho, pero así es la vida; a veces nuestro único error es hallarnos en el lugar y el momento equivocados. Y a mí, personalmente, eso me parece una grosería imperdonable.

Cuando todo el público estuvo ya instalado en torno a la plataforma —también los demás habitantes de palacio, entre los que se encontraba el hermano de Loïck, sus consejeros y demás miembros del gobierno—, aparecieron los reos atados de pies y manos. Ima decidió que, ya que no podía hacer nada por ellos, al menos no le daría a Loïck la satisfacción de torturarla con el espectáculo y trató de girarse para ponerse de espaldas. Sin embargo, los guardias no se lo permitieron y la agarraron con fuerza para obligarla a mirar al frente.

—Si cierras los ojos, mandaré que les corten la lengua ahora mismo.

Ima meditó angustiada si serviría de algo realizar uno de sus trucos con el Sensei, como había hecho ya en otras ocasiones por medio de hologramas y audios manipulados, pero su instinto y su sentido común le aconsejaron que no sería buena idea, que Loïck no se dejaría engañar tan fácilmente ni por mucho tiempo y que, entonces,

únicamente conseguiría destapar la existencia de la peligrosa tecnología que portaba en su brazo. «¿Por qué no me lo cortaría cuando estuve en casa de Zebina?», se recriminó a sí misma. Y, de todas formas, se preguntó, ¿cuánto aguantaría sin revelarlo?

Aunque se devanaba los sesos para encontrar alguna salida, estaba demasiado bloqueada y desbordada por la situación, y para cuando quiso darse cuenta, sus compañeros ya estaban siendo obligados a subir a sus respectivos taburetes que, cuando Loïck señalase, serían retirados por los verdugos para que sus cuerpos quedasen suspendidos en el aire.

Una vez todos los reos estuvieron en posición, se produjo un tenso y expectante murmullo sordo. Un par de cuervos negros cruzaron volando por encima de los allí congregados y sus secos graznidos se convirtieron en la fatídica música que anunció el horrible desenlace.

Fue entonces cuando P'tuv, con las manos atadas por delante con una cuerda, se secó las lágrimas de su ojo sano y, con una entereza inaudita, gritó a la concurrida audiencia:

—¡Yo os maldigo a todos, desalmados bastardos, y condeno a este lugar y a sus podridos habitantes a que se hundan en el infierno!

La gente, sobrecogida por la inusual potencia y solemnidad de aquellas palabras que resonaron hasta en el último rincón, quedó un momento en silencio y luego, pasada la impresión, empezó a reír ante la ocurrente osadía del pequeño. Esos últimos y espontáneos gestos dramáticos de las víctimas eran lo que más se agradecía y comentaba en los días sucesivos.

Loïck, también con una sarcástica sonrisa, levantó un brazo para indicar a los ejecutores que procedieran. Los cuatro verdugos, coordinados, dieron un paso al frente y, con una firme patada, derribaron los taburetes.

Madeleine, Bibek, Makh y P'tuv cayeron como pesados sacos de arena. Sus cuerpos trataron de resistirse a la fuerza que los ahogaba y comenzaron a sacudirse con violencia. Ima gritó un «no» agónico que se quebró en su garganta.

De pronto, todos los asistentes escucharon un sonido espeluznante, como si un árbol titánico acabara de quebrarse por la mitad a causa de un brutal rayo. Mientras se preguntaban de qué podía tratarse, pues el cielo seguía despejado y mudo, sintieron que el suelo comenzaba a temblar intensamente bajo sus pies. Alguien gritó entre la

muchedumbre y señaló hacia el palacio: una grieta formidable estaba abriéndose desde el tejado, para acto seguido, descender por la mitad de la fachada a una velocidad vertiginosa, igual que si le estuvieran infligiendo al edificio una salvaje cuchillada. La colosal grieta continuó su camino y, tras descender y romper en dos las amplias escaleras de mármol de la entrada, prosiguió por el jardín con el ímpetu de un río de tierra desbordado. La fisura pasó por el medio de los cuatro pilares de madera que sostenían el elevado cadalso y este profirió un lamento de astillas al que siguió su desmoronamiento.

A esas alturas, todo el mundo había echado a correr para ponerse a salvo. El palacio parecía haber reventado por dentro tras resquebrajarse y amenazaba con venirse abajo sobre la gente que ocupaba sus inmediaciones.

La escolta personal de Loïck se apresuró a proteger al mandatario y a sacarlo de allí de inmediato. Un guardia agarró a Ima para llevársela también, pero entonces, otra tremenda sacudida los derribó a ambos. Ahora nuevas grietas, como afluentes que emanaban de la principal, estaban expandiéndose en todas las direcciones. Varias personas fueron engullidas por estas en un abrir y cerrar de ojos. El soldado, al ver que una de aquellas hambrientas fisuras se dirigía hacia ellos, se levantó rápidamente y se largó a la carrera olvidándose de la prisionera. Ima, por su parte, giró en el suelo sobre sí misma y evitó precipitarse en el recién abierto abismo por unos escasos centímetros.

En cuanto se incorporó, voló rauda hacia la plataforma derruida para buscar a sus amigos, aunque, si no habían muerto asfixiados, pensó, probablemente lo habrían hecho a causa de la tremenda caída. Estaba aproximándose cuando vio el cuerpo de Josephine tendido en el suelo, una imponente estatua de piedra de las que decoraban el jardín le había caído encima machacándole el cráneo. Ima observó que el preciado alfiler todavía seguía prendido de su chal. Lo tomó con disgusto del cuerpo inerte y siguió su camino.

En contra de lo esperado, no le costó hallar entre los escombros a sus cuatro compañeros, que, a pesar de lucir algunos cortes y magulladuras, parecían encontrarse enteros y sin ningún hueso roto. Ima, infinitamente aliviada, les ayudó a deshacerse de la soga que todavía les ceñía el cuello y luego desanudó las cuerdas de sus manos.

Aunque aturdidos y conmocionados, todos comenzaron a correr espoleados por el milagroso empuje de esa adrenalina que solo el peligro de muerte sabe desatar con tanta eficacia.

En breve, se encontraron en la calle, huyendo entre los gritos y empujones del gentío. El terremoto seguía azotando la ciudad que se desmoronaba igual que una frágil construcción de bloques levantada por un niño. El caos resultaba ya ingobernable.

Madeleine, que era la que mejor conocía el terreno, les instó a meterse por una alcantarilla, no muy lejos del palacio, en un apartado callejón.

—Es un conducto secreto —les explicó con una voz áspera como una lija mientras los cascotes llovían en torno a ellos—, vamos, nos llevará hasta las afueras de Lorient.

Recorrieron aquella especie de falsa cloaca excavada en la tierra durante más de una hora entre los constantes zarandeos de sus estrechas paredes. Por fortuna, y aunque les cayeron algunos pedruscos encima, no se produjo ningún derrumbamiento de seriedad. No obstante, todos estaban deseando abandonar aquel inestable pasadizo de topos; la idea de perecer sepultados bajo toneladas de arena y lodo era casi peor que la de morir debido a un traumatismo a cielo abierto.

Emergieron a través de una trampilla cubierta por un manto de hierba a un pequeño claro en un bosquecillo de abedules, al oeste de la ciudad. El cielo estaba cubierto y había empezado a caer un fino pero persistente chirimiri. En cuanto a los temblores, eran más espaciados y suaves. Sin detenerse un segundo, continuaron su frenética marcha hacia el pueblo donde habían dejado amarrado el Sonräk.

—¿Alguien les ha dicho dónde atracamos? —preguntó en un tono urgente Bibek, rompiendo el largo silencio que habían mantenido desde su huida de palacio.

Sus compañeros negaron con la cabeza.

—Supongo —dedujo Madeleine— que ese asunto era el que menos urgía a Loïck. Sin duda, esperaba que fuera Ima quien se lo contase más adelante.

—Menos mal —dijo P'tuv—, sería una putada que nos lo hubiesen birlao.

Al escuchar al niño, todos los demás recordaron con un escalofrío las últimas palabras que este había emitido desde el cadalso. Se miraron unos a otros interrogándose al tiempo que detenían su avance, esperando que alguno diera una explicación a lo sucedido.

—¿Será cierto lo de su poder para echar maldiciones? —verbalizó al cabo Makh, más propenso a creer en fenómenos de esa clase.

—¡Po's claro que es verdá! —saltó el aludido muy indignado mientras jadeaba exhausto—. ¿Es que no lo acabáis de ver? ¡El suelo todavía está temblando!

Entonces, Madeleine les recordó lo que había ocurrido con la isla secreta de Takana Lev.

—A ver —intervino Ima, que se había sentado sobre una piedra para recuperar el resuello—, no nos volvamos locos. Estoy dispuesta a admitir muchas cosas, pero que un niño pueda provocar erupciones volcánicas y terremotos no tiene por dónde cogerse, y no te ofendas, P'tuv, tienes otros muchos talentos.

—No creo que sea eso —aclaró Madeleine—, intuyo que simplemente el crío está conectado de alguna forma con estos desastres naturales que se están produciendo desde hace un tiempo por toda Geb.

Los demás la miraron sin terminar de entender a qué se refería.

—Desde hace meses nos han llegado noticias de un gran número de catástrofes, no solo volcanes y terremotos, también maremotos, tifones y huracanes de una intensidad nunca vista. En cada una de estas ocasiones, sentí que había algo detrás, algo inquietante, pero no tuve tiempo de investigarlo por mi cuenta, pues a Loïck le pareció que eran asuntos que no le atañían.

—Bueno —insistió Ima siempre lógica—, ¿y qué demonios significa que P'tuv está conectado con todo eso?

—Todavía no lo sé —respondió tajante la joven mientras volvía a ponerse en marcha dando a entender que daba por finalizada la charla.

Llegaron a la adormecida aldea de Eletot al ocaso para encontrar el Sonräk intacto y donde lo habían amarrado. Antes de que la luz crepuscular se extinguiese del todo, abandonaron la cerrada bahía y se internaron rápidamente mar adentro.

Capítulo 42

Desde luego, los tripulantes del Sonräk, reunidos en torno a la mesa de la cabina ante un tazón de caldo caliente, tenían mucho de lo que hablar esa noche, pero lo primero fue decidir su nuevo rumbo y esto no resultó de entrada tan sencillo.

—Lo que tenemos q'hacer es alejarnos de aquí a toda hostia, da igual pa'dónde tiremos —exclamó P'tuv que, como de costumbre, se había sentado en el banco pegado a la pared, junto a Ima.

—Eso ya lo sabemos —le contestó Makh tratando de tranquilizarlo—, pero hay que elegir un destino. No estaría de más buscar un sitio donde ocultarnos unos días, hasta recuperarnos un poco y saber qué tenemos que hacer.

—No estoy de acuerdo —objetó Madeleine sentada en un lateral de la mesa sobre su pequeño taburete—. Debemos aprovechar ahora que estarán desbordados por el terremoto para seguir con nuestra misión, no les demos tiempo para recomponerse y salir a perseguirnos.

—Estoy con ella —señaló Ima.

Todos miraron a Bibek que sostenía un humeante cigarro en la mano. Este se frotó un momento su velludo mentón y contestó:

—Por esta vez, coincido con tu hermana, Makh, acabemos cuanto antes con esta historia y recuperemos nuestras putas vidas. No te ofendas —se apresuró a añadir dirigiéndose a Ima.

—Tranquilo, entiendo a qué te refieres, yo también quiero recuperar la mía.

—Vale, muy bien —concedió Makh, resignado—, ¿y hacia dónde se supone que daremos nuestro siguiente paso?

Ima sacó el alfiler de plata que llevaba prendido a la solapa de su chaqueta y lo colocó sobre la mesita de madera. Todos volvieron a observarlo con atención, pero la misteriosa pieza seguía sin hacer ni mostrar nada extraordinario lo pusieran como lo pusieran.

Entonces, Bibek se levantó de su silla y se dirigió un momento al fondo del camarote, allá donde tenían escondidas las piezas de «La

Gran Máquina». Enseguida volvió portando aquel peculiar alfiletero que desactivaba el camuflaje de las demás piezas en su presencia.

—Eso ya lo hemos probao —se desesperó P'tuv mientras resoplaba con hartazgo y entrecruzaba sus manos tras la cabeza.

Efectivamente, lo primero que habían hecho al subir al barco había sido comprobar si, al devolverle temporalmente la verdadera forma a la «pieza madre», ocurría algo con ella que desvelara su secreto, pero aparte de convertirse en una pieza azulada similar a las otras (eso sí, con su irrepetible diseño), no advirtieron nada especial.

—Sigo pensando que no puede ser casual que la pieza que inhabilita los camuflajes sea un alfiletero y que «la pieza madre» sea un alfiler —insistió Ima, pensativa.

—Obvio que no es casualidad —afirmó Madeleine—, seguro que esta pieza es a la que se referían como «pieza padre» en el mensaje oculto que hallaste en el mural, pero no parecen querer interactuar entre ellas.

Madeleine se refería a que habían tratado de clavar el alfiler en el alfiletero desde un montón de ángulos diferentes y este lo había rechazado en cada ocasión.

De pronto, P'tuv, tan solo por el deseo de distraerse con algo, tomó el plateado alfiler y, tras juguetear con él unos segundo, lo colocó horizontal, en equilibrio, sobre la punta achatada del alfiletero. Fue entonces cuando se produjo el ansiado prodigio y las piezas decidieron acoplarse emitiendo un singular chasquido eléctrico.

Acto seguido, el alfiler comenzó a girar a toda velocidad, como si fuera la aguja de una brújula enloquecida.

—¡Eh, sa'vuelto loco! —grito P'tuv algo asustado—. ¡No es culpa mía, yo solo lo he puesto encima!

Bibek, casi de forma instintiva, adelantó la mano para tomar el alfiler, pero fue imposible; al parecer, ahora que se habían unido en matrimonio, las piezas ya no tenían intención de divorciarse.

—Espero que no la hayamos cagado conectando cosas que no debían ir juntas —meditó el *Haarig* con un deje de preocupación.

—No lo creo —apuntó Ima—, mi Sensei acaba de comunicarme que esa cosa está emitiendo unas potentes y singulares ondas de radio.

Ima tuvo que explicarles el significado de sus palabras ya que sus compañeros nunca habían oído hablar de algo semejante.

—¿Entonces quieres decir que se está comunicando con alguien? —preguntó Bibek la mar de intrigado con aquel fascinante descubrimiento científico.

En cuanto este terminó la pregunta, los cuatro adultos se observaron en silencio durante unos segundos: su compañero acaba de despertar y verbalizar un temor que todos habían empezado a vislumbrar en el fondo de sus mentes.

Por primera vez, fueron plenamente conscientes del tremendo riesgo que estaban asumiendo, pues, si en efecto aquel dispositivo había empezado a llamar a alguien, ¿quién les aseguraba que no se trataba de un error de consecuencias fatales?, ¿cómo podían saber qué clase de ser escuchaba al otro lado y con qué intenciones?

Madeleine, adivinando que todos andaban cuestionándose lo mismo, tomó la palabra:

—No os preocupéis, mi intuición no percibe ningún peligro.

Ima y Makh asintieron con cierto alivio, sin embargo, Bibek se revolvió inquieto en la silla y luego, tras dar una última calada a su cigarro y apagar la colilla en los restos de su tazón de sopa, comentó:

—Ya, pero me pregunto…—hizo aquí una pequeña pausa para ordenar sus ideas porque estas todavía estaban formándose en su cabeza—, ¿y si «La Mente Eterna» te está manipulando?, ¿y si te deja percibir solo lo que «Ella» quiere, como ya hizo con Josephine?

La joven Intuitiva tuvo que reconocer que ese era un miedo que la acechaba desde el principio de la misión y admitió que no tenía forma de saber si aquello era cierto o no.

—O sea —resumió Ima—, que igual le estamos siguiendo el juego como tontos a un psicópata cósmico o vete a saber tú quién.

—A lo mejor deberíamos parar ese chisme —sugirió P'tuv escudriñando el artilugio con aprensión.

El resto también volvió a dirigir su mirada a la estrambótica peonza que no dejaba de girar sobre la mesa y de transmitir su misterioso mensaje.

—Creo que es demasiado tarde para eso —objetó Bibek—, algo me dice que no va a haber maneras de separarlas.

P'tuv fue el primero en querer comprobar si lo que decía su amigo era verdad y tomando las piezas intentó con todas sus fuerzas despegarlas. Lo único que consiguió fue que el alfiler rotante le infligiera un corte en la mano. No tuvo más remedio que rendirse a la evidencia.

—Pues las tiramos al mar y ya'stá —propuso, resentido por su derrota.

—Eso no serviría de nada —le explicó Ima.

Tras unos momentos de tenso silencio, Makh, recuperando el tema inicial, preguntó:

—En fin, sea como sea, seguimos sin saber hacia dónde debemos dirigirnos.

De repente, oyeron un golpe sordo en la cubierta y todos dieron un respingo sobre sus asientos.

—Debe de ser un pájaro que ha chocado contra la vela —dedujo Bibek.

Los cinco salieron a comprobar si era así. El peludo timonel iba al frente llevando una lámpara de aceite para iluminar la cerrada oscuridad: el cielo estaba cubierto y la luna menguante, estrecha como una uñita cortada, no servía de mucha ayuda. Sin embargo, en cuanto torcieron hacia estribor, descubrieron un resplandor intenso en cubierta procedente de una menuda bola azul, junto al casco

—¿Es una estrella que sa'caído? —preguntó, ingenuo, el niño.

Bibek dejó la lamparita en el suelo, se acercó hasta el objeto y lo tomó en sus manos. Este dejó de emitir entonces aquel brillo azulado y el joven pudo distinguir que se trataba de una pieza de «La Gran Máquina».

Cuando se giró y se la mostró a sus compañeros, todos se lanzaron miradas interrogantes.

—¿Será otra pieza especial? ¿La habrá atraído el cacharro ese que hemos montado? —preguntó al cabo Makh con los ojos abiertos como platos.

—Parece lo más probable —respondió Bibek—. Nunca había visto una

pieza sin camuflaje, quiero decir, lejos del alfiletero.

—Pues me parece que no va a ser la última, mirad —indicó Madeleine apuntando hacia el océano.

Los tripulantes del Sonräk se volvieron hacia donde señalaba la joven y comprobaron que otra bola de luz azul, veloz como un meteorito, se aproximaba hacia ellos por el este. Antes de poder comentar nada, P'tuv descubrió otra acercándose desde el sur a igual velocidad.

En cuestión de segundos, las vertiginosas esferas se multiplicaron en el ahora iluminado cielo nocturno igual que una intensa lluvia de cometas, y pronto, la cubierta de la barcaza se cubrió con las radiantes piezas sumergiéndolos en un escenario irreal y maravilloso. Ima recordó *La noche estrellada* de Van Gogh; era como si esos astros giratorios del cuadro estuvieran danzando en el firmamento para después caer a sus pies.

Madeleine, también muda de asombro, fue la primera en recuperar el habla y pronunció en un susurro:

—«La unión de los padres propiciará la llegada de los hijos».

Sus compañeros afirmaron en silencio al recordar la leyenda que habían descubierto, debajo del dibujo del alfiler, en el mural de aquella extraña iglesia dedicada a «La Mente Eterna».

Makh soltó un juramento y echó a correr hacia la cabina. Una vez dentro, se dirigió al lugar donde ocultaban las piezas, abrió la caja de prasadium que las contenía y aislaba, y vio cómo estas, al instante, dejaban caer su camuflaje y adquirían su apariencia real. A continuación, comenzaron a emitir el mismo brillo añil que las de cubierta y salieron despedidas para aterrizar a un par de metros de distancia de la mesa, donde seguían girando la madre y el padre de todas ellas.

Makh llamó a sus compañeros para que vieran lo que había sucedido.

Tras contemplar aquello, Bibek comentó:

—Bueno, está claro que ya no tenemos que preocuparnos por dónde ir a buscarlas. Solo tenemos que encontrar un sitio apartado para ver cómo montamos este rompecabezas.

—¿Entonces vamos a ir hasta el final, a pesar de lo que hemos hablado antes? —preguntó Ima sin dejar de contemplar las esferas que sobre el

suelo parecían componer un brillante diorama de un desconocido sistema solar.

—Por mi parte sí —concluyó rotundo el *Haarig* que ya había tomado una firme resolución—, a fin de cuentas, llevo media vida tratando de resolver este misterio, no puedo dejar que me frenen ahora las dudas y el miedo. Makh —añadió mirando a su compañero—, hemos especulado infinidad de veces sobre la naturaleza de «La Gran Máquina» y siempre hemos despreciado a aquellos que la consideraban algo maligno.

—Es verdad —admitió su amigo—. Siempre hemos dicho que debe de tratarse de algo revolucionario y beneficioso para el mundo. Si alguien ahí fuera quisiera aniquilarnos, podría haberlo hecho de una forma más rápida y contundente.

—Eso tiene sentido —admitió Madeleine—. No sería lógico querer eliminar a un objetivo confiando en que este se dedique durante siglos a montar las piezas del arma homicida que va a destruirlo.

Ima iba a objetar que quizá ese potencial enemigo no había contado con que su artefacto bélico se despedazara al llegar a su destino y que, tal vez, ellos estaban revirtiendo aquel milagro inesperado que había salvado a la humanidad de Geb *in extremis*. ¿Era ético continuar adelante sin estar al cien por cien seguros de lo que hacían? ¿No acabarían dando la razón a ese antiguo dicho popular que rezaba que la curiosidad mató al gato?

Preguntó mentalmente a su Sensei qué opinaba de todo aquello.«Tal como le he expresado con anterioridad, no consigo descifrar la composición de las piezas ni tampoco encuentro un patrón en el que estos fragmentos puedan encajar en un conjunto global. Por tanto, ignoro si contienen algún elemento o substancia peligrosa y qué clase de máquina podrían componer juntas. En consecuencia, lo más sensato sería aceptar la hipótesis que goza de mayor consenso entre los científicos de nuestro mundo sobre un posible contacto extraterrestre de tecnología muy superior a la nuestra y que aventura que hay muchas más posibilidades de que este suceso resultara del todo catastrófico para nosotros».

«Ya —replicó Ima mentalmente—, pero ¿y si montar esa máquina fuera la única forma de que yo regresara a casa? No sé por qué, pero tengo el presentimiento de que hasta que no se resuelva este asunto, no podré ocuparme de lo mío».

«Lamento decirle que me es imposible dar ningún crédito a un mero presentimiento; como bien sabe, no es más que una sensación del todo irracional y supersticiosa, y, objetivamente, no hay nada que relacione ambos hechos».

«Vale, imagina que demostrásemos que sí tienen relación. En ese caso, ¿qué me aconsejarías?»

«Mi protocolo es claro: si me hallo en la disyuntiva de salvar su vida en detrimento de la de otro ser humano, debo optar por salvar la suya, aunque debería considerar ciertas variables y la primera es respetar por encima de todo su voluntad, siempre que usted esté en condiciones de transmitirla. Sin embargo, si la disyuntiva está entre salvarla a usted o a dos personas o más, entonces deberé optar por sacrificarla a usted, por una simple cuestión numérica. Resumiendo: en este caso, mi consejo es no armar la máquina, y créame que siento de veras decirle esto. También me gustaría resolver este estimulante enigma».

Ima guardó silencio. Entendía perfectamente el razonamiento de su dispositivo y, sin embargo, no podía dejar de rememorar las últimas palabras que le dirigiera Zebina: «Confía en tus sensaciones y siempre tomarás las decisiones correctas».

La mujer lanzó un hondo suspiro, le esperaba una noche en blanco de lo más movida y desquiciante.

Capítulo 43

Al día siguiente, al levantarse temprano, todavía encontraron nuevas piezas esparcidas por cubierta. Alguna incluso había atravesado como una bala de cañón el recio casco del Sonräk dejando un hermoso agujero del tamaño de una naranja.

—Viajan con una fuerza endemoniada —comentó Bibek mientras metía en un saco aquellos últimos meteoritos fríos y azules que se apagaban al contacto de sus manos.

—Eso explicaría cómo han conseguido escapar de sus prisiones, pues más de una estaría guardada a buen recaudo en una caja fuerte o enterrada en algún cofre a varios metros de profundidad —añadió Makh, que como *Cercatore*, sabía muy bien de lo que hablaba.

—La peña lo ha tenío que flipar —sentenció P'tuv, que todavía miraba aquello con tremendo asombro.

Ima salió en ese momento de la cabina arrebujada en una manta. Estaba pálida, despeinada y lucía unas marcadas ojeras.

—¿Os habéis dado cuenta de que «los padres» todavía no han dejado de girar? Supongo que eso significa que las 496 piezas aún no se han reunido. Deberíamos contarlas en cualquier caso para saber cuántas faltan.

—Bien —señaló Bibek—, mientras lo hacéis, yo voy a poner rumbo a Höfn. Lo siento, Ima —añadió echándole una sonrisa cómplice a la mujer—, vuelve a tocar pasar frío.

—Es una buena elección —corroboró Madeleine—, es una isla apartada y con una costa de lo más abrupta. Podremos escondernos en algún fiordo mientras pensamos qué hacer con todo esto.

—¿Mientras pensamos qué hacer? —repitió Makh, incrédulo—. Creo que ya dejamos claro que vamos a montarlas. Es lo único que tiene sentido, es lo que hemos estado esperando toda nuestra vida. Además, ya veis que las piezas no estaban contactando con ningún ser diabólico, simplemente llaman a sus hijas para reunirse.

—Opino que esta decisión debemos tomarla entre todos — insistió

Ima— y para ello, lo mejor es disponer de toda la información posible. No debemos dejarnos llevar por nuestra curiosidad o nuestros sentimientos, es demasiado arriesgado.

Ima iba a contarles lo que le había dicho su Sensei al respecto la noche anterior, pero Madeleine se adelantó para expresar también sus inquietudes.

—He estado pensando y coincido con Ima; creo que, antes de nada, debería intentar conectar con «La Mente Eterna», preguntarle directamente qué es lo que busca, para qué sirve este dichoso artilugio. Ya está bien de actuar como si fuera un maldito títere a sus órdenes. He sido una cobarde y una estúpida.

—¿Y cómo vas a hacerlo si no es volviendo a tu Logia? —preguntó Makh.

—Como os dije, conectó conmigo cuando estuve en Nïisk investigando la muerte de aquel Enlace. Estoy segura de que «Ella» también tiene la capacidad de colarse en esa red mental por la que ellos se comunican. Intuyo que puede funcionar.

—¿Y si te miente? —objetó Bibek.

—Existe ese riesgo, pero estaré alerta, voy a desplegar mi potencial al máximo para ver si detecto la más mínima señal que pueda indicar que no está siendo del todo sincera u oculta algo. No sé si será posible, pero no perdemos nada por intentarlo. Mis Habilidades se han multiplicado y, además, ya no me pillará por sorpresa.

Tuvieron que aceptar que la propuesta de Madeleine era del todo razonable y que, en principio, no entrañaba ningún riesgo.

Entraron al camarote y Bibek buscó un mapa en el que aparecía aquella remota isla norteña; la última antes de acceder a los eternos hielos polares.

La joven Intuitiva observó un rato el mapa desenrollado sobre la mesa y, tras señalar un punto en la parte sur de Höfn, anunció:

—Podemos atracar en esta bahía, si no recuerdo mal, en Ólasfvik, a una media jornada andando, tienen un Enlace.

Cuatro días más tarde, los cinco tripulantes, bien abrigados y agarrados a la barandilla de proa, se encontraban contemplando el

accidentado litoral de aquella lejana isla blanca y solitaria como un iceberg a la deriva. El Sonräk se agitaba sobre un mar oscuro y picado que lo zarandeaba sin miramientos mientras gruesos copos de nieve, similares a plumas, descendían lentamente desde un cielo estancado y color ceniza. Resultaba difícil reconciliar en una misma mirada aquellas dos velocidades simultáneas y opuestas del mundo.

Una vez se adentraron en el resguardado fiordo, el mar pareció contagiarse de la calma del firmamento y las tripas de los viajeros regresaron a su sitio y a su ser.

Cuando atracaron, esperaron a que la tormenta de nieve amainara para poder desembarcar. Decidieron que Bibek, que era el que mejor sobrellevaba el frío, acompañara a Madeleine hasta el pueblo donde se encontraba el Enlace.

—Tal vez mientras estáis fuera aparezca esa última pieza — comentó Ima antes de despedirse de sus compañeros.

Habían contado las piezas unas cuantas veces con el mismo resultado: 495. Faltaba un hijo pródigo por aparecer y sus padres continuaban llamándolo sin descanso.

—Seguro que lo hará y que vosotros regresaréis con el visto bueno para que las montemos —concluyó Makh lleno de optimismo.

Tal como había calculado la joven, les tomó medio día de dura caminata alcanzar su objetivo.

Sin embargo, en Ólasfvik, una aldea de casitas de madera habitada por granjeros y ganaderos, las noticias no fueron las esperadas: su Enlace se había suicidado hacía apenas una semana.

—Es desesperante —les confesó el mismo alcalde de la pequeña comunidad que fue quien les recibió en su casa, ya que habían encontrado el Ayuntamiento cerrado—, este no llevaba ni un mes sustituyendo al anterior, que también se quitó la vida, igual que había hecho su antecesor en verano. No sé, creo que esos tipejos son incompatibles con nuestro clima.

Madeleine meditó unos segundos y preguntó al hombre:

—¿Sería posible ver el cuarto de Transmisiones? Verá, soy Intuitiva y creo que podría averiguar algo si estoy en contacto con sus efectos personales.

—Pues me temo que no va a poder ser; el Consejo del pueblo decidió que no era sensato seguir dependiendo de unos comunicadores tan inestables, así que hemos decidido volver al viejo sistema de mensajería con cuervos; aquí un correo de postas a caballo resulta inviable la mayor parte del año. Hemos convertido el ático donde se alojaban los Enlaces en una especie de palomar. No encontrará allí más que jaulas, cagadas y pajarracos escandalosos.

El amable y campechano funcionario, tras invitarlos a cenar con él y su esposa, les ofreció pasar la noche en la habitación de invitados de su casa, tan humilde como la del resto de ciudadanos, y estos no tuvieron más remedio que aceptar, pues ya era impensable regresar a esas horas a la bahía y no había además ninguna posada en el pueblo.

Comprobaron algo incómodos que el pequeño cuarto de invitados constaba de una única cama de matrimonio. Bibek se apresuró a aclarar que él dormiría sobre la alfombra con una de las mantas.

—No seas absurdo —se burló Madeleine—, la cama es enorme, no tenemos ni que rozarnos.

Bibek hizo una mueca de resignación y se sentó en un lateral de la cama para descalzarse.

—Muy bien, ¿y qué vamos a hacer ahora? —preguntó.

—Lo que es yo, dormir, no sé qué tienes tú en mente.

—Ja, ja, muy graciosa. Sabes que me refiero al Enlace, ¿tendremos que subir hasta la capital?

—Espero que no, eso nos llevaría demasiado. Mañana le preguntaremos a nuestro anfitrión si hay algún pueblo cercano que cuente con uno.

Pese a que ambos, siguiendo el plan acordado, se durmieron ocupando los extremos opuestos del colchón, durante la noche, de forma inconsciente, se fueron aproximando gradualmente de modo que, cuando Bibek abrió los ojos de madrugada, vio que su compañera lo tenía abrazado por la cintura desde atrás. No era la primera mujer que lo utilizaba para darse calor en una noche gélida, así que no se lo tuvo en cuenta. Con cuidado, se giró despacio y observó el rostro sereno y sonriente de Madeleine. Así dormida plácidamente como una niña, a la suave luz del amanecer, parecía hasta inofensiva, incluso hasta atractiva. Sin previo aviso, le vino a la memoria la confesión que le

había hecho esta sobre sus encuentros sexuales con los de su raza, su conocimiento sobre sus peculiares zonas erógenas, y entonces Bibek sintió que empezaba a excitarse bajo las sábanas. Consciente de lo inapropiado de todo aquello, los pelos de la nuca se le pusieron de punta y, ya sin contemplaciones, se levantó de un brinco. El brusco movimiento despertó a la joven que, durante un momento, observó la escena confundida, hasta que recordó dónde se encontraban y por qué.

—¿Qué pasa? ¿Ocurre algo? —preguntó recuperando su habitual expresión huraña.

—No, nada, un calambre en el pie —improvisó Bibek mientras daba la espalda a su compañera y presionaba la punta de su pie derecho contra la tarima de la pared con el fin de disimular hasta que se le bajara la erección.

Confió en que ella no intuyese que le estaba mintiendo o que, si lo hacía, tuviera al menos la cortesía de pasarlo por alto. En efecto, Madeleine sintió que su compañero no estaba siendo sincero, pero prefirió no insistir en el tema.

Durante el desayuno, el alcalde les comunicó que el Enlace más cercano se hallaba a cuatro jornadas de camino, pero tal como estaban todavía los caminos, bien podrían ser algunas más. Madeleine y Bibek se miraron con fastidio. Sin embargo, la esposa del edil, que estaba recogiendo ya la mesa y apenas había hablado, recordó:

—Hace tiempo, hubo un Enlace en la Torre de Vigilancia de Dagger, es una lástima que lleve años abandonada. Está a solo una hora de aquí.

Madeleine miró a la mujer con interés y preguntó:

—¿Y esa torre también la habéis convertido en otra cosa o sigue intacta?

—Que yo sepa nadie se ha molestado en cambiar nada ahí arriba, no es un lugar al que apetezca subir sin un motivo de peso —apuntó el marido—. No hace mucho, un astrofísico estuvo a punto de mudarse ahí porque es un sitio ideal para contemplar el cielo, pero cuando vio el lugar, prefirió instalarse en una granja cercana.

Pronto averiguaron a qué se refería el alcalde con eso de que no era un sitio al que uno fuera para dar un simple paseo. La Torre de

Dagger; un largo y estrecho torreón semejante a un faro, se enraizaba directamente en la puntiaguda cima de un promontorio desde el que sin duda se podía vigilar un gran trecho de territorio, tanto en mar abierto como tierra adentro. Esta verdísima cumbre no era demasiado alta, no superaría los setecientos metros, el problema residía en el tremendo desnivel que había que salvar en el último tramo para coronarla. De hecho, la pendiente era tan brutal que los lugareños habían tenido que habilitar una precaria escalera de madera para poder afrontar su escalada. Pero los escarpados escalones encajonados en la tierra eran tan empinados que daba la sensación de que el cuerpo iba a vencerlo a uno hacia atrás. Por ese motivo, habían echado a un lado una soga como barandilla, de modo que los usuarios no perdieran el equilibrio y sufrieran una caída mortal. Según les había dicho la mujer, había ochocientos cincuenta y tres peldaños a los que los lugareños denominaban «quebranta piernas».

—Esto tiene que ser una puta broma —profirió Bibek levantando la cabeza para observar la tremenda loma que ascendía vertiginosamente sobre ellos—. Seguro que mandan aquí a los turistas para verlos despeñarse y echarse unas risas. No subo ahí ni borracho.

Madeleine emitió un chasquido despectivo con la boca y empezó a ascender por la demoledora escalera vertical sirviéndose de piernas y brazos.

Bibek, por su parte y para templar los nervios, se lio un cigarrillo y se lo fumó antes de ponerse en marcha. No podía dejar sola a Madeleine después de que les contara cómo había sido su anterior contacto con «La Mente Eterna». Por eso habían decidido que esta vez no acometiera el viaje sola.

Cuando llegaron a la afilada cumbre, ambos se dejaron caer en las agrietadas escaleras de piedra, rotas por la vegetación, que daban acceso a la torre.

—Joder —exclamó Bibek entre jadeos—, en mi vida había visto un lugar más asqueroso que este. ¿A qué puto loco se le ocurriría construir algo aquí? Me tiemblan las piernas y los brazos.

—Pobre, ¿tanto miedo has pasado? —soltó irónica Madeleine.

—Ya, me parto. Seguro que tú hasta podrías echar un pulso, ¿no?

—Sin problemas —fanfarroneó ella.

—Mira que eres fantasma. Venga, si te gano, te vas a comer todos mis turnos de cocina durante un mes.

—Hecho, así, si pierdo, todos saldremos ganando con la apuesta.

Los dos se sentaron entonces en el mismo escalón y apoyaron sus temblorosos codos sobre un peldaño superior para entrelazar sus manos. Tenían tan poca fuerza en sus sobrecargados músculos que la contienda fue ridícula y ambos acabaron riéndose de lo absurdo de la situación; era como ver luchar a dos peleles de trapo.

—Tendremos que dejarlo para otro momento, esto es patético —propuso Bibek.

Madeleine asintió con una franca sonrisa.

Una vez recuperaron el control de sus extremidades, se pusieron en pie y subieron por una escalera de caracol, bastante destartalada, hasta la parte superior del torreón. Esta se hallaba dividida en tres estancias amplias, una de las cuales había sido sin duda la destinada a los Enlaces; los muebles y la gran bañera circular de madera situada en un rincón así lo delataban.

—¿Preparada? —le preguntó Bibek a su compañera que observaba el barreño circular con profunda aprensión.

La joven se limitó a asentir. Luego retiró la tapa que todavía estaba puesta y se metió en la pila que, obviamente, no contenía agua, pero sí un montón de hojarasca y tierra arrastradas hasta allí por el viento del norte.

En cuanto se tumbó y cerró los ojos, el terror atávico e inhumano que experimentara en Niisk regresó a ella como un mazazo. Y esta vez todavía era más intenso, más cercano… Si «La Mente Eterna» no acudía pronto para mandarle un mensaje, pensó, no aguantaría mucho tiempo: aquello era intolerable. Se esforzó por concentrarse en la periferia de aquel horror amorfo y denso para ver si la sentía llegar y, de repente, allí estaba: la voz de «Ella» susurrando a su oído como una espía escondida tras una cortina. Sin embargo, lo que le susurró fue algo que la joven no había previsto y que hizo que la piel de todo el cuerpo se le pusiera de gallina.

—Enfrenta el miedo —le ordenó «Ella»—, míralo a los ojos.

Madeleine, aterrada, quiso negarse y giró la cabeza hacia un lado,

pero entonces, sintió unas manos húmedas, viscosas, sujetándole la cara para volvérsela al frente, de manera que no tuvo otra opción que contemplar aquella negrura latente, repulsiva y asfixiante.

Cercana ya al colapso nervioso, notó como si una lengua fría y babosa la envolviera igual que a una mosca para engullirla. Su mente ya no pensaba ni razonaba, no había lugar para las palabras, ni siquiera voz para un grito, solo existía el pánico en estado puro, transformado en un denso alquitrán que sustituía su sangre, sus fluidos, sus órganos.

Un instinto primario se abrió paso desde sus vísceras; el impulso de huir, de terminar con aquello como fuese. Quería abrir los párpados, abandonar aquel recipiente, cortarse las venas, pero «Ella» seguía reteniéndola, le impedía despertar y regresar al mundo. Le instó de nuevo a centrarse, a escudriñar la masa vibrante que la contenía. Únicamente por el imperativo deseo de escapar, Madeleine hizo el esfuerzo y focalizó su vista en un punto concreto. Poco a poco, fue distinguiendo la singular materia que componía aquella masa pútrida y siseante. Y entonces sí, un aullido salvaje brotó de la garganta de la joven y, al igual que un resorte, se incorporó en la bañera con el rostro empapado de lágrimas y sudor. Bibek, a su lado, se apresuró a sostenerla y a tranquilizarla.

En cuanto recuperó el habla, Madeleine agarró a su compañero y exclamó en un tono tan angustiado como urgente:

—¡Tenemos que montar esa maldita máquina ya!

Capítulo 44

Esa misma noche, cuatro pares de ojos observaban expectantes a Madeleine mientras esta paseaba nerviosa por la cabina del Sonräk y pensaba cómo traducir en palabras a sus compañeros lo que había vivido en la torre de vigilancia.

—No sé cómo describirlo —se rindió al fin—, lo que está claro es que se trata de una amenaza real; algo enorme, terrible se cierne sobre nosotros, sobre Geb.

—¿Pero qué crees que es? ¿Un meteorito, una nave? —trató de ayudarla a concretar Ima.

—No —se desesperó la joven—, es una masa oscura, compacta, orgánica.

Todos se miraron entre ellos con cierto escepticismo. Entonces, Madeleine cogió de la estantería un mapa y un trozo de carboncillo, y en el reverso del plano hizo un rápido dibujo. Cuando terminó, se lo enseñó a su atento público.

—Es algo compuesto por miles de millones de estas cosas.

—¡Qué asco! —exclamó P'tuv mirando muy de cerca el papel—. Pero, vaya, no es más que un puto bicho. Si vienen por aquí los pisotearemos a todos. Las chicas sois muy exagerás.

Ima, por su parte, observó atenta el dibujo y luego le pidió mentalmente una opinión a su Sensei. El dispositivo registró la ilustración y, al cabo de unos segundos, emitió un veredicto que Ima trasladó a sus amigos.

—Mi Sensei dice que parece un híbrido entre un tardígrado y una especie de termita u hormiga. Nunca se ha identificado un organismo semejante en la Tierra.

—Vale —apuntó Bibek—, lo segundo lo pillo, ¿pero qué coño es un tarti… lo que sea?

—Un tardígrado —explicó la mujer— es un organismo microscópico que se encuentra habitualmente en el agua. Lo curioso de este animal es que es el único ser vivo capaz de sobrevivir en el espacio, es decir

—aclaró a sus inexpertos colegas—, que puede vivir sin oxígeno y soportar temperaturas extremas. Y es asombrosamente resistente: puede pasar sin comer más de treinta años. Se dice que es casi indestructible.

Ima pidió a su Sensei que proyectase el holograma de un tardígrado.

—Joder —dijo Makh dando un bote—, sí que es horrible.

—En cuanto a las termitas —continúo esta—, son insectos capaces de atravesar hasta el hormigón para alcanzar su objetivo y suelen formar colonias de millones de individuos. Se han encontrado nidos en la Tierra del tamaño de Continente y de miles de años de antigüedad. Y bueno, respecto a las hormigas, hay algunas que pueden formar una plaga llamada marabunta que devora todo lo que se le pone por delante. Es una mezcla de especies realmente peligrosa.

Hizo una pausa ahora, sin duda para escuchar lo que le estaba contando el dispositivo.

—Si estos bichos que dice haber visto Madeleine —continuó tras unos instantes— son, como parece, una mutación evolucionada de estas especies, podemos estar ante una plaga devastadora.

—Vale —dijo Bibek con cierto alivio después de reflexionar un momento—, pues si solo se trata de unas malditas termitas espaciales, tampoco es para tanto: cuando se hayan hartado de comer madera, se aburrirán y seguirán su camino, ¿no?

—Presiento que la amenaza es bastante más grave —objetó Madeleine todavía pálida como la cera—. Los Enlaces no se están suicidando porque esos insectos vayan a comerse nuestros árboles y muebles, se suicidan porque intuyen que van a engullirlo todo, ¿me entendéis?... *todo*. Me temo que cuando se vayan, en este planeta no quedarán ni las piedras.

—¿Y qué se supone que es entonces «La Gran Máquina»? — preguntó Makh sin poder disimular su decepción—. ¿Una especie de trampa gigante para insectos? ¿Eso es todo?

—Bueno, si es capaz de evitar que nos devoren vivos unos bichos asquerosos, yo me doy por satisfecha —le rebatió tajante Madeleine.

Nadie se atrevió a preguntarle a la joven Intuitiva si no cabía la posibilidad de que «La Mente Eterna» hubiese jugado con ella mostrándole una pesadilla ficticia; estaba demasiado alterada como

para que encima cuestionaran su traumática experiencia. No obstante, Madeleine no era tonta y pronto dedujo la duda que callaban sus compañeros.

—Sé que estáis pensando que «Ella» ha podido mostrarme algún tipo de alucinación solo para manipularme, pero os juro que no es así. Me jugaría la vida sin pestañear. Sé que es tan cierto como que estoy aquí con vosotros. «La Mente Eterna», lo mismo que cualquier otro ser vivo de este mundo, solo quiere evitar nuestro inminente exterminio. Por eso esta vez no se ha quedado al margen.

Al parecer, la explicación de la joven fue suficiente para convencer a sus compañeros de la necesidad de montar la máquina sin demora. Sin embargo, Ima continuaba recelosa. Se preguntaba, en el caso de que todo aquello fuera cierto, quién les habría mandado ese artilugio cósmico, cómo había sabido qué amenaza les acecharía quinientos años después de su llegada a Geb y, lo que era más intrigante, por qué deseaba ayudarlos sin darles ninguna pista al respecto. Aunque deseaba creer y dejarse llevar por sus sensaciones, su mente lógica y racional sumaba demasiadas incógnitas como para conformarse tan fácilmente. Sabiendo que sus palabras no iban a ser muy bien acogidas, lanzó un hondo suspiro y comentó:

—Perdona por lo que voy a decir, Madeleine, espero que no me malinterpretes. Estoy convencida de que crees absolutamente en lo que dices, pero eso no significa que sea verdad. Y sigo pensando que montar este artefacto, sin saber a ciencia cierta qué es, resulta una temeridad que puede tener consecuencias nefastas. Necesitamos más datos.

—¿Más datos? —se desesperó la joven—. ¿Qué más pruebas necesitas? Si no actuamos ya, nos quedaremos sin tiempo.

—Bastaría con echar un vistazo ahí fuera —contestó Ima señalando con la cabeza hacia la escotilla que quedaba a su lado y por la que se divisaba un trozo del estrellado cielo nocturno.

—Ya —intervino Makh—, el problema es que nosotros no tenemos un telescopio, y no creo que por aquí abunden los observatorios. Tendríamos que volver a Nïisk o a Xatarov, y eso nos llevaría semanas.

—Espera —dijo entonces Bibek—, Madeleine, ¿no dijo el alcalde de Ólasfvik que había un astrofísico en una granja de la zona? Podríamos tener esto resuelto para mañana por la noche.

Madeleine resopló con impaciencia. Después de lo que había presenciado no le sobraban ganas para andar perdiendo unas horas que podían resultar cruciales. Echó de menos el poder que hasta hacía poco le había otorgado su cargo para imponer su voluntad.

—Está bien, id si queréis a contemplar las estrellas, pero os lo advierto, pasado mañana, en cuanto amanezca, empezaré a montar este trasto.

—Y yo la ayudaré —aseveró Makh.

No hubo manera de convencerlos de lo contrario, así que a la mañana siguiente, antes de que saliera el sol, Ima se puso en marcha hacia Ólasfvik acompañada de nuevo por Bibek.

A medio camino empezó a nevar y esta vez con verdadera fuerza. Solo gracias a que Bibek recordaba bien la ruta, no acabaron extraviándose en la tormenta.

Hacia el mediodía, llegaron a la aldea vencidos por el agotamiento y empapados hasta los huesos.

El alcalde, sorprendido por el regreso del *Haarig* y su nueva acompañante, les invitó a guarecerse y a reponerse en su casa. Luego, les dio las indicaciones para encontrar la granja donde vivía el astrofísico, a unos pocos kilómetros hacia el este.

Alcanzaron la granja sin mayores complicaciones al atardecer, pues había parado de nevar. Cuando llamaron a la puerta principal, pudieron escuchar cómo unos pasos se acercaban con sigilo y luego se detenían a esperar. Bibek, impaciente, volvió a golpear con el puño. Ahora una voz les preguntó qué querían con un tono seco y airado.

—Por favor, necesitamos usar su telescopio, le estaríamos muy agradecidos —intervino Ima tratando de ser amable.

Tras unos largos e incómodos segundos, la puerta se abrió unos centímetros para recibirlos y Bibek e Ima se apresuraron a escurrirse en el cálido interior. Cuando la mujer se quitó la capucha de su espeso abrigo de piel, el hombre dio un paso hacia atrás, como si acabara de ver un fantasma.

Los dos amigos se miraron interrogantes ante semejante reacción. Fue entonces cuando el Sensei de Ima le comentó:

«Creo necesario informarle de que este individuo fue el que la recogió y la sedó cuando aterrizamos en este mundo. Usted estaba inconsciente, pero yo pude tomar unas imágenes».

—¿Eres Anewa Hök? —preguntó Ima, igualmente sorprendida por tamaña revelación.

El hombre pestañeó confuso, sin duda se estaba preguntando cómo era posible que ella pudiera reconocerlo. Titubeó. Dudó. Y finalmente se dio cuenta de que ya no valía la pena tratar de engañarla.

—Así es, ¿cómo me has reconocido, cómo me habéis encontrado? ¿Qué es lo que queréis?

En ese momento, un joven bajó corriendo por las escaleras y se quedó mirando a los visitantes con gran curiosidad.

—Tama, ve a tu cuarto. Necesito hablar con ellos a solas.

El chico empezó a quejarse, pero su padre le cortó con severidad y este, refunfuñando, volvió a desaparecer escaleras arriba.

Anewa invitó a sus extraños visitantes a pasar a la cocina y a tomar asiento en torno a la mesa de blanca madera de pino. Antes de hacerlo, Ima se apresuró a decir:

—Mira, no sé si sigues a las órdenes de Loïck, aunque lo dudo después de que fingieras tu muerte y huyeras de Nïisk, pero si aún lo estás, por favor, no nos delates hasta habernos escuchado.

El hombre abrió los ojos de par en par, ¿también estaban al corriente de lo del incendio? Realmente esa mujer tenía que tener un poder especial.

—No voy a delataros —contestó al cabo—, aunque quisiera, no hay un Enlace en cientos de kilómetros a la redonda. Decidme qué deseáis de mí.

—Pues la verdad —soltó Ima conmocionada—, no sé qué decir, esto es tan inesperado… Te estuvimos buscando para que me devolvieras a mi mundo, pero ahora, solo buscábamos a un astrofísico que nos deje sus instrumentos para observar el cielo. Creemos que hay una amenaza aproximándose que podría acabar con toda la vida del planeta.

La curiosidad científica de Anewa se vio entonces seducida por esta

sorprendente afirmación y, dejando de lado otras consideraciones, comentó:

—Eso es muy extraño. No he observado ningún cuerpo celeste acercándose, ¿estáis seguros?

—¿Podemos echar un vistazo? —requirió ansioso Bibek, que también estaba alterado por el repentino encuentro y no sabía muy bien cómo debían reaccionar.

Anewa los guio hasta el ático, donde habían instalado un gran telescopio que apuntaba hacia una amplia claraboya en el tejado. Ya había anochecido, así que pudieron ponerse manos a la obra.

Al cabo de un rato, Ima despegó el ojo del aparato y, muy excitada, hizo un gesto afirmativo y preocupado a Bibek. Luego, se dirigió al astrofísico:

—Mira allí, ¿habías reparado en esa nebulosa?

Anewa se acercó a la lente y observó intrigado.

—No me había fijado, y es cierto que eso no estaba antes ahí, pero ¿qué peligro puede entrañar esa aglomeración de partículas, de polvo estelar? En el caso de que entrasen en nuestra atmósfera, se desintegrarían, y entonces, como mucho, tendríamos una lluvia de estrellas.

—Fíjate en el centro de la espiral —insistió Ima—, allí las partículas se están concentrando en un núcleo, están formando una especie de esfera y, si observas con atención, verás que se dirige hacia nosotros. Si forman un astro lo suficientemente grande y denso, solo una pequeña parte de su superficie se quemará al penetrar la atmósfera.

—Esto no tiene ningún sentido —rebatió el hombre que no encontraba explicación científica para aquello—. El polvo cósmico no se comporta de esa manera; no se aglomera porque sí, no se fija una trayectoria; simplemente vaga por el espacio.

—Este sí —apuntó entonces Bibek—, porque está compuesto de putos bichos que vienen a jodernos vivos.

Les costó un buen rato convencer a Anewa de que lo que decían era cierto. Al final, debieron recurrir a la ayuda del Sensei. Este proyectó

en el centro del cuarto una gran holografía que recreaba aquella nebulosa orgánica y predecía sus próximos movimientos y su velocidad. El Sensei también les ofreció los rigurosos cálculos en los que se basaba esta estimación, y el astrofísico, que necesitó sentarse en el suelo, no tuvo más remedio que reconocer que no le estaban tomando el pelo.

También Bibek e Ima estaban impresionados, pero no por el holograma en sí, sino porque no pensaban que la llegada de aquel astro invasor fuera tan inminente.

—Tenemos que regresar a la bahía de inmediato —apuntó Bibek—, si ese sabelotodo tuyo no se equivoca, no nos sobra ni un maldito segundo.

Capítulo 45

Cuando Madeleine vio quién entraba de madrugada en la cabina del Sonräk, creyó por un momento que todavía seguía soñando. Anewa también lanzó un ridículo e infantil juramento al descubrir allí, ni más ni menos, que a la lugarteniente de Loïck de Choisi.

Tuvieron que aclarar todo aquello sentados ante unas tazas de café; Tama y P'tuv, como ya no cabían en la abarrotada mesa, tomaron asiento en los escalones de la puerta. Ambos se habían negado en redondo a ir a dormir a la habitación de al lado.

Una vez terminaron las explicaciones, Makh advirtió antes de que se le adelantasen:

—Como alguien me venga con que esto es una tremenda casualidad, lo tiro por la borda.

Nadie se atrevió a rechistar. Ima continuó con otro tema:

—Por lo que veo —dijo mientras señalaba con un gesto de su barbilla la pieza compuesta por «la madre y el padre» que giraba en la encimera de la cocina—, la hija pródiga aún no ha aparecido. Puede que estemos ante un serio problema.

Madeleine cerró los ojos y se concentró un momento.

—Creo que no debemos preocuparnos ahora por eso —aseguró al abrirlos—, deberíamos empezar a montar «La Gran Máquina» con las piezas de que disponemos.

Ya nadie osó dudar a esas alturas de su palabra, así que enseguida, sacaron todas las piezas de la caja de prasadium y las trasladaron hasta la oscura orilla de arena volcánica de la playa donde estaban atracados.

—Bien —dijo Ima una vez las tuvieron diseminadas sobre aquel húmedo y oscuro lienzo—, ¿y ahora qué?

Todos se encogieron de hombros. Bibek se acercó a la mujer y en un susurro, para que Anewa y Tama no le oyesen, le preguntó si su Sensei no le daba alguna pista. Ima dijo que seguía haciendo cálculos, pero que no veía manera de acoplar ni siquiera dos de ellas. Era, dijo

citando las palabras de su dispositivo, como si cada pieza perteneciera a un puzle diferente.

—No quiero poneros nerviosos —anunció luego en alto para que todos pudieran escucharla—, pero la nebulosa continúa concentrándose y acercándose. Nos quedan cuatro horas a lo sumo.

—Bibek, ¿es posible que alguien conozca el prasadium a parte de vosotros? —preguntó Madeleine tiempo después, sin dejar de dar vueltas alrededor de las azuladas piezas.

El *Haarig* le lanzó una fiera mirada de reproche, no le gustaba que airease sus secretos delante de desconocidos, pero dada la gravedad de la situación, se limitó a responder:

—No que yo sepa. Nunca lo hemos comentado con nadie. ¿Crees que la última pieza no aparece porque alguien la tiene aislada con mi material?

—Es lo único que se me ocurre porque, como hemos visto, son capaces de atravesar cualquier cosa y viajan a una velocidad tal que, aunque se hallara en la otra punta del mundo, ya habría tenido tiempo de sobra de llegar.

Volvieron a guardar silencio y a concentrar su vista en los misteriosos objetos, como si por arte de magia, estos fueran por fin a revelar su secreto. Sin embargo, todo seguía igual y los minutos iban sucediéndose sin tregua.

Un sol débil asomó por el este anunciando el que probablemente iba a ser el último día para los habitantes de Geb. Makh, que no dejaba de acariciar su peludo amuleto, exclamó de pronto: —Anewa, estoy seguro de que la solución tiene que estar en tu mano. Como ya he dicho, me niego a admitir que hayas aparecido justo en este momento por puro azar.

El astrofísico no era un hombre muy dado a creer en esa clase de ideas supersticiosas e irracionales, pero la realidad resultaba tan apabullante que estaba empezando a tomar en serio lo que proponía el muchacho, lo cual no era muy tranquilizador: eso significaba que si no daba con una solución, la aniquilación de todo el planeta recaería sobre sus hombros.

Se concentró una vez más en las piezas diseminadas y colocó la

giratoria en distintas posiciones y lugares para ver si ocurría algo. Nada. Trató de separar, de nuevo en vano, madre y padre, tampoco obtuvo resultados… La devolvió a su sitio.

—La nebulosa ya es una bola del todo compacta —informó Ima—. Nos quedan unos cuarenta minutos.

Tama se acercó a su padre que, sentado en la arena, se pinzaba con fuerza el tabique de la nariz.

—¿Qué tal vas, papá? ¿Se te ocurre algo?

Anewa se limitó a negar con la cabeza. Pese al frío, su frente estaba perlada de sudor.

—¿Has probado a cambiar el enfoque de tu pregunta? —le dijo el chico repitiendo la frase que siempre le soltaba él cuando se atascaba en un problema durante sus lecciones de astronomía.

Anewa lo miró un momento y le sonrió con cariño. Después se levantó y se alejó para seguir pensando sin interrupciones. Continuaba dándole vueltas a la forma de encajar aquellas piezas sin sentido.

De pronto, la voz de su conciencia, siguiendo el consejo de Tama, se abrió paso en su analítica mente para interrogarlo: «¿De verdad crees que tu labor es la de montar estos extraños engranajes? ¿No es esa una tarea que podría hacer cualquier científico? ¿Por qué entonces has sido tú y no otro el elegido para estar aquí? ¿Qué sabes hacer tú que ellos no sepan?».

Anewa se detuvo en seco. Sin darse cuenta, su errático paseo le había conducido hacia el centro en torno al cual habían colocado las piezas, allí donde se hallaba el núcleo giratorio. Observó el artilugio: las piezas seguían sin perder su camuflaje, mostrando su terrenal apariencia: la de un alfiletero con un alfiler encima. Qué capricho más absurdo, pensó, otorgarles un disfraz tan insignificante y prosaico precisamente a ellas, que eran elementos claves…

Anewa sintió en el pecho un latigazo eléctrico que le llegó hasta las uñas de pies y manos. «¡Un alfiler!», se repitió casi en *shock*. ¿Cómo podía haber sido tan ciego? ¿Acaso podía estar más claro? A punto estuvo de hincarse de rodillas para pedir perdón a la mente maravillosa que había urdido todo aquello. En vez de eso, se giró y gritó a Tama que le acercara sus instrumentos de trabajo que había tomado por si tenían que huir precipitadamente de la isla.

En menos de cinco minutos el extraño artefacto que Anewa utilizaba para crear vorágines estuvo preparado. El resto de sus compañeros lo contemplaba esperando todavía una respuesta.

—Veréis —les dijo sin dejar de realizar los últimos ajustes a aquel sofisticado aparato que parecía un arpón ballenero listo para disparar al firmamento—. Yo soy el único que hasta el momento ha conseguido generar una vorágine cósmica, es decir, un *shuitnebo* controlado. ¿Sabéis lo que significa esta palabra?

Antes de que nadie pudiera responder, el hombre prosiguió muy excitado:

—Pues quiere decir literalmente «coser el cielo». ¿Entendéis? ¡*Shuit* significa coser! Siempre había pensado que era una metáfora bastante tonta, pero ahora…

—Entonces —apuntó Ima—, ¿crees que la última pieza puede estar atrapada en otra dimensión?

Anewa asintió satisfecho. Luego ordenó con firmeza:

—Debemos ir al barco. El *shuitnebo* va a abrir un portal a un par de kilómetros, debemos situarnos cerca para recoger la pieza, por si acaso.

Todos estuvieron de acuerdo en que era preferible asegurarse y no confiar sin más en que esta siguiera, como había hecho el resto, la llamada de sus padres. Quizá aquella, igual que los progenitores, poseyera unas características específicas.

En menos de diez minutos estuvieron en posición (Anewa, dejándose guiar por su instinto, había fijado unas coordenadas similares a las que trajeran a Ima a su mundo). La máquina del *Shuitnebo* ya se había puesto a trabajar y para cuando echaron el ancla, un agujero espectacular que se hundía en el cielo rotando en espiral había aparecido sobre sus cabezas.

—Nos quedan quince minutos, están alcanzando la luna — logró apenas pronunciar Ima con un nudo de plomo en el estómago que casi le impedía mantenerse erguida.

Anewa iba a responder que no se impacientaran y que estuvieran tranquilos cuando, de repente, todos vieron cómo un objeto aparecía en el fondo de la vorágine y se precipitaba hacia ellos a una velocidad

extraordinaria.

Pero lo más sorprendente estaba por llegar. Cuando el objeto alcanzó casi el borde, pudieron distinguir que aquello que iba a caerles encima no era la pieza azulada que esperaban, sino una persona de carne y hueso.

Automáticamente, todos respondieron apartándose del medio. Ima, protegiéndose la cara con las manos pensó que aquello iba a ser de lo más desagradable, pues pronto iban a tener un cadáver estampado brutalmente contra la cubierta. Sin embargo, cuando el cuerpo estuvo a solo tres metros del barco, su velocidad disminuyó y realizó el resto del aterrizaje con la misma suavidad con la que cae una hoja en otoño.

Tama fue el primero en reaccionar.

—¡Jiyirma! —gritó, entusiasmado—. ¿Cómo es posible?

Anewa tenía la boca abierta como una marioneta.

—¿Tú eres la última pieza? —pronunció al fin sintiendo que la saliva se evaporaba de su garganta reseca.

La anciana que estaba recomponiéndose el revuelto hábito y los miraba estupefacta y confusa, también se dispuso a decir algo, pero entonces, su brazo derecho se levantó abruptamente y su puño cerrado se abrió dejando al descubierto unas gafas de montura dorada que, al momento, emitieron un fuerte destello azul y salieron disparadas hacia la playa.

—¿Esas eran mis...

Antes de que el astrofísico pudiera acabar la frase, Bibek lo interrumpió para ordenar a todos que le ayudasen a maniobrar para regresar a puerto.

Una vez en la playa, se encontraron con un espectáculo alucinante: por fin las piezas se habían puesto en marcha pero, desde luego, no de la forma en la que todos habían imaginado. Lejos de encajar unas con otras, estas se elevaron para formar una esfera peculiar, pues estaba principalmente compuesta por un «vacío», una malla vibrante, y este iba creciendo y separando las piezas que también componían el círculo.

Conforme la malla esférica se expandía, también su velocidad se incrementó de manera exponencial y, en un par de minutos, superó la playa, la bahía, la isla, el hemisferio norte en el que se hallaban y luego el planeta entero para rodearlo igual que un segundo firmamento que otorgó al verdadero un tono profundamente azul.

—Ha generado una especie de escudo —comentó Bibek sin dar crédito todavía a lo que estaba presenciando.

—Creo que es otra cosa… —señaló Ima—, pero, sea como sea, estamos a un minuto de comprobar si funciona.

Ima y sus compañeros, con la cabeza levantada hacia el cielo, vieron cómo efectivamente el día se convertía rápidamente en noche, igual que si estuvieran asistiendo a un veloz y repentino eclipse de sol. Casi creyeron escuchar el crepitar de esos millones de voraces insectos cósmicos que iban a devorarlos como si se trataran de una simple cosecha de maíz.

La oscuridad se tornó más densa y cubrió la faz de Geb. Ima tomó en brazos a P'tuv que temblaba a su lado. Tama se abrazó a su padre y hundió la cara en su pecho. Madeleine cogió la mano de Makh y luego, le ofreció la otra a Bibek. Jiyirma se sentó en la arena sujetándose las rodillas con ambos brazos.

Ahora el terrorífico satélite era claramente visible en el cielo. Semejaba unas fauces abiertas, a punto de cerrarse sobre su diminuta e indefensa presa.

Habían llegado demasiado tarde, se dijeron todos desviando ya la mirada de aquel horror insostenible.

Y entonces el siseo viscoso que lo había invadido todo comenzó a apaciguarse y, poco a poco, la claridad del día fue retornando devolviéndoles también un poco de calor.

Cuando se atrevieron a elevar otra vez la vista al cielo, observaron que el tenebroso planeta viviente se desviaba para convertirse en una esfera cada vez más pequeña en el horizonte, hasta que desapareció del todo.

Les tomó unos largos minutos conseguir que los intensos sentimientos que les habían sacudido y llevado al límite emocional e incluso físico cedieran y se asentaran. Tirados en la arena, aún tardaron un rato más en recuperar el habla y el control de sus cuerpos.

—El escudo ha funcionado —dijo Bibek mientras con manos torpes comenzaba a liarse un cigarro.

—No es un escudo, es un camuflaje —insistió Ima que tenía información extra procedente de su Sensei—. Lo que rodea Geb es un campo magnético similar al que crean las piezas para ocultarse. La verdad es que, si lo piensas, tiene bastante sentido.

—¿Y en qué nos habrá trasformado? —preguntó Makh sin apartar sus ojos grises de aquel nuevo firmamento.

—Supongo que en un planeta muerto y nada comestible — propuso Bibek.

—Es bastante probable. Si esa plaga cósmica se ha encontrado con un Geb cubierto por la arena, sin ningún rastro de vida en él, no es de extrañar que haya cambiado de rumbo. O quizá aparezcamos en el espacio como un agujero negro, o como simple vacío…

—¿Y ese trasto se va quedar ahí pa'siempre? —preguntó P'tuv que todavía no se había soltado del abrazo de Ima.

—Espero que sí, la verdad —contestó Madeleine—, me sentiré más tranquila mientras lo siga viendo sobre mi cabeza.

Capítulo 46

Anewa aprovechó la conmoción general para separarse un momento de Tama —al que mandó a desmontar el dispositivo creador de vorágines— y dirigirse hasta donde estaba sentada Jiyirma, algo alejada del resto.

—¿Podemos hablar un momento?

La mujer clavó en él una mirada extraña donde, además del reproche, se reflejaba sobre todo una ávida curiosidad.

—¿Me vas a pedir que te acompañe a algún acantilado para que puedas terminar con tu trabajo? —le preguntó con sarcasmo.

—Quería disculparme por eso, aunque sé que una cosa así no puede perdonarse. Eran órdenes de Loïck de Choisi, pero eso no me exime de…

—No importa —le cortó Jiyirma haciendo un gesto despreocupado con la mano—, era parte del plan. Tu empujón me lanzó por la ruta que el circuito había armado para mí. No es que me gustase ni que apruebe o perdone tu conducta, pero era necesario y ha resultado de lo más instructivo.

Anewa parpadeó varias veces tratando de entender la implicación de esas palabras. Estaba claro, se dijo, que aquellas religiosas no dejaban un cabo suelto sin atar.

—Entonces, ¿crees en serio que era lo que tenía que pasar, así de simple?

—Bueno —rio la mujer abiertamente—, yo lo calificaría de cualquier cosa menos de simple. Llevo un buen rato aquí sentada admirando la complejidad, la extrema belleza de este circuito extraordinario que acabo de cerrar. Desde luego, es con diferencia el más hermoso e importante de mi vida.

Anewa reconoció que sería muy difícil rebatir a Jiyirma; su aparición *in extrimis* acababa de salvar un planeta entero.

Jiyirma se levantó del suelo, se sacudió la negra arena del hábito y le pidió a Anewa que la siguiera.

—Si no te importa, quisiera continuar esta conversación con los demás. Y tranquilo, no le diré a Tama lo que hiciste; el chico no se merece cargar con el dolor y la decepción que le acarrearían tus errores. Esa losa es únicamente tuya.

Una vez en la cubierta del Sonräk, Jiyirma comenzó su explicación contándoles a qué se dedicaba su excéntrica orden de Serendipistas. Esta vez, sin embargo, añadió un pequeño matiz, un dato que jamás revelaban a nadie ajeno a su comunidad.

—Veréis, normalmente le decimos a la gente que es la «Vida» la que nos envía a hacer estos viajes reveladores donde el azar objetivo guía nuestros pasos, pero, en realidad, cuando nosotras decimos «Vida», nos estamos refiriendo a nuestra madre, a nuestra fundadora, a esa que vosotros conocéis como «La Mente Eterna».

—Pero la única orden que le rinde culto es la nuestra, la de las Intuitivas —terció Madeleine de inmediato.

La anciana le lanzó una sonrisa traviesa antes de replicarle:

—Exacto, las Intuitivas decidieron rendirle culto hace siglos y desde entonces todas ellas creen que la tienen en exclusiva, retenida en aquel pozo oscuro donde únicamente la visitan para sacarle información. Me resulta increíble, de verdad, que alguien pueda creer que ese ser extraordinario y magnífico no albergue otro objetivo en la vida que estar ahí quietecito y manso como un canario en su jaula. En fin —prosiguió Jiyirma tratando de no soliviantarse—, el asunto es que «La Mente Eterna» fundó a su vez su propia orden, una secreta y de muy pocos miembros, todos femeninos.

—Deduzco entonces que hacéis algo más que recibir reveladoras lecciones del destino en esos azarosos viajes —señaló Anewa con cierta ironía recordando la conversación que habían mantenido en Nïisk cuando se conocieron.

—Bueno, hay muchos circuitos que tienen realmente ese valioso propósito de crecimiento personal, pero también hay otros cuyos fines, a veces, ni nosotras conocemos o entendemos, pues forman parte de un plan global mayor, como este por ejemplo. Un plan en el que «Ella» ha estado trabajando desde su primer nacimiento y del que vosotros también formasteis parte desde que vinisteis al mundo.

Jiyirma se detuvo un momento para dar un sorbo a su infusión que casi se le había enfriado entre las manos. Agradeció que el tiempo les

hubiera concedido una tregua y el cielo continuara despejado, aunque el frío seguía siendo atenazador. Cambió el peso de una pierna a la otra y miró a Madeleine y a Makh que, como el resto, la observaban expectantes.

—En esta etapa final y extraña del circuito, «Ella» me ha mostrado vuestras vidas y sé que estas no fueron nada fáciles, pero debéis saber que esa tremenda desgracia de vuestra infancia desencadenó una serie de sucesos que eran imprescindibles para convertiros en la Intuitiva y el *Cercatore* que sois hoy en día. Un *Cercatore*, además, imbuido con las más altas Habilidades de los *Chaya*… No existen en toda Geb dos personas como vosotros, con vuestro particular talento, quiero decir.

—¿«La Mente Eterna» planeó la muerte de nuestros padres? —preguntó el joven de pelo blanco poniéndose tenso como un arco.

—No, no, perdona —rectificó la anciana en el acto—, me he expresado mal. «Ella» no trabaja así; se limita a estar atenta a lo que ocurre en el mundo para detectar esas extrañas concatenaciones de sucesos que apuntan a que algo importante se está preparando. «La Mente Eterna» observa y, de vez en cuando, ayuda a que ese circuito latente no quede interrumpido, es entonces cuando suele mandarnos a nosotras o, en última instancia, actúa directamente.

Jiyirma esperó unos instantes para que aquella nueva información cuajara en sus oyentes. Aprovechó para dejar el tazón vacío en el banco pegado a la cabina. Acto seguido, dirigió una amplia sonrisa a P'tuv que, en esos momentos, estaba pegando un moco en la suela de una de sus botas.

—P'tuv, ¿les has contado alguna vez a tus amigos por qué te perseguía aquella gente en el archipiélago de Gwam, cuando te rescataron?

El niño miró con terror a la amable anciana. Esta se apresuró a tranquilizarlo.

—No tienes de qué preocuparte, P'tuv, aquella riada repentina que inundó la aldea no la provocaste tú, aunque todos lo creyeron porque coincidió con tu monumental enfado. Te habían pillado robando en el mercado e iban a castigarte en la plaza pública con unos latigazos. Entonces, empezaste a gritar furioso como un salvaje y, sin previo aviso, como salida de la nada, una colosal tromba de agua bajó de la montaña y lo arrasó todo.

—¡Oye, yo no sabía que tenía este poder! —se defendió el chico—. No soy un puto demonio como ellos dijeron, yo no quería cargarme to'el

pueblo.

—Y no lo hiciste, como tampoco hiciste lo del volcán o lo del terremoto. Lo que ocurre es que has desarrollado una Habilidad hasta ahora desconocida que te convierte en un poderoso Catalizador. Una Habilidad que se desencadenó por completo cuando viviste esa situación traumática y límite que te costó el ojo izquierdo. Todos estos desastres naturales se han originado por la presencia de esa gigantesca nebulosa que, de alguna forma, ha alterado la naturaleza y el equilibrio de nuestro planeta.

Ima estuvo tentada de hacer un inciso para hablarles del tremendo poder ejercido por la gravedad y de otras muchas cuestiones científicas, pero intuyó que quizá no era el mejor momento. Además, también estaba fascinada escuchando a Jiyirma y no deseaba interrumpirla.

—Lo único que has hecho, P'tuv, ha sido canalizar con tu enorme energía psíquica esa fuerza desatada de la naturaleza para que se precipitase, pero aunque tú no hubieras intervenido, esta habría acabado por salir igualmente, quizá un par de días más tarde, quizá unos kilómetros más lejos, pero surgiría de forma irremediable. Como ves —continuó la religiosa—, tu encuentro fortuito con el grupo fue otra de esas benditas serendipias del destino.

El niño no acaba de entender aquello, pero antes de que empezara a hacer preguntas, Makh se agachó a su lado y le susurró al oído que él mismo se lo explicaría más tarde.

—En cuanto a ti —añadió Jiyirma dirigiéndose a Bibek—, eres un *Haarig*, una de las tres razas que surgieron tras «La Colisión de La Gran Máquina». Eso ya debería decirte algo… Nunca has querido reconocerlo, pero en tu interior sabes que las tres razas están conectadas con su llegada; esto sí que no fue algo casual. «La Gran Máquina» no solo trajo consigo las 496 piezas, también trajo material orgánico para que estas nuevas especies humanoides surgiesen y evolucionasen; eran imprescindibles para llevar a cabo el gran plan. Y tú en concreto eras también un elemento clave, porque, dime, ¿cuántos inventores *Haarig* conoces que se hayan unido a los *Ricercatori,* que hayan inventado aparatos como el mdogo-receptor o como el prasadium? Sin tu colaboración, Bibek, nada de esto habría sido posible.

—Pero, ¿y los Enlaces? —preguntó Madeleine apoyada en la barandilla de estribor—. ¿Qué papel juegan ellos en todo esto?

—Ellos forman, como bien sabéis, una red de comunicaciones que se extiende por todos los rincones de Geb.

—Y «La Mente Eterna» también los utiliza para informarse… —concluyó la joven que acababa de entenderlo por sí misma.

Jiyirma asintió complacida.

—Pobres —añadió—, muchos no han resistido la visión continuada de esa amenaza cósmica que interceptaron al entrar en contacto con «Ella».

Madeleine entendió mejor que nadie a qué se refería la mujer y no pudo culpar a los Enlaces que habían decidido suicidarse. En su lugar, quizá habría acabado haciendo lo mismo.

—Y por último estás tú, Ima, la heroína traída por una vorágine que nuestro brillante astrofísico consiguió coser finalmente en el lugar adecuado; otra casualidad genial, ¿verdad, Anewa? ¿O ya has empezado a intuir que esas extrañas gafas tuyas tuvieron algo que ver con tu azaroso éxito? —añadió la anciana lanzándole un guiño cómplice al hombre, que se quedó de nuevo blanco como la nieve que los rodeaba.

Después, Jiyirma volvió a enfocar su mirada en Ima:

—Es obvio, querida, que sin tu ayuda, tampoco estaríamos ahora hablando en esta barcaza.

—Bueno —admitió Ima algo incómoda—, en realidad, deberías darle las gracias a mi dispositivo Sensei. Como ya señaló Loïck en su día, cualquier persona de mi mundo habría servido de igual modo.

—¿En serio piensas eso? —le preguntó la anciana, divertida—. Venga, no seas modesta. Sabes muy bien que no fue gracias a ese artilugio por lo que encontraste todas esas piezas, ni por lo que admitiste a P'tuv en la tripulación ni por lo que condujiste a todos hasta las iglesias del Advenimiento, donde encontrasteis la pista definitiva… Cuando la profecía decía que tendrías en tu mano el destino del mundo, a lo que se refería era a eso: a que nadie mejor que tú sabe estar siempre en el momento y el lugar adecuado, y además elegir el destino óptimo de entre todos los posibles que se abren a nuestro paso. Tienes el olfato infalible de un oso hambriento.

—Lo de las piezas no tiene mucha importancia; al final habrían venido volando por sí solas…—acertó a pronunciar Ima, más impresionada de

lo que quería reconocer.

—Quizá no todas —le rebatió Jiyirma—, es bastante probable que muchas de ellas se hubieran fundido y hundido con la isla de Takana.

—¿Pero cómo cojones puedes saber todo eso? —soltó Bibek sin poder contenerse.

—Ya te lo ha dicho, «La Mente Eterna» se lo ha contado, está al tanto de todo —le respondió Madeleine, impaciente—. No volvamos para atrás o no acabaremos nunca.

—Gracias, querida —le dijo la anciana—, yo también tengo ganas de sentarme y comer algo. Pero ya estamos terminando. Ima, una de las razones de nuestras peregrinaciones que no comenté antes, es también la del reclutamiento. A veces los circuitos nos guían hasta una nueva candidata con potencial para entrar en nuestra orden. Bien, pues en esta ocasión, eso también ha sucedido porque tengo clarísimo que eres una Serendipista de primera categoría, y es por eso que el destino te eligió a ti y no a ninguna otra persona de tu mundo. Tu poder, combinado con el de tu dispositivo, es lo que te hace única. Loïck no se equivocaba en una cosa: el haber descendido a un mundo espejo ha multiplicado tu Habilidad extraordinariamente.

—¿Qué? —acertó a pronunciar Ima.

—Lo que oyes. Si deseas desarrollar tu Habilidad como Serendipista, tan solo tienes que venirte conmigo al monasterio.

Ima soltó entonces una carcajada nerviosa. Lo último que ya le quedaba por probar era ingresar en un convento. Por muy interesante que sonase realizar el adiestramiento de aquella capacidad inusitada y por mucho que la hubiese impresionado que Jiyirma la llamase por su antiguo apodo de «oso», estaba claro que no podía aceptar tal proposición.

—Es de lo más tentador, Jiyirma —respondió al fin—, pero creo que todos saben adónde me voy a ir en cuanto Anewa tenga la amabilidad de generar otro *Shuitnebo*.

Unas gruesas nubes empezaron a oscurecer el cielo por el norte y un viento cortante se levantó para flagelar con fuerza el mundo. Decidieron hacer un alto y entraron en la cabina a preparar el almuerzo. Instaron a Jiyirma, Ima y Anewa a que se sentaran mientras los demás preparaban la comida. El astrofísico aprovechó para

interrogar a la religiosa sobre ciertas dudas que le habían surgido mientras escuchaba su discurso.

—No entiendo por qué se dispersaron las piezas de «La Gran Máquina», ¿no podían haber creado ese sistema de camuflaje desde el principio?

—Yo le pregunté lo mismo a «Ella» —contestó la mujer clavándole sus astutos ojos claros—. Dime, Anewa, ¿cómo crearon tus antepasados ese dispositivo para crear vorágines?

El hombre la miró sumamente intrigado, era una cuestión que se había planteado infinidad de veces, pues el aparato, que había ido pasando de padres a hijos durante generaciones, contenía algunos elementos altamente sofisticados que ni él mismo había conseguido descifrar.

—¿Son piezas de «La Gran Máquina»? —aventuró entonces.

—No piezas como las que han montado el camuflaje, pero sí de otro tipo; formaban parte del vehículo, del envoltorio en el que llegó la máquina. Como ves, a tus avispados antepasados les faltó tiempo para aprovechar esa tecnología y encontrarle un uso, aunque no tuvieran muy claro cómo les podía beneficiar. Y por eso las 496 piezas se dispersaron y entraron en modo camuflaje para aguardar su momento: no podían arriesgarse a que alguien diera con la forma de manipular esa barrera alterándola o inutilizándola incluso. No es buena idea subestimar el ingenio, el tesón y la temeridad del ser humano.

—Pero, ¿de quién estamos hablando? ¿Quién nos envió esa máquina salvadora y creó las nuevas razas?

Bibek, Makh y Madeleine que, mientras cocinaban estaban pendientes de la conversación, se volvieron para atender la respuesta de Jiyirma.

—Es la pregunta definitiva que estaba aguardando —contestó la anciana poniéndose algo más seria—, y lamento tener que daros esta respuesta: no lo sabemos. Todo lo que ha podido contarme «La Mente Eterna», todo lo que ella conoce sobre esta cuestión es que hay una Conciencia con la que tiene una extraña conexión, pero ignora a quién pertenece, dónde está, cómo es…

—O quizá no nos lo quiere decir —señaló Makh con un cuchillo de cocina en la mano.

—Podría ser —admitió sonriente la anciana—, podéis preguntárselo vosotros mismos si queréis, tal vez obtengáis mejores resultados que

yo.

—Me temo que no serviría de nada —apuntó Madeleine—. Mi intuición me asegura que lo que dices es cierto. Tal vez nuestro misterioso benefactor sea una criatura mezcla de las tres razas que creó aquí en Geb. En alguien tendría que inspirarse para diseñarlos.

—Bueno —intervino Bibek secándose las manos en el delantal—, a mí lo mismo me da si es alguna clase de divinidad cósmica, o bien un ser extraterrestre blancucho, con tentáculos y una hermosa cola peluda; nos ha salvado el culo y eso es lo que cuenta.

Tuvieron que hacer dos turnos para poder comer todos en la pequeña mesa de la cabina. P'tuv y Tama, que ya estaban haciendo buenas migas, fueron los primeros y cuando terminaron, los adultos se sentaron apretujados en torno a sus platos de patatas con guisantes.

—No pongas esa cara de agobio —le reprochó Madeleine a Bibek, que estaba pegado a ella—, pronto volveréis a tener este armatoste para vosotros solos. Por cierto, ¿a qué os vais a dedicar ahora que ya no hay piezas que robar?

Makh y Bibek se miraron el uno al otro. Era algo en lo que todavía no habían meditado.

—¿Puedo sugeriros una idea? —expuso tímidamente Jiyirma, sentada junto a Ima en el banco pegado a la pared—. Podríais ayudarme a difundir entre los gobiernos de Geb qué es ese segundo firmamento que ha aparecido sobre sus cabezas. Seguro que mucha gente estará realmente preocupada. Nuestra orden es respetada en todo el mundo, os nombraríamos emisarios y seríais bien recibidos en todas partes. Como os he dicho; somos pocas hermanas para acometer una labor de semejante magnitud. Y obviamente, se os pagaría un salario, no muy grande, pero sí justo.

—Podéis usar los Enlaces que hayan sobrevivido para hacer eso —sugirió Ima.

—Sí, también los utilizaremos, pero creo que este acontecimiento extraordinario merece ser explicado a fondo y en persona, al menos en los principales gobiernos. Luego ellos ya gestionarán cómo difundirlo por todos sus territorios.

—A mí no me importaría ayudar —comentó Makh mirando a su compañero—, al menos hasta que nos surja otra cosa.

Bibek se encogió de hombros, le gustaba la idea de seguir navegando y conociendo mundo.

—Yo voy con vosotros, claro —interrumpió P'tuv, que había estado vigilando la conversación desde la habitación contigua mientras jugaba a las cartas con Tama.

—Qué remedio —suspiró Bibek con falsa resignación—, si no, eres capaz de echarnos una de tus maldiciones.

El niño, satisfecho doblemente por la respuesta, regresó tranquilo a su juego.

—¿Y tú, Madeleine, qué planes tienes? No creo que tengas pensado volver por Lorient, ¿no? —le preguntó Bibek en un tono pretendidamente distraído.

Ella lo miró un momento y sonrió con picardía. El *Haarig* bajó entonces la mirada y fingió concentrarse en su plato.

—Pensaba que esa pregunta me la harías tú, hermanito — contestó ella fijando su vista en Makh.

—Iba a hacértela en privado —se defendió él—, y quería invitarte a que te quedes con nosotros.

—No sé si a Bibek le hará mucha gracia esa propuesta…Bibek se revolvió inquieto en su asiento. Le daba miedo imaginar las consecuencias que podría tener aquella decisión; las cosas podrían terminar complicándose mucho en el reducido espacio del Sonräk. De todos modos, debía admitir que cada vez se sentía más a gusto con Madeleine.

—Por mí que se quede —soltó al fin con simulada indiferencia—, tenemos pendiente un pulso y no quiero perder la oportunidad de que alguien me sustituya en la cocina durante un mes. Luego, puede desembarcar donde le plazca.

Madeleine apretó la pierna de Bibek bajo la mesa en un cariñoso gesto que nadie más vio, y el *Haarig* a punto estuvo de atragantarse.

A la mañana siguiente, llegó el amargo momento de las despedidas. Anewa y Tama habían decidido quedarse en su remota granja, al menos, explicó el astrofísico, hasta que tuvieran noticias de lo que había ocurrido en Continente. Si Loïck había sobrevivido al terremoto

y continuaba en el poder, más les valía seguir escondidos por un tiempo.

Los tripulantes del Sonräk también se formulaban la misma pregunta. Jiyirma se apresuró a tranquilizarlos:

—No os preocupéis por eso. Mi primer destino será Lorient. Hablaré con Loïck y su gobierno y les explicaré lo que ha sucedido. Cuando entienda a qué se refería realmente la profecía y sepa que Ima ha regresado a su mundo, ya no tendrá ningún motivo para perseguiros. Las Intuitivas le confirmarán además que todo lo que le digo es cierto.

La lógica respuesta de Jiyirma sirvió en efecto para calmar los ánimos.

Aclarados ya todos los puntos y resueltas todas las dudas, tuvieron que encarar el último y más duro trago en el que Ima debía decir adiós a sus amigos. Los sentimientos contradictorios se superponían en el interior de la mujer dejándola tan abrumada que apenas encontraba palabras ni fuerzas para expresarse.

Makh, Bibek y P'tuv se sentían igual, así que finalmente, se limitaron a darse un sincero abrazo que transmitió mucho mejor lo que sentían.

—Si no tuviera que cuidar de estos inútiles, m'iría contigo, vieja —le dijo P'tuv tratando de contener las lágrimas que brillaban en su ojo sano.

—Y yo te llevaría encantada conmigo, pero no me cabe duda de que aquí te esperan grandes cosas, P'tuv; eres un chico increíble —Ima hizo una pausa y respiró profundamente, pues lo que necesitaba expresar a continuación era algo que todavía no había querido confesarse a sí misma—. Ahora sé, además, y no me avergüenza reconocerlo, que si no hubiera podido regresar a mi mundo, habría llegado a ser feliz contigo, con todos vosotros.

Anewa montó de nuevo el dispositivo en la orilla de la oscura playa volcánica y en breve estuvo preparado para coser una vorágine, esta vez de entrada y no de salida, y en las coordenadas adecuadas que la situaron en lo alto de un promontorio cercano, tierra adentro.

—Será mejor que vayas sola, no sé qué fuerza va a alcanzar, podría absorbernos a todos.

Ima asintió mientras luchaba por controlar el temblor de su cuerpo. Partió hacia el voraz agujero sin atreverse a mirar atrás.

Cinco minutos más tarde, el grupo de la playa observó emocionado cómo su compañera, tras hacerles un último saludo con el brazo, era engullida por aquella boca giratoria y vertiginosa, desapareciendo así de sus vidas para siempre.

Solo les quedaba confiar en que el destino, escrito y todavía por inventar, le deparase a Ima el luminoso futuro que merecía.

Agradecimientos

Quiero agradecer a mi editor, José del Río Fortich, la confianza depositada en mi obra, su entusiasmo contagioso y su empeño por hacer las cosas de la mejor manera.

Gracias a Marina Vidal por haber aceptado el proyecto y haber dado a la novela esta cubierta maravillosa. No podría tener mejor carta de presentación.

Gracias a Carlos Bassas, el escritor más ocupado sobre la faz de la Tierra, por encontrar un hueco para escribir un prólogo inmejorable.

Sobre *Coser una vorágine*

En el año 832 de la Era Radiante, Anewa Hök, astrofísico de profesión, observó estupefacto y aterrorizado cómo el cuerpo de una mujer se precipitaba desde la vorágine y caía en el mar. Ima ha viajado por accidente a Geb, un lugar en un universo paralelo que, aunque similar el nuestro en apariencia, está repleto de magia, misterio y criaturas que recuerdan a los humanos sin serlo. Ima busca la manera de regresar a casa, pero no será nada fácil, pues en el camino se ganará enemigos y tendrá que sortear numerosos obstáculos. Pero también conocerá a seres dispuestos a colaborar en su misión y descubrirá el secreto de la creación de Geb.